Alfred Percy Sinnett

INCIDENTES DE LA VIDA DE LA SEÑORA BLAVATSKY

Incidents in the life of Madame Blavatsky

(1886)



BIBLIOTECA UPASIKA
www.upasika.com

Colección “Teosofía Siglo XIX”

PREFACIO DEL AUTOR

La primera edición de este libro se publicó en 1886, cuando aún vivía la señora Blavatsky, como una indirecta protesta contra los crueles y calumniosos ataques contra ella incluidos en el Informe de la Comisión nombrada por la Sociedad de Investigaciones Psíquicas para indagar los fenómenos relacionados con la Sociedad Teosófica. Este Informe fue muy eficazmente contestado a su tiempo, y los pasajes de la primera edición de mi libro que a él se refieren en concreto, no vale la pena de reproducirlos; pero los hechos relativos a la vida de la señora Blavatsky , de los cuales trataba dicho Informe, son hoy más interesantes que nunca, en vista del gigantesco desenvolvimiento de la Sociedad Teosófica; y como quiera que hace mucho que se agotó la primera edición, sale a la luz esta otra para satisfacer un general deseo.

No hay ahora necesidad de reproducir las disertaciones que la primera edición contenía respecto de la incredulidad todavía dominante hace veinticinco años sobre la certeza de los fenómenos ocultos.

Durante este período ha sobrevenido un muy notable cambio en los entendimientos cultivados, y ya no es preciso impetrar tolerancia en beneficio de quienes atestiguan la realidad de los superpsíquicos fenómenos ocultos que presenciaron.

En todo lo demás, esta edición concuerda con el texto de la primera, sin haber hecho nada para refundir su estilo en consonancia con la época presente, cuando ya no está a nuestro lado la protagonista de la narración. No obstante, he añadido algunas notas en los pasajes donde la experiencia o acontecimientos ulteriores lo exigieron.

Capítulo I

INFANCIA

Según la autorizada información de su difunto tío, el general Fadeef, a quien se la solicité en 1881, cuando él era subsecretario del ministerio del Interior de Rusia, la señora Helena Petrovna Blavatsky: «es hija del coronel Pedro Hahn y de Helena Fadeef. Nieta por línea paterna del general Alejo Hahn de Rottenstern Hahn, de una noble familia de Mecklenburgo (Alemania) establecida en Rusia; y por línea materna, del Consejero privado Andrés Fadeef y de la princesa Helena Dolgoruky.

Es viuda del Consejero de Estado Nicéforo Blavatsky, quien últimamente había sido vicegobernador de la provincia de Erivan en el Cáucaso».

La señorita Hahn, cual corresponde llamarla en la época anterior a su casamiento, nació el año 1831 en Ekaterinoslaw, población del sur de Rusia. La correcta forma alemana de su apellido habría de ser Van Hahn y en lengua francesa De Hahn, pero en la forma estrictamente rusa se omitió por lo general el prefijo.

Algunos miembros de la familia que se interesaron en la redacción de estas Memorias, me proporcionaron los siguientes datos :

«La familia Von Hahn es muy conocida en Alemania y Rusia. Los condes Von Hahn son de vieja estirpe de Mecklenburgo. El abuelo paterno de la señora Blavatsky, era primo de la condesa Ida Hahn-Hahn, la famosa escritora cuyas obras son muy conocidas en Inglaterra. Establecido en Rusia, murió al servicio de este país con el empleo de general. Casó con la condesa Proebtin, quien al enviudar contrajo segundas nupcias con Nicolás Wassiltchikof, hermano del famoso príncipe de este apellido.

El padre de la señora Blavatsky se retiró de coronel al morir su primera esposa. Había casado en primeras nupcias con la señorita Helena Fadeef, muy conocida en el mundo literario con el seudónimo de Zenaida R. . . durante el decenio de 1830 a 1840 y fue la primera novelista que había aparecido en Rusia.

Aunque fallecida antes de los veinticinco años de edad, dejó escritas muchas novelas románticas, la mayor parte de ellas traducidas después al alemán.

En 1846, el coronel Hahn contrajo segundas nupcias con la baronesa Von Lange, de quien hubo una hija a la que la señora Jelihowsky llama la «pequeña Lisa» en sus escritos publicados en San Petersburgo y que extractamos aquí:

« Por línea materna, la señora Blavatsky es nieta de la princesa Dolgoruky, a cuya muerte se extinguió la rama primogénito de esta familia en Rusia. Así pues, los ascendientes de la señora Blavatsky por línea materna pertenecían a una de las más antiguas familias del imperio, porque eran directos descendientes del príncipe o gran duque Rurik, el primer gobernante de Rusia. Algunas mujeres de esta familia pertenecieron a la Casa imperial y fueron czarinas consortes.

María Nikitishna, princesa de Dolgoruky, casó con el czar Miguel Fedorovitch, abuelo de Pedro el Grande y fundador de la dinastía de los Romanof. La princesa Catalina Alexivna (también de la familia materna de la señora Blavatsky) estaba a punto de casarse con el czar Pedro II, cuando murió repentinamente la víspera de la boda.

»Una extraña fatalidad parece haber perseguido siempre a esta familia en relación con Inglaterra, y de un modo u otro estuvieron conexionadas con este país sus más notables viscisitudes. Varios de sus miembros murieron y otros cayeron en desgracia política, mientras se diriigían a Londres. El último y mas interesante caso de todos fue la tragedia relacionada con el príncipe Sergio Gregorivitch Dolgoruky, tatarabuelo materno de la señora Blavatsky, que fue embajador de Rusia en Polonia. Al

advenimiento de la archiduquesa Ana de Curlang al trono de Rusia, muchas familias de la aristocracia fueron presas o desterradas y algunas sentenciadas a muerte y confiscados sus bienes, por su oposición al favorito de la czarina, el canciller Birón, de abominable memoria. El príncipe Sergio Dolgoruky, uno de los que sufrieron los rigores de la desgracia, fue desterrado sin formación de causa a Benerof (Siberia) confiscándosele su fortuna evaluada en 200.000 siervos. Los dos hijos del príncipe fueron destinados, el mayor a servir de aprendiz en una herrería aldeana, y el menor de soldado raso en la guarnición de Azof.

"Ocho años después, la emperatriz Ana Iaxnovna indultó al desterrado padre, reponiéndole en su categoría y enviándole de embajador a Londres. Pero el príncipe, que conocía muy bien a Birón, depositó en el Banco de Inglaterra 100.000 rublos con encargo de que permaneciesen intactos durante un siglo, para entonces distribuirlos entre sus descendientes con los acumulados intereses,

»No resultaron fallidos los presentimientos del príncipe, porque de camino para Inglaterra y antes de llegar a Novgorod, fue preso y condenado a muerte en descuartizamiento.

»Cuando subió al trono la emperatriz Isabel, hija de Pedro el Grande, su primer cuidado fue reparar las grandes injusticias que había cometido su antecesora por mano de su cruel y astuto favorito Birón. Entre otros, fueron amnistiados los dos hijos y herederos del príncipe Sergio, que estaban en el destierro, y se les rehabilitó en su título, y se les devolvieron los bienes confiscados, que sin embargo habían disminuido hasta 8.000 siervos en vez de 200.000. El hijo menor, después de haber pasado una juventud por todo extremo mísera, se hizo fraile y murió todavía joven. El mayor casó con una princesa de la familia Romadanovsky, y su hijo Pablo, bisabuelo de la señora Blavatsky, fue nombrado por el emperador coronel de la Guardia, mientras todavía estaba en la cuna, y casó después con la condesa de Plessy, hija de una noble familia protestante emigrada de Francia a Rusia.

El padre entró al servicio de la corte de Catalina II, y la madre fue la favorita dama de honor de esta emperatriz.

»El recibo en que constaba la entrega al Banco de Inglaterra de 100.000 rublos que al cabo de cien años habían aumentado en inmensas proporciones, se lo entregó un amigo del políticamente asesinado príncipe Sergio al nieto de éste, el príncipe Pablo Dolgoruky, quien con otros documentos de familia lo guardaba en Marfovka, una vasta hacienda patrimonial radicada en la provincia de Penja, donde el príncipe Pablo vivió hasta su muerte, ocurrida en 1837. Pero en vano buscaron los herederos del príncipe el recibo del Banco de Inglaterra. No lo encontraron en ninguna parte.

Ulteriores pesquisas les convencieron horriblemente de que el documento debió de quemarse en un incendio que tiempo atrás prendió en la hacienda, destruyendo casi la mitad de la aldea; y como el octogenario príncipe se había quedado ciego algunos años antes a consecuencia de un ataque de parálisis, no se dio cuenta de la pérdida de los importantísimos documentos de su familia. Aquello fue un tremendo infortunio que despojó a los herederos de sus esperados millones.

»Muchos intentos se hicieron para llegar a una avenencia con el Banco de Inglaterra, pero sin resultado, pues aunque no cabía duda del depósito recibido, hubo ciertas dificultades en cuanto a la identificación del nombre de familia por estar alterado; y entonces el Banco exigió, como era natural, la presentación del recibo expedido a mediados del pasado siglo.

En resumen que los herederos del príncipe Pablo se quedaron sin los millones.

»De lo expuesto se infiere que la señora Blavatsky lleva en sus venas sangre de tres naciones: rusa, alemana y francesa. »

El año 1831, en que nació la señorita Hahn, fue fatal para Rusia y para Europa entera, a causa de la primera invasión del cólera, la terrible epidemia que de 1830 a 1832, diezmó una tras otra las ciudades del viejo continente, arrebatando a gran parte de su población. El nacimiento de la niña fue acompañado de varias muertes en la misma casa, y entró en este mundo entre ataúdes y desolación.
El siguiente relato está recopilado con los recuerdos de familia:

« Su padre servia entonces en el ejército, y el intervalo de paz después de ¡a guerra con Turquía en 1829, se empleaba en la preparación para nuevas luchas. Nació la niña en la noche del 30 al 31 de julio y era de complexión débil, sin que pareciese venir muy contenta a este mundo. Fue preciso apresurar el bautismo por temor de que la criatura muriese con 1a pesadumbre del pecado original sobre su alma.
»La ceremonia del bautismo en la Rusia ortodoxa se celebra con todos los atavíos y galas de cirios encendidos, con parejas de padrinos y madrinas; y a todos los concurrentes se les entrega una candela de cera bendita que han de mantener en la mano mientras dura la ceremonia. Además, todos han de permanecer de pie constantemente, pues la religión cismática griega no permite que nadie se siente durante los oficios y ceremonias religiosas como sucede en las iglesias católico-romana y protestante.
La sala escogida para la ceremonia en casa de la familia era espaciosa, pero mayor era todavía el golpe de devotos anhelosos de presenciarla. Detrás del sacerdote oficiante en el centro de la sala con sus acólitos, revestidos de dorados hábitos y con larga cabellera, estaban las tres parejas de padrinos y toda la servidumbre de la casa.
»Una pariente ausente habla delegado su representación en una niña de pocos años, tía de la recién nacida. Esta niña estaba en primera fila, inmediatamente después del sacerdote; y como se sintiera nerviosa y fatigada de aquel plantón de casi una hora, sentóse en el suelo sin que lo notaran las personas mayores, y seguramente se adormecería al calor de aquel día de Julio, con la sala llena de gente.
»Estaba a punto de terminar la ceremonia. Los padrinos pronunciaban la renuncia a Satanás y sus obras, que en la iglesia griega va enfáticamente acompañada de tres escupitazos contra el invisible enemigo. En aquel momento, la chiquilla, jugando en el suelo con el cirio encendido, prendió fuego inadvertidamente a los largos y flotantes hábitos del sacerdote sin que nadie reparare en el incidente hasta que ya fue demasiado tarde. Propagóse el fuego y resultaron varias personas, entre ellas el sacerdote, con graves quemaduras.
»Según las supersticiosas creencias de la Rusia ortodoxa, aquel accidente fue otro presagio funesto, y la inocente causa de aquello, la futura señora Blavatsky, quedó sentenciada desde aquel día, a los ojos de toda la ciudad, a una vida fecunda en acontecimientos y llena de vicisitudes y tribulaciones.
»Acaso por una inconsciente aprensión hacia dicho efecto, la niña fue objeto de mimo por parte de sus abuelos y tías, que la dejaron obrar a su capricho, de modo que durante su infancia no conoció otra autoridad que la de sus antojos y voluntariedades. Desde sus primeros años creció en un ambiente de leyendas y fantasías populares. En cuanto alcanza su memoria, estuvo poseída de la firme creencia en un mundo invisible de supraterrenos e infraterrenos espíritus y seres inextricablemente mezclados con la vida de los mortales. El domovoy o duende doméstico no era una ficción para ella, como no lo es para las ayas y nodrizas rusas.

Desde un principio se aquistó el afecto de la niña este invisible huésped, adscrito a todas las casas y edificios, que vela el sueño de la familia, la mantiene en sosiego y trabaja rudamente todo el año por ella, limpiando los caballos por la noche, cepillándoles la cola y peinándoles las crines, y protegiendo a las vacas y al ganado contra la bruja de quien es eterno adversario. El duende sólo es temible el 30 de Marzo, único día del año en que por misteriosas razones se vuelve maligno y se pone muy nervioso, atormentando a los caballos, apaleando a las vacas que aterrorizadas se dispersan, y motivando que los de la casa dejen caer y rompan cuanto tocan con las manos y tropiecen y caigan a cada punto durante todo el día a pesar del cuidado que pongan para evitarlo. La loza y cristalería rotas, la inexplicable desaparición de heno y avena de los establos, y en general todas las desazones de familia se atribuyen comúnmente a la turbulencia y nerviosa excitación del duende doméstico. Unicamente se ven libres de sus extravagancias los nacidos en la noche del 30 al 31 de julio.

»De la filosofía de su niñera rusa aprendió la señorita Hahn por qué los siervos la llamaban la Sedmitchka, palabra intraducible que significa que una persona está relacionada con el número Siete. En el caso particular de la señorita Hahn, se referían los siervos o criados de la casa a que la niña había nacido en el séptimo mes del año y en la noche del 30 al 31 de julio, días tan señalados en los anales de las creencias populares relacionadas con las brujas y sus fechorías.

Así es que tan pronto como la niña fue capaz de comprender su importancia, le revelaron el misterio de cierta ceremonia que durante algunos años celebraban con mucho secreto el día 30 de julio las ayas y demás gente de la casa. Aprendió la señorita Hahn en su niñez el motivo de que en aquel día la llevara su aya en brazos por toda la casa, recorriendo los establos y rediles, haciéndola aspersar con su propia mano los cuatro ángulos, mientras el aya iba repitiendo sin cesar místicas joculatorias, que aún hoy pueden leerse en la notable Demonología Rusa de Sacharof (1) cachazuda obra en cuya composición empleó el autor treinta años de incesantes viajes e investigaciones científicas en las viejas crónicas de los países eslavos, y que le aquistó el título de «Grimm ruso».

»Nacida la niña en el riñón del país que desde el principio del mundo escogieron las ondinas por morada; criada en las márgenes del azulado Dnieper, que ningún cosaco ni ukranio del Sur cruza jamás sin disponerse a la muerte, la creencia de la niña en estas amables ninfas de verde cabellera fuese confirmando antes de que oyera hablar de otra cosa alguna. El catecismo de sus ayas ukranianas se imbuyó enteramente en su alma, y cuanto veía o imaginaba ver en su alrededor desde la más tierna infancia, le corroboraba todas aquellas poéticas creencias de hadas. Las leyendas parece como si reposaran en su familia, conservadas por los recuerdos que los viejos sirvientes tenían de sucesos relacionados con dichas creencias, y le inspiraron la temprana tiranía que la niña aprendió a ejercer tan pronto como comprendió qué poderes y facultades le atribuían sus ayas. Paseaba preferentemente por las arenosas orillas del rápido Dniester, que circuye a Ekaterinoslaw con sus arboledas de sauces, en cada uno de los cuales veía a una ondina que le sonreía y la saludaba; y convencida de su invulnerabilidad, según le hablan hecho creer las ayas, era la única persona que se acercaba impávida y osada a aquellas márgenes. La niña sentía su superioridad y abusaba de ella.

Sólo contaba cuatro años y ya exigía que el aya se sometiese a su voluntad, so pena de escaparse de su lado, dejándola sin protección y expuesta a los mortales halagos de la hermosa y malvada ondina, la que ya no se vería cohibida por la presencia de una persona a quien no se atrevería a acercarse.

»Por supuesto los padres ignoraban esta fase de la educación de su primogénita y lo supieron demasiado tarde para desarraigar semejantes creencias de su mente. Un trágico

suceso, del que de otro modo tal vez no se hubiese enterado la familia, lo puso todo en conocimiento de un aya extranjera.
En uno de los paseos por la orilla del río, un mucho de como catorce años, que empujaba el cochecito de la niña, incurrió en su desagrado por alguna ligera desobediencia, y la niña exclamó :

-Haré que te coja y te mate una ondina. Ahora baja una de aquel árbol... Ya viene... ¡Mira! ¡Mira!

Viese o no el muchacho a la temida ninfa, echó a correr, no obstante las enérgicas voces del aya, desapareciendo por las arenosas márgenes que conducían a su aldea. Tras mucho regañar, la vieja aya hubo de volverse a casa sólo con la niña, determinada a castigar a Pavlik. Pero el pobre muchacho ya no pareció vivo. Al cabo de algunas semanas encontraron unos pescadores el cadáver envuelto en sus redes. El atestado de la policía manifestó que se había « ahogado por accidente», suponiendo que al intentar el muchacho la travesía de algún somero charco de los dejados por las inundaciones de primavera, había caído en una de las simas arenosas que tan fáilmente transforman en remolinos las rápidas aguas del Dniester.
Pero la opinión de las ayas y criados de la casa, horrorizados por el suceso, no atribuyeron la muerte a un accidente, sino a efecto de que la niña habla retirado del muchacho su poderosa protección, haciéndolo así víctima de alguna ondina que estaba en acecho. El disgusto de la familia subió de punto cuando la supuesta culpable corroboró formalmente la acusación y sostuvo que ella había entregado a su desobediente criado en manos de sus fieles siervas las ondinas. Entonces los padres
confiaron la niña a un aya inglesa, llamada Augusta Sofía Jeffries quien no creía en ondinas ni duendes; pero esta negativa cualidad no bastó para hacerla capaz de gobernar a la indómita educan da puesta a su cuidado. Desesperada el aya dimitió el cargo, y 1a niña, que entonces contaba seis años, volvió a manos de las antiguas ayas, cuando ella y su hermanita menor fueron enviadas a vivir con su padre. Durante dos o tres años estuvieron las niñas principalmente sujetas al directo cuidado del padre, cuyas órdenes obedecía la mayor con muchísimo más gusto que las de las ayas.
Frecuentaban el trato de las tropas de su padre y en todas partes se las mimaba, llamándolas las hijas del regimiento.
»La madre murió cuando la señorita Hahn era aún niña, y a los once años de edad quedó enteramente al cuidado de su abuela, yendo a vivir a Saratow, de donde el abuelo era gobernador civil, habiéndolo sido antes de Astrakán. Declara la señora Blavatsky que en aquella época de su vida se vió alternativamente mimada y castigada, tratándola unas veces con indulgencia y otras con dureza; pero cabe imaginar que era muchacha muy difícil de gobernar con arreglo a un régimen uniforme. Además, su salud fue siempre muy precaria durante la infancia, continuamente «enferma y moribunda», y como ella misma dice era sonámbula, distinguiéndose por diversas anormalidades psíquicas de peculiar Indole, atribuidas por las ayas de religión griega ortodoxa a que estaba poseída del demonío; y así, según ella solía decir, la empaparon cuando niña en agua bendita, cuya cantidad hubiera podido mantener un buque a flote, y la exorcisaron los sacerdotes con la misma eficacia que si exorcisaran al viento.»

Algunas notas referentes a su niñez, para el objeto del presente relato, las proporcionó una tía suya, a quien, lo mismo que a la señora Jelihowsky, conozco personalmente y también la conocen otros amigos europeos de la señora Blavatsky. Su extraña

excitabilidad de temperamento, que todavía es una de sus más señaladas características, se manifestó ya en su primera juventud. Era entonces propensa a irreductibles arrebatos pasionales, demostrando arraigadísima disposición a rebelarse contra toda clase de autoridad o disciplina. Sin embargo, sus calurosos impulsos de cordial amabilidad y afecto le aquistaron en la infancia el cariño de sus deudos en tanta medida como contribuyeron más tarde a desvanecer la irritación causada por su carencia de dominio propio en los menudos menesteres de la vida, al tratar con sus amigos. El memoranda que tengo a la vista dice: «no es de natural malicioso ni guarda rencor ni aun a quienes le hicieron daño, y en su verdadera amabilidad de corazón no quedan huellas permanentes de momentáneas perturbaciones» .
La tía de Blavatsky, hablando por sí misma y en nombre de otra pariente que la ayudaba en la redacción de las notas a que me refiero, dice lo siguiente:

«Nosotras, que conocemos muy bien a la señora Blavatsky, y la conocemos ahora ya mayor, podemos hablar de ella con autoridad y no por vagas referencias. Desde su más tierna infancia fue de singularísimo carácter. Viva, inteligente, graciosa y osadísima, a todos asombraba por sus autónomas y determinadas acciones. Así en su primera juventud y apenas casada, obró altivamente a su albedrío, saliendo de Rusia sin dar cuenta a su familia ni siquiera a su marido, que desgraciadamente era hombre inadecuado para ella y con exceso le triplicaba la edad.
Si los que la conocieron desde su niñez hubiesen nacido treinta años más tarde, comprenderían también que fue funesto error tratarla y regirla como a cualesquiera otras niñas. Los padres y parientes debieran haber caldo en la cuenta de que era una criatura excepcional, y por lo tanto se la habla de tratar y dirigir por medios excepcionales, al observar su temperamento inquieto y nerviosísimo, que la llevaba a inauditas travesuras impropias de su sexo; su apasionada curiosidad por todo lo desconocido, misterioso, fádico y fantástico; su incomprensible atracción a la muerte y al propio tiempo el temor de morir, su exuberante imaginación y maravillosa sensibilidad, especialmente en su infancia, y sobre todo sus ansias de independencia y libertad de acción, que nada ni nadie era capaz de refrenar . La más leve contradicción provocaba en ella un arrebato pasional y a veces ataques convulsivos. Si la dejaban sola sin nadie a su lado que le cortara la libertad de acción ni la sujetase a disciplina ni refrenara sus naturales impulsos, dando con ello motivo a excitar furiosamente su congénita combatividad, pasaba horas y días enteros en musitante soliloquio, según creían los de la casa, repuesta en un oscuro rincón y relatando sin que nadie la escuchase de cerca, maravillosos cuentos de viajes por las refulgentes estrellas y otros mundos, que el aya calificaba de “profana jerigonza”; pero apenas le mandaba a la niña que hiciese esto o lo otro, el primer impulso de la indómita criatura era desobedecer. Bastaba que le prohibiesen una cosa para hacerla sin reparar en consecuencias.
Tanto el aya como algunos de la familia creían sinceramente que la niña estaba poseída de los «siete espíritus de rebelión».
Las ayas eran unas mártires en el desempeño de su cargo, y nunca sino por las buenas lograron captar su resuelta voluntad o influir en su indómito, obstinado e intrépido carácter.
Mimada en su niñez por la adulación de los criados y el vivo afecto de los parientes que todo se lo consentían y perdonaban a la «pobrecita huérfana de madre», su autónomo temperamento se rebeló abiertamente en la pubertad contra las exigencias sociales. No se avenía a ningún hipócrita convencionalismo por respeto o temor a la opinión de las gentes. A los quince años, como habla hecho a los diez, montaba a horcajadas lo mismo que un hombre en cualquier caballo de cosaco.

No se doblegaba ante nadie ni cedía ante ningún prejuicio o formulismo convencional. Lo desafiaba todo y a todos. Como en su infancia, simpatizaba en su adolescencia con las gentes humildes del pueblo. Habla preferido siempre jugar con los chiquillos de la servidumbre que con sus iguales, y constantemente se la había de estar vigilando por temor de que se escapara de casa para juntarse amigablemente con los andrajosos chicuelos de la calle. Así también, en plena feminidad continuó simpatizando con sus inferiores en posición social y mostrando desdeñosa indiferencia hacia la nobleza a que por nacimiento pertenecía».

Los cinco años pasados al cuidado de sus abuelos influyeron notablemente en su futura conducta.
Cuando se marchó de la casa el aya Jeffries, quedaron las dos hermanas a cargo de otra aya inglesa, joven tímida, de quien las niñas no hicieron caso, de un preceptor suizo y de una segunda aya francesa, llamada Enriqueta Peigneur, que había pasado muchas vicisitudes en su juventud. Distinguióse por su hermosura en los días de la Revolución francesa, y se complacía en describir a las niñas aquel período de entusiasmo y gloria, cuando elegida por los gorros frigios o ciudadanos rojos de París para alegorizar en los festivales públicos a la Diosa de la Libertad, la habían conducido triunfalmente día tras día en lucidísimas procesiones por las calles de la gran ciudad. Pero la narradora era ya una estantigua abatida por los años y con más aspecto de bruja Carabasse que de otra cosa. Sin embargo, hablaba con elocuencia conmovedora, y las niñas que formaban su voluntario auditorio escuchaban excitadísimas las brillantes descripciones. Sobre todo la protagonista de estas Memorias oía el relato con vivísimo interés y declaraba por doquiera que quería ser una «Diosa de la Libertad» toda su vida.
La vieja aya era una extraña mezcla de rigurosa moral y de aquella chispeante locuacidad que caracteriza a casi todas las parisienses, aun en su lecho de muerte, con tal que no sean mojigatas, como no lo era la señora Peigneur.
Acompañábala en la casa su anciano marido, el agradable, ingenioso y cordial señor Peigneur, siempre dispuesto a escuchar a las niñas contra las severas penitencias de su esposa, y enseñarles las más lindas poesías de Beranger y sus más graciosos chascarrillos y anécdotas, en lo que tenía más suerte que su esposa con sus libros de texto.
Las vacaciones de Navidad eran generalmente la señal para una escapatoria a los bosques que rodeaban la espaciosa quinta donde veraneaban los abuelos de la señorita Hahn, quien únicamente se sentía del todo dichosa cuando vagaba a su antojo por el bosque o montaba varonilmente el indómito caballo de algún cosaco.
Lo señora Jelihowsky nos proporciona los siguientes interesantes recuerdos de aquel período:

“La vasta casa de campo que ocupábamos en Saratow era un viejo y grande edificio, lleno de galerías subterráneas, corredores largo tiempo abandonados, torrecillas, rincones y recovecos muy a propósito para estimular la fantasía.
La mandó construir una familia llamada Pantchulidzef, que durante varias generaciones había dado gobernadores a las provincias de Saratow y Penja, en donde eran los más ricos y nobles propietarios. Tenla más aspecto de ruinoso castillo medieval que de edificio del siglo XVIII. El mayordomo que administraba la hacienda en nombre de los propietarios era uno de esos tipos, hoy felizmente raros, que trataba a los siervos mucho peor que a sus perros y cuya crueldad y tiranía equiparaban su nombre a una maldición. Muchas y muy espeluznantes eran las referencias de su feroz y despótico temperamento,

pues de clase que vapuleaba a los infelices esclavos hasta dejarlos medio muertos o los encerraba durante meses enteros en lóbregas y subterráneas mazmorras. Así nos lo contó por la mayor parte la señora Peigneur, que por veinticinco años había sido aya de tres generaciones infantiles de la familia Pantchulidzef. Nos llenó la cabeza de relatos acerca de los espectros de los martirizados esclavos, que se paseaban por las noches arrastrando cadenas, y del fantasma de una muchacha muerta en el tormento por resistirse a las solicitaciones de su viejo amo, que se había aparecido en la hora del crepúsculo flotando por la férrea puerta de hierro del corredor subterráneo. Estos y otros relatos infundieron tal terror a nuestros niños, que se atemorizaban cuando habíamos de pasar a oscuras por un corredor o aposento. Protegidos por media docena de criados provistos de antorchas y linternas, pudimos explorar los pavorosos subterráneos de la casa, parecidos a catacumbas, y encontramos allí muchos más cascos rotos de botellas de vino, que huesos humanos, y más telarañas qt1e cadenas; pero nuestra imaginación vela espectros en las sombras ondulantes sobre las viejas y húmedas paredes.

Pero Helena (la señora Blavatsky) no se satisfizo con una ni con dos visitas a los subterráneos. Eligió aquella parte de la casa como un Salón de la Libertad y refugio seguro donde zafarse de las lecciones. Pasó algún tiempo antes de que se le descubriese el escondite, y siempre que se la echaba de menos iban a buscarla una partida de fornidos criados capitaneada por el guardia de servicio en el palacio del gobernador, pues por lo menos se necesitaba uno que no fuese siervo para traerla por fuerza escalera arriba del subterráneo. Con tablas y sillas rotas se había construido por sus propias manos en un rincón, debajo de una ventana condenada, un castillete que llegaba al techo, y allí se escondía horas y horas para leer un libro titulado: Sabiduría de Salomón, que contenía toda clase de leyendas populares. Una o dos veces fue muy difícil dar con ella en aquellos húmedos corredores subterráneos, pues por querer esconderse de modo que no la viesen, se perdió en el laberinto. Sin embargo, ni se asustaba ni se arrepentía de lo hecho, pues según nos declaraba, nunca estaba sola, sino en compañía de «seres» a quienes acostumbraba a llamar sus «jorobaditos» compañeros de juego.

»Era sumamente nerviosa y sensitiva, hablaba en voz alta y a veces la encontraban sonámbula en los más apartados lugares de la casa y la volvían a la cama profundamente dormida. Una noche, cuando apenas contaba doce años, la echaron de menos en su dormitorio, y dada la alarma, fueron a buscarla, encontrándola paseando por uno de los largos corredores y en detenida conversación con alguien invisible para todos menos para ella. Era la más extraordinaria muchacha de cuantas se hablan visto, dotada de naturaleza dual, como si hubiese dos seres en un solo cuerpo: uno malicioso, batallador, obstinado y de todo punto réprobo; el otro con tan místicas y metafísicas inclinaciones como una vidente de Prevorst. Ningún escolar fue nunca cual ella tan indómito ni tan capaz de las más inimaginables y atrevidas travesuras y artimañas; pero al propio tiempo, una vez desvanecido el paroxismo de la diablura, ningún estudiante veterano tan asiduo como ella en el estudio, sin que nadie pudiese hacerla dejar los libros que día y noche devoraba mientras se sostenía el impulso. En estos casos la copiosa biblioteca de sus abuelos era insuficiente para satisfacer sus ansias de lectura.

»Aledaño a la residencia rural habla un vasto jardín, o más bien parque abandonado, lleno de ruinosos quioscos, pagodas y edificios foráneos, que cuesta arriba terminaban en una selva virgen cuyos apenas visibles senderos estaban cubiertos de musgo, alto hasta las rodillas, y con matorrales no hollados siglos hacia por humanos pies. En aquella selva se ocultaban, según fama, los forajidos y desertores, y allí acostumbraba Helena a refugiarse cuando las catacumbas dejaron de asegurar su libertad.»

El extraño temperamento y carácter de la señora Blavatsky están descritos en la obra de la señora Jelihowsky titulada: Juvenile Recollections Compiled for my Children (Recuerdos de la juventud recopilados para mis hijos) grueso volumen de lindas narraciones entresacadas por la autora del dietario que llevó durante su adolescencia. Dice así:

«La fantasía, o lo que entonces llamábamos fantasía, era vivísima desde su más tierna infancia en mi hermana Helena. A veces estaba horas contándonos a las niñas menores y aun a las mayores que ella, las más estupendas narraciones con la calmosa seguridad y convencimiento de un testigo ocular que supiese de qué hablaba. Aunque cuando niña no tenía miedo de nada, la intimidaban a veces sus propias alucinaciones, y estaba segura de que la perseguían los que ella llamaba «terribles ojos deslumbradores», que nadie más vela, y que a menudo atribuía a los más inofensivos objetos inanimados, todo lo cual les parecía sumamente ridículo a los circunstantes. En cuanto a ella, cerraba los ojos durante estas visiones y corría a esconderse de las miradas del espectro, detrás de los muebles o entre prendas de ropa, gritando desesperadamente y asustando a todos los de la casa. Otras veces le daban accesos de risa, que explicaba atribuyéndolos a las divertidas travesuras de sus invisibles compañeros, a quienes encontraba en todos los rincones oscuros y durante el verano en las breñas del poblado parque que orlaba nuestra quinta, mientras que en invierno, cuando regresábamos a la ciudad, los volvía a encontrar en las espaciosas salas de recibimiento del piso principal, enteramente desiertas desde la media noche hasta la mañana. A pesar de que todas las puertas estaban cerradas, encontraban a Helena por la noche en aquellos oscuros aposentos, medio inconsciente y a menudo profundamente dormida e incapaz de decir al despertar como había ido hasta allí desde nuestro habitual dormitorio sito en el piso alto. También desaparecía durante el día de la misma misteriosa manera, y al ir en su busca, llamándola y ojeándola, la encontraban tras mucha dificultad en los más infrecuentados parajes. Una vez la encontraron en el desván, debajo del tejado, en medio de los nidos de las palomas y rodeada de centenares de estas aves. Según dijo, las estaba «adormeciendo» de conformidad con las reglas expuestas en la Sabiduría de Salomón. Y lo cierto es que si las palomas no estaban dormidas, al menos estaban atontadas o soñolientas en la falda de Helena.

»Otras veces, tras los gigantescos armarios de la colección zoológica de nuestra abuela, famosa por aquellos días entre todos los museos de historia natural, encontraban a Ja desertora, después de buscarla horas enteras, rodeada de las reliquias de la fauna, flora y gea de tiempos antiguos, entre huesos de cuadrúpedos antediluvianos y monstruosas aves, y en detenida conversación con las focas y cocodrilos disecados. De creer a Helena, las palomas musitaban en sus oídos lindos cuentos de hadas, y los cuadrúpedos y aves la entretenían en solitarios frenteafrentes con interesantísimos relatos que acaso fueran sus autobiografías. Para ella, la naturaleza toda estaba animada de vida propia. Oía las voces de todos los objetos y de todos los seres orgánicos e inorgánicos, y atribuía conciencia y vida no sólo a las misteriosas entidades que sólo ella veía y oía en los espacios, para todos los demás vacíos, sino también a las cosas visibles e inanimadas como guijarros, terraplenes y troncos carcomidos y fosforescentes.

»Con el propósito de ir aumentando los ejemplares de la notable colección entomológica de nuestra abuela, así como para nuestra instrucción y recreo, solían organizarse excursiones, tanto diurnas como nocturnas. Nosotros preferíamos las nocturnas porque eran más movidas y tenían misterioso encanto. No había mayor diversión para nosotras. Nuestras deliciosas andanzas por los vecinos bosques duraban desde las nueve de la noche hasta la una y a veces las dos de la madrugada.

»Nos preparábamos para estas excursiones con el mismo entusiasmo que experimentarían los cruzados al disponerse a combatir al infiel y expulsar al turco de Palestina. Invitábamos a los hijos de los amigos y conocidos de la ciudad, que eran chicos y chicas de doce a diez y siete años, e íbamos acompañados de treinta o cuarenta jóvenes esclavos de ambos sexos, provistos, como todos nosotros, de redes de gasa y linternas.

A retaguardia venían una docena de esclavos ya hombrones, unos cuantos cosacos y una pareja de guardias armados para nuestra protección y seguridad. Formábamos una alegre comitiva, y el corazón batía de gozo al entregarnos con inconsciente crueldad a la caza de las grandes y bellas mariposas nocturnas que tanto renombre dan a los bosques de la provincia del Volga. Los alocados insectos, volando en bandadas, se arremolinaban presos en la red de gasa que cubría la engañosa linterna y acababan su efímera vida atravesadas por un alfiler en una tumba de corcho de veinticinco centímetros cuadrados.

»Pero aun en estos casos afirmaba mi excéntrica hermana su independencia. Quería proteger y salvar de la muerte a las mariposas de la variedad llamada esfinge, que se distinguen por su fondo oscuro, sobre el cual se destacan unas pintas blancas de configuración parecida a un cráneo humano. Decía a este propósito: “la naturaleza ha impreso en ellas la imagen del cráneo de algún difunto héroe; por lo tanto, estas mariposas son sagradas y no debéis matarlas”. Parecían estas palabras las de un pagano adorador de fetiches. Se encolerizaba muchísimo cuando cazábamos "calaveras", como llamábamos a dichas mariposas, y aseguraba que con ello perturbábamos el descanso de los muertos cuyos cráneos estaban impresos en las hechiceras mariposas.

»No menos interesantes eran nuestras diurnas excursiones a parajes más o menos lejanos. A unos diez kilómetros de laquinta del Gobernador había un vasto arenal, que evidentemente fue un tiempo el fondo de un gran lago o mar interior, pues había allí fósiles de peces y moluscos, con dientes de monstruos para nosotros desconocidos. La mayor parte de dichos fósiles estaban rotos y mutilados por el tiempo; pero a menudo encontrábamos piedras enteras de diversos tamaños con huellas impresas de peces, plantas y animales de especies ya del todo extinguidas, de innegable origen antediluviano.

»Innumerables fueron los maravillosos y conmovedores relatos que la chiquillería escuchamos de labios de Helena en aquella época. Recuerdo cuando, tendida a lo largo en el suelo, con la barbilla apoyada en ambas manos y los dos codos hundidos profundamente en la arena, solía soñar en voz alta y referirnos sus visiones que para ella eran tan evidentemente claras, vividas y palpables como la viviente realidad. ¡Cuán amenamente describía la vida submarina de todos aquellos seres, cuyos restos hechos polvo nos rodeaban! ¡Cuán vívidamente nos representaba sus pasadas luchas y batallas en el mismo paraje donde ella estaba tendida, asegurándonos que las había presenciado! ¡Cuán minuciosamente dibujaba en la arena con el dedo las fantásticas formas de los pretéritos monstruos marinos, y casi nos hacia ver los colores de la fauna y flora de aquel desolado paraje! Al escuchar anhelosamente sus descripciones de las lindas ondas azules que reflejaban en las doradas arenas del fondo del mar los irisados rayos de sol; cuando nos hablaba de los bancos de coral, de las grutas estalactíticas, de las verdes hierbas marinas, entre cuyas briznas brillaban las delicadas anémonas, nos imaginábamos que las frescas y aterciopeladas aguas acariciaban nuestros cuerpos transformados en lindos y juguetones monstruos marinos. Nuestra imaginación galopaba en pareja con su fantasía, dejando en completo olvido la presente realidad.

»En sus últimos años no habló nunca como acostumbraba a hablar en su infancia y pubertad. ¡Se habia secado el caudal de su elocuencia y agotándose la fuente de su

inspiración! Tenía la vigorosa facultad de subyugar a sus oyentes y hacerles ver, aunque de vaga manera, todo cuanto ella veía.

»Una vez nos asustó a las más pequeñas, de suerte que por poco nos desmayamos. Hablamos ido a un hermoso bosque, cuando de pronto mudó el relato de pasado en presente, diciéndonos que todo cuanto nos habla contado acerca de las frescas y azules ondas densamente pobladas estaba en torno nuestro, aunque no lo pudiéramos ver ni tocar. y siguió diciendo: «¡Oh ! ¡qué veo! ¡Un milagro! La tierra se abre de pronto, el aire se condensa y reaparecen las olas del mar..... Mirad, mirad... allí empiezan ya a moverse. Estamos rodeadas de agua, en medio de los misterios y maravillas del mundo abismal! »

Se había levantado del arenoso suelo y hablaba con tal convencimiento, tenia su voz un tono de tan horrorizada admiración y su infantil rostro denotaba tan vivo terror y gozo al propio tiempo, que cuando tapándose los ojos con entrambas manos, como solía hacer en los momentos de excitación, cayó en la arena exclamando a voz en grito: "¡La ola!.. ¡Ya está aquí! ¡EI mar! ¡el mar! ¡Nos ahogamos!», todas las niñas nos echamos rostro al suelo gritando tan desesperadamente como ella y tan por completo convencidas de que nos había tragado el mar y ya no existíamos.

Se deleitaba en congregar al atardecer en torno suyo a unas cuantas chiquillas y nos llevaba al sombrío gabinete zoológico, donde nos embebía con sus cuentos y leyendas de hadas. Después nos refería las más inconcebibles historias acerca de si misma, con inauditas aventuras cuya heroína era ella cada noche, según explicaba. Todos los animales disecados en aquel museo le habían concedido uno tras otro su confianza, contándole la historia de la vida de ellos en pasadas encarnaciones o existencias. Nacida en una familia cristiana ¿dónde había podido oír hablar de la reencarnación ni quién podía haberle enseñado nada acerca de los supersticiosos misterios de la metempsícosis Sin embargo, tendida sobre su predilecto animal, una enorme foca disecada, y acariciándole la blanda piel de color blanco argentino, nos relataba las aventuras que la misma foca le había contado, describiéndolas con tan brillantes colores y elocuente estilo, que aun los adultos se detenían, sin querer a oír sus narraciones.

Todos escuchaban y se veían subyugados por el encanto de sus relatos, y los peque ñu el os creían firmemente cuando decís.

Nunca podré olvidar la vida y aventuras de un corpulento flamenco que estaba en imperturbable contemplación tras los cristales de una espaciosa vitrina, con sus dos alas listadas de escarlata, extendidas en actitud de emprender el vuelo, y sin embargo aprisionado en su celda. Nos decía Helena que siglos antes, aquel flamenco no había sido ave, sino un hombre de veras, que por haber perpetrado espantosos crímenes y un asesinato, lo convirtió un poderoso genio en flamenco, ave sin cerebro con las alas salpicadas con la sangre de sus víctimas y condenado a vagar perpetuamente por desiertos y pantanos.

»Yo le tenía un miedo horrible a aquel flamenco. Al oscurecer, cuando me tocaba cruzar el museo para ir a dar las buenas noches a la abuela, que raramente salía de su contiguo gabinete, me tapaba los ojos y corría a escape por no ver al ensangrentado asesino.

Si gustaba Helena de contarnos cuentos y referirnos narraciones, todavía era más aficionada a escuchar las que otros relataban. Entre la numerosa servidumbre de la familia Fadeef había una anciana ama seca, famosa por los infinitos cuentos que sabía, con inagotable memoria para retener todas las ideas relacionadas con la superstición. Durante los largos crepúsculos estivales, en el verde césped que alfombraba los árboles frutales del huerto, o durante las todavía más largas veladas de invierno, agrupados en torno de la chimenea de nuestro aposento, nos arrimábamos a la anciana, y sentíamos suprema felicidad cuando estaba dispuesta a relatarnos alguno de los cuentos de hadas

tan famosos en el norte de nuestro país. Las aventuras del zarewitch Iván; del inmortal Kashtey; del Lobo gris, el mágico hechicero que iba por los aires montado en una criba; de la rubia princesa Meletresa, encerrada en un calabozo hasta que el zarewitch abría la puerta con una llave de oro y la liberaba, nos complacían sobremanera. Pero mientras a los demás chiquillos nos entraban estos cuentos por un oído y nos salían por el otro, Helena no los olvidaba nunca ni los tomaba por ficción sino que cordialmente simpatizaba con las tribulaciones de los protagonistas y sostenía que todas sus aventuras eran verosímiles. Aseguraba que las personas podían transmutarse en animales y tomar la forma que quisieran, con tal de saber cómo transmutarse; y que los hombres podían volar si firmemente lo deseaban. Agregaba que en todo tiempo, y lo mismo en nuestra época, habían existido y existían sabios capaces de todo ello, pero que sólo se daban a conocer a quienes merecían verlos y conocerlos y que en ellos creían en vez de burlarse de ellos.

En prueba de sus declaraciones citaba a un viejo centenario, llamado Baraning Buyrak, que no lejos de la quinta vivía en el barrancal de un bosque vecino. Era el viejo en opinión de las gentes un verdadero mago, un hechicero de benévola y bondadosa Indole, que curaba voluntariamente a los enfermos que acudían a él, pero que también sabía cómo castigar con alguna enfermedad a los que pecaban. Estaba versadísimo en el conocimiento de las ocultas propiedades de plantas y flores, y se decía que era capaz de leer en el porvenir. Cultivaba centenares de colmenas alrededor de su cabaña, y en las largas tardes de verano se le veóa siempre paseando lentamente entre las abejas y cubierto de pies a cabeza, como viviente coraza, por zumbantes enjambres de estos himenópteros, en cuyas viviendas metía impunemente las manos y escuchaba su ensordecedor zumbido, respondiendo a él en su para nosotras incomprensible lengua, una especie de murmurante canto a cuyo eco cesaban de zumbar las aliáureas obreras, que sin duda se entendían perfectamente con su centenario dueño. De esto estaba Helena por completo segura. Baraning Buyrak la atraía irresistiblemente, e iba a visitarlo siempre que se le deparaba coyuntura, con objeto de interrogarle y escuchar ansiosamente las respuestas y explicaciones del viejo respecto al lenguaje de las abejas, aves y cuadrúpedos. El sombrío barrancal le parecía un magnífico reino. En cuanto a Baraning Buyral, siempre nos decía al hablar de Helena: «Esta señorita es muy distinta de todas vosotras. Magnos sucesos la aguardan en el porvenir .

Me entristezco al pensar que no viviré para ver realizados mis pronósticos acerca de ella; pero de cierto se realizarán.»

Fuera imposible escribir ni siquiera un ligero bosquejo de la vida de la señora Blavatsky, sin la contínua alusión a las ocultas teorías a que se inclinaba su desarrollo psicológico. Creo que el relato será más inteligible si explico francamente desde luego algunas de dichas teorías, sin entrar en discusión sobre si se fundan en la exacta estima de superiores leyes naturales, subyacentes en las que rigen la existencia física, o si fueron exclusiva alucinación sufrida por la mente de nuestra heroína. De todos modos, se echa de ver que para ser alucinación fue tan duradera y coherente, que sin este vitalizador hilo de continuidad no tuviera significado alguno la vida de la señora Blavatsky, enteramente subordinada a la orientación que le dieron Aquellos en quienes ella cree y creyó siempre y la protegieron y guiaron.

Por supuesto, que no tengo para qué disimular mi conformidad con el concepto de la naturaleza en que se funda la teoría de la señora Blavatsky, ni tampoco negaré que estoy convencido de la real existencia de los vivientes adeptos de la ciencia oculta, con quienes ella anduvo en vida más o menos relacionada; pero si argumentara sobre el asunto, convertiría este relato en un tratado filosófico, respecto a puntos más propios de

obras de carácter puramente teosófico. Bastará para mi actual propósito exponer la teoría sobre que se funda el concepto que de su propia vida tiene la señora Blavatsky, y así resultará el relato más inteligible para el lector.

El concepto primario del ocultismo oriental, referente al alma humana, la considera como una entidad, como un centro moral e intelectual de conciencia, que no sólo sobrevive a la muerte de cualquier cuerpo físico en que pueda estar actuando en determinado tiempo, sino que también pasó muchos períodos de existencia física y espiritual antes de encarnar en dicho cuerpo. Quienes poseen facultades psíquicas suficientemente desarrolladas pueden, según este concepto, identificar la entidad espiritual o verdadera individualidad, a lo largo de una serie de vidas y no simplemente con referencia a una sola.

El concepto de la naturaleza que estoy describiendo (doctrina esotérica) , explica suficientemente que desde el punto de vista de determinado cuerpo físico no pueda ninguna persona encarnada descubrir la perspectiva de la serie de vidas por que haya pasado.

Cada encarnación, cada sucesiva vida de la serie es, desde el punto de vista de la entidad espiritual, un descenso a la materia de un nuevo organismo, en el que la entidad (cuyo verdadero ser está únicamente y por entero en el plano espiritual de la naturaleza), puede actuar con mayor o menor éxito, según las condiciones del organismo, el cual sólo recuerda con específicos pormenores los incidentes de su propia vida objetiva. La verdadera entidad que anima a este organismo podrá ser capaz de mayores recuerdos, pero no recordará por medio de su actual organismo.

Por otra parte, hasta que el organismo está del todo desarrollado, es decir, hasta el crecimiento adulto de la persona, la verdadera entidad sólo está parcialmente sumergida en el organismo, si cabe emplear una frase materialista para sugerir una idea que sólo tendría acabada expresión en un perfectísimo lenguaje metafísico.

El niño de primera infancia no es un ser moralmente responsable; es decir, que el organismo no está la bastante desarrollado para que el sentido moral de la verdadera entidad pueda funcionar por medio del cerebro físico y dirigir las físicas acciones.

Pero el niño de primera infancia está ya predestinado a ser la apropiada habitación de la entidad espiritual que ha empezado a funcionar por medio de su organismo; y por lo tanto, si admitimos que hay en el mundo hombres vivientes conocedores de la actuación de fuerzas correspondientes a los planos superiores de la naturaleza, de las que nada sabe todavía la ordinaria ciencia física, comprenderemos sin dificultad las especiales relaciones entre dichos adeptos de la ciencia oculta y una criatura infantil en vías de crecimiento, en cuyo organismo se va infundiendo gradualmente un ego con el que ya están relacionados los adeptos.

Repito que esta simple exposición de concepto que la ciencia oculta tiene de la naturaleza humana no la doy como prueba de que así sea, sino porque ha de servir de continuado hilo en que se vayan ensartando los sucesos de la vida de la señora Blavatsky. Acaso según adelantemos en el relato, algunos lectores forjen otras teorías para explicar dichos sucesos; pero sin esta previa advertencia, hubiera parecido incoherente y disparatado cuanto voy a referir, mientras que a la luz de la expuesta teoría se echará de ver con toda claridad la ilación de los sucesivos incidentes.

De esta suerte, sentaremos por hipótesis de actuación, que aun en su primera infancia estaba la señorita Hahn protegida por cierta anormal intervención, capaz de operar en el plano físico cuando lo exigían circunstancias extraordinarias. Por ejemplo, varias veces le oí contar un incidente de su infancia, a propósito de la viví sima curiosidad que le acometió de ver el retrato de un antepasado de la familia, que estaba en el castillo de Saratow donde vivía su abuelo, tapado con una cortinilla. Pendía de la pared a mucha

altura del suelo, en un aposento de elevado techo, y la señorita Hahn era entonces un renacuajo, aunque muy resuelta cuando se le asentaba un propósito entre ceja y ceja. Le habían negado permiso para ver el cuadro, por lo que esperó la ocasión de quedarse sola para realizar su deseo. Arrimó una mesa a la pared; puso encima otra mesa más pequeña, y por remate una silla, encaramándose después poco a poco a tan inestable edificio. Desde aquella ventajosa posición pudo alcanzar el cuadro, y apoyándose con una mano contra la polvorienta pared, descorrió con la otra la cortina. Sobresaltóse al ver el cuadro, y con el movimiento que hizo se derrumbó la deleznable tarima.

Ni la misma señorita Hahn se dio cuenta de lo ocurrido. Perdió el conocimiento al tambalear y caer, y al recobrarlo se halló tendida en el suelo, sin daño alguno, las mesas y la silla en el mismo sitio donde ella las había colocado, y corrida de nuevo la cortinilla del cuadro. Hubiera creído que todo era sueño, a no ser porque en la pared, junto al cuadro, quedaba impresa en el polvo la huella de su manecita.

También parece que en otra ocasión, cuando tenía catorce años, salvó la vida en singulares circunstancias. El caballo que montaba lanzóla de la silla, y al caer se le enredó el pié en el estribo; y según dijo ella, debió de haber muerto antes de que pudieran detener al caballo, a no ser por una extraña fuerza que distintamente notó en su rededor y parecía sostenerla en el aire a despecho de la gravitación.

Si las anécdotas de esta sorprendente índole fueran pocas e in frecuentes en la vida de la señora Blavatsky, las hubiera suprimido al publicar sus Memorias; pero como se irá viendo, forman el meollo de lo que cada personaje de los que van apareciendo ha de decir respecto a ella. El relato de su vuelta a Rusia, después de su primera y larga excursión, rebosa de pruebas proporcionadas por sus parientes, en comparación de las cuales, resultan de insignificante maravillosidad estas ligeras anécdotas de su niñez, referidas por ella misma. Además, no las cito por ser anécdotas, sino, como ya dije, para representar las relaciones que parecen haber existido en su primera infancia entre ella y los que llama sus Maestros, corpóreamente invisibles y que a la sazón no los conocía como hombres vivientes, aunque sí los conocía en las visiones de que estuvo llena su infancia.

En el relato anteriormente citado, se habrá visto que sus parientes la encontraban a veces sentada por los rincones, sin que nadie la molestase, y al parecer hablando consigo misma. Según ella declara, conversaba entonces con compañeros de su misma edad y estatura, tan evidentes como si hubiesen sido de carne y hueso, aunque nadie los podía ver sino ella. La señorita Hahn se molestaba muchísimo por la persistente negativa de sus ayas y parientes a saber nada de un chicuelo jorobadito que por entonces era su compañero predilecto. Nadie creía en la verdad de tal jorobadito, porque nadie lo veía excepto la extraordinariamente dotada muchacha, para quien era un visible, audible y divertidísimo compañero, si bien parece que la indujo a cometer infinidad de travesuras. Pero en la doble conducta que siguió desde que tuvo memoria de sus actos, se cuentan también visiones de un sensato protector cuyo imponente aspecto avasalló su imaginación desde muy niña. Este protector era siempre el mismo, sin que nunca mudase de semblante. Posteriormente lo encontró en viva figura humana y conocióle tan por completo como si se hubiese educado en su presencia.

A primera vista, esto les parecerá sumamente confuso a los estudiantes de espiritismo, ocultismo y clarividencia; pero por lo que antes dije respecto de la oculta teoría de la encarnación, quienes la admitan, verán claro en medio de la confusión. Desde luego, que la señorita Hahn nació en grado sumo con todas las características de lo que ahora se llama en espiritismo mediumnidad, y también con facultades clarividentes de un orden casi sin ejemplo. Pero durante la niñez no era todavía posible que los ocultos protectores del ego que principiaba a funcionar en aquel organismo, estableciesen los

métodos de educación física a propósito para domar, disciplinar y utilizar sus naturales dotes. Habían de estar por algún tiempo en indómita independencia; y considerando la infancia de la señorita Hahn desde el punto de vista psicológico, la vemos rodeada de todos o de gran número de los usuales fenómenos mediumnimicos, y evidentemente sujeta a la observación y eventual amparo de las potestades a cuyo servicio se entregó en edad madura, reprimiendo absolutamente entonces las fortuitas facultades mediumnímicas.

Sus parientes miraban con medrosa curiosidad los fenómenos en ella manifestados, que podían comprender lo bastante para observarlos. Dice su tía:

«Desde la edad de cuatro años era sonámbula y soñaba en alta voz. Durante el sueño sostenía largas conversaciones con invisibles personajes, unos jocosos, otros formales y algunos terribles para los que estaban junto a la cama de la niña. En varias ocasiones, estando al parecer naturalmente dormida, respondía a preguntas que sobre quebrantos de intereses y otros asuntos de grave ansiedad le hacían algunas personas, tomándola de la mano como si fuese una extática sibila. A veces la echaban de menos en su cuarto y la encontraban en un apartado aposento de la casa o en el jardín, jugando y hablando con camaradas de sus ensueños. Durante algunos años, sorprendía con infantiles espontaneidades a los extraños ya las visitas de casa, mirándolos de hito en hito y diciéndoles que morirían en tal o cual fecha, o les profetizaba algún accidente o desgracia que había de ocurrirles. Y como sus pronósticos casi siempre se realizaban, era en este particular el terror del círculo doméstico» .

En 1844, cuando frisaba con la adolescencia, a los catorce años de edad, se la llevó su padre desde Saratow a viajar por el extranjero. Fueron a París y Londres, y dio bastante que hacer, a pesar de que al lado de su padre era mucho más dócil en comparación de su conducta bajo cualquier otro guardián.

Uno de los objetos de la ida a Londres era que la muchacha recibiese unas cuantas buenas lecciones de música, pues denotaba natural disposición para el piano, y en verdad, que la tuvo latente en ulteriores épocas de su vida, aunque en total inercia durante muchos años. Tomó algunas lecciones de Moscheles, y aun entiendo que tocó un dúo en un concierto privado con un famoso pianista de la época.

El coronel Hahn y su hija fueron a pasar una semana en Bath durante su permanencia en Inglaterra; pero lo único notable de esta excursión, según supe después, fue una menuda discordia surgida entre la señorita y su padre a propósito de montar a caballo. Ella quería montar a la cosaca, como acostumbraba a hacerlo en Saratow, a pesar de toda protesta en contrario. El coronel no se lo consintió, y hubo una escena con ataques histéricos de la señorita, seguidos de más grave enfermedad. Parece que el padre se satisfizo con llevársela otra vez a casa y dejarla en las para ella simpáticas rudezas del Asia Menor.

Por otro lado, recibió el orgullo de la señorita Hahn un rudo golpe durante su estancia en Londres.

Su primera aya, la señorita Jeffries, le había enseñado el inglés; pero en el sur de Rusia no advierten las gentes las sutiles distinciones entre las diversas clases de inglés que los lingüistas establecen. El aya inglesa era del Yorkshire, y tan pronto como la señorita Hahn desplegó los labios en las visitas a que fue presentada en Londres, produjo su pronunciación y acento un efecto mucho más cómico del que la substancia de sus palabras justificaba, pues su modo de hablar era un injerto del inglés de Yorkshire con ruso de Ekaterinoslaw. Pero la señorita Hahn dedujo que ya había hecho lo bastante para divertir a sus conocidos y no volvería a pronunciar las oes y las aes con ahuecado acento. Con su natural disposición para el aprendizaje de lenguas extranjeras, se perfeccionó en el inglés de suerte que ya lo hablaba correctamente al volver a Inglaterra en 1851.

Capítulo II

MATRIMONIO Y VIAJE

En 1848 se celebró la boda por la cual adquirió la señorita Hahn el nombre con que desde entonces ha sido conocida. Tenía diecisiete años; y el general Blavatsky, con quien contrajo matrimonio (en cuanto a la ceremonia religiosa se refiere) era hombre de avanzada edad. Aunque él no quería confesar más allá de los cincuenta, su esposa creía que estaba más cerca de los setenta que de los sesenta.
Según me informaron después sus parientes, se le habían deparado más ventajosas proposiciones; pero de casarse con alguno de sus jóvenes admiradores hubiese sido el matrimonio asunto más grave del que ella quería que fuese en su caso. Por lo tanto, su conducta con el pretendiente preferido, fue intencionadamente intolerable. La aventura en que se metió de cabeza (pues por la precipitación y rapidez del matrimonio así cabe decirlo) parece haber sido el resultado de una combinación de circunstancias que sólo podían hacer mella en una joven del indómito temperamento e irregular educación de la señorita Hahn.
Su tía describe como sigue la concertación del matrimonio :

«Tanto le importaba casarse como no. Su aya le dijo un día que, dado su carácter y temperamento, no encontraría quien quisiera ser su marido; y para agravar el insulto añadió el aya que ni tampoco la querría por mujer aquel viejo que tan horrible le parecía y de quien tanto se habla reído llamándole "cuervo desplumado". Esto fue bastante. Tres días después, ella misma hizo que el general se declarase; pero asustada después de ello, buscó la manera de zafarse del compromiso en que se había metido aceptando de broma la proposición. Pero ya era demasiado tarde. De aquí el paso fatal. Comprendió, cuando ya no cabía remedio y era demasiado tarde, que ella habla aceptado y estaba ahora obligada a aceptar un dueño por quien no sentía afecto alguno, sino a quien más bien odiaba, y que estaba atada a él de pies y manos por las leyes del país.
Horrorizada explicaba esto más tarde. Un ardiente, incesante e irresistible deseo invadía todo su ser, llevándola, por así decirlo, de la mano a obrar instintivamente, lo mismo que si para salvar la vida 'hubiese tenido que escapar de un mortal peligro.
»Procuraron adrede impresionarla con la solemnidad de la ceremonia matrimonial, con sus futuras obligaciones y deberes hacia su marido y su vida de casada. Pocas horas después, ante el altar, ola decir al sacerdote: “Honrarás y obedecerás a tu marido”. Esta odiosa frase sonrojó de cólera su juvenil semblante (apenas tenía diecisiete años) y a poco palideció como tina muerta. Se la entreoyó murmurar entre dientes en respuesta: "Seguramente que no".
»Y seguramente no lo hizo: Inmediatamente determinó dictarse la ley y regir su futura vida por sus propias manos, y abandonó a su marido para siempre, sin darle siquiera ocasión de pensar que era su esposa.
»Así la señora Blavatsky abandonó su país a los diez y siete años, y pasó una larga década en lugares infrecuentados del Asia Central, India, América del Sur, África y Europa oriental. »
Al casarse la señorita Hahn vivía con su abuelay otros parientes en Djellallogly, paraje montesino frecuentado en verano por los vecinos de Tiflis. La joven no había tenido otra intención que establecer el hecho de que el general Blavatsky estaría dispuesto a casarse con ella, pero previa formal petición de mano anunciada a la familia, participada a los amigos y las consiguientes felicitaciones y parabienes. El novio exigió el cumplimiento de la promesa, y entonces la señorita Hahn quiso retirarla con su

temeraria actitud de indiferencia, aunque era cosa más fácil para dicha que para hecha. Los parientes protestaron contra el escándalo que se promovería por el quebrantamiento de la promesa sin justificado motivo. Obligada la joven a seguir adelante con la boda, pareció consolarse al pensar que una vez casada tendría mayor libertad de acción que la disfrutada de soltera. Su padre estaba completamente fuera de escena, muy lejos con su regimiento en Rusia, y aunque se le consulto por carta, no tenía bastantes elementos de juicio para tomar definitiva resolución sobre él caso. De todos modos la ceremonia del matrimonio se efectuó sombríamente el 7 de julio de 1848.

Por supuesto, que las teorías sustentadas por el general Blavatsky acerca del estado de matrimonio eran diametralmente opuestas a las de su poco común joven esposa, y en consecuencia, el mismo día de la boda estalló un violento conflicto con imprevistas revelaciones, furiosa indignación, desmayos y tardío arrepentimiento. Nunca imaginaron los novelistas nada tan extraordinario como el viaje de novios de la breve, tormentosa e imperfecta sociedad conyugal. El lector inteligente comprenderá que una ocultista congénita como la señorita Hahn nunca hubiese contraído un lazo tan intolerable e imposible para ella, como el del matrimonio, si hubiera comprendido lo que le había de ocurrir en la ordinaria esfera de los asuntos humanos. Al siguiente día de la boda, el general se llevó a su mujer a la estación veraniega de Daretchichag, lugar preferido por los habitantes de Erivan. Durante este viaje trató ella de escapar hacia la frontera persa; pero el cosaco a quien quiso sobornar para que la guiara en su fuga, la traicionó revelando el intento al general, quien la puso entonces bajo estrecha vigilancia. Taciturnamente llegaron a la residencia del gobernador, teatro de su peculiar luna de miel. Ciertamente la situación en que se hallaba el general demanda por varias razones nuestra retrospectiva simpatía; pero es imposible entrar en la discusión de pormenores que nos llevarían demasiado lejos. Durante tres meses permanecieron los recién casados bajo el mismo techo, batallando cada cual por imposibles concesiones, hasta que al fin, a consecuencia de un altercado más violento que los anteriores, la joven esposa montó a caballo por su propia cuenta y marchóse a Titlis.

Se reunió entonces la familia en consejo, acordando que la indómita novia fuese a vivir con su padre, quien se trasladó a Odesa para recibirla, pues en este puerto desembarcaría del vapor tomado en Poti, acompañada de un viejo sirviente y una doncella. Pero su desesperado apasionamiento por las aventuras, unido a la presunción de que su padre se empeñaría en reanudar los rotos lazos de su nupcial enlace, la movieron a enmendar este programa. Al efecto se dio buena maña para entorpecer el viaje a través de Georgia, de modo que no pudieron tomar el vapor en Poti. Sin embargo, anclaba en el muelle un velero inglés, el Commodore, según parece, a cuyo bordo pasó la señora Blavatsky,
logrando que por un buen puñado de rublos favoreciera el patrón sus planes. El Commodore iba a zarpar para Constantinopla con escalas en Kertch y Taganrog, puerto éste del mar de Azof. La señora Blavatsky tomó ostensiblemente pasaje para ella y sus criados con destino a Kertch, y al arribar allí, mandó desembarcar a los criados encargándoles que buscaran alojamiento y lo dispusieran todo a fin de ella desembarcar a su vez, a la mañana siguiente.

Pero el barco se dio a la vela aquella misma noche con rumbo a Taganrog donde había de hacer escala, y la señora Blavatsky siguió embarcada después de haberse libertado de los últimos lazos que la unían a su vida pasada. De Taganrog regresó el velero al mar Negro en demanda de Constantinopla.

La corta travesía estuvo cuajada de aventuras que bien pudiéramos detenernos a referir si se tratara de otra biografía no tan repleta de ellas como la de la señora Blavatsky. Cuando los policías del muelle de Taganrog subieron a bordo para inspeccionar el barco, fue preciso despistarlos de suerte que no echaran de ver que había un pasajero de

más. El único escondite a propósito era la carbonera, que no agradó a la señora Blavatsky, y así se metió en el camarote del grumete con cuyas ropas se disfrazó para el caso, echándose en el camastro so pretexto de enfermedad. Al arribar el velero a Constantinopla subieron de punto las dificultades y hubo de escapar precipitadamente a tierra en una lancha, en connivencia con el mayordomo para rehuir las persecuciones del patrón. Sin embargo, en Constantinopla tuvo la suerte de encontrar a una señora rusa de su conocimiento, la condesa K. . . con quien contrajo íntima y segura amistad, viajando algún tiempo en su compañía por Egipto, Grecia y otros países de la Europa oriental.

Desgraciadamente, no puedo hacer más que bosquejar con pálidos contornos este período de la vida de la señora Blavatsky. A sus parientes debo los completos pormenores de su niñez relatados en las anteriores páginas; y ni ella misma, a pesar de las desperdigadas anécdotas que frecuentemente refirió de su infancia, pudo compilar una tan eslabonada narración como la obtenida de la señora Jelihowsky, quien ya no fue testigo de las subsiguientes aventuras de su hermana durante sus viajes por el mundo. No llevó la señora Blavatsky diario de anotaciones en este período, y la memoria es muy incierto guía al cabo de tanto tiempo, por lo que si la presente biografía resulta desigual en sus diversos períodos, sirvan de excusa las notorias dificultades de mi labor.

En Egipto, mientras viajaba en compañía de la condesa K... ya empezó la señora Blavatsky a adquirir algunos conocimientos ocultos, aunque de índole muy diferente e inferior a los más tarde adquiridos. En aquel entonces vivía en El Cairo un viejo copto, ventajosamente conocido, y de gran reputación de mago. Las gentes contaban de él cosas admirables y emocionantes. Parece que la señora Blavatsky se aplicó con entusiasmo a recibir enseñanzas del Copto, quien desde luego miró con mucho interés a su discípula; y aunque en aquella ocasión sólo estuvo tres meses con él volvió a encontrarle años después y pasaron juntos algún tiempo en Bulak.

También viajó la señora Blavatsky por aquellos días con una señora inglesa de suposición a quien encontró en sus viajes. Los parientes de Tiflis habían perdido la pista de ella desde que los criados volvieron de Kertch con la noticia de su desaparición; pero se carteaba privadamente con su padre y obtuvo de él consentimiento para efectuar su indeterminado programa de viajes por el extranjero, pues estaba convencido de la imposibilidad de persuadirla a reanudar el roto hilo de su vida matrimonial. Además, considerando todo cuanto había pasado, no es ilógico suponer que el mismo general Blavatsky estaba dispuesto a consentir en la separación; y en efecto, gestionó el divorcio fundándose en que su matrimonio sólo había sido pura fórmula y en que se había fugado su mujer. Pero en aquella época las leyes rusas no permitían el divorcio y así fracasaron las gestiones del general. A pesar de todo, el coronel Hahn proveyó de dinero a su fugitiva hija, aconsejándola respecto a la conducta que debía seguir. El inquieto afán de viajes llevó durante diez años a la señora Blavatsky por todas las partes del mundo, y hasta pasada dicha década no volvió a ver a sus parientes. Como durante este período no llevó cuaderno de viaje, no es posible dar después de tanto tiempo una continuada relación de sus erranterías.

Al año de viajar estuvo en Paris donde contrajo íntima amistad con varias celebridades literarias de la época, y un famoso hipnotizador, todavía viviente aunque ya muy viejo al escribir estas líneas, descubrió sus maravillosas dotes psíquicas y trató con mucho afán de retenerla a su lado como sujeto sensitivo. Pero aún no se habían forjado las cadenas que pudieran aprisionarla y escapó precipitadamente de París para esquivar la influencia del hipnotizador. Trasladóse a Londres y pasó algún tiempo al lado de la condesa E. . . , una anciana señora rusa a quien conocía y que moraba en el hotel Mivart. Pero poco después se fue a vivir con la señorita de compañía de la condesa a un vasto hotel situado, según dijo, entre la City y el Strand, añadiendo que «en cuanto al

nombre y número del hotel es lo mismo que si me preguntara usted por el número de la casa en que vivió cuando su última encarnación».

Relacionada cual estaba en Rusia, natural era que encontrase a muchos compatriotas ya conocidos que se complacían en trabar amistad con ella.

Cuando las circunstancias eran favorables viajaba con las compañeras así encontradas en su camino, y otras veces iba completamente sola. No se saciaba su afán de aventuras y de visitar los lugares apartados y las gentes extrañas. La lectura de las novelas de Fennimore Cooper la estimuló a emprender el primer viaje largo, llena de vivísimo entusiasmo por los indios norteamericanos. Después de una corta excursión por Europa con la condesa E... en 1850, estaba en París el día de año nuevo de 1851 y en julio marchó al Canadá en querencia de los pieles rojas forjados en su imaginación. Afortunadamente pronto iban a disiparse sus ilusiones sobre estas gentes. En Quebec le presentaron un grupo de indios y ella se complugo en ver a los hijos de la selva con sus esposas e hijas. Tuvo con algunos indios una larga plática sobre los misteriosos hechos de los curanderos; pero al marcharse desaparecieron con ellos varios objetos de la personal propiedad de la señora Blavatsky, especialmente un par de calzado que ella tenía en gran estima y por entonces no estaba en disposición de substituir. Así desvanecieron los pieles rojas el ideal que ella se forjara en su fantasía. Renunció a registrar sus cabañas y trazóse un nuevo programa. Por de pronto pensó que trataría de ponerse al habla con los mormones, que entonces empezaban a llamar la atención pública; pero su primitiva ciudad, Nauvu, en Misouri, acababa de ser destruida por las desenfrenadas turbas de sus menos industriosos y no tan prósperos vecinos, y los que habían escapado a la matanza en que tantos mormones perecieron, cruzaban a la sazón el desierto en busca de nueva morada. La señora Blavatsky creyó que en semejantes circunstancias era México un seductor país donde arriesgar la vida, y entretanto se trasladó a Nueva Orleans.

Este rápido bosquejo no dará idea al lector de las dificultades que la señora Blavatsky hubo de vencer en este periodo de su vida, muchísimas más de las expuestas. Unicamente con auxilio del recuerdo que ella guardaba de los acontecimientos públicos ocurridos en talo cual lugar, he podido pergeñar un boceto de sus erranterías, en el que de vez en cuando he puesto algo de vigor gracias a sus recuerdos.

En Nueva Orleans, el principal interés de su visita se concentraba en los vudúes, una tribu indígena de América muy dada a una especie de prácticas mágicas de las que nada hubiera querido saber un avanzado estudiante de ocultismo, pero que sin embargo interesaban a la señora Blavatsky, no todavía muy versada en el conocimiento que se le reservaba para distinguir las variedades «blanca» y «negra» de las prácticas mágicas. Las gentes cultas de raza blanca del vecindario de Nueva Orleans no daban crédito a las manifestaciones de los vudúes, aunque, no obstante, evitaban y temían sus maleficios. La señora Blavatsky, cuya imaginación era propensa a fascinarse por todo lo misterioso, hubiera podido caer peligrosamente en contacto con aquella tribu; pero vino de nuevo a salvarla aquel extraño guardián que tan frecuentemente la protegiera en su niñez, y que a la sazón había asumido una forma más definida, pues se le presentaba ya en persona viviente la por tanto tiempo familiar figura de sus visiones. Tuvo aviso en sueños del peligro que corría si se juntaba con los vudúes, y al punto se fue en busca de nuevos campos de actividad.

A través de Texas pasó a México, logrando ver gran parte de este inseguro país, protegida en aquellos arriesgados viajes por su temeraria osadía y por varias personas que de cuando en cuando se interesaban en su favor. Hablaba con especial gratitud de un viejo canadiense, llamado el tío Jaime, a quien encontró en Texas, en ocasión en que iba completamente sola. La libró de algunos peligros a que entonces estuvo expuesta; y

así por una cosa u otra siempre salía de todo en bien, aunque parezca milagroso que tan joven como era llevara sin tropezar con el desastre la independiente vida que había emprendido, en la cual le faltaban las seguridades de la heroína de Moore en El honor y el orgullo de Erin. Pasaba por aldeas, villas y poblados de toda clase, salvajes y cultos; y no obstante vióse libre de peligro por el hechizo de su propia temeridad y su soberbio desdén por los convencionalismos sociales y toda consideración que estuviera ni aun remotamente relacionada con el «magnetismo del sexo" .

Mientras sus viajes por América, que en aquel período duraron un año, tuvo la suerte de recibir un cuantioso legado que en testamento le otorgara una de sus madrinas. Esto la colocó por algún tiempo en opulenta situación de fondos, aunque es deplorable que no supiera manejar el dinero, pues su peculiar temperamento, revelado en los hechos de su vida, no se armonizaba con hábitos de prudente economía. En el transcurso de sus aventuras había dado la señora Blavatsky frecuentes pruebas de que no le importaba la pobreza y se veía con ánimos de afrontarla y combatirla por cuantos medios fuesen necesarios; pero al verse repleta de dinero, su impulso fue siempre derramarlo a doble mano. No acierta a explicarse cómo se le evaporaron los 80.000 rublos a que ascendía el legado, excepto los invertidos en la compra de unos terrenos en los Estados Unidos cuya situación topográfica no recuerda, pues además perdió todos los documentos referentes a la transacción.

Durante sus erranterías por México resolvió ir a la India, movida por la vivísima necesidad de encontrar allende las fronteras septentrionales de este país a los insignes instructores de la superior ciencia mística, con quienes presumía que estaba relacionado el guardián de sus visiones. En consecuencia escribió a cierto inglés a quien había encontrado dos años antes en Alemania y que también deseaba lo mismo, diciéndole que fuese a reunirse con ella en América para marchar juntos a Oriente. Vino a su debido tiempo el inglés, y se agregó a la expedición un indo a quien la señora Blavatsky encontró en Copán (México) y que muy luego supo que era un chela o discípulo de los maestros o adeptos de la oculta ciencia oriental. Los peregrinos del misticismo se dirigieron por la vía de El Cabo a Ceilán y de allí embarcaron en un velero con rumbo a Bombay donde según mis cómputos debieron arribar a fines de 1852.

Pronto tiraron cada cual por su lado los tres expedicionarios. La señora Blavatsky no quiso aceptar la guía del indo y se propuso llegar al Tibet a través del Nepal. Sin embargo, fracasó por entonces en su intento, principalmente, según ella cree, a causa de la oposición de los ingleses residentes en Nepal, por lo que se refiere a las dificultades externas y visibles. En consecuencia se dirigió a la India meridional, y de allí a Java y Singapur de donde regresó a Inglaterra.

Pero el año 1853 no era muy a propósito para que los rusos visitasen las islas Británicas. Los preparativos para la guerra de Crimea lastimaron el patriotismo de la señora Blavatsky, por lo que a fines de aquel mismo año volvióse a los Estados Unidos, yendo primero a Nueva York y después a Chicago, que entonces era una ciudad naciente en comparación de la actual. Más tarde se trasladó al Extremo Oeste, atravesando las montañas Rocosas con caravanas de emigrantes hasta llegar a San Francisco de California. Estuvo esta vez en los Estados Unidos como cosa de dos años, y por segunda vez marchó a la India, vía Japón y los Estrechos, arribando a Calcuta en el transcurso de 1855.

Con referencia a sus prolongadas erranterías, dice su tía :

«Durante los ocho primeros años no dio señales de vida a la familia de su madre, temerosa de que su legitimo "señor y dueño" , le siguiera la pista. Unicamente su padre sabía por dónde viajaba, y convencido de que jamás lograrla decidirla a volver a su

patria, consintió en su ausencia y le giraba fondos a los puntos en donde ella pudiese fácilmente percibirlos.»

Durante su viaje por la India en 1856 vióse sorprendida en Lahore por el encuentro con un caballero alemán, amigo de su padre, a quien éste había precisamente encargado que procurase buscar a su errante hija. Dicho caballero había emprendido por su cuenta en compañía de dos amigos, un viaje a Oriente con propósitos de investigaciones místicas en las que el destino no le concedió el éxito reservado a los esfuerzos de la señora Blavatsky. Los cuatro viajaron juntos durante algún tiempo, y después fueron por Cachemira a Leli de Ladakh en compañía de un chamán tártaro que se brindó a proporcionarles el modo de presenciar algunos prodigios psíquicos en un monasterio budista. Según dice la señora Blavatsky en Isis sin velo, sus compañeros de viaje «habían maquinado el imprudente plan de penetrar en el Tibet al amparo de diversos disfraces, sin que ninguno de ellos conociese la lengua del país, excepto uno, a quien llamaré K..., ex pastor luterano que sabía algo del idioma kasán tártaro, y creyó que podría penetrar. Muy luego fueron descubiertos a pesar del disfraz. A los hermanos N... que también iban en la expedición, se les condujo con mucho miramiento a la frontera antes de que se hubiesen internado 25 kilómetros en el mágico país del oriental hechizo; y en cuanto a K... sintióse enfermo con fiebre desde los primeros días y hubo de volverse a Lahore por Cachemira." (2)
El chamán tártaro a que hemos aludido prestó a la señora Blavatsky mayor auxilio que a sus compañeros en sus esfuerzos para penetrar en el Tibet.
Convenientemente disfrazada la condujo a través de la frontera sin mayor tropiezo, internándose no poco lejos en el inaccesible país. A este viaje alude vagamente la señora Blavatsky en un interesante pasaje del último capítulo de Isis sin velo, que si bien no refiere las circunstancias del suceso, cae aquí de propósito, y lo transcribimos íntegro. Dice así:

«Los chamanes llevan consigo, pendiente de un cordón, por debajo del brazo izquierdo, un talismán análogo a la cornerina de que ya hablamos.
»Al chamán que nos guiaba le preguntamos más de una vez:
»-¿De qué sirve esa piedra y qué virtudes tiene?
»Pero el chamán eludía siempre toda respuesta categórica, con promesa de que tan luego como se le deparara coyuntura yestuviésemos solos le diría a la piedra que respondiese por si misma. Muchas conjeturas nos sugería entonces tan vaga esperanza; pero pronto llegó el día en que «habló» la piedra.
Ocurrió el caso en una de las más criticas circunstancias de mi vida, cuando el vagabundo anhelo de viajar me había llevado a lejanísimos países donde no se conoce la civilización ni hay un momento de seguridad personal. Una tarde, todos los compañeros de viaje estaban ausentes de la yurta o tienda tártara de campaña que nos había servido de casa por más de dos meses, pues habían ido a presenciar la ceremonia del lamaico exorcismo de un tshutgur o demonio elemental en quien creen los indígenas de Asia, y que estaba acusado de revolver y destrozar los muebles y vajilla de una familia que moraba a dos millas de distancia. Recordéle su promesa al chamán, que era nuestro único protector en aquellos áridos desiertos. Suspiró el chamán, con muestras de vacilación, y al cabo de un rato de silencio se levantó de su asiento de piel de oveja, y saliendo de la tienda plantó una estaca rematada por una reseca cabeza de chivo con sus recios cuernos. Después corrió la cortina defieltro de la tienda y tuvo la seguridad de que nadie se atrevería a entrar, porque la cabeza de chivo era señal de que estaba operando.

»Luego se sacó del seno el talismán, que era una piedrecita tamaña como una nuez, y desenvolviéndola cuidadosamente del envoltorio en que la guardaba hizo ademán de tragársela.
A los pocos momentos cayó al suelo, tan yerto, frío e inmóvil que parecía cadáver, y el espectáculo hubiera sido terriblemente embarazoso, a no mediar un ligero movimiento de labios en respuesta a mis preguntas. Iba cayendo el día en brazos de la noche y tan sólo quebraba la oscuridad de la tienda, añadida al opresor silencio reinante, el mortecino fulgor de las moribundas ascuas de en medio de la tienda. Había yo vivido en las praderas del Oeste norteamericano y en las interminables estepas del sur de Rusia; pero nada podía compararse al crepuscular silencio de los arenosos desiertos de Mongolia, ni siquiera las áridas soledades africanas, a pesar de que en éstas no hay alma viviente y aquéllas están parcialmente habitadas.
Sin embargo, allí estaba yo sola con el chamán que parecía un cadáver yacente en el suelo. Por fortuna no duró mucho aquella situación, pues oí una voz que, como si saliera de las entrañas del suelo en que yacía el chamán, exclamó: «¡Mahaudu! La paz sea contigo. ¿Qué me quieres?» No me sorprendió este fenómeno, por maravilloso que parezca, pues ya había visto otros chamanes en trances análogos, y así le dije mentalmente a la entidad cuya voz había oído:
«-Quienquiera que seas, ¡légate a K... e indaga su pensamiento. Mira lo que los demás hacen y dile a * * * lo que nosotros hacemos y en donde estamos» .
»La voz respondió:
»-Ya llegué. La anciana señora está sentada en el jardín y se cala los anteojos para leer una carta.
Enseguida preparé el cuaderno de notas y lápiz, y le dije mentalmente con viva urgencia.
»-Entérate al punto del contenido de esa carta.
»Fui transcribiendo lo que la voz me dictaba poco a poco, como si la invisible presencia quisiera deletrear fonéticamente las palabras para mejor yo anotarlas, pues las pronunciaba en idioma valaco, del cual yo solo conocía la fonética, pero no el significado. De esta suerte llené toda una página.
»Después, el chamán exclamó con su mismo timbre de voz, aunque resonaba cavernosa y como si de lejos viniese:
-Mira a Occidente, hacia la tercera pértiga de la tienda.
El pensamiento de la señora está aquí.
»Entonces se irguió el chamán de medio cuerpo arriba, apoyando pesadamente su cabeza sobre mis pies, que agarró con ambas manos. La situación iba siendo cada vez menos agradable, pero la curiosidad vino en ayuda del valor. En el ángulo occidental de la tienda aparecía, como reflejo del cuerpo vivo, la trémula, oscilante y nebulosa figura espectral de una señora rumana de la región de Valaquia, antigua y muy querida amiga mía, de místico temperamento, pero incrédula en absoluto respecto de los fenómenos psíquicos. Dijo entonces la voz:
»Su pensamiento está aquí; pero su cuerpo yace inconsciente. No podría traerla aquí de otro modo.
»En vano interrogué al espectro en súplica de que me respondiese, pues si bien se movían las facciones y parecía gesticular con expresión de temor o angustia, no desplegó los labios, y tan sólo creí oír a lo lejos, aunque tal vez fuese ilusión auditiva, una voz que decía en rumano: Non se pote (no es posible).
»Durante dos horas, tuve auténticas e inequívocas pruebas de que el chamán actuaba en su cuerpo astral obediente a mis sugestiones mentales. Diez meses después recibí una carta de mi amiga valaca en contestación a otra en que le habla yo enviado copia de lo

dictado por la voz del chamán. Corroboraba la señora todo cuanto yo había transcrito; pues según me dijo en su carta, estaba aquella mañana en el jardín entretenida en la prosaica ocupación de confeccionar conservas (3) y la carta que le mandé era copia literal de una que había recibido de su hermano. De pronto, y a causa, según creía, del mucho calor, desmayóse, aunque recordaba distintamente que me vió en sueños, sentada en una «tienda de gitanos» en un paraje desierto que mi amiga describía exactamente, añadiendo que ya no le era posible dudar por más tiempo de la verdad de estos fenómenos.

»Pero nuestro experimento tuvo una segunda y todavía mejor parte. En vista de nuestra critica situación en aquel desierto, y con propósito de que nos sacara de ella, dirigí la entidad astral del chamán hacia mi amigo el kutchi de Lhassa, quien de continuo va y viene viajando entre el Tibet y la India británica. Seguramente se le informó de nuestra situación, porque al cabo de pocas horas vino en nuestro Socorro una escolta de veinticinco jinetes enviados por un shaberón, un adepto, amigo personal del kutchi, a quien no habla yo visto hasta entonces ni he vuelto a ver después, porque nunca sale de su lamaserla (sumay), donde no me fuera posible entrar. Vinieron los jinetes a encontrarnos en el paraje en que nos hallábamos, desconocido de las gentes».

Este incidente dio fin por entonces a las excursiones de la señora Blavatsky por el Tibet. Fue conducida a la frontera por caminos y pasajes de que no tenía previo conocimiento, y después de viajar algún tiempo por la India, le mandó su oculto guardián que saliese de este país poco antes de estallar las revueltas de 1857. En un buque holandés se trasladó de Madrás a Java y de aquí regresó a Europa en 1858.

Entretanto, el destino a que tan notoriamente estuvo expuesta durante la posterior época de su vida, se estaba ya afirmando en su desventaja, pues aunque hasta entonces no había desafiado el antagonismo del mundo asociando su nombre a maravillosos relatos, ya se veía, o por mejor decir la veían los parientes en su ausencia, el blanco de calumnias, no menos estrafalarias, aunque de distinta índole que las imputadas muy recientemente por gentes a su decir muy interesadas en los fenómenos psíquicos, pero incapaces de tolerar los que se referían operados por mediación de ella. Dice su tía a este propósito:

“A oídos de sus parientes llegaban vagos rumores de que la habían visto en el Japón, China, Constantinopla y el Extremo Oriente. Pasó varias veces por Europa, sin fijar allí su residencia. Por lo tanto, sus parientes experimentaron penosa sorpresa al leer años después una supuesta biografía de ella, que la representaba como muy conocida de la alta y también de la baja sociedad de Viena, Berlín, Varsovia y París" entremezclando su nombre con sucesos y anécdotas ocurridos en dichas ciudades en distintas épocas, siendo así que sus parientes tenían pruebas positivas de que estaba fuera de Europa.

Dichas anécdotas la citan indistintamente con los nombres de Julia, Natalia, etc., que de seguro eran de otras mujeres del mismo apellido, y le atribuyen extrañas aventuras. Así el periódico Neue Freie Presse de Viena hablaba de una señora Eloisa Blavatsky, personaje apócrifo, que se había afiliado disfrazada de hombre al escuadrón de los húsares de la Muerte durante la revolución húngara, sin que se descubriera su sexo hasta 1849”.

Análogas patrañas circularon en época posterior. Anticipándose a ellas, prosigue diciendo su tía:

«Otro diario de París salía con el cuento de una señora Blavatsky "polaca del Cáucaso" (?) y supuesta pariente del barón Hahn de Lemberg, la cual, después de tomar activa parte en la revolución polaca de 1863 (siendo así que durante todo el tiempo de esta revolución estuvo la señora H. P. Blavatsky viviendo tranquilamente con su familia en Tiflis), se vio precisada, por falta de recursos, a servir de camarera en un restaurante del arrabal de San Antonio».

Estas y muchas otras infames patrañas, derramadas por ociosas comadres, cayeron sobre la heroína de nuestro relato.

Al volver de la India en 1858, no se dirigió la señora Blavatsky derechamente a Rusia, sino que después de permanecer algunos meses en Francia y Alemania, regresó a su patria con motivo de asistir a una boda de familia en Pskoff, al noroeste de Rusia, a unos 290 km. de Petrogrado.

En cuanto al período subsiguiente de la vida de la señora Blavatsky, nos proporciona amplios pormenores la relación escrita entonces por su hermana la señora V. P. de Jelihovsky , publicada en 1881, en el periódico ruso Rebus, en una serie de artículos con el epígrafe: La verdad sobre H. P. Blavatsky.

A esta fuente de información podemos acudir ahora.

Capítulo III

EN LA PATRIA RUSA -1858

La señora Jelihowsky, en su obra: Reminiscencias personales y de familia, expone la actitud mental en que fue educada. Esto es doblemente interesante por lo que respecta a su relato y por la conexión que tiene con la historia familiar de la heroína de estas memorias.

Dice la señora Jelihowsky :

«Nací y me educaron en el seno de una familia estrictamente ortodoxa y sinceramente religiosa, aunque muy lejos de estar inclinada al misticismo. Pero si el espíritu del misticismo no habla influido en los miembros de la familia, no fue a consecuencia de determinada deliberación ni por negar apriorísticamente todo lo desconocido, ni tampoco de la tendencia a burlarse de lo incomprensible, tan sólo porque transciende al temperamento y capacidad de quienes no lo comprenden, pues como las personas de su posición social y refinada cultura repugnan confesar sus flaquezas mentales e intelectuales, fingen incredulidad y se las dan de espíritus fuertes. Nada de esto se encontraba en nuestra familia, ni era mojigata ni supersticiosa, sentimientos ambos los más a propósito para engendrar y acrecer la fe en lo sobrenatural. Pero cuando a la edad de dieciséis años hube de separarme de la familia de mi madre, con la que me había criado desde su muerte y fui a vivir con mi padre, encontré en él un hombre de muy distinto carácter.
Era sumamente escéptico, deísta a lo sumo, de muy práctica mentalidad, de vasta cultura con toques de científico, que conocía y habla visto muchas cosas en su vida, pero cuya erudición y cultura se amoldaban plenamente a sus particulares opiniones y en modo alguno se rendía humildemente ante las verdades del cristianismo, ni creía con fe ciega en la inmortalidad del alma ni en la vida de ultratumba»,

En 1858, cuando la señora Blavatsky regresó a Rusia, su hermana, la autora de las Reminicencias de que acabamos de citar un pasaje, llevaba el nombre de señora Yahontoff, por ser el de su primer marido, muerto poco tiempo antes de dicha fecha.
Residía en Pskoff con su suegro el general N. A. Yahontoff, mariscal de la Nobleza de la citada población. Iba a casarse una cuñada suya, y el coronel Hahn era uno de los invitados.
Dice la señora Jelihowsky :

«En la noche de Navidad estábamos cenando, y uno tras otro llegaban carruajes llenos de invitados, sin que cesara un momento de sonar la campanilla del vestíbulo. En el momento de los brindis, que es muy solemne en Rusia, cuando los parientes del novio se levantaron copa de champaña en mano, para desear mil felicidades a la dichosa pareja, sonó la campanilla con vibración de impaciencia. Movida por irresistible impulso y aunque el vestíbulo estaba lleno de criados, la señora Yahontoff saltó de su asiento y con asombro de todos precipitóse a abrir la puerta. Según dijo después, estaba convencida, aunque sin poderlo explicar, de que quien llamaba era su por tanto tiempo ausente hermana. (4).

Por aquel entonces asomaba el espiritismo en el horizonte de Europa. Las peculiaridades psicológicas denotadas en su infancia y adolescencia por la señora

Blavatsky, se habían ido desarrollando durante sus viajes y volvía en posesión de ocultas facultades que en aquellos días se achacaban a mediumnidad.
Estas facultades se manifestaban en extraños e incesantes golpes, transportes y ruidos que muchos atribuían a espíritus golpeadores. Movíanse los muebles sin que nadie los tocase; aumentaba o disminuía el peso de varios objetos; tenía ella la facultad de ver cosas invisibles a los ojos de las gentes y aun a personas vivas, pero ausentes, que habían residido años atrás en los lugares donde ella ocasionalmente se hallaba, así como espectros de personajes fallecidos en diversas épocas. También a veces podía transferir a otras personas esta facultad visual.
Aunque conozco gran número de hechos de muy sorprendente índole que ocurrieron en este período de su vida (los cuales, sin embargo, no duraron mucho tiempo, porque muy luego logró vencer y aun dominar la influencia de las fuerzas circundantes), sólo describiré los fenómenos de que fui testigo ocular.
Para ello debo volver a la noche de la llegada de la señora Blavatsky. Desde entonces, todos los de la casa notaron los extraños fenómenos que allí ocurrían. Golpes, susurros, ruidos misteriosos e inexplicables se oían constantemente doquiera iba la recién llegada. No sólo ocurrían en su presencia o cerca de ella, sino que en todos los aposentos de la casa, en las paredes, en el suelo, ventanas, sofá, almohadones, espejos, relojes y en todos los muebles se oían golpes y meneos. Por más que la señora Blavatsky tratase de disimular estos fenómenos riéndose de ellos y tomándolos a broma, no podía negarlos ni negar tampoco su oculto significado. Por fin, a las continuadas preguntas de su hermana, confesó que aquellas manifestaciones nunca habían cesado de seguirla por doquiera, como en los días de su infancia y juventud. También reconocía que semejantes ruidos podían aumentar o disminuir por la sola fuerza de su voluntad, demostrándolo prácticamente en los sitios de la casa donde se oían.
Por supuesto, las buenas gentes de Pskoff se enteraron de lo que ocurría, y aunque habían oído hablar de espiritismo y sus fenómenos y de los mediums de Petrogrado, no habían llegado éstos a Pskoff, ni sus ingenuos habitantes habían oído los golpes de los supuestos espíritus.
Todos cuantos hayan tratado a la señora Blavatsky en la actual fase de su vida (5) sabrán con cuánta vehemencia repudia hasta el más mínimo vestigio de mediumnidad en los fenómenos en que intervino durante estos últimos años.
En 1858, parece que estuvo en una transitoria situación psíquica, pues si bien poseía ya oculta fuerza de voluntad que utilizaba en reprimir en caso necesario las manifestaciones mediumnímicas, todavía era espontáneo medio de manifestaciones fenoménicas cuando no las sojuzgaba con su voluntad. A las concretas preguntas sobre el particular, siempre negaba que fuese medium, y en verdad no parecía haberlo sido en la rigurosa acepción de la palabra, pues nunca la gobernaron las entidades propias del espiritismo, aunque a veces condescendiera ella por su parte en eventuales manifestaciones.
Sobre el particular dice la señora Jelihowsky:

«Recuerdo que cuando se le decía a mi hermana si era medium, aseguraba sonriente que no, sino tan sólo un mediador entre los mortales y seres de quienes nada sabíamos los demás. Sin embargo, nunca pude yo comprender la diferencia».

Aquí cae de propósito entresacar algunos pasajes de las Reminiscencias personales y de familia de la señora Jelihowsky, que tratan del punto importantísimo para los estudiantes psíquicos, de las características y fenómenos de la señora Blavatsky.
Dice su hermana :

«Aunque todos suponían que las manifestaciones ocurridas en presencia de H. .P. B. provenían de sus facultades mediumnímicas, ella lo negaba siempre rotundamente. Mi hermana, durante su larga ausencia de Rusia habla pasado la mayor parte del tiempo viajando por la India en donde, según ahora sé, están muy menospreciadas las teorías espiritistas; y los fenómenos a que nosotros llamamos mediumnísticos se atribuyen allí a agentes enteramente distintos de los espíritus. Dicen los indos que la mediumnidad procede de una fuente que si en ella bebiera mi hermana, degradaría, según cree, su dignidad humana, por lo que no quiere reconocer en si misma la tal fuerza.
Por cartas de ella recibidas, veo que a mi hermana no le satisficieron muchas de las cosas que de ella dije en mi obra: La verdad sobre H. P. Blavatsky. Ahora como entonces, afirma que en 1860 estaba influida lo mismo que sigue estándolo todavía por otra muy distinta clase de fuerza, esto es, por la que poseen los sabios indos llamados yoguis rajas, añadiendo que las figuras que se le han aparecido en todo el transcurso de su vida, no son fantasmas ni espectros de difuntos, sino la presencia en cuerpo astral de sus potentes amigos. Sea de ello lo que quiera y prescindiendo de la causa de los fenómenos, lo cierto es que mientras mi hermana estuvo en casa de Yahontoff ocurrieron constantemente a la vista de todos, crédulos e incrédulos, parientes y extraños, que por igual quedaron admirados de tan sorprendentes manifestaciones».

Como quiera que estas Memorias biográficas no son un tratado de Ocultismo, me abstengo de analizar minuciosamente el problema psicológico que entrañan y me limito a señalar la coincidencia entre lo expuesto por la señora Jelihowsky y la tosca explicación que di en el capítulo primero acerca de la oculta teoría sobre el carácter de la señora Blavatsky, según la cual teoría, sus congénitas facultades psíquicas sólo podrían quedar gobernadas cuando del todo infundidas en el maduro organismo físico las superiores cualidades del ego, la capacitasen para aprender a disciplinar sus exuberantes facultades psíquicas.
A la llegada de la señora Blavatsky a Pskoff, se divulgó con la rapidez del rayo la noticia de los fenómenos por ella producidos, revolviendo de arriba abajo a todo el vecindario.
Los ruidos no eran meros golpes, sino algo más, y por la manera de resonar denotaban extraordinaria inteligencia, pues descubrían in pasado y acertaban el porvenir a cuantos conversaban por medio de los golpes con los que la señora Blavatsky llamaba cascarones (kikimorey). Además, manifestaban el don de adivinar secretos pensamientos, esto es, penetrar libremente en los más recónditos recovecos de la mente humana y descubrir acciones pasadas y presentes intentos.
Los parientes de la hermana (6) de la señora Blavatsky vivían con mucho desahogo y recibían numerosas visitas que aumentaron atraídas por la curiosidad de los fenómenos. A ninguna visita dejó la señora Blavatsky descontenta, porque los golpes por ella evocados daban respuestas en largos discursos y diversos idiomas, algunos de ellos desconocidos de la medium, como todos la llamaban. La pobrecita medium se vio sujeta a toda clase de comprobaciones, a las que se sometía de muy buen grado, por absurda que fuese la exigencia, para demostrar que no había impostura ni superchería en los fenómenos.
Acostumbraba a sentarse tranquila e indiferentemente en el sofá o en una butaca, ocupada en bordar y sin que en apariencia tomase la menor parte ni tuviese el más mínimo interés en el revuelo promovido a su alrededor. Efectivamente, era grande el revuelo. Uno de los circunstantes se encargaría de ir recitando el alfabeto, otro de copiar las respuestas recibidas y los demás de formular preguntas mentales, siempre rápidamente contestadas.

Sin embargo, solía suceder que los invisibles agentes favorecían más a unos circunstantes que a otros, y aun hubo quienes no pudieron obtener respuesta alguna. En este último caso, en vez de responder los golpes a preguntas formuladas en voz alta, respondían al inexpresado pensamiento de alguna otra persona, llamándola primero por su nombre. Entretanto, los presentes hablaban y discutían en voz alta alrededor de la señora Blavatsky, contra quien a veces dirigían algunas expresiones de ironía y desconfianza y aun de duda en términos poco delicados acerca de su buena fe. Pero ella lo soportaba todo con fría paciencia, respondiendo con extraña y enigmática sonrisa o un irónico encogimiento de hombros, a las preguntas de muy dudosa lógica que repetidamente se le dirigían.

-¿Pero cómo hace usted esto y en qué consisten los golpes? ¿Cómo puede usted adivinar el pensamiento de las gentes? ¿Cómo es posible que sepa usted lo que yo pensaba de esto o lo otro?

Tales eran las preguntas.

Al principio trató H. P. B. muy solícitamente de demostrar que no producía ella los fenómenos, pero pronto mudó de táctica. Cansada ya de tantas discusiones, durante algún tiempo sólo tuvo por respuesta el silencio y la despectiva sonrisa; pero en momentos de buen humor, era muy otra, y cuando alguien descarada e insensatamente manifestaba insultantes dudas acerca de su sinceridad, en vez de resentirse se le echaba a reír en su misma cara.

Los escépticos inventaban las más absurdas hipótesis, diciendo que producía los golpes por medio de una maquinilla de bolsillo o con las uñas, no faltando quienes manifestaran la estupenda suposición de que mientras estaba en apariencia ocupada en alguna labor manual, producía los golpes con los dedos.

Para desvanecer semejantes dudas, sometióse voluntariamente a las más estúpidas exigencias. Le registraron las ropas, la ataron de pies y manos, la descalzaron y de esta suerte la pusieron en un sofá en actitud tal que todos pudieran verle las manos y pies sobre un almohadón. Se le dijo entonces que los toques y golpes habían de sonar en el opuesto extremo del salón. Ella respondió que lo intentaría, pero sin prometer nada; y no obstante, sus órdenes quedaban inmediatamente cumplidas, sobre todo cuando los circunstantes estaban de veras interesados. A su mandato resonaban los golpes en el techo, en los alféizares de las ventanas, en los muebles del aposento contiguo y en sitios muy distantes de ella.

A veces se vengaba maliciosamente con jocosas burlas de los que dudaban de ella. En cierta ocasión, el joven profesor M... estaba sentado en el otro extremo de la sala, y recibió tan fuerte golpe en los anteojos que se los hizo saltar de la nariz, dejándolo pálido y tembloroso. Otra vez, una vanidosa y coqueta señora que se preciaba de espíritu fuerte, preguntó irónicamente que cual era el mejor conductor para la producción de los golpes y si podían resonar en todas partes. La respuesta dio primero la palabra «oro» y después la siguiente frase: «Te lo vamos a demostrar inmediatamente».

La señora sonreía con entreabiertos labios; pero tan pronto vino la respuesta, palideció intensamente y saltando de su asiento se tapó la boca con la mano.

Su rostro estaba contraído de temor y asombro, porque según confesó después, había sentido los golpes en la boca. Los circunstantes se miraron unos a otros significativamente, pues antes de que la señora lo dijese notaron todos que había recibido una violenta conmoción y varios golpes en el oro de su artificial dentadura. Cuando la señora salió precipitadamente de la sala, soltamos todos, a su costa, una homérica carcajada.

Capítulo IV

RELATO DE LA SEÑORA JELIHOWSKY

Es imposible pormenorizar ni siquiera una parte de los fenómenos producidos durante la estancia de la señora Blavatsky en Pskoff. Sin embargo, pueden clasificarse como sigue
1) Respuestas directas verbales o con perfecta claridad escritas, a preguntas formuladas mentalmente, o sea «lectura del pensamiento".
2) Recetas dadas en lengua latina para diferentes enfermedades que con ellas se curaron.
3) Revelación de secretos particulares, desconocidos de todos menos de la parte interesada. Estos secretos fueron divulgados especialmente cuando se referían a personas que habían expresado dudas insultantes.
4) Cambio de peso en personas y objetos a voluntad.
5) Cartas recibidas de incógnitos corresponsales, y respuestas que, dadas inmediatamente por escrito a las preguntas hechas, se encontraban después en los más impensados lugares. (7)
6) Aparición y aporte de objetos que no pertenecían a ninguno de los presentes.
7) Sonidos aéreos, como de notas musicales, que se oían doquiera que la señora Blavatsky deseaba que resonasen.
Todas estas sorprendentes e inexplicables manifestaciones de una fuerza inteligente y casi diría que a veces omnisciente fuerza, causaron honda conmoción en Pskoff, donde todavía residen algunos que muy bien las recuerdan. La verdad nos obliga a declarar que las respuestas no estaban siempre de perfecto acuerdo con los hechos, aunque parecían adrede desviadas para burlarse de los preguntones que esperaban infalibles profecías.

Sin embargo, no cabe negar la positiva manifestación de una fuerza inteligente, capaz de percibir los pensamientos y emociones de cualquiera persona, como también de expresarlos por medio de golpes y movimientos de objetos inanimados.
Durante la estancia de la señora Blavatsky con nosotros, ocurrieron en presencia de varios testigos oculares, los dos fenómenos siguientes:
Como de costumbre, los más allegados y queridos de ella eran los que menos creían en sus ocultos poderes. Su hermano Leónidas y su padre se resistían contra toda evidencia, hasta que por último se desvanecieron las dudas del hermano a consecuencia del siguiente suceso.
El salón de la casa Vahontoff estaba lleno de visitas. Unos se entretenían con la música, otros con los naipes y la mayor parte con la experimentación de fenómenos psíquicos. Leónidas de Hahn no se fijaba en ninguno de ellos en particular, sino que se paseaba por el salón observándolo todo. Era un robusto joven saturado de los clásicos conocimientos de una universidad alemana, y no creía entonces en nada ni en nadie. Detúvose tras la silla en que su hermana estaba sentada, y escuchó lo que ella refería acerca de ciertas personas llamadas mediums, capaces de aumentar el peso de objetos livianos en términos que nadie podía levantarlos, al paso que otros objetos, pesados de por sí, quedaban sumamente ligeros.
Leónidas le preguntó a su hermana con ironía:
-¿Das a entender con eso que tú eres capaz de hacerlo?
La señora Blavatsky respondió tranquilamente:
-Los mediums sí lo son, y a veces también yo lo hice, aunque no siempre puedo asegurar el resultado.
Uno de los circunstantes preguntó a la sazón:

-Pero ¿lo intentará usted?
Inmediatamente todos le pidieron que lo intentase.
Ella respondió:
-Lo intentaré con la condición de que recuerden ustedes que nada aseguro. Tomaré por objeto esta mesita de ajedrez, y quien desee hacer el experimento, que la levante ahora, y pruebe a levantarla después de haberla yo fijado.
Alguien exclamó:
-¿Después que usted la haya fijado? ¿Y qué sucederá entonces? ¿ Quiere usted decir que no tocará la mesita?
La señora Blavatsky respondió sonriente:
-¿Y por qué ni para qué la he de tocar?
Al oír tan singular afirmación, un joven de los allí presentes se acercó resueltamente a la mesita levantándola en vilo cual si fuese una pluma.
La señora Blavatsky exclamó:
-¡Muy bien! Ahora hagan ustedes el favor de apartarse y dejar la mesa sola.
Obedecieron todos y callaron profundamente, reteniendo hasta el aliento por ver lo que haría la señora Blavatsky. Sin embargo, nada hizo en apariencia, pues tan sólo clavó sus rasgados y azules ojos en la mesita, mirándola intencionadamente de hito en hito. Después, sin apartar la vista de la mesita, invitó con silencioso ademán al joven a que la levantara. Acercóse entonces el joven, y asiendo el mueble por el soporte se dispuso confiadamente a levantarlo. Pero no pudo ni siquiera menearlo.
Entonces agarró la mesita con ambas manos para levantarla sin lograrlo, pues parecía como si estuviese atornillada en el suelo. Al ver lo inútil de sus tentativas, agachóse el joven y volviéndola a agarrar con ambas manos, desplegó todas sus fuerzas para levantarla, ayudado por el empuje de sus anchurosos hombros. El esfuerzo le encendió el rostro; pero ¡en vano! La mesita parecía haber echado raíces en la alfombra y no se meneaba. Resonaron entonces estrepitosos aplausos. El joven, lleno de confusión, desistió de su empeño, desesperado de lograrlo y apartóse a un lado, extendiendo los brazos a estilo de Napoleón, y diciendo en voz baja:
-¡Para mí que todo esto es una ingeniosa trampa!
-Verdaderamente lo es y de lindo artificio -añadió Leónidas, quien había sospechado secreta connivencia entre su hermana y aquel joven, para burlarse entre los dos de la reunión.
Así le preguntó Leónidas a su hermana:
-¿Quieres que yo lo intente?
-Con mucho gusto; pruébalo si quieres -respondió ella riendo.
Acercóse Leónidas a la mesita con la sonrisa en los labios y agarróla por el soporte para levantarla al esfuerzo de su robusto brazo; pero al punto se desvaneció de sus labios la sonrisa, y denotó su semblante muda expresión de asombro. Dió un paso atrás para observar cuidadosamente la mesita que tan familiar le era, y después le propinó un soberbio puntapié. Pero la mesita no se estremeció siquiera.
De pronto extendió sobre ella el pecho y la abarcó con ambos brazos tratando de sacudirla. Crujió la madera sin por ello ceder al esfuerzo. Los tres pies en que terminaba el soporte parecían atornillados en el suelo. Entonces perdió Leónidas Hahn toda esperanza, y desistiendo de la ingrata tentativa, se apartó a un lado, frunció el ceño y mirando alternativamente a su hermana y a la mesita, dijo tan sólo estas dos palabras:
-¡Es extraño!
Todos convinimos en que esta exclamación no era bastante enérgica.
Entretanto, lo ocurrido había llamado la atención de los visitantes que desde el salón fueron entrando en la vasta estancia en donde nos hallábamos. Muchos de ellos, viejos y

jóvenes, trataron de levantar o siquiera de menear ligeramente la obstinada mesita, pero fracasaron como todos los demás.
Al ver el asombro de su hermano, y acaso deseosa de desvanecer finalmente sus dudas, la señora Blavatsky se dirigió a él diciéndole con su acostumbrada y cariñosa risa:
-¡Prueba otra vez a levantar la mesita!
Leónidas se acercó desconfiadamente y volviéndola a agarrar por el soporte, la empujó hacia arriba con tal fuerza, que por poco le disloca el brazo la inutilidad del esfuerzo, porque la mesita se levantó tan ligera como una pluma. (8)
Refiramos ahora el segundo caso. Ocurrió pocos meses después, en Petrogrado, cuando la señora Blavatsky había salido ya de Pskoff con su padre y hermana, y vivían los tres en un hotel. Dirigíanse a veranear en una finca que la señora Yahontoff poseía en el distrito de Novorgeff, y se detuvieron algunos días en Petrogrado para ventilar asuntos particulares. Empleaban las mañanas en estos asuntos y por las tardes iban de visita o las recibían en el hotel sin tiempo hábil para ocuparse en los fenómenos ni siquiera mencionarlos.
Una noche fueron de visita dos antiguos amigos del coronel Hahn. Ambos eran caballeros ancianos.
Uno, el baron de M... condiscípulo del coronel en el Cuerpo de cadetes; y el otro, el muy conocido K...W (9) Los dos estaban muy interesados en el reciente espiritismo y anhelaban presenciar algunos fenómenos.
Después de varios experimentos se manifestaron los visitantes complacidísimos, admirados y sorprendidos de las facultades de la señora Blavatsky, sin explicarse la indiferencia ante semejantes fenómenos, del coronel Hahn, que permanecía arrellanado en su poltrona con los naipes en la mano, sin preocuparse de las maravillas que ocurrían en su alrededor, declarando que todo eran patrañas indignas de ocupar en ellas su atención las personas serias, por lo cual no quería oír hablar de tales despropósitos.
Esta declaración no desconcertó a los dos ancianos caballeros, sino que por el contrario insistieron en que el coronel Hahn debía en obsequio a su antigua amistad hacer algún experimento antes de quitar importancia o de negar posibilidad a los fenómenos de su hija. Le propusieron que comprobara la autenticidad de los poderes de las entidades inteligentes, escribiendo secretamente en un aposento contiguo una palabra arbitraria, invitando después a las entidades a que la repitiesen por medio de golpes alfabéticos. El coronel Hahn consintió finalmente en ello, más bien que por complacerles, con la esperanza de un fracaso que le diese ocasión de dejar chasqueados a sus dos amigos. Dejó los naipes, y entrándose en el aposento contiguo escriibió una palabra en un pedazo de papel que se guardó en el bolsillo y volvióse a sentar en su poltrona, esperando silenciosamente el resultado y riéndose entre dientes.
Dijo K...V:
-¡Muy bien! Dentro de pocos momentos se dirimirá nuestra cuestión. Pero ¿qué dirá usted, amigo, si los golpes repiten exactamente la palabra escrita? ¿No creerá usted en tal caso?
El coronel Hahn respondió escépticamente:
-No sé que diré si me aciertan la palabra; pero sí diré que en el caso de verme obligado a creer en vuestro supuesto espiritismo y sus fenómenos, estaré dispuesto a creer también en el demonio, las ondinas, brujas, hechiceras y todo el bagaje de supersticiones de las viejas. Entonces podrá usted ofrecerme una plaza de asilado en cualquier manicomio.
Dicho esto, permaneció sentado en la poltrona sin atender a los preparativos y procedimientos del fenómeno. Era empedernido volteriano, como llamaban en Rusia a los positivistas. Pero los demás nos interesamos vivamente en el experimento y nos pusimos a escuchar los golpes que resonaban en una plancha metálica traída de

propósito. La hermana menor iba repitiendo el alfabeto; el anciano general copiaba las letras a cuya pronunciación sonaba el golpe; y la señora Blavatsky nada hacía en apariencia. Era lo que en nuestra época se llama un buen medium escribiente, es decir, que podía escribir por su mano las respuestas mientras hablaba con los circunstantes de asuntos indiferentes. Sin embargo, por sencillo y rápido que fuese este método de comunicación, nunca consintió en emplearlo, temerosa de levantar sospechas entre la gente ignorante que no comprendía el procedimiento.

Desde un principio, casi desde su niñez, y con toda seguridad en la época a que se refiere el relato de su hermana, la señora Blavatsky, como ella misma nos dice, veía el pensamiento de quienes formulaban las preguntas, o su pálido reflejo, así como los sucesos, nombres, fechas o la que quiera que fuese del pasado, cual si flotasen en una sombría neblina alrededor de la persona interrogante, por lo general cerca de la cabeza. No tenía más que copiar conscientemente lo que veía, o dejar que su mano lo copiase mecánicamente. De todos modos, nunca se sintió auxiliada ni conducida por una fuerza externa, esto es, que desde su regreso del primer viaje no la ayudaron los «espíritus» en este procedimiento, pues actuaba de su propia voluntad más o menos conscientemente ejercida y premeditada y puesta en acción.

Pero el método era muy distinto cuando el pensamiento de una persona se había de comunicar por medio de golpes. Entonces le era preciso leer primeramente ya veces interpretar el de la persona interrogante, y enseguida recordarlo muy bien antes de que se desvaneciese. Después había de atender a la pronunciación o señalamiento de las letras del alfabeto, preparar la corriente de energía volitiva que había de producir el golpe y finalmente golpear la mesa o el objeto a propósito, en el preciso momento de pronunciar o señalar la letra pertinente. Este procedimiento es más difícil y no tan cómodo cual el de la escritura directa.

Por medio del alfabeto y de los golpes obtuvimos una palabra tan extraña y grotescamente absurda, que la supusimos desde luego incapaz de haberla escrito el coronel Hahn, y todos cuantos esperábamos alguna frase complicada, nos mirábamos unos a otros como preguntándonos con aire de duda si deberíamos leerla en voz alta. Interrogamos a las entidades sobre si era aquella la verdadera palabra.

Los golpes respondieron vivamente en el sentido afirmativo de los tres repetidos que en nuestro código convencional significaban: Sí. . . sí, sí, sí.

Al notar nuestra agitación y cuchicheos, el coronel Hahn nos miró por encima de sus anteojos y preguntó:

-¿Qué tal? ¿Tenéis respuesta? ¡Verdaderamente ha de ser algo muy complicado y profundo!

Levantóse sonriendo de dientes adentro y se acercó a nosotros. Su hija menor, la señora Yahontoff encaró se con él y le dijo algo confusa:

-Sólo hemos obtenido una palabra.

-¿Y cuál es?

-¡Zaitchik!

Al oírla había que ver la profunda alteración operada en el semblante del anciano coronel. Palideció como un cadáver. Ajustándose los lentes con trémula mano, la extendió luego exclamando precipitadamente:

-Dejádmela ver. Dádmela.

¿Es realmente esa ?

Tomó la tira de papel y leyendo con agitada voz, decía :

-Zaitchik. Sí; Zaitchik. Así es.

¡Qué cosa más rara!

Sacó después del bolsillo el pedazo de papel en que había escrito previamente la palabra en el aposento contiguo, lo entregó sin pronunciar palabra a su hija y los circunstantes, quienes leyeron la pregunta con su respuesta que decían así:
«¿Cuál era el nombre de mi favorito caballo de batalla en que monté durante mi primera campaña en Turquía?"
Y debajo entre paréntesis: «Zaitchik».
Nos sentimos todos triunfantes y así lo manifestamos. La aislada palabra Zaitchik produjo enorme efecto en el anciano coronel. Como a menudo les sucede a los escépticos empedernidos, en cuanto se convenció de que había algo de verdad en las afirmaciones de su hija mayor y que no eran los fenómenos cosa de juego ni superchería, se entregó a ellos con el celo de un ardiente investigador. Ya no se sintió inclinado a dudar de su propia razón.
El padre de la señora Blavatsky, una vez recibida dicha respuesta exacta, vióse acometido de la pasión de experimentar, valiéndose de las facultades de su hija. En cierta ocasión preguntó la fecha de un suceso de familia ocurrido algunos siglos antes, y se la dieron en respuesta. Desde entonces se aplicó con la señora Blavatsky a la difícil tarea de reconstituir la cronología de la familia y restaurar desde sus raíces hasta nuestros días el árbol genealógico perdido en la noche de las primeras cruzadas. Fácilmente prometieron las entidades dar la información y el coronel se puso a la obra desde la mañana hasta la noche.
Primeramente le comunicaron la leyenda del conde de Rottenstern, el caballero cruzado, con la fecha del año, mes y día en que se había librado una batalla contra los sarracenos, y cómo mientras el caballero cruzado dormía en su tienda, lo despertó el canto de un gallo (en alemán Hahn) en el momento en que un enemigo se había introducido en la tienda con intención de matarle, y que gracias al aviso del ave pudo prevenirse y dar muerte al intruso. Desde entonces, el gallo, símbolo de la vigilancia, tuvo el honor de estar representado en el escudo de armas de los condes de Rottenstern, cuyo apellido se mudó en el de Rottenstern von Rott Hahn de cuya estirpe derivaron la familia de Hahn-Hahn y otras.
Recibió después el coronel en comunicación una serie de fechas de años y meses, con centenares de nombres de los descendientes directos y colaterales del caballero de las Cruzadas hasta llegar en línea genealógica a la condesa Ida Hahn-Hahn, prima de! padre de la señora Blavatsky. También le informaron al coronel de los nombres y fechas de su estirpe directa, así como de un cúmulo de sucesos relacionados con ella. Todos los datos e informes se le comunicaron rápidamente y sin la menor vacilación, de suerte que el más insigne historiador dotado de fenomenal memoria, no hubiera sido capaz de igualar semejante tarea. La señora Blavatsky sólo tenía los elementales conocimientos de aritmética e historia adquiridos en la edad escolar, y por lo tanto era imposible toda impostura en una tarea que exigía suma precisión cronológica, profundo conocimiento de los más insignificantes sucesos históricos con sus correspondientes nombres y fechas, que luego de comprobados resultaron exactos sin error de un sólo día.
La familia Hahn emigrada de Alemania e inmigrada en Rusia bajo el reinado del zar Pedro III tenía algunos huecos y eslabones perdidos en su tabla genealógica; pero al consultar los documentos conservados por las diversas ramas de la familia en Alemania y Rusia, se vio que eran los originales de las copias comunicadas exactamente por los golpes dados con intervención de la señora Blavatsky.
Un tío suyo, alto empleado de la Administración de Correos de San Petersburgo, se interesó vivamente en esta misteriosa tarea, pues su mayor anhelo era adquirir un título de conde para sus descendientes en línea primogénita. Con el intento de ver si pillaba a su sobrina en alguna: inexactitud cronológica o histórica, solía interrumpir la continuada

serie de golpes y preguntar sobre algo que ninguna relación guardaba con la genealogía, sino que era algún suceso de la época. Así, por ejemplo, interrumpió en una ocasión en estos términos:
«-Decís que en el año 1572 el conde Carlos de Hahn-Hahn casó con la baronesa Otilia. Sucedió esto en junio, en el castillo de. . . en Mecklenburgo.
Pues bien, ¿quién era entonces el elector reinante? ¿qué príncipe reinaba en (algún minúsculo Estado alemán)? ¿Quién era el papa y quién su confesor en aquel año?»
La respuesta, siempre exacta, se recibía sin un momento de dilación, y a menudo costaba más trabajo comprobar la exactitud de los nombres y fechas que recibir la comunicación.
El tío de la señora Blavatsky a quien antes aludimos se llamaba J. A. Hahn. Días y semanas se enfrascó en el examen de polvorientos archivos, y escribió a Alemania pidiendo informes a los apartados lugares que indicaban las comunicaciones, y
cuando tropezaba en su camino con dificultades para obtener los informes apetecidos, los buscaba en los libros y registros que se le venían a mano.
Esto duró varios meses, y nunca se equivocaron los invisibles auxiliares de la señora Blavatsky ni en un solo caso. (10) Unicamente pedían a veces que se les concediera uno o dos días de plazo para informarse exactamente.
Por desgracia, se habrán perdido estas notas tomadas en hojas sueltas y copiadas después en un cuaderno, que guardó por entonces el coronel Hahn con mucha estima, aunque junto con otros documentos mucho más valiosos se extraviaron o alguien los substrajo al tiempo de su muerte. Sin embargo, la tía de la señora Blavatsky, cuñada de su padre, conserva de él algunas cartas en que habla con entusiasmo de sus experimentos.
Uno de los más sorprendentes fenómenos ocurrió poco después del regreso de la señora Blavatsky, a principios de la primavera de 1858. Ambas hermanas vivían entonces con su padre en la quinta campestre de la señora Yahontoff, quien se relata como sigue:
No lejos de las lindes de mi finca se encontró en una taberna el cadáver de un hombre asesinado, sin que se supiera quiénes habían sido los agresores.
El jefe de policía del distrito vino una tarde al pueblo en donde estábamos para hacer algunas indagaciones que se llevaron con escrupulosa reserva, sin decir nada de ellas a nadie ni siquiera a nuestro padre. Era antiguo conocido de nuestra familia, y por ello vino a visitarnos en la quinta, lo mismo que a otros propietarios de la vecindad. Nadie le preguntó a qué había venido. Al día siguiente de su llegada mandó que compareciesen ante él todos los esclavos del pueblo, y entonces colegimos algo del objeto de su venida, aunque el interrogatorio de los esclavos no dio resultado.
Estábamos sentados a la mesa tomando el té con el jefe de policía, cuando empezaron a sonar los acostumbrados ruidos, golpes y estrépitos en los muebles paredes y techo.
Nuestro padre le preguntó al jefe de policía que por qué no probaba de indagar el nombre y circunstancias del asesino por medio de los invisibles agentes de mi hermana; pero él se sonrió con aire de incredulidad. Había oído hablar de espíritus que todo lo sabían; y sin embargo estaba dispuesto a apostar cualquier cosa a que aquellos «caballeros de cuernos y pezuñas» serían incapaces de semejante pesquisa; pues «a duras penas se traicionarían dando informes contra ellos mismos», añadió el jefe de policía riéndose neciamente.
Esta pulla contra sus invisibles «potestades» y aquella burlona carcajada que a costa de ella había soltado el jefe de policía, demudaron el color de la señora Blavatsky quien sintió entonces, según ella misma asegura, el irresistible deseo de humillar al ignorante mentecato que no sabía de qué hablaba.
Así, encarándose gallardamente con el jefe de policía le preguntó en tono de reto:

-¿Y si yo le demostrara a usted lo contrario?
- Entonces -respondió el jefe sin dejar de reír- dimitiría mi cargo y se lo ofrecería a usted, señora.
O aún más; instaría vehementemente a las autoridades para que la colocaran a usted al frente del gabinete de la policía secreta.
La señora Blayatsky repuso indignada:
-Mire usted, capitán; no me gusta mezclarme en tan sucio negocio ni auxiliar a vuestros agentes; pero ya que usted me desafía, que mi padre vaya pronunciando el alfabeto y usted anotará las letras en que re caigan los golpes. Mi presencia no es necesaria para ello y con vuestro permiso me ausentaré del salón.
Levantóse de allí y tomando un libro se colocó en el balcón, sin dar muestras de interesarse por lo que ocurría.
El coronel Hahn, anheloso de convencer al jefe de policía, empezó a recitar el alfabeto, y la comunicación recibida estuvo muy lejos de ser laudatoria para aquél, pues decía en resumen que mientras estaba haciendo el tonto en Rugodevo (nombre de nuestra finca) el asesino, llamado Samoylo Ivanof, había traspuesto antes del amanecer los límites del distrito, escapando así a las garras de la policía.
Añadía la comunicación que en aquel momento estaba el criminal escondido debajo de una pila de heno en la heredad de un labriego llamado Andrés Vlassof, en la aldea de Oreshkino, donde podrían prenderlo si no tardaban en ir.
Esta revelación causó tremendo efecto en el jefe de policía, quien confesó admirado que Oreshkino era uno de los puntos sospechosos que tenía anotados en lista.
Sin embargo, inclinándose recelosamente sobre la mesa en que sonaban los golpes, preguntó:
-Permitidme indagar ¿cómo ha podido usted saber, quienquiera que sea, el nombre del asesino y el del encubridor que lo tiene escondido en su heredad?
La respuesta siguió clara y un tanto despectiva en estos términos.
-De la propia manera que usted no sabe ni ve mucho más allá de sus narices. Pero los que le estamos dando a usted estos informes disponemos de medios para averiguar cuanto deseamos saber. Samoylo Ivanof es licenciado del ejército. Estaba beodo y se peleó con la víctima. El homicidio no fue premeditado. Fue una desgracia y no un crimen.
Al oír estas palabras el jefe de policía salió alocado de la quinta y encaminóse a uña de caballo hacia Oreshkino, distante más de 48 kilómetros de Rugodevo. La comunicación coincidía admirablemente con algunos cabos sueltos que él había recogido con no poco trabajo, y daba la última palabra del misterio en los nombres revelados, de suerte que estaba seguro de que también resultaría verdad todo lo demás, según confesó después.
Lo sucedido en Oreshkino demostró la exactitud de la comunicación. El criminal fue descubierto y preso en su escondite de la heredad de Andrés Vlassof, resultando ser un soldado licenciado, de nombre Samoylo Ivanof.
Este suceso tuvo grandísima resonancia en todo el distrito y desde entonces se consideraron con más luminoso criterio los mensajes obtenidos por mediación de mi hermana; (11) pero en cambio trajo pocas semanas después muy desagradables complicaciones, porque la policía de San Petersburgo quiso averiguar cómo era posible que una mujer recién llegada del extranjero conociese todas las circunstancias del crimen.
Mucho trabajo le costó al coronel Hahn exponer el asunto y dar satisfacción a las suspicaces autoridades, demostrando que no había habido en el caso otra intervención que la de fuerzas sobrenaturales, aunque como cabe suponer no creía en ellas la policía.

Los fenómenos más completos ocurrían en las horas en que estábamos en familia sin nadie deseoso de hacer experimentos ni en demanda de pruebas baladíes ni tampoco a quien convencer o ilustrar.

En tales circunstancias las manifestaciones ocurrían espontáneamente, sin que ninguno de nosotros ni siquiera su principal autora, tomase parte activa para guiarlos, en cuanto de las apariencias podíamos ver y juzgar los presentes.

No tardamos en convencernos de que las fuerzas operantes eran de diversas categorías, según nos declaraba continuamente la señora Blavatsky. Los inferiores en la escala de seres invisibles producen la mayor parte de los fenómenos físicos, mientras que los superiores se prestan muy pocas veces a la comunicación o trato con extraños. Los llamados invisibles se dejaban ver, sentir y escuchar durante las horas en que estábamos en familia y reinaba entre nosotros tranquilidad y armonía.

Se dice que la armonía favorece admirablemente la llamada fuerza mediumnímica, y que los fenómenos físicos apenas dependen de la voluntad del medium. Los fenómenos tales como los producidos con la mesita de ajedrez en Pskoff fueron raros. En la mayor parte de los casos se manifestaban esporádicamente y parecían de todo punto desligados de la voluntad de la señora Blavatsky, sin que en apariencia obedeciesen a sugestiones de nadie, pues por lo general se producían en directa contradicción con los deseos expresados por los circunstantes. Cuando había ocasión de convencer a algún investigador de mucho talento, nos enojaba la obstinación o falta de voluntad de la señora Blavatsky en no aprovecharla.

Así por ejemplo, si pedíamos para uno de dichos intelectuales las profundas respuestas que solíamos obtener en familia, recibíamos alguna impertinente futesa, y si solicitábafi1os la repetición de cualquier fenómeno que ella había producido para nosotros cien veces antes, se reía de nuestro deseo.

Durante una numerosa tertulia veraniega, en que varias familias amigas habían llegado de muy lejos, y algunas de centenares de kilómetros de distancia, para presenciar fenómenos y "ver con sus ojos y oír con sus oídos los extraños hechos de la señora Blavatsky, nada de particular hacía ésta, aunque burlonamente nos aseguraba que iba a hacer cuanto de su parte estuviera. Esto duró varios dias. (12)

Los visitantes quedaban desanimados y escépticos ante aquel trato tan poco caritativo. Pero apenas se habían cerrado las puertas tras ellos y sonaban todavía alegremente los cascabeles de los caballos en la última avenida de la entrada del parque, cuando todos los objetos del salón parecían dotados de vida. Los muebles se meneaban como si cada pieza estuviese animada y provista de palabra, y pasamos el resto de la tarde y la mayor parte de la noche cual si nos halláramos entre las paredes encantadas del mágico palacio de alguna hada.

Más fácil sería enumerar los fenómenos que no ocurrieron durante aquellas por siempre memorables horas que describir los ocurridos. Cuantas fádicas manifestaciones habíamos presenciado distintas veces, se repitieron aquella noche en nuestro exclusivo provecho. Estábamos cenando en el comedor, cuando resonó con vibrantes acordes el piano colocado en el aposento contiguo y que todos podíamos ver cerrado con llave desde nuestros sitios, a través de las amplias puertas de par en par abiertas. Después, a la primera orden y mirada de la señora Blavatsky, recibía por el aire su bolsa de tabaco, la caja de fósforos, el pañuelo de bolsillo y todo lo que pedía o mandaba pedir.

Al ir a sentarnos se apagaron de repente todas las luces y velas del salón, como si una violenta ráfaga de viento hubiese atravesado la estancia, y al encender enseguida un fósforo, vimos el sofá, las butacas, la mesa, el aparador y una gran alacena contigua todo derribado invertidamente por el suelo como si manos invisibles lo hubiesen

volcado sin hacer el menor ruido ni romper las frágiles esculturitas de adorno, ni siquiera un plato.

Apenas nos habíamos repuesto del asombro que nos causaron aquellos milagrosos fenómenos, cuando de nuevo oímos resonar en el piano una marcha militar de notas claras e inteligibles. Nos precipitamos con luces encendidas hacia el instrumento, y yo conté mentalmente las personas para asegurarme de que estábamos todos. Encontramos el piano cerrado, y todavía vibrantes las cuerdas del extremo debajo de la pesada tapa.

Después de esto y no obstante ser ya muy tarde nos sentamos en torno de la mesa del comedor y tuvimos una sesión. El voluminoso aparador de familia empezó a dar violentas sacudidas y luego se movió deslizándose rápidamente en todas direcciones por el comedor y aun se levantó por sí mismo a la altura de un hombre. En suma, presenciamos todas aquellas manifestaciones que nunca fallaban cuando estábamos reunidas las personas más íntimas y queridas de la señora Blavatsky sin ningún extraño de los que venían a visitarnos atraídos por pura curiosidad ya veces con malévolos y hostiles sentimientos.

Siempre que la señora Blavatsky se sentaba para complacernos con sus comunicaciones por medio de golpes, nos preguntaba si preferíamos los golpes mediumnísticos inconscientes o los producidos por delegada y consciente clarividencia. Pero aunque ninguno de nosotros comprendía distintamente la diferencia por ella establecida entre ambas clases de comunicación, actuaba unas veces de un modo y otras de otro sin confundir; jamás ambos procedimientos.

Para la mejor comprensión de esta diferencia expondré aquí cómo la explica la misma señora Blavatsky.

Nunca ocultó que desde su niñez hasta cerca de los veinticinco años había sido una poderosa medium, aunque pasada dicha edad, a consecuencia de una disciplinada educación psíquica y física, logró dominar tan peligrosa dote y borrar toda huella de mediumnidad inconsciente o sea extraña a su voluntad y no sujeta a su dirección. Empleaba dos distintos procedimientos para establecer comunicaciones por medio de golpes. Uno consistía en mantenerse pasiva y permitir que las influencias actuasen libremente. En este caso las entidades elementales desprovistas de cerebro reflejaban más o menos fielmente, como el camaleón los matices de la luz, los pensamientos de los circunstantes y seguían de una manera semi-inteligente las sugestiones encontradas en la mente de la Sra. Blavatsky.

El otro procedimiento, empleado muy raras veces porque le disgustaba muchísimo el trato con entidades de difuntos o mejor dicho, entrar en sus corrientes de pensamiento, consistía en concentrarse en sí misma y cerrando los ojos buscar en la luz astral la corriente mental que conservaba las genuinas huellas de alguna celebridad ya difunta. Una vez hallada la corriente mental, la señora Blavatsky se identificaba interinamente con ella y entonces guiaba los golpes de modo que en consonancia con el alfabeto expresaran cuanto en su propia mente había reflejado la luz astral. Así, cuando la entidad golpeadora pretendía ser Shakespeare, no era en realidad este personaje, sino tan sólo el eco de los pensamientos que un tiempo vibraron en su cerebro y cristalizaron en la astral esfera en donde hacía ya largo tiempo que no estaba su envoltura, quedando únicamente los imperecederos pensamientos. Ni una frase ni una palabra señalada por los golpes dejaba de estar previamente en el cerebro de la señora Blavatsky, que a su vez reflejaba fielmente lo que su vista espiritual había leído en el luminoso archivo de la difunta humanidad. Ante la vista espiritual de la señora Blavatsky aparecía la, por decirlo así, cristalizada esencia mental del un tiempo cerebro físico. El viviente cerebro de Blavatsky fotografiaba la esencia, y su voluntad dictaba las palabras que la expresaban por medio de golpes inteligentemente dirigidos.

En el caso que nos ocupa escogimos el procedimiento de la comunicación mediumnímica inconsciente, tanto por la mayor facilidad en obtenerla como porque a nosotros nos divertía con menos molestia para la señora Blavatsky.

Entre los muchos invisibles y «distinguidos» fantasmas que nos visitaron aquella noche, el más eminente y activo fue el espíritu de Pushkin, aunque ni por un momento creímos que realmente fuese el gran poeta cuyos restos mortales descansan en la vecindad de nuestra finca de Rugodevo, en los terrenos monacales llamados la “montaña santa” .

Advertidos por la señora Blavatsky, sabíamos qué confianza podíamos tener en las comunicaciones y pláticas con dichos invisibles visitantes. Pero no por haber escogido para aquella sesión la comunicación por mediumnidad inconsciente, dejamos de obtener por el método de la «clarividencia delegada» comunicaciones de gran fuerza y vigor de pensamiento, profundamente científicas y notables en todos conceptos, aunque no por el espíritu sino en el espíritu de la difunta celebridad mundial en cuyo nombre se daban.

Unicamente cuando recurríamos a la mediumnidad pasiva obteníamos respuestas y comunicaciones que podían honrar a un payaso de circo, pero no a Sócrates, Cicerón o Lutero con cuyos nombres y el de otras eminencias gustaban de ufanarse los elementales que intervenían en las sesiones.

Capítulo V

RELATO DE LA SEÑORA JELIHOWSKY

(Continuación)

Recuerdo que en aquellos días leíamos en familia con profundo interés y en voz alta las recién publicadas Memorias de Catalina Romanovna Dashkoff. El interés de esta notable obra histórica fue todavía mayor para nosotros, porque el supuesto espíritu de la autora ya difunta interrumpía a menudo la lectura para colmar los vacíos y llenar los huecos abiertos en el texto por la pluma y tijeras de la censura, que desfiguraban el sentido de los párrafos. El dicho supuesto espíritu de la autora suplía tales deficiencias, comparando las anotaciones con sus recuerdos astrales.

La señora Blavatsky se negó como de costumbre a servir de amanuense, prefiriendo guiar cómodamente desde su butaca los golpes alfabéticos que componían la comunicación. Por este medio recibimos en nombre de la autora innumerables reparos, adiciones, explicaciones y refutaciones, y en algunos casos rectificaba con más precisas ideas las a su entender erróneas opiniones que sustentaba sobre determinados puntos al escribir las Memorias (13)

Estas enmiendas y adiciones nos fascinaban por su profundidad, ingenio y aticismo, aparte de la patética vehemencia que era uno de los más notables rasgos de la autora.

Pero volvamos a mis recuerdos de aquella noche memorable. Entre otras visitas de ultratumba, recibimos la del poeta A. Pushkin, quien parecía estar en uno de sus momentos de tétrica melancolía. A nuestras preguntas acerca de los motivos de sus padecimientos, y en qué podíamos favorecerle, respondió con una extemporánea poesía, que yo guardé, aunque su índole y estilo no resistirían a la crítica. Por esto dejo de transcribirla y tan sólo añadiré que en substancia decía que no teníamos razón alguna para conocer sus secretos sufrimientos. ¿Por qué intentábamos saber cuáles eran sus deseos? Su único deseo era descansar en el seno de la muerte, en vez de estar padeciendo en tinieblas por sus pecados, atormentado por los demonios, y sin esperanza de lograr jamás la felicidad de llegar a ser alado querubín. Y por el estilo continuaba la poesía. (14)

-¡Pobre Alejandro Sergeitch!- exclamó el coronel Hahn después de leer aquella detestable poesía. Y al propio tiempo se levantó en actitud de buscar algo.

-¿Qué busca usted? -le preguntamos.

-¡Mi pipa larga! Estoy ya harto de cigarros, y no encuentro la pipa. ¿En dónde estará?

-Después de cenar fumó usted en ella -le respondí.

-Es verdad. Pero ahora los espíritus de Helena deben de haber arramblado con ella o la han escondido en alguna parte.

En este momento, se oyeron en nuestro alrededor los golpes que decían: «A la una, a las dos y a las tres.» «A la una, a las dos y a las tres», como si se burlaran del veterano coronel, quien repuso:

-¡Bien, hombre, bien! Verdaderamente es una broma tonta. ¿No podría decirnos nuestro amigo Pushkin en donde la ha escondido? Que me lo diga, porque sin mi vieja y fiel pipa nada vale la vida para mí en este mundo.

-A la una, a las dos y a las tres- golpeó la mesa.

Nosotros preguntamos:

-¿Eres Alejandro Sergeitch?

En este momento, mi hermana frunció torvamente el ceño, y cesaron los golpes de pronto.

Tras una pausa, exclamó:
-No; es otro.
Puso entonces la mano sobre la mesa y volvieron a sonar los golpes.
-¿Quién es?- preguntó el coronel.
-Soy yo. El antiguo ordenanza de usía. Soy Voronof.
-¡Ah! ¡Voronof! ¡Cuánto me alegro de volverte a encontrar, mi buen compañero... Ahora procura acordarte del tiempo viejo y tráeme la pipa.
-Con mucho gusto lo haría, señor coronel; pero no puedo. Alguien me sujeta. Sin embargo, usía mismo puede tomarla. Está oscilando en la lámpara sobre vuestra misma cabeza.
Todos levantamos la vista. En efecto, donde un minuto antes nada había, se balanceaba horizontalmente la voluminosa pipa turca sobre la pantalla de alabastro, con sus dos extremos salientes a uno y otro lado de la lámpara del comedor.
Este nuevo fenómeno físico llenó de asombro aun a los que durante meses estábamos acostumbrados a vivir en un mundo de maravillas. Un año antes difícilmente hubiéramos creído en la posibilidad de lo que ya considerábamos como hechos perfectamente probados.
A principios de 1859, según hemos dicho, a poco de regresar a Rusia, se fue la señora Blavatsky a vivir con su padre y hermana a la quinta que la señora Jelihowsky poseía en la aldea de Rugodevo. (15)
Hacía un año que mi difunto marido la adquirió por medio de un agente, sin que hasta después de su muerte supiéramos quién fuese el vendedor, y así nadie sabía nada de sus antecedentes ni de quienes se trataba. A causa de la repentina muerte del señor Yahontoff, mi primer esposo, resolví establecerme en Rugodevo por algún tiempo con mis dos hijos todavía en la infancia, mi padre y mis dos hermanas Helena y Lisa que era la menor y la única hija habida por mi padre en segundas nupcias.
Por lo tanto, no conocía a los vecinos ni a los propietarios de las aldeas circundantes, ni a los parientes del anterior y ya difunto dueño de mi quinta.
Todo cuanto sabía era que el vendedor se llamaba Statkovsky, marido de la nieta de los difuntos propietarios, cuyo apellido de familia era Shusherin.
No tenía yo el más mínimo conocimiento de quienes fuesen aquellos Shusherin, dueños hereditarios de la vasta hacienda con sus pintorescas colinas y montañas, sus poblados bosques de pinos, sus hermosos lagos, añoso parque y vieja casa, desde cuya miranda se divisaba el país en treinta verstas a la redonda.
Menos aún podía saber nada de los Shusherin la señora Blavatsky, que acababa de regresar a Rusia después de diez años de ausencia.
A la segunda o tercera tarde de nuestra llegada a Rugodevo, íbamos de pareja con mi hermana Helena, paseando junto a los arriates fronteros a la casa.
Las ventanas de la fachada daban derechamente al jardín, y las de los otros tres lados del edificio caían a terrenos espaciosos y umbríos. Nos habíamos acomodado en el primer piso, que consistía en diez vastos aposentos, dejando para nuestro anciano padre unas cuantas habitaciones del piso bajo, a mano derecha del largo vestíbulo de entrada. Las habitaciones de la izquierda estaban vacías y cerradas en expectación de futuros huéspedes. La servidumbre ocupaba los aposentos traseros de la casa, que no se veían desde donde nosotros estábamos. Las ventanas del ala inhabitada se destacaban con brillante relieve, especialmente las del aposento de la izquierda, que al reflejar los rayos del esplendoroso sol poniente, reverberaban con la refulgencia de su brillante luz.
Paseábamos lentamente hacia arriba y hacia abajo del sendero que, cubierto de cascajilla, corría bajo las ventanas, y cada vez que nos acercábamos a la esquina de la

fachada, mi hermana miraba las ventanas con extraños ojos escrutadores, y deteniéndose en aquel lugar tomaba su rostro una sonriente y enigmática expresión. Al observar sus furtivas miradas y sonrisas, quise saber lo que le llamaba la atención en el aposento inhabitado, y ella respondió con aire de vacilación:
-¿Te lo digo? Bien; te lo diré, si me prometes no asustarte.
-¿Por qué me he de asustar?
Gracias a Dios no veo nada.
¿Y qué ves tú? ¿Son visitas del otro mundo como de costumbre?
-No te lo puedo decir por ahora, porque no los conozco. Pero si no me engañan las conjeturas, son habitantes o al menos las sombras de habitantes de otro mundo, y en modo alguno del nuestro. Lo reconozco así por ciertas señales.
-¿Qué señales? ¿Tienen cara de muerto? - pregunté yo muy nerviosa.
¡Oh! no; porque en tal caso los vería en el lecho mortuorio o en el ataúd. Ya estoy familiarizada con estos espectáculos. Pero estos que ahora veo son hombres vivientes y andan de uno a otro lado. No hay motivo para que me acuerde de su muerte, pues no sé quiénes son y nunca los conocí vivos. Sin embargo, tienen trazas de gente antigua y visten tal como vemos en los viejos retratos de familia. Sólo hay una excepción.
-¿Qué aspecto tiene?
Parece artista o estudiante alemán. Lleva una blusa de terciopelo negro con amplio cinturón de cuero. . . Larga cabellera que le cae en espesas ondas sobre hombros y espalda. Es muy joven. . . Está separado de los demás y mira en opuesta dirección que ellos.
Diciendo esto mi hermana nos acercábamos a la esquina de la casa, y nos detuvimos a mirar el vacío aposento a través de los brillantes cristales de las ventanas que refulgían a los rayos del sol poniente; pero el aposento estaba vacío, aunque sólo a mi vista, pues para la de mi hermana estaba probablemente lleno de las imágenes de los que años ha difuntos lo habitaron en otro tiempo.
La señora Blavatsky prosiguió mirando atentamente y describiendo lo que veía.
-Allí está que nos mira y parece haberse sobresaltado al vernos. Ya no está. ¡Cosa extraña! Parece como si se hubiera disuelto en los rayos del sol.
- Llamémoslos esta noche y preguntémosles quiénes son- insinué yo.
-Podemos hacerlo; pero ¿qué resultará de ello? ¿Merece alguno de ellos confianza para ser creído? Daría cualquier cosa para ser capaz de mandar y dirigir como hacen algunos personajes que podría nombrar. Pero no puedo. He de fracasar todavía algunos años- añadió quejumbrosamente la señora Blavatsky.
-¿Quiénes son esos personajes? ¿A quiénes te refieres?
- A los que saben y pueden, no a los mediums- exclamó con desdén.
Pero mira, mira, ¡qué espectáculo! ¡Mira qué monstruo tan horrible! ¿ Qué será eso?
-¿Qué significa el decirme “mira, mira y vé”? ¿Cómo he de mirar si nada veo, ni soy clarividente como tú?
...Dime ¿qué aspecto tiene esa otra figura? Si es algo espantable vale más que lo dejes estar - añadí yo, sintiendo escalofríos en todo el cuerpo. Y al ver que ella iba a hablar, yo exclamé
- Te suplico que no digas nada más si es muy espantoso.
-No tengas miedo. Nada hay en ello de terrible.
Me lo pareció. Ahora están allí. Sin embargo, hay una figura de mujer a la que veo muy veladamente.
De continuo surge y se sumerge y vuelve a surgir de la sombra del rincón. Es una muy anciana señora que me mira como si viviese. Debe de haber sido hermosa y arrogante.

Lleva una cofia en la cabeza, un pañolón cruzado sobre los hombros, un vestido corto y estrecho de color amarillo y un delantal de tela escocesa.
-¡Qué! ¿Estás describiendo algún imaginario retrato de la escuela holandesa ? -exclamé riendo. ¡Vaya! Temo que me engañes.
-Te juro que no. Pero me sabe mal que no lo puedas ver.
-¡Gracias! A mí no me sabe mal. ¡Paz a todos esos espectros! i Qué cosa tan horrible!
-De ningún modo. Todos son de agradable y natural aspecto, menos aquel viejo.
-¡Otra que tal! ¿ Qué viejo?
-Un viejo grotesco. Alto, flaco, con el sufrimiento retratado en su decrépito semblante. Lo que más me hace cavilar son sus uñas. ¡Qué uñas más largas y terribles! Lo menos tienen una pulgada de largo. Parecen garras.
-¡El cielo nos valga! - exclamé estremeciéndome, sin poderlo remediar- ¿A quién retratas de esa manera ?
Iba a decir que seguramente sería el mismo demonio, cuando me sobrecogió un temblor que me quitó las palabras de los labios, e incapaz de dominar mi terror, retrocedí colocándome a respetable distancia de la ventana.
Se había puesto ya el sol, pero los áureos y carmíneos arreboles de sus rayos doraban la techumbre de la casa, las copas de los añosos árboles del jardín y las aguas del estanque. Los matices de las flores parecían doblemente hermosos a la brillante luz crepuscular, y tan sólo la esquina de la casa parecía arrojar una melancólica sombra en aquel refulgente escenario.
La señora Blavatsky permanecía sola junto al sombrío ángulo, cobijada por el espeso follaje de un roble, mientras que yo me cobijé en una plazoleta próxima a los arriates, instando a mi hermana a que saliera de aquel rincón y viniese a gozar del hermoso panorama, contemplando las doradas cumbres de las boscosas colinas, las tranquilas aguas de los estanques y el gran lago dormido que reflejaba en su tersa superficie cual un espejo la verde confusión caótica de sus márgenes, y la antigua capilla adormecida en su nido de abedules.
Mi hermana salió de allí por fin pálida y pensativa, diciendo que estaba resuelta a averiguar quiénes eran los que acababa de ver. Tenía la seguridad de que aquellas sombras eran los lánguidos reflejos de las personas que un tiempo habían habitado en los vacíos aposentos. Así dijo:
-Me inquieta el averiguar quién puede ser el viejo. ¿Por qué se ha dejado crecer las uñas tan extraordinariamente largas al estilo chino? Además noto en él la particularidad de que lleva un gorro muy extraño, muy alto, y algo parecido al klobuk (16)
de nuestros monjes.
-¡Deja estar esos hórridos fantasmas! ¡No pienses en ellos!
-¿Por qué? Es muy interesante, tanto más desde que los veo raras veces. Quisiera ser todavía una buena medium, como los que según me han dicho están constantemente rodeados de huestes de espectros, a los que sólo veo ahora de cuando en cuando, y no como en mi niñez..... Sin embargo, la noche pasada vi en el dormitorio de Lisa un caballero alto con largas patillas.
-¡Cómo! ¿En el dormitorio de los niños? ¡Oh! Hazme el favor de sacarlo de allí. Espero que el fantasma no habrá hecho más que seguirte a ti hasta el dormitorio sin aposentarse permanentemente allí. No acierto a comprender como te quedas tan tranquila y no sientes miedo al ver a los fantasmas.
-¿Y por qué he de temerlos? Casi siempre son inofensivos, a no ser que se les excite. Además, estoy demasiado acostumbrada a semejantes visiones para experimentar ni la más pasajera inquietud. A lo sumo, siento disgusto y despectiva piedad por los pobres

cascarones. Tengo la convicción de que todos los mortales estamos constantemente rodeados de millones de tales sombras que son la última imagen
mortal dejada de sí mismos por sus ex propietarios.
-Entonces, ¿crees que todos estos fantasmas son reflejo de los muertos?
-Estoy de ello convencida, porque lo sé.
-Así pues, ¿por qué no nos rodean constantemente nuestros parientes y amigos a quienes tanto amamos y tan cerca de nosotros estuvieron? ¿Por qué solo hemos de vernos molestados por una hueste de extraños y sufrir la inoportuna presencia de los espectros de gentes que no conocimos ni en nada nos interesan?
-Es una pregunta de difícil respuesta. Muy a menudo y con mucho ahínco he tratado de ver y reconocer entre los espectros que me acosaban, alguno de nuestros parientes o amigos. . . He reconocido ocasionalmente a parientes lejanos y amigos circunstanciales con quienes apenas me trataba; pero nunca hicieron caso de mí y siempre los veía inesperadamente y sin que deseara verlos. Con toda mi alma y con todo mi esfuerzo intenté ver a los seres queridos; pero ¡en vano! De mis experiencias infiero que no son los vivos quienes atraen a los muertos sino más bien los lugares do habitaron, los sitios en que vivieron y penaron, y donde sus personalidades y formas externas quedaron más intensamente impresas en el ambiente. Dime una cosa. ¿No te parece que si a los viejos esclavos que aquí nacieron y han vivido toda su vida les describiéramos el aspecto de los fantasmas que acabo de ver, reconocerían en ellos a personas de su trato que en esta casa murieron? Estoy segura de ello.
La idea era excelente y la pusimos desde luego en práctica. Nos sentamos en los peldaños de la entrada y enviamos a un criado a que averiguase quiénes eran los esclavos o vasallos más viejos de la aldea. Pronto volvió con un viejo sastre llamado Timoteo, que desde hacía años estaba dispensado de toda labor en razón de su avanzada edad, y un sexagenario de nombre Ulyan. Al principio me sentí algo cohibida y les pregunté cosas baladíes, entre ellas quién había mandado construir uno de los pabellones anexos a la casa. Después les pregunté derechamente si habían conocido a un viejo de extraño aspecto, con las uñas terriblemente largas, una monterilla negra en la cabeza y vestido de ordinario con un largo gabán gris.
Apenas hube dado estas señas, cuando los dos viejos aldeanos, interrumpiéndose atropelladamente uno a otro, exclamaron que «conocieron muy bien al sujeto descrito por su joven dueña, pues era su difunto amo Nicolás Mihaylovitch» .
-¿Statkowsky? -pregunté yo creyendo que este era el apellido de familia.
-No, señora -respondieron los aldeanos- Statkowsky vive todavía y era nuestro dueño nominal por haberse casado con Natalia Nikolawna, nieta de nuestro dueño efectivo Nicolás Mihaylovitch Shusherin, que fue seguramente como lo habéis descrito.
Mi hermana y yo cambiamos una furtiva mirada, y para no enterar a los siervos de nuestro asunto, respondí yo:
-Nosotras habíamos oído hablar de él, pero no estábamos seguras de que lo fuese. Pero ¿por qué llevaba tan extraña monterilla, sin cortarse jamás las uñas a lo que parece ?
-Señora, esto era, según se nos dijo, a consecuencia de una enfermedad incurable que el difunto dueño contrajo en Lituania, donde residió muchos años. Se llama el koltun (17) si es que la habéis oído nombrar. No podía cortarse el pelo ni las uñas y siempre llevaba la cabeza cubierta con una monterilla de terciopelo negro por el estilo de los capacetes de los sacerdotes.
-¿Y qué aspecto tenía vuestra ama la señorita Shusherin?
La descripción que de ella hizo el sastre Timoteo no se parecía en nada a la señora de porte holandés que había visto mi hermana; pero después de más detenido examen, descubrimos que dicha señora vestida medio a la holandesa, era Mina Ivanovna, un ama

de llaves alemana que había estado más de veinte años en la casa; y el joven que parecía estudiante alemán, resultó serlo realmente. Había venido de Goetinga, era el hermano menor de Statkowsky, y al cabo de tres años de su llegada murió tísico en Rugodevo.

Además averiguamos que el aposento en donde la señora Blavatsky vio aquella tarde, como volvió a ver más adelante en varias ocasiones, los espectros de todos aquellos personajes fallecidos en Rugodevo, había servido de estancia mortuoria de unos de ellos o de capilla ardiente de otros, donde sus cadáveres permanecieron de tres a cinco días antes de inhumarlos en la lejana y antigua capilla, al otro lado del lago, que también habíamos visto y examinado desde las ventanas de nuestro aposento.

Desde aquel día, no sólo la señora Blavatsky sino también su hermanita Lisa, de nueve años de edad, vieron más de una vez extrañas sombras que silenciosamente se deslizaban por los corredores de la vieja casa, llena de lánguidos sucesos del pasado y de los espectros de quienes allí habían muerto. Aunque parezca extraño, la chiquilla tenía a los inquietos fantasmas tan poco miedo como su hermana mayor, y los tomaba por personas vivas, preocupándole tan sólo el interesante problema de que “de dónde venían, quiénes eran y por qué nadie podía verlos sino ella y su hermana mayor”.

Esto le hacía cavilar a la muchacha; pero afortunadamente y gracias acaso a los esfuerzos de la señora Blavatsky, muy pronto perdió aquella facultad y no la recobró en el resto de la vida. (18) En cuanto a Helena Petrovna la mantuvo siempre desde su niñez y es tan vigorosa en ella que rara vez se le ha de comunicar por carta la muerte de un pariente, un amigo o un criado de la familia. Hemos renunciado a participarle estos tristes sucesos, pues los difuntos preceden invariablemente a la noticia y la enteran por sí mismos de su fallecimiento. Según veremos más adelante, antes de que nuestra carta pudiese llegar a sus manos recibíamos de ella otra en que n os describía la manera en que vio a tal o cual persona difunta.

[El folleto Reminiscencias personales y de familia, escrito por la señora Jelihowsky, al que ya nos hemos referido, puede consultarse en cuanto a los incidentes sobrevenidos en la época de que tratamos.

Una vez instalados en nuestra quinta de Rugodevo, nos vimos como si estuviéramos en un mundo encantado, acostumbrándonos poco a poco a que los muebles se movieran sin nadie tocarlos, a que los objetos se trasladaran de uno a otro sitio de inexplicable manera, y a la presencia e intervención en los hechos de nuestra vida cotidiana de una desconocida y sin embargo inteligente potestad, hasta el punto de que acabamos por prestar escasa atención a fenómenos que para cualesquiera otros hubieran sido milagrosos.

¡Verdaderamente es el hábito una segunda naturaleza! Nuestro padre, que había empezado por decir que bien pudieran encerrarle en un manicomio el día en que creyese que las mesas se movían, volaban o se desprendían de su sitio al deseo de los circunstantes, pasaba ahora los días y parte de las noches hablando con «los espíritus de HHelena», como él los llamaba, y que le informaban de numerosos pormenores y sucesos referentes a las vidas de sus antepasados, los condes de Hahn von Rottenstern Hahn, ofreciéndole ponerle en posesión de ciertos documentos escrituriales y relatando tan interesantes leyendas e ingeniosas anécdotas, que creyentes y escépticos no pudieron menos de sentirse interesados en escucharlas. Sucedía a veces que estando mi hermana ocupada en sus lecturas, mi padre, el ama de llaves y yo, por no distraerla, nos comunicábamos mentalmente y en silencio con la invisible potestad, formulando en nuestra mente las preguntas y copiando las respuestas alfabéticas que daban los golpes en las paredes o en la mesa cercana.

Uno de estos notables fenómenos acaeció mientras nos hallábamos en la Montaña Santa (Swyati Gori) donde está enterrado el poeta Pushkin, mientras mi hermana dormía

profundamente. Se me revelaron cosas que nadie en el mundo podía saber, pues yo sola era la depositaria de estos secretos, junto con un anciano caballero que residía desde mucho tiempo en su lejana hacienda. Hacía ya seis años que no le veía, y mi hermana no le conocía, pues yo trabé conocimiento con él dos años después de haber salido ella de Rusia. Durante la comunicación mental se me dieron nombres, fechas y la denominación de la hacienda del caballero. Yo había preguntado mentalmente: “¿En dónde está quien más que nadie me amó en este mundo?” Fácilmente se comprende que al formular esta pregunta me acordaba yo de mi marido; pero en vez de su nombre me dieron otro mucho tiempo ha olvidado. Primero me sentí perpleja, después indignada. y por último me pareció la cosa tan cómica, que me eché a reír, despertando con la risa a mi hermana. Yo pregunté a mis invisibles compañeros: "¿Cómo podéis probarme que no mentís? " Me respondieron: «Acuérdate del segundo tomo de las poesías de Byron» .
Al oír esto quedé yerta de horror. Nadie absolutamente conocía aquella vicisitud de mi vida, y yo misma la había olvidado desde muchos años atrás; y sin embargo, me la acababan de declarar con todos sus pormenores. Porque el caso era que un caballero que por la edad hubiera podido ser mi abuelo, estaba enamorado de mí y me dejaba para leer una serie de tomos de clásicos ingleses. El caballero no encontró mejor medio de solicitarme en matrimonio que escribir una carta a este efecto e incluirla en el segundo tomo de las obras de Byron.

Desde luego que mis «informadores», quienes quiera que fuesen, me jugaron una mala pasada al recordarme aquel incidente; pero en cambio me demostraron con ello brillantemente su omnisciencia.

Era muy extraordinario que nuestras calladas comunicaciones con aquella inteligente fuerza, que siempre se había manifestado en presencia de mi hermana, tuviesen mayor éxito para nosotros mientras ella estaba dormida, o indispuesta o enferma.

Un día se hallaba mi hermana en cama en estado comático y al joven médico que por vez primera la visitaba, le faltó poco para desmayarse al ver que se movían todos los objetos del aposento. Muy frecuentemente ocurrían en casa estas escenas tragi-cómicas, y las más notables de cuantas sucedieron durante los dos años de nuestra estancia allí, se refirieron en las páginas del Rebus de 1883. Como testigo ocular sólo me incumbe dar fe de todos los fenómenos descritos, sin entremeterme en la cuestión de los agentes que los produjeron ni en la naturaleza de estos agentes. Sin embargo, puedo recordar algunos otros inexplicables fenómenos que ocurrieron en aquel tiempo, y aunque no presencié personalmente algunos de ellos, los atestiguan otros individuos de mi familia.

Todos cuantos vivían con nosotros en la quinta veían constantemente, ya veces en pleno día, vagas formas humanas que vagaban por los aposentos, se aparecían en los arriates del jardín frontero a la casa, y cerca de la vieja capilla. Mi padre, el antes obstinado escéptico y la señorita Leontina, aya de mi hermana menor, me dijeron varias veces que habían visto distinta mente dichas sombras. Además, Leontina encontraba con frecuencia en sus cerrados armarios y baúles, cartas misteriosas con secretos de familia que sólo ella conocía y cuya lectura le arrancaba lágrimas durante semanas enteras. Dos o tres veces se cumplieron exactamente los sucesos profetizados en dichas cartas.

[Serán interesantes algunos comentarios de la señora Blavatsky sobre varios puntos de la precedente narración. Dice que valiéndose de los más famosos mediums de entonces trató de comunicarse con sus más queridos muertos cuya pérdida había deplorado, pero que nunca pudo lograrlo. Ciertamente recibió comunicaciones y mensajes con firmas, y vio dos veces sus materializadas formas, aunque el lenguaje de las comunicaciones era de estilo muy distinto del que usaba el difunto. Las firmas, según ella asegura, las obtenían de su propio cerebro; y en ninguna ocasión, cuando el medium anunciaba la presencia de un pariente difunto y describía su aspecto, reconoció la señora Blavatsky el

espíritu del supuesto pariente entre la hueste de cascarones y elementales que los rodeaban. Esto si el medium era sincero e ignoraba que la señora Blavatsky podía ver tanto como él.

Precisamente las cosas pasaban de muy contraria manera, porque a menudo experimentaba ella con disgusto que le extraían de la memoria sus recuerdos e imágenes cerebrales, desfigurándolas en la confusa amalgama producida entre su reflejo en el cerebro del medium, quien instantáneamente las proyectaba, y los cascarones que las absorbían como una esponja y las objetivizaban a su vista cual horrible máscara.

Añade la Sra. Blavatsky: «La materializada forma de mi tío resultó ser un retrato del medium Guillermo Eddy. La proyecté de mi propia mente, sin decírselo a nadie, tal como acostumbraba yo a hacer estos experimentos. Proyecté en el cuerpo astral del medium una huera envoltura externa de mi tío. Seguí y presencié todo el fenómeno, que fue tan real como podía ser, y como me constaba que Guillermo Eddy era un medium sincero, le defendí en los periódicos cuando vinieron días de prueba para él. En resumen, que durante todos los años de experiencia en los Estados Unidos, nunca logré identificar, ni en un solo caso, a quienes deseaba ver. Unicamente en sueños y visiones me puse en contacto directo con los parientes y amigos a quienes me ligaba un vivo amor espiritual."

La señora Blavatsky expone en estas otra líneas siguientes su convencimiento basado a la par en su experiencia personal y en las enseñanzas ocultas:

"Por ciertas razones psíquico-magnéticas, que serían muy largas de explicar, no se acercan a nosotros las envolturas de los espíritus de nuestros seres más queridos. No tienen necesidad de ello, a menos que fuesen impenitentemente malvados, pues están con nosotros en el devachán, aquel estado de felicidad en que las mónadas se ven rodeadas de cuanto amaron en la tierra, lo mismo entidades humanas que objetos de anhelo espiritual. Las envolturas separadas de los principios superiores nada tienen de común con ellos. No quedan atraídas a sus parientes y amigos, sino a quienes más intensa afinidad terrena y sensual tuvieron con ellos. Así el cascarón de un beodo quedará atraído hacia un viviente que ya sea beodo o tenga en sí el germen de este vicio, y en tal caso lo desarrollará valiéndose del cuerpo del viviente para satisfacer sus ansias. Uno que muera en plena pasión sexual respecto de una persona, quedará atraído hacia ella. Los teósofos, y en especial los ocultistas, no debemos olvidar jamás el profundo axioma de la doctrina esotérica, según el cual, los vivientes somos atraídos hacia los espíritus; pero que éstos no pueden aunque quieran descender hasta nosotros, o por mejor decir, hasta nuestra esfera."

Capítulo VI

RELATO DE LA SEÑORA JELIHOWSKY

(CONCLUSIÓN)

La sosegada vida que llevábamos en Rugodevo se conturbó por una terrible enfermedad que contrajo la Sra. Blavatsky. Años antes, acaso mientras viajaba sola por las estepas de Asia, sufrió una grave herida sin que nunca supiéramos la causa.
Baste decir que de cuando en cuando se le reabría la herida, y entonces eran tan angustiosos sus padecimientos que le daban convulsiones y la ponían en trance de muerte. El accidente le duraba por lo general de tres a cuatro días, al cabo de los cuales se volvía a cerrar la herida tan rápidamente como se había abierto, cual si una mano invisible la cerrase sin dejar rastro del accidente. Pero la familia ignorábamos al principio esta extraña peculiaridad y era mucho nuestro temor y desconsuelo. Mandamos a buscar un médico a la próxima ciudad, pero de nada sirvió su visita, y no precisamente por que fuese lego en cirugía, sino por el terror que le sobrecogió al ver que en el momento de ir a examinar la herida de la enferma, postrada sin sentido en el lecho, se interponía entre su mano y la herida otra mano, grande y sombría en actitud de ungirla. La herida estaba cerca del corazón, y la misteriosa mano se movía lentamente a varios intervalos desde el cuello hasta la cintura de la enferma. Para agravar el terror del médico se oyó en el aposento un tan horrible estrépito, una tan caótica baraúnda de ruidos y golpetazos en el techo, suelo, ventanas y muebles, que el asustado doctor pidió que no le dejaran solo en el aposento con la desvanecida enferma.
En la primavera de 1860 salimos mi hermana y yo de Rugodevo para el Cáucaso, con objeto de visitar a nuestros abuelos, a quienes hacía muchos años que no veíamos. En el viaje de Moscú a Tiflis, que duró tres semanas y lo hicimos en diligencia con relevo de tiro, ocurrió un extraño fenómeno. Nos detuvimos a descansar en Zadusk, población situada en el territorio de los cosacos del Don, y lugar de peregrinación en donde se conservan las sagradas reliquias de San Tihon. Induje a mi indolente hermana a que viniese conmigo al santuario para oír misa, pues nos habían dicho que el celebrante en el altar de las reliquias sería aquella mañana el metropolitano (19) de Kiev, el famoso y erudito Isidoro (20) a quien habíamos conocido mucho durante nuestra niñez y juventud en Tiflis, donde ejerció algunos años el cargo de exarca (21) de Georgia. Durante muchos años había sido amigo de nuestra familia, visitándonos con frecuencia. Mientras decía la misa nos vio, y al concluir mandó recado por un monje invitándonos a que fuésemos a visitarle en el palacio arzobispal. Nos recibió Con suma afabilidad, pero apenas tomamos asiento en el salón de visitas cuando se armó de repente un tremendo barullo de ruidos, golpes y porrazos en todos sentidos con una violencia a que no estábamos acostumbradas. Todos los muebles crujieron y golpetearon , y la enorme araña que pendía del techo, cuyos colgantillos de cristal parecían estar dotados de movimiento propio, vino a colocarse junto al metropolitano que estaba con los codos apoyados sobre la mesa.
Inútil es decir cuán confusas y cohibidas quedamos, aunque la confusión de mi hermana estaba algo atemperada por una expresión de regocijo mucho mayor del que yo hubiera deseado. El metropolitano Isidoro echó de ver al punto nuestra confusión y con su natural sagacidad comprendió su verdadera causa. Había leído no poco acerca de los fenómenos espiritistas, y al ver que se deslizaba hacia él una butaca soltó la risa y mostróse muy interesado en el fenómeno. Preguntó que cuál de nosotras era la dotada con tan extraordinaria facultad y quiso saber cuándo y cómo había empezado a

manifestarse. Satisficimos su curiosidad con cuantos pormenores nos fue posible, y después de escucharnos atentamente, le preguntó de pronto a la señora Blavatsky si le permitiría formular una pregunta mental a su invisible entidad. Accedió mi hermana como era de suponer, y aunque no me creo autorizada para revelar la pregunta, inmediatamente recibió el metropolitano la respuesta tan precisa, exacta y oportuna, que se quedó asombrado y nos retuvo de visita más de tres horas con vivo interés por el fenómeno. Se olvidó de ir a comer, mandó que nadie viniese a interrumpirnos y estuvo en continuada conversación con sus invisibles interlocutores, cuya omnisciencia (22) le admiró profundamente.

Al despedirnos del venerable anciano nos dio la bendición, y dirigiéndose a la señora Blavatsky le dijo:

«En cuanto a ti, no se turbe tu corazón por la facultad que posees, ni permitas de aquí en adelante que sea una fuente de miseria, pues con algún propósito se te otorgó y no podrías cumplirlo. Al contrario, si la usas con discernimiento serás capaz de hacer mucho bien al prójimo».

Estas son las auténticas palabras que Su Santidad Isidoro, metropolitano de nuestra iglesia griega ortodoxa de Rusia dirigió en mi presencia a mi hermana la señora Blavatsky. (23)

En una de las estaciones de relevo de tiro, el jefe nos dijo muy brutalmente que habríamos de esperar, pues no tenía caballos de refresco para nosotras.

Aún no se había puesto el sol, era plenilunio, los caminos se hallaban en buen estado, y sin embargo ¡íbamos a perder unas cuantas horas! Esto era insoportable. El jefe de la posta estaba demasiado beodo para tratar con él y se había ido negándose a hablar con nosotras, por lo que no quedaba más remedio que resignarnos con aquel ligero inconveniente y ver el modo de pasar la noche lo mejor posible. Pero aún sobrevino otra dificultad. El edificio de la estación era pequeño y sólo tenía un aposento para los viajeros, contiguo a la cocina, cálida y sucia. Además, el aposento estaba cerrado con llave y nadie quería abrirlo sin orden expresa. La señora Blavatsky, perdida la paciencia, exclamó:

-¡Vaya! Esto es muy divertido. Se nos niegan caballos y se nos cierra el aposento a que tenemos derecho. ¿Por qué está cerrado? Es preciso averiguarlo.

Pero la estación parecía abandonada, pues no se veía en ella ni un alma. La señora Blavatsky se acercó a las ventanas del aposento, que caían muy bajas, y mirando a través de los cristales exclamó de pronto:

-¡Ah! ¡Ya sé lo que es! ¡Muy bien! Ahora obligaré a ese brutal borracho a que en cinco minutos nos proporcione caballos. Dicho esto fuese en busca del jefe de la estación. Deseosa yo de saber el secreto del misterioso aposento, me acerqué a la ventana con intento de escrutar sus desconocidos ámbitos; pero aunque el interior del aposento era perfectamente visible a través de la ventana, mis no iniciados ojos sólo pudieron ver el vulgar mobiliario de una estación de postas, tan sucia como todas.

Sin embargo, apenas habían transcurrido diez minutos cuando con agradable sorpresa por mi parte, trajo tres excelentes y robustos caballos de posta el jefe de la estación en persona, quien por arte mágico se había convertido, pálido y confuso, en servicial y obsequioso. Pocos minutos tardó en estar dispuesto nuestro carruaje y proseguimos el viaje.

La señora Blavatsky respondió con sólo una risotada a mi pregunta de qué hechicería la había ayudado a conseguir cambio tan radical en el beodo jefe de estación que momentos antes no hacía caso de nosotras. Después me dijo:

-Aprovéchate de ello y no me preguntes nada. ¿Por qué has de ser tan preguntona?

Con todo, al día siguiente se dignó decirme que seguramente el bellaco jefe de la estación debía de haberla tomado por bruja. Parece ser que la señora Blavatsky encontró al jefe en el patio de la estación y le dijo que todavía estaba en el aposento de los pasajeros el fantasma o espectro del difunto cuyo cadáver había permanecido allí expuesto, por lo que era preciso no detenernos pues de lo contrario insistiríamos en nuestro derecho de reposar en el aposento y conturbaríamos al espíritu del difunto. Al oír esto el jefe de la estación abrió desmesuradamente los ojos como si no entendiera lo que se le decía. Entonces, la sefíora Blavatsky se apresuró a informarle de que se trataba de su difunta esposa, cuyo cadáver acababa de sepultar, pero cuyo espíritu estaba aún en el aposento y allí seguiría hasta que nosotras nos marcháramos. Describió mi hermana el fantasma con tan minuciosos pormenores, que el pobre viudo palideció de muerte y salió escapado en busca de caballos de repuesto.

En una Memoria titulada: Reminiscencias del príncipe A. T. Bariatinsky escrito por su ayudante de campo en Tiflis, el general P. S. Nikolaeff, se dan interesantes pormenores acerca de la familia de la señora Blavatsky. Dicha Memoria se publicó en el Historical Vyestuich (Mensajero Histórico), revista rusa muy reputada, que como su título indica tiene por tema preferente las Notas, Memorias y Biografías de interés histórico. Al tratar de la familia Fadeef, el general Nikolaeff dice lo siguiente respecto de la época en que la señora Blavatsky regresó a Tiflis:

«Vivían entonces en la antigua residencia de la princesa Tchavtchavadze, cuyo grandioso edificio tenía la pátina de algo fádico y peculiar que recordaba la época de la emperatriz Catalina. El largo, elevado y sombrío vestíbulo estaba adornado con los retratos de familia de los Fadeefs y de la princesa Dolgoruky. Seguía después un salón cuyas paredes revestían tapices de los Gobelinos, regalo de la emperatriz Catalina, y contiguo al salón se abría el aposento de la señorita N. A. Fadeef, que era un notabilísimo museo particular cuya variedad de objetos artísticos llamaba la atención. Veíanse allí armas y armaduras de todos los países del mundo, lozas antiguas, copas, tazas, utensilios domésticos de pasadas épocas, ídolos chinos y japoneses, mosaicos e imágenes de estilo bizantino, alfombras turcas y persas, tejidos de oro y plata, estatuas, cuadros, pinturas, fósiles petrificados y finalmente una rara y valiosísima biblioteca.

La emancipación de los esclavos no había alterado en modo alguno la vida cotidiana de los Fadeefs, pues el considerable número de los que tenían, (24) continuaron a su servicio en calidad de criados con salario, gozando del mismo trato hospitalario, benévolo y abundoso que cuando eran esclavos. Gustaba yo de pasar las veladas en aquella casa. Todas las noches, a las diez y cuarto en punto, el viejo general se retiraba a sus habitaciones, cepillando el entarimado con sus pantuflas. A la misma hora se servía la cena pronta y silenciosamente en el interior de las habitaciones, después de la cual se cerraban las puertas de la sala y empezaba una animada conversación sobre diversos temas. Se comentaba y discutía la literatura moderna y se debatían las cuestiones sociales de actualidad en la vida política de Rusia.

A veces, uno de los concurrentes relataba sus viajes o refería la reciente refriega en que se había hallado alguno de los personajes del relato. Otras veces escuchaban todos atentamente lo que decía un oficial del ejército, tostado del sol y recién venido del campo de batalla en las montañas del Cáucaso. Otro oficial del ejército ruso, llamado Quartano, procedente de España, donde había estado afiliado a la masonería, contaba conmovedoras anécdotas de las guerras napoleónicas. También la señora Blavatsky, “Radda Bay”, nieta del general, exhumaba algún tormentoso episodio de sus viajes y de su vida en los Estados Unidos cuando la conversación recaía de pronto sobre asuntos místicos y comenzaba ella a “evocar a los espíritus” . Por fin, las largas velas que

alumbraban la sala se iban consumiendo y sus débiles fulgores parecía como si animasen y moviesen las humanas figuras de los tapices de los Gobelinos.
Entonces sentíamos todos una involuntaria sensación de abatimiento. Esto duraba por la general hasta que cerraba del todo la noche".
La señora Blavatsky residió en Tiflis cerca de dos años, y unos tres en el Cáucaso. El último año lo pasó recorriendo las comarcas de Inserecia, Georgia y Mingrelia. En todos los países transcaucásicos y las costas del mar Negro, las gentes son tan supersticiosas como los paganos, a pesar de que su cristianismo data del siglo IV. Se distinguen mayormente en la superstición los semi-salvajes y belicosos apkasianos, inseretenses y mingrelianos, descendientes acaso de los antiguos griegos que acaudillados por Jason fueron en busca del vellocino deoro, pues según la histórica leyenda, allí estuvo situada la antigua Cólquida, y el río Rion (Farris) tenía un tiempo su lecho de arenas y pepitas de oro en vez de las piedras y guijarros que hoy lo pavimentan.
Por lo tanto, no es extraño que tildasen, unos de bruja y otros de maga benéfica a la señora Blavatsky, los príncipes y señores rurales que residían en sus castillos ocultos como nido entre follaje en los espesos bosques y selvas de Mingrelia e Inserecia, y que medio siglo atrás eran semibandidos cuando no acabados salteadores, tan fanáticos como un fraile napolitano y tan ignorantes como un noble medieval.
Ya entonces, según le sucedió más tarde, por doquiera iba Blavatsky eran muchos sus amigos, pero más numerosos todavía sus enemigos, pues si bien curaba y socorría a quienes ingenuamente se creían hechizados, se concitaba la cruel enemistad de quienes se sospechaba que habían hechizado y corrompido a las víctimas. Por una parte rehusaba los regalos y aun la gratitud de aquellos a quienes curaba del «mal de ojo»; y por otra parte rechazaba despectivamente el soborno que le ofrecían sus enemigos.
Cualesquiera otros que fuesen sus defectos, nadie pudo tildarla de mercenaria ni descubrió en ella el menor asomo de lucro monetario.
Contaba entre sus mejores amigas a las princesas Guriel, Dadiani y Abashedsé, mientras que eran sus jurados enemigos todos cuantos sentían hostilidad contra estas familias. En aquella época, las comarcas caucásicas y especialmente Mingrelia e Inserecia eran asilo y refugio de nobles sin fortuna, de príncipes descendientes de soberanos destronados o vencidos que contendían entre ellos como en los tiempos medievales. Estos eran y continuaron siendo sus enemigos, a quienes años después se añadieron todos los mojigatos, tartufos, beatos y misioneros religiosos, sin contar los espiritistas estadounidenses, ingleses y franceses con su legión de mediums. Se inventaron acerca de la señora Blavatsky multitud de patrañas que creyeron a piejuntillas todos menos los que la conocían. Cundieron las calumnias sin que sus enemigos se detuvieran ante ninguna falsedad que pudiese desprestigiarla.
Todo lo desafió la señora Blavatsky que no quiso someterse a restricción alguna ni adoptar ninguno de los procedimientos mundanos de aquistarse el favor de la pública opinión. Evitaba el trato social, mostrando su desprecio por los ídolos de la moda, y en consecuencia se la calificó de peligrosa iconoclasta. Todas sus simpatías eran para aquellas anatematizadas gentes a quienes la sociedad menosprecia y evita, aunque secretamente se relaciona con sus más o menos conspicuos individuos, como los necrománticos, obsesos, poseídos y otros misteriosos personajes por el estilo. Sobre todo buscaba la señora Blavatsky el trato y ofrecía su protección a los magos y hechiceros rusos (kudiant) a los taumaturgos persas, a las hechiceras armenias que predecían la suerte. Por último, Ja pública opinión se mostró furiosa contra ella; y Ja sociedad, ese misterioso alguien en general y nadie en particular, se abalanzó con los brazos en alto contra la que osaba desafiar sus carcomidas leyes y no se portaba como persona decente, prefiriendo cabalgar a solas por los bosques y teniendo en mayor

estima las renegridas chozas con sus desastrados moradores que los brillantes salones con sus frívolos contertulios.

Entretanto, en vez de disminuir aumentaban de día en día los ocultos poderes de la señora Blavatsky, hasta someter al dominio directo de su voluntad todo linaje de fenómenos. Las gentes del país hablaban de ella. La supersticiosa nobleza mingreliana la tuvo por maga, y de muy lejos venían las gentes del pueblo a consultarla sobre negocios privados. Hacía tiempo que ya no se comunicaba por medio de golpes, prefiriendo responder a las preguntas verbalmente o por escrito, por ser procedimientos más rápidos y satisfactorios. (25) A veces, caía en una especie de estado comático o sueño magnético, quedando con los ojos muy abiertos, pero sin cesar de escribir; (26) y en este caso, pocas veces fallaban las respuestas que, por lo general, dejaban admirados a los interrogadores, fuesen amigos o enemigos.

Entretanto iban disminuyendo los esporádicos fenómenos que antes provocaba su presencia, y aunque a veces seguían ocurriendo eran ya raros, pero siempre notables. Citaremos uno de ellos, con la previa explicación de que algunos meses antes de ocurrir estaba la señora Blavatsky muy enferma, y según testimonio de sus parientes, corroborado por ella, ningún médico acertó a diagnosticar su enfermedad, pues era uno de aquellos trastornos nerviosos que se burlan de la ciencia y únicamente se dejan tratar por un experto psicólogo. Poco después de haber caído enferma les dijo a sus familiares que llevaba una "doble vida", aunque ninguna de las buenas gentes de Mingrelia fuese capaz de comprender el significado de esta declaración. Sin embargo, la señora Blavatsky describe como sigue dicho estado:

«Siempre que me llamaban por mi nombre, abría los ojos al oírlo y me encontraba totalmente en mi propia personalidad; pero tan luego como me quedaba sola, volvía a caer en la acostumbrada condición de adormecimiento y me transmutaba en otra persona. (27) Tenía ligera fiebre que me iba consumiendo lentamente día tras día con pérdida del apetito primero y finalmente con total desgana, de suerte que pasaba una semana sin tomar otro alimento que un poco de agua, y al cabo de cuatro meses me quedé en los puros huesos como un esqueleto.

Cuando hallándome en mi otro yo conversando en mis ensueños con quienes me acompañaban, me interrumpían de pronto llamándome por mi actual nombre, siempre respondía discretamente al abrir los ojos, pues jamás tuve delirio. Pero apenas volvía a cerrarlos ojos cuando se reanudaba la conversación que mantenía mi otro yo, y precisamente se reanudaba por la palabra o media palabra en que había sobrevenido la interrupción. Al despertar recordaba perfectamente quién era yo en mi segunda personalidad y lo que había hecho y estaba haciendo.

En cambio, mi segunda personalidad ¡no tenía la menor idea de quién fuese H. P. Blavatsky! Me hallaba entonces transportada a un lejanísimo país, en una personalidad de todo punto diferente de la actual y sin relación alguna con mi vida presente» .

Tal es el análisis que de su estado en aquel tiempo hace la señora Blavatsky. Residía entonces en Ozurgetty, acantonamiento militar de la provincia de Mingrelia, donde había comprado una casa. Es Ozurgetty una población subalterna, perdida entre bosques y selvas seculares, que en aquella época sólo contaba con vías de comunicación y de transporte de muy primitiva índole, y cuya existencia se ignoraba fuera de la comarca del Cáucaso en la época de la última guerra ruso-turca.

El único médico de la localidad, el médico militar, no acertó a entender la enfermedad de la señora Blavatsky; pero como iba decayendo rápida y visiblemente, le aconsejó que se marchara a Tiflis con sus parientes. Imposibilitada de montar a caballo por su

extrema debilidad y siendo arriesgado el viaje en carreta, la acomodaron con cuatro criadas para cuidarla, en una embarcación fluvial que llegó a los cuatro días a Kutais.
No sabemos ni la misma señora Blavatsky está segura de lo que ocurrió durante el viaje, pues era tanta su debilidad, que estuvo como muerta hasta la llegada. Su situación debió de ser muy precaria en aquella solitaria lancha, en un río estrecho, cercado en ambas márgenes por bosques centenarios y aunque navegable, pocas veces sirve de medio de transporte y no lo fue nunca antes de la guerra. De aquí que sólo pudimos recoger confusos informes de boca de las criadas. Sin embargo, parece que mientras bogaban por la estrecha corriente, abriéndose camino entre sus escarpadas y silvanas márgenes, las criadas vieron con espanto durante tres noches consecutivas que su ama, según hubieran jurado que era ella misma, se deslizaba de la embarcación y cruzando las aguas se dirigía hacia los bosques, mientras que su cuerpo yacía tendido en la cama en
el fondo de la lancha. Por dos veces el timonel, al ver aquella figura, retrocedió aterrorizado, y a no ser por una fiel criada que con mayor interés cuidaba de la señora Blavatsky, la hubieran abandonado con la embarcación en medio del río. La criada aseguró que la última noche del viaje vio dos espectros o figuras, mientras que su ama en carne y hueso estaba durmiendo en su misma presencia. Tan pronto como arribaron a Kutais, donde residía una lejana pariente de la señora Blavatsky, se marcharon para no volver tres de las criadas, quedándose sólo una con ella.
Muy difícil fue trasladarla a Tiflis en el carruaje con que vino a recogerla un amigo de la familia, llegando a su casa con apariencias de moribunda.
A nadie le habló de aquel asunto, y apenas restablecida se marchó a Italia. Antes de partir, en 1863, había ya cambiado completamente la índole de sus facultades.
Una tarde. muy débil y delicada todavía en la convalescencia de su enfermedad, fue a casa de su tía la señora N. A. Fadeef. Después de algunas palabras de conversación, al notar que estaba cansada y soñolienta, la invitó su tía a que se echase en el sofá. Apenas reclinó la cabeza en el cojín, quedó profundamente dormida. La tía reanudó entonces un escrito que había interrumpido para hablar con su sobrina, cuando de pronto oyó tras sí pasos suaves, pero perfectamente audibles, que la movieron a volver la cabeza para ver quién era el intruso, pues no quería que perturbase el sueño de la señora Blavatsky. En el aposento no había nadie más que ella y su dormida sobrina, y sin embargo continuaban oyéndose distintamente los pasos que hacían crujir el pavimento como si fuesen los de una fornida persona que anduviera lentamente. Al acercarse al sofá cesó el ruido de pasos; pero entonces escuchó la tía un rumor más fuerte como si alguien cuchichease junto a la señora Blavatsky, y vio que se abría un libro colocado en una mesa contigua al sofá, y que sus páginas se movían en ambos sentidos como si alguien las volviese. De los estantes de la librería se desprendió otro libro que por los aires se movió en la misma dirección.
Más asombrada que temerosa (pues todos los de la casa estaban ya familiarizados con los fenómenos) la señora Fadeef se levantó de la butaca para despertar a su sobrina, con la esperanza de que haría cesar los fenómenos; pero en aquel mismo instante otra pesada butaca que estaba en el opuesto extremo del salón, deslizóse por el suelo hasta ponerse junto al sofá. El ruido del mueble despertó a la señora Blavatsky, quien con la mirada inquirió cuál fuese la invisible entidad causante de los fenómenos. Tras unos cuantos cuchicheos todo volvió a caer en quietud y silencio, sin que en el resto de la velada se reprodujesen los fenómenos.
En la época en que escribí este relato hacía ya más de veinte años que ya no se producían los fenómenos independientes de la voluntad de la señora Blavatsky, excepto los que como el descrito atribuye ella a una causa totalmente distinta de las manifestaciones espiritistas. No sé cuándo ocurrió esta radical mudanza en la índole de

sus facultades, pues no estaba bajo mi directa observación y raras veces hablábamos de ellas, a no ser que en nuestra correspondencia le preguntara yo algo en concreto sobre el particular .

Por cartas de mi hermana supe que viajaba de continuo y pocas veces se detenía largo tiempo en una misma localidad. Respecto de sus facultades me atengo a lo que me escribió en 1866 diciendo que ya no estaría jamás sujeta a externas influencias.

Desde entonces ya no fue la señora Blavatsky víctima de las “influencias” que sin duda hubieran triunfado de un temperamento no tan vigoroso como el suyo, sino que por el contrario, ella sujetó a su voluntad tales influencias cualesquiera que fuesen.

En una carta dirigida a una pariente, dice la señora Blavatsky:

«Desvanecióse para no volver el último vestigio de mi debilidad psico-física. Estoy purificada y limpia de aquella terrible inclinación a atraer hacia mí cascarones errantes y afinidades etéreas. Soy libre, libre, gracias a Aquellos a quienes a toda hora bendigo».

En una conversación que en Mayo de 1884 tuvo en París la señora Jelihowsky, dijo con respecto a su hermana:

"Creo en sus afirmaciones, tanto más cuanto que durante cerca de cinco años tuve ocasión de observar las graduadas y diversas fases de la transmutación de sus facultades. En Pskoff y Rugodevo sucedía muy a menudo que era impotente para gobernar ni aun detener las manifestaciones; pero después resultó que cada día las iba dominando con mayor imperio, hasta que pasada su larga y extraña enfermedad en Tiflis, las desafiaba y sometía enteramente a su voluntad, deteniéndolas o provocándolas según quería y aun señalándolas para determinada fecha, con la particularidad de que dejaba a los circunstantes la elección del fenómeno que había de producirse.

En suma, es opinión general que otra naturaleza menos vigorosa hubiese sucumbido en la lucha; pero su indomable voluntad halló el medio de someter bajo Su gobierno a los moradores del mundo invisible, a quienes ella negó siempre el nombre de espíritus y almas. Sin embargo, téngase muy presente que la señora Blavatsky no pretendió jamás ser capaz de gobernar a los verdaderos espíritus, es decir, a las mónadas espirituales, sino tan sólo a los elementales, y de mantener a raya a los cascarones astrales.

Capítulo VII

DEL APRENDIZAJE AL DEBER

Probablemente resultarían los años de 1867 a 1870 los más interesantes de la accidentada vida de la señora Blavatsky, si se conociera al pormenor su historia; pero sólo me es posible indicar que los pasó en Oriente y durante ellos se acrecentaron muy mucho sus ocultos conocimientos.

Los dos o tres años transcurridos entre su residencia en Tiflis y el mencionado período los empleó en efectuar por Europa los últimos viajes antojadizos de que tengo noticia, y nada cabe decir de ellos, pues no la acompañaba pariente alguno que tomase notas, ni los recuerdos de ella nos dan más que áridos bosquejos de sus aventuras.

En 1870 regresó de Oriente en buque por el recién abierto canal de Suez, y después de permanecer algún tiempo en el Pireo, tomó pasaje para Spezia a bordo de un vapor que durante la travesía voló a consecuencia de haber estallado la pólvora y artificios de pirotecnia que llevaba en el cargamento. La señora Blavatsky fue de los pocos pasajeros que salieron ilesos del terrible siniestro. Los náufragos fueron recogidos sin más ropa que la puesta, y el gobierno griego proveyó a su socorro enviándolos a diversos lugares. La señora Blavatsky fue a Alejandría y el Cairo, donde con muchas dificultades hubo de esperar a recibir fondos de Rusia.

He titulado este capítulo: Del aprendizaje al deber, porque denota la radical transición señalada por la fecha de 1870 en que la señora Blavatsky regresó a Europa. Hasta entonces había dedicado su vida a la apasionada indagación de los conocimientos ocultos a que sus congénitos instintos la impelieron desde sus juveniles años. En 1870 poseía en amplia medida los conocimientos ocultos. La nativas facultades mediumnímicas que rodearon sus primeros años de coruscantes maravillas, habían cedido el puesto a otras facultades para las que no tenían nombre los psicólogos occidentales. No era aun tiempo de revelar, ni siquiera en parte, el magno sistema de oculta iniciación, según se practica en Oriente, y que ha expuesto en libros publicados en estos últimos años.

Ya comprendía la señora Blavatsky que su tarea era divulgar entre las gentes algunos conocimientos relativos a los misterios de la iniciación, pero estaba penosamente indecisa sobre cómo emprenderla. Había de esforzarse todo lo posible en inculcar a las gentes la idea de que las potencias latentes en la naturaleza humana (28) debidamente educidas, conducirían a la infinita exaltación espiritual, al paso que siniestramente desarrolladas arriesgarían producir desastrosos resultados de incalculable extensión.

En la época a que me refiero, tan sólo la señora Blavatsky apreciaba la magnitud de su misión, y aunque no computaba exactamente las dificultades con que iba a tropezar en su camino, presumía que eran muy graves.

Probablemente, los que recordaban la primitiva actuación de ella creerían que iba a obrar de siniestra manera, y tan sólo unos cuantos que habían peleado larga y arduamente durante la vida, sobre todo si lucharon contra la mojigatería y la ignorancia, serían capaces de mirar al final de sus esfuerzos con satisfecha complacencia sus primeros ejercicios.

Tal como en un principio consideraba el asunto la sefíora Blavatsky, parecíale que la. única palanca o punto de apoyo a propósito para su obra era la difundidísima creencia de gran número de personas cultas en los fenómenos, y las un tanto apresuradamente establecidas teorías espiritistas.

Hallábase a la sazón en Egipto y resolvióse a fundar una asociación con objeto de investigar los fenómenos espiritistas y de conducir a los asociados por sendas de superior conocimiento.

De este inocente intento dimanaron algunas de las muchas falsedades que desde entonces convirtieron la vida de la señora Blavatsky en una incesante lucha contra la calumnia. Por haber querido fundar una asociación casi espiritista, se ha supuesto que en aquel entonces aceptó la teoría espiritista de los fenómenos psíquicos. Sin embargo, el relato de su hermana evidencia que aun al regresar de Oriente en 1858 repudiaba enérgicamente la teoría espiritista.

Una de las personas que con motivo de la proyectada asociación solicitaron el trato de la señora Blavatsky fue la después famosa señora Coulomb, que a la sazón formaba parte de la servidumbre de un subalterno hotel de El Cairo, y que más tarde, al ir a reunirse con su marido en la India, encontróse tan miserablemente menesterosa que no murió de hambre gracias a la hospitalidad de la señora Blavatsky que la aposentó en su casa de Bombay. Posteriormente pagó la señora Coulomb este beneficio, prestándose a servir de instrumento para el infame ataque inferido a la Sociedad Teosófica en la persona de su fundadora por una revista misionera de Madrás. Ya tendremos ocasión de tratar más adelante de este asunto.

El relato del período que comienza en 1871, está compuesto con el auxilio personal de la señora Blavatsky y con los datos proporcionados por las cartas de sus parientes y amigos de los últimos años. Sería molesto para el lector que dividiésemos en separados fragmentos estos testimonios, y así hemos preferido entrefundirlos en un solo cuerpo de narración.

En 1871 escribió la señora Blavatsky desde El Cairo a sus amigos, diciendo que acababa de regresar de la India y había naufragado durante su viaje por mar con rumbo a Spezia. Se veía precisada a esperar algún tiempo en Egipto antes de restituirse a la patria, y entretanto había determinado establecer una Sociedad Espiritista para la investigación de los fenómenos mediumnísticos con arreglo a las hipótesis y filosofía de Allan Kardec, pues no hallaba mejor camino de deparar a las gentes la ocasión de convencerse por sí mismas de cuán erróneas eran.

Primeramente quería dejar campo libre a unas enseñanzas ya establecidas y aceptadas, para después exponer sus nuevas doctrinas, luego que las gentes vieran que ningún resultado provechoso obtenían de aquéllas. Manifestó que para cumplir este objeto se hallaba dispuesta a todo linaje de tribulaciones, y aun a que durante algún tiempo la tuviesen por uno de tantos mediums, pues como las gentes no conocían otra cosa mejor, nada le importaba que la creyesen medium, sin que esto la perjudicase en lo más mínimo, porque no tardaría en demostrar la diferencia entre un medium pasivo y un consciente actor.

Pocas semanas después se recibió otra carta en que se manifestaba disgustadísima por el completo fracaso de su intento. Según parece, escribió a Inglaterra y Francia pidiendo un medium, sin que se lo enviasen. No sabiendo ya qué hacer, se había rodeado de unas cuantas mujeres espiritistas, la mayor parte de ellas mendigas vagabundas, cuando no aventureras, que iban a la zaga del ejército de ingenieros y operarios capitaneados por Lesseps en el canal de Suez.

En la carta decía la señora Blavatsky refiriéndose a dichas mujeres: "Roban el dinero de la Sociedad, beben como esponjas y acabo de sorprenderlas engañando ignominiosamente con imposturas y fraudes a los socios que acuden deseosos de investigar los fenómenos. He tenido desagradables escenas con varias personas que me achacan la absoluta responsabilidad de todo esto. Así es que despedí a dichas mujeres. La Sociedad Espirita no ha durado ni quince días. Es un montón de ruinas, pero tan

majestuoso y sugestivo como los de las tumbas faraónicas. Para empalmar la comedia con el drama, por poco me mata de un tiro un griego perturbado que asistió a dos de nuestras sesiones públicas, y le supongo obseso por algún vil cascarón». (29)

Rompió entonces toda relación con las mediums farsantes, disolvió la Sociedad y se fue a vivir a Bulak, cerca del Museo. Parece que allí volvió a relacionarse con su antiguo amigo, el copto de misteriosa fama a quien aludimos al hablar de la primera estancia de la señora Blavatsky en Egipto al comienzo de sus viajes. Durante muchas semanas sólo recibió la visita del copto, quien tenía muy extraña reputación en Egipto y las gentes le creían mago. Un caballero manifestó que el copto le había predicho cuanto iba a sucederle durante los veinticinco años venideros hasta el día de su muerte. Los altos funcionarios oficiales se reían o aparentaban reírse de él en público, pero le visitaban temerosamente en secreto, y el kedive Ismail le había consultado varias veces.

Muchos comentarios suscitaron las visitas del copto a una extranjera, sobre todo cuando ya era viejo y apenas solía moverse de su casa sita a unos diez y seis kilómetros de El Cairo. Hubo nuevos escándalos y calumnias. Los escépticos tomaron pie del fracaso de la Sociedad, a cuyas sesiones habían asistido llevados de malsana curiosidad, diciendo que lo de los fenómenos era pura farsa y charlatanería. Llegaron al extremo de tergiversar las cosas suponiendo que en vez de costear la sefíora Blavatsky los gastos de los mediums y de la Sociedad, había lucrado con todo ello haciendo pasar por fenómenos auténticos lo que sólo eran juegos de prestidigitación.

Los chismes y rumores así levantados sin fundamento, por sus enemigos, y especialmente por las despedidas mediums francesas, no le impidieron a la señora BJavatsky proseguir sus estudios y demostrar a todo sincero investigador que sus extraordinarias facultades de clarividencia y clariaudiencia eran auténticas e independientes de los meros fenómenos físicos sobre los cuales tenía indisputable dominio. Además, en vez de disminuir había aumentado con los años su facultad de poner en movimiento y vibración los objetos con sólo mirarlos sin contacto directo, ya veces a larga distancia.

Un caballero ruso, amigo de la señora B, que por entonces visitaba a Egipto, escribió a sus amigos entusiastas cartas acerca de la señora Blavatsky.

De la dirigida a un hermano suyo, la cual poseen hoy día sus parientes, entresacamos estos párrafos:

"Es una maravilla, un misterio insondable. Cuanto hace es fenomenal, y aunque no creo como nunca creí en espítitus, estoy dispuesto a creer en hechicerías. Si al fin y al cabo sólo fuera todo esto prestidigitación e ilusionismo, tendríamos en la señora Blavatsky una mujer que aventaja en destreza y habilidad a todos los Boscos y Hondinis del siglo…

Una vez le enseñé un medallón cerrado, que contenía el retrato de una persona y un rizo de otra. Hacía pocos meses que el medallón estaba en mi poder y muy pocos lo conocían. Lo mandé construir en Moscú. Sin tocarlo, me dijo: "Es el retrato de vuestra madrina y el rizo de vuestra prima. Las dos han muerto". Dicho esto, me las describió como si las tuviera delante. Ahora bien; ya sabes que mi madrina murió hace quince años legando su fortuna a mi hija mayor. ¿Cómo sabía todo esto la señora Blavatsky?"

En un periódico ilustrado de la época apareció una anécdota de la señora Blavatsky referida por otro caballero, quien la encontró con algunos amigos en la mesa redonda de un hotel de Alejandría.

No gustaron de ir al teatro después de comer y estuvieron hablando sentados en un sofá, ante el cual había puesto el camarero un servicio de té para el señor N. con una botella de licor, otra de vino, una copa y un cortadillo. Al llevarse el señor N. la copa a los labios se le hizo añicos en sus propias manos.

La señora Blavatsky se echó a reir gozosamente diciendo que como aborrecía el vino y los licores, no podía sufrir que otros los bebiesen a todo pasto.
El caballero N. repuso :
-No me vaya usted a decir que ha sido usted quien ha roto la copa. Fue un sencillo accidente. El cristal era muy delgado y sin duda apreté fuerte y se quebró.
Sigue relatando el caballero que al decir esto mintió de propósito, pues en verdad le parecía muy extraño e incomprensible, por ser la copa muy recia y fuerte cual corresponde a las de licor. Pero su intento era sacar de sus casillas a la señora Blavatsky, quien miró al caballero gravemente con relampagueantes ojos y dijo:
-¿Qué apuesta usted a que la hago otra vez?
-Bien; la probaremos. Si lo hace usted, seré el primero en proclamar que es usted una verdadera maga. De lo contrario, mañana nos reiremos de usted o de sus espíritus en el consulado.
Diciendo esto, el caballero promedió de vino el cortadillo y se dispuso a beberlo; pero apenas tocó el borde con los labios cuando se le deshizo entre los dedos y le sangró la mano, herida por uno de los cascos en el instintivo movimiento de sostener la vasija para que no cayese al suelo.
La señora Blavatsky se echó a reír en las propias barbas del caballero, diciendo: Entre los labios y la copa haya veces muy larga distancia.
Dice la señora Jelihowsky:
"En los últimos años ocurrieron muchos cambios en nuestra familia. Habían muerto ya nuestro abuelo y el marido de nuestra tía, que desempeñaron elevados cargos oficiales en Tiflis, y toda la familia trasladó su residencia a Odesa. H. P. Blavatsky había estado ausente del país muchos años, y sólo quedé yo en Tiflis con mi familia y algunos criados que fueron siervos y ganaban salario en la casa donde habían nacido. Poco a poco los fuimos despidiendo; pero como los ya muy viejos no podían ganarse la vida con su trabajo, no cesaban de acudir a mí en petición de socorro. No siéndome posible pensionarlos a todos, hice por ellos cuanto en mi mano estuvo, y entre otras cosas logré colocar de por vida en el Asilo de la ciudad a dos viejos, uno de los cuales llamado Máximo había sido cocinero, y el otro era un hermano suyo, de nombre Pedro, que en su tiempo fue un muy decente lacayo, pero que en la época a que me refiero era un borracho empedernido, y a consecuencia de la embriaguez había quedado manco.
Aquel año habíamos ido a veranear a Manglis (a unos 48 kilómetros de Tiflis) donde estaba acuartelado el regimiento de Erivan. La señora Blavatsky se hallaba entretanto en Egipto. Acababa yo de recibir la noticia de que mi hermana había regresado de India y se proponía permanecer durante algún tiempo en El Cairo. Nos escribíamos muy de tarde en tarde y nuestras cartas eran generalmente cortas; pero tras prolongado silencio recibí de H. P. Blavatsky una larguísima e interesante carta".
Parte de ella estaba escrita con lápiz en hojas sueltas, arrancadas de un cuaderno de notas, y eran apuntes tomados en el mismo paraje donde habían ocurrido los extraños sucesos que en la carta se relataban. Algunos apuntes los tomó a la sombra de la gran pirámide de Cheops y otros en la misma cámara del Faraón. Parece que la señora Blavatsky había ido allí varias veces, y una de ellas con numeroso acompañamiento, entre el cual se contaban algunos espiritistas. (30)
Decía la carta de la señora Blavatsky:
«Dime si es verdad que murió el viejo Pedro. Debe de haber muerto la noche pasada o anteanoche. (31) ¡Qué cosa más rara me ha sucedido! Una joven inglesa, amiga mía, que es medium, estaba escribiendo mecánicamente en pedazos de papel, apoyada sobre una antigua tumba egipcia. El lápiz empezó por trazar una jerigonza de caracteres quenunca se habían conocido en Egipto, según nos manifestó un filólogo, cuando de

pronto, mientras yo miraba el escrito por encima del hombro de la medium, se convirtieron los trazos en letras que me parecieron del alfabeto ruso. En aquel punto dirigí la atención a otra parte, apartándome de la medium, pero apenas me hube separado cuando vi que algunos decían que lo escrito por la medium estaba en caracteres evidentemente definidos, aunque ni ella ni nadie sabían leerlos. Volví al lado de la medium a punto de impedir que rasgara el último pedazo de papel escrito, como ya había rasgado los demás, y no fue vano mi empeño, porque con grandísima sorpresa leí en idioma ruso el siguiente apóstrofe (32) a mi dirigido, que decía:

«Baryshnya, querida baryshnya (33) socórreme, ¡oh! socorre a este miserable pecador. Yo sufro. Dame bebida, bebida. ¡Sufro! ¡Sufro!»

Del título de baryshnya (que según veo nos seguirán dando los criados a las dos aunque tengamos canas), inferí inmediatamente que la súplica provenía de alguno de nuestros antiguos esclavos, y así me interesé enseguida en el asunto, tomando un lápiz para anotar lo que yo misma pudiese ver. En mi mente resonó con toda claridad el nombre de Pedro Kutcherof y vi ante mí una confusa masa de humo gris, una especie de columna informe, que me pareció que repetía las mismas palabras. Además, vi que había muerto en la clínica del Dr. Gorolevitch, anexa al Hospicio de Tiflis, en donde lo habías asilado junto con su hermano Máximo, que murió pocos días antes que Pedro. No me participaste la muerte del pobre Maximo. Dime si es así o no.»

"Sigue la carta describiendo toda la visión, tal como la tuvo, y después, al hallarse sola a prima noche, oyó las auténticas palabras pronunciadas por el «cascarón de Pedro», como ella lo llamaba, quejándose amargamente de sed en los lindes de la desesperación. El cascarón dijo, como si lo conociera, que aquel sufrimiento era un castigo por su afición a la bebida mientras vivió en el mundo. Era una sed rabiosa que con nada podía calmarse y devoraba cual inextinguible fuego» .

Terminaba la carta de la señora Blavatsky con una postdata manifestándole a su hermana que ya no le cabía duda alguna de la muerte de los dos hermanos, pues había visto sus cascarones astrales: uno pasivo e inofensivo; el otro activo y peligroso.

Dice a este propósito la señora Blavatsky:

Al punto quedó demostrado cuán peligroso era el segundo cascarón. La señorita o. de apenas veinte años, aya de una opulenta familia de banqueros, y de modesto y afable carácter, en cuanto acabó de transcribir las palabras rusas dirigidas a mí, quedó acometida de un extraño temblor y pidió de beber.

Le trajeron agua y la rechazó, continuando su petición de bebida. Se le ofreció vino y ansiosamente fue bebiéndose vaso tras otro hasta que con horror de todos, la acometieron convulsiones gritando: «¡más vino!» y cayó desvanecida, de modo que hubieron de llevarla a su casa en coche. Después de esto estuvo algunas semanas enferma.

Al recibir la carta sorprendióse la señora Jelihowsky, pues ignoraba el fallecimiento de los dos criados. Telegrafió inmediatamente a la ciudad, y el doctor Gorolevitch corroboró en todos sus pormenores la noticia dada por la señora Blavatsky. Pedro había muerto el mismo día y su hermano dos antes de la fecha señalada en la carta.

Disgustada por el fracaso de su sociedad espiritista y por las habladurías que provocó, muy luego regresó a Rusia la señora Blavatsky por vía de Palestina, aunque deteniéndose algunos meses para visitar con unos amigos rusos las ruinas de Palmira y otras ciudades. Los periódicos franceses y norteamericanos publicaron relatos de algunos incidentes de este viaje. A fines de 1872 llegó a Odesa sin previo aviso, como tenía por costumbre, sorprendiendo con su presencia a la familia.

Capítulo VIII

RESIDENCIA EN LOS ESTADOS UNIDOS

A principios de 1873, la Sra. Blavatsky salió de Rusia, dirigiéndose por de pronto a París. Por entonces, la psíquica relación entre ella y sus ocultos instructores de Oriente estaba ya establecida con la intimidad que la sujetó durante el resto de su vida a la dirección práctica de ellos. Inútil es inquirir por qué adoptó la Sra. Blavatsky tal o cual conducta. Raramente descubriríamos motivos vulgares en sus actos, y frecuentemente ni ella misma era capaz de decir "por qué" se disponía a ir allá o acullá en determinado momento. El motivo inmediato de sus procederes serían las órdenes recibidas por ocultos conductos de percepción, y a pesar de cuán rebelde e indómita había sido en su mocedad, una «orden» de su «Maestro» bastaba para determinarla a emprender el más ingrato viaje, con paciente confianza en su buen resultado, y la seguridad de que cuanto quiera le fuese así ordenado tendría óptimas consecuencias .

La situación de la señora Blavatsky era tan diferente de lo acostumbrado en el mundo, que conviene explicar las relaciones ocultas entre discípulo y maestro de la doctrina oculta. En estos últimos años he conocido a varios discípulos y puedo hablar del asunto con elementos de juicio derivados de buen origen .

El principal motivo que induce a un discípulo es el deseo de lograr moral y espiritual adelanto hasta conseguir un estado de conciencia mucho mayor del que cabe esperar de la mera actuación de las leyes normales de la naturaleza. Si atendemos al concepto esotérico del progreso del alma humana, echaremos de ver que algunos, como le sucedió a la sefíora Blavatsky, pueden sentir desde la niñez un innato anhelo de enseñanza oculta y desenvolvimiento psíquico, buscando la iniciación a impulsos de un imperativo instinto que, por decirlo así, los guía y es muy distinto del deliberado propósito de perfeccionamiento espiritual a que me referí como capital motivo del discípulo.

Sin embargo, los ocultistas han de considerar un motivo único, aunque en diferentes grados de desenvolvimiento. Porque la ley normal de la naturaleza es que después de haber realizado el alma algunos progresos en el sendero de la evolución espiritual durante una vida terrena, renacerá sin perder las cualidades adquiridas, que constituirán las llamadas tendencias congénitas, gustos naturales, inclinaciones, etc. Por consiguiente, el capital motivo de los esfuerzos de un discípulo es el mismo tanto si busca por primera vez la iniciación como si desde su último nacimiento está bajo la vigilancia de un maestro.

Si las circunstancias no requieren que el discípulo lleve a cabo determinada obra en el mundo, deberá concentrarse en su vida interna, y su principal obligación respecto a las gentes será no revelar que es discípulo, pues todavía no ha alcanzado el derecho de resolver quién sí y quién no ha de ser instruido en los misterios. Tan sólo le incumbe guardar los secretos que se le confíen.

Por el contrario, las exigencias del servicio pueden llevarle a realizar en el mundo una labor que requiera la parcial explicación de sus relaciones con los maestros, y en este caso será mucho más embarazosa su carrera.

Por perfecta que sea la oculta comunicación entre discípulo y maestro, mediante el canal o conducto de sus facultades psíquicas, nunca se ha de considerar ni por un momento como un autómata en sus manos. Por el contrario, es un agente responsable con libertad de llevar a cabo la tarea encomendada según su entender, sin que jamás reciba "órdenes" en contradicción con su autonomía individual. Las órdenes serán siempre de

carácter general, o si se refieren a pormenores, no contrariarán el karma, es decir, no in validarán la responsabilidad moral del agente.
Respecto a las «órdenes» entre los iniciados en ocultismo, debe entenderse que la orden de un maestro a su discípulo difiere grandemente de la de un oficial a un soldado. Nunca violentará la orden de un maestro la naturaleza de las cosas, ni la desobediencia o desacato a ella tiene prescrita otra sanción penal que incapacitar al discípulo para recibir nuevas órdenes si desobedece la recibida. Tan sólo merecen el nombre de órdenes las instrucciones del maestro en consideración al fervoroso anhelo de obediencia de que está poseído el discípulo, cuyas aspiraciones están enteramente concentradas en sus maestros. El servicio así prestado es perfectamente libre.
Todo esto debe tenerlo muy en cuenta quien desee comprender el carácter de la señora Blavatsky y la génesis de la Sociedad Teosófica, aplicándolo rigurosamente al relato de su vida. Los que no están bien enterados de las circunstancias que rodearon a la señora Blavatsky se extrañan de las indiscreciones que frecuentemente cometió en la gerencia de la Sociedad Teosófica. En verdad parece inexplicable que los Mahatmas, sus ocultos instructores y maestros de intuición tan aguda, de sabiduría tan profunda y de tan vivísimo interés por el movimiento teosófico, permitieran que su agente la señora Blavatsky, con quien estaban en constante comunicación, incurriese en errores que cualquiera en su lugar hubiese evitado, entre ellos fiarse de personas notoriamente indignas de confianza, adoptar procedimientos que menoscababan la dignidad de su empresa, perder tiempo y paciencia en discutir con quienes no merecían que en ellos se fijara, y consumir energías psíquicas en lugares sospechosos con gentes maleantes y en momentos inoportunos.
El aspecto espiritual de la empresa no da la solución del enigma, pues la Sociedad Teosófica no es únicamente el instrumento de que se valen los Maestros para estimular el progreso espiritual de la humanidad, sino que también es la empresa en gran parte confiada personalmente a la señora Blavatsky.
En caso de fracasar, la energía de los Maestros no se hubiera empleado en resarcir el fracaso, sino que hubiera seguido otra muy distinta dirección. En caso de éxito, quedarían mejor vindicados los principios de responsabilidad moral, dejando que ella se las compusiera, según su entender, en la realización de la empresa. Si en el transcurso de una batalla el general en jefe ordena a un subordinado talo cual cometido, la responsabilidad del resultado es del general, quien dará contraórdenes si le parece que ha de vencer mudando de táctica. Pero en el asunto de que tratamos, si el Maestro se entremetiera en la actuación del discípulo, embrollaría la operación de las leyes de la Naturaleza que influyen en las causas generadas por la responsabilidad moral cuya eficiencia está en los planos suprafísicos.
Por supuesto, que quienes nada sepan de ocultismo oriental ni de los planos superiores de la Naturaleza ni de nada que se les parezca, prescindirán de lo dicho y juzgarán a la señora Blavatsky con prosaico y vulgar criterio; pero no fuera razonable que cuantos de un modo u otro están dispuestos a creer en los Maestros y en la realidad del mundo oculto en el que la mayoría de teósofos consideran iniciada a, la señora Blavatsky, dijeran a pesar de sus creencias, que es incomprensible la conducta de los Maestros al permitir que cometiese errores y se fiase de gentes indignas. Si atendemos a los principios fundamentales no es incomprensible tal conducta, aunque, según antes dijimos, la sefíora Blavatsky recibe a veces órdenes que cumple a pesar de no comprender su inmediato motivo.
Esta condición de cosas no quebranta la regla por la cual el discípulo es responsable de sus actos y no un ciego autómata. La intervención del Maestro nunca se efectuará de

modo que salve la responsabilidad moral del agente en punto a la dirección de la empresa que se le ha confiado.

Ningún interés tiene para nosotros la breve residencia de la señora Blavatsky en París, el año 1873, donde en compañía de un su primo llamado Nicolás Hahn, habitante en la calle de la Universidad, estuvo dos meses. Se le había ordenado que fuese a los Estados Unidos y durante algún tiempo estableciera allí la base de sus operaciones.

Llegó a Nueva York el 7 de Julio de 1873 y excepto unos cuantos meses empleados en visitar otras ciudades, residió allí unos años, a cuyo término adquirió naturaleza norteamericana.

Aunque según hemos visto en el relato de la señora Jelihowsky, ya desde 1858 aseguraba su hermana que la inmensa mayoría de los fenómenos ocurridos en su presencia provenían de causas muy distintas de las que los espiritistas suelen atribuir a tales fenómenos, la experiencia de espiritismo y mediumnidad adquirida en los Estados Unidos amplió considerablemente sus conceptos sobre este asunto.

En 1875 escribía a su hermana:

«Cuantos más mediums veo (pues los Estados Unidos son un verdadero plantel, el más prolífico semillero de mediums y sensitivos de toda clase, tanto auténticos como artificiosos) más claramente advierto el peligro que rodea a la humanidad. Los poetas hablan de la tenue separación entre este mundo y el otro. Están ciegos. No hay tal separación sino tan sólo el diferente estado de conciencia de vivos y muertos, y la rudeza de los sentidos físicos de la mayoría de la humanidad. Sin embargo, estos sentidos son nuestra salvación, y nos los dio nuestra sabia y sagaz madre y nodriza la naturaleza, pues sin ellos hubiera sido imposible la individualidad y aun la personalidad. Los muertos hubieran estado confundidos con los vivos, y los vivos se hubiesen asimilado a los muertos.

De existir en nuestro alrededor tan sólo una variedad de «espíritus», (también llamamos espíritus a las heces del vino) reliquias de los muertos e idos, podríamos reconciliarnos con ellos. Pero no cabe evitar que de uno u otro modo nos vayamos asimilando a los muertos, y poco a poco, sin darnos cuenta, nos convirtamos en ellos, aún físicamente, sobre todo en los ignaros países occidentales donde se desconoce la incineración. Respiramos y consumimos los cadáveres de personas y animales. Al inspirar los inhalamos y al espirar formamos los cuerpos y alimentamos a las arrúpicas criaturas del aire que algún día serán hombres. Esto por cuanto se refiere al proceso físico, y lo mismo ocurre respecto a los mental y espiritual. Gradualmente intercambiamos nuestras moléculas cerebrales y nuestras auras mentales y aun espirituales, por lo que nuestros pensamientos, deseos y aspiraciones coinciden con los de quienes nos precedieron. Este proceso es propio de la humanidad en conjunto. Es un proceso natural que se ajusta a la economía y leyes de la naturaleza, de suerte que el hijo de uno puede convertirse poco a poco en su propio abuelo cuyos combinados átomos se asimile, determinando con ello el posible atavismo.

«Pero hay otra ley excepcional que se manifiesta esporádica y periódicamente en la humanidad. Es la ley de forzosa asimilación post-mortem, durante cuya epidémica prevalencia los muertos invaden desde sus respectivas esferas los dominios de los vivos, aunque por fortuna tan sólo dentro de los límites de los sitios donde vivieron y están sepultados.

En estos casos, la duración e intensidad de la epidemia depende de la acogida que se les haga, es decir, de si encuentran abiertas o cerradas las puertas de recibimiento, y de si la magnética atracción y el deseo de los mediums, los sensitivos y aun de los mismos curiosos, recrudece la plaga necromántica o si por el contrario, una vez señalado el peligro se combate y reprime la epidemia.

»Una de estas periódicas visitas está ocurriendo ahora en los Estados Unidos. Comenzó por inocentes criaturas, las hermanitas Fox, que inconscientemente jugaron con esta terrible arma, y bien recibidos y apasionadamente invitados a “entrar”, la entera comunidad de los muertos se precipitó hasta el punto de dominar con mayor o menor fuerza a los vivos. Fui de propósito a visitar a una familia de notables mediums, los Eddy, y durante quince días observé una serie de fenómenos sin tomar parte en ellos.
»Recordarás los experimentos que para ti hice en Rugodevo y cuán a menudo ví los espectros de las personas que habían vivido en la casa y te los describí porque nunca pudiste verlos..... Pues bien, lo mismo ocurrió día y noche en Vermont. Vi y observé aquellas criaturas sin alma, sombras de sus terrenos cuerpos, de las que en la mayoría de los casos había huido tiempo ha el alma y el espíritu, pero que conservaban y nutrían sus semimateriales sombras a costa de los mediums y de los centenares de concurrentes que entraban y salían de la sala de sesiones.
»Advertida y guiada por mi Maestro eché de ver lo siguiente:

1) Las apariciones auténticas eran las de los espectros de quienes habían vivido y muerto en determinado sector de aquellas montañas.

2) Los que habían muerto lejos eran menos consistentes, como una mezcla de la verdadera sombra y de la que flotaba en el aura del circunstante por quien se aparecía el espectro.

3) Había también sombras ficticias o reflejos de los auténticos espectros de los fallecidos.

Para explicarme más claramente, te diré que los espectros no se asimilaban al medium, sino que el medium, W. Eddy, se asimilaba inconscientemente del aura de los circunstantes la figura de los parientes y amigos nuestros.
¡Era aquél un lúgubre espectáculo!
A veces me puse enferma, estuve como atolondrada; pero había de observarlo, y lo más que podía hacer era mantener a distancia a tan repulsivas entidades. Pero era curioso ver lo bien que los espiritistas acogían a estas sombras. Lloraban y reían en torno del medium revestido de aquellas vacuas sombras materializadas. Volvían a reír y llorar, a veces con tan honda emoción y dando muestras de tan sincero gozo y dicha, que sentía lástima de ellos.
Yo deseaba que «viesen lo que yo veía». ¡Si supieran que aquel simulacro de hombres y mujeres está constituido enteramente por las pasiones y vicios terrestres, mundanales pensamientos y residuos de las personalidades que fueron! Porque tan sólo son heces incapaces de seguir a la libertada alma y al libre espíritu, y quedan en la atmósfera de la tierra para sufrir una segunda muerte. A veces veía yo a uno de tales espectros salir del cuerpo astral del medium, agarrarse a un circunstante y aumentar de volumen hasta envolverlo por completo, para embeberse lentamente en el cuerpo vivo como si penetrara por todos sus poros.
(Debo aquí interpolar una nota, advirtiendo al lector de que no ha de aceptar ciegamente los conceptos vertidos en la carta anterior. Me parece que la señora Blavatsky no la hubiera vuelto a firmar en un más adelantado período de su ocultista educación. Aunque frecuentemente las comunicaciones provinientes del mundo astral puedan quedar confusas y tergiversadas por la inconsciente influencia de mediums no bien desarrollados, no se infiere de ello que los «espíritus» de las sesiones sean siempre “vacuas sombras materializadas” o “simulacros de hombres y mujeres constituídos por

pasiones y vicios terrenos". No mucho tiempo después de la fecha de la precedente carta, la señora Blavatsky compartió con quien esto escribe más amplias enseñanzas referentes a la vida en el plano astral y en los de superior conciencia. Estas enseñanzas dieron un aspecto inteligible a los abigarrados y a menudo desconcertantes fenómenos espiritistas. El gran movimiento espiritista fue promovido por la alta sabiduría para iluminar al mundo civilizado y detener la materialista corriente de pensamiento que prevalecía a mediados del siglo XIX. La finalidad del movimiento espiritista fue sencillamente demostrarnos que hay para los seres humanos otra vida después de la muerte del cuerpo físico. A los fallecidos que vivían en el plano astral se les proporcionaron medios de dar a conocer su continuada existencia a los que estaban todavía encarnados. Desde luego que de esta ocasión se aprovecharon gran número de entidades astrales procedentes de las más innobles esferas de la humanidad, y muchas de ellas intervendrían en los fenómenos investigados por la señora Blavatsky confirmando el concepto que se había formado de las características de la vida en el plano astral; pero grandísimo número de espiritistas sabían perfectamente bien que se comunicaban a menudo con sus parientes y amigos difuntos que aún conservaban la personalidad terrestre, y así sucedió por desgracia que la arrolladora condenación lanzada por la señora Blavatsky contra el espiritismo en general, calificándolo de ilusorio y malsano, alejase a gran número de gentes que hubieran debido simpatizar fervorosamente con el movimiento teosófico que nos ha puesto en contacto con los misterios del ocultismo trascendental. Todos cuantos posteriormente estudiaron ocultismo saben hoy que el plano astral desempeña en la vida de ultratumba una parte muchísimo más importante de lo que la equivocada teoría de los «cascarones» nos hizo suponer en un principio).

La Sociedad Teosófica se fundó en Nueva York, en Octubre de 1875, bajo la presidencia vitalicia del coronel Olcott, pues la señora Bla vatsky prefirió investirse con el relativamente insignificante título de secretario corresponsal.

En Octubre de 1874, el coronel Olcott conoció a la señora Blavatsky en la granja que habitaban en Vermont los hermanos Eddy, mediums muy famosos en los anales del espiritismo estadounidense. En su obra: Gentes del otro mundo, publicada en 1875, dice el coronel Olcott refiriéndose a la señora Blavatsky:

"Esta señora ha llevado una vida muy accidentada..... Las aventuras que le sobrevinieron, las extrañas gentes que ha visto y los peligros por que pasó en mar y tierra constituirían una novelesca y romántica biografía. En toda mi vida he visto un tan interesante y sin ofensa pudiera decir excéntrico carácter".

Durante el año transcurrido entre su primera entrevista y el comienzo de su común empresa, se consolidó la amistad de la señora Blavatsky con el coronel Olcott, quien tuvo muy notables experiencias personales que no hay necesidad de pormenorizar, excepto las que pueden esclarecer las circunstancias de la vida de la señora Blavatsky en aquel período.

Baste decir que le movieron a renunciar a la profesión jurídica y dedicarse por completo a la consecución del desenvolvimiento oculto como discípulo del mismo Maestro de la señora Blavatsky, y al servicio del movimiento teosófico. (34)

Como quiera que el coronel Olcott ha compartido algunas de las difamaciones arrojadas contra la señora Blavatsky en estos últimos años, no estará de más transcribir el siguiente pasaje de una carta dirigida a un periódico inglés por el señor A. O. Hume, ministro que fue de Agricultura en el gobierno de la India. Este pasaje apareció en el prefacio de la obra: El Mundo Oculto Dice así :

«En cuanto al título del coronel Olcott, los periódicos que le mando por este mismo correo le demostrarán que dicho caballero es oficial del ejército norteamericano, cuyos excelentes servicios durante la guerra atestiguan por escrito el procurador general, el ministro de Marina y los subsecretarios de Guerra y Hacienda, y que goza en su país de suficiente notoriedad y estimación para obtener del propio presidente de la República, como en efecto obtuvo, una carta autógrafa de recomendación para todos los representantes diplomáticos de los Estados Unidos, cuando a fines de 1878 se marchó a.Oriente».

De unas notas compiladas para la composición de la presente obra, entresacamos los siguientes párrafos del coronel Olcott :

«Un extraño encadenamiento de sucesos nos unió para llevar a cabo esta obra bajo la superior dirección de un grupo de Maestros, especialmente de uno cuyas sabias enseñanzas, noble ejemplo, benévola paciencia y paternal solicitud nos movieron a mirarlo con la reverencia y amor que un verdadero padre inspira a sus hijos. Yo debo a la señora Blavatsky el conocimiento de la existencia de estos Maestros y de su esotérica filosofía, y el haberme luego servido de mediadora antes de entrar yo en directa comunicación con ellos».

Las primitivas crónicas de la Sociedad Teosófica revelan los motivos de su fundación; y los informes desde entonces acerca dl; la índole de la empresa confiada a la señora Blavatsky, demuestran que ya en un principio conoció ella dichos motivos, aunque no comprendía muy bien por qué medios podría realizar la obra.

Parece que anduvo perpleja por la dificultad de dar a entender su misión a gentes que no sólo desconocían la existencia sino más aún ignoraban la índole y cualidades de los adeptos o mahatmas de quienes tanto se ha hablado desde entonces por su profunda ciencia oculta. La táctica de la señora Blavatsky fue imitar por medio de sus propias facultades y de las que de cuando en cuando le prestaban sus maestros, los fenómenos espiritistas en la época en que llamaban la atención de cuantos en los Estados Unidos pro pendían al misticismo. Proponíase con ello demostrar a los observadores sagaces, que las circunstancias en que ella producía los fenómenos eran por completo distintas de las que acompañaban a las manifestaciones espiritistas; y de esta suerte atajar los pasos de los aficionados a teorizar demasiado presurosa mente sobre las bases de la observación espiritista, convenciéndoles de que las pruebas en que apoyaban sus opiniones eran insuficientes para justificarlas, por lo cual debían seguir el camino de una investigación mas filosófica o teosófica.

Innegablemente era esta táctica errónea y para mayor malla desenvolvió la señora Blavatsky con tan poca discreción y tan gran consumo de energía psíquica, que no pueden por menos de lamentar los estudiantes de ocultismo cuando consideran retrospectivamente sus consecuencias. Sin embargo, yo sólo examino los procedimientos de la señora Blavatsky con objeto de dilucidar su actuación y me abstengo de exponer los que pudieran haberla conducido a más resonantes triunfos.

El exiguo grupo de amigos que en 1875 organizaron la Sociedad Teosófica, estatuyeron unos cuantos puntos inasequibles que aparecen como sigue en los primitivos Estatutos:

1) Mantener vivas las intuiciones espirituales del hombre.

2) Combatir y rechazar después de la debida investigación comprobatoria de su irracional índole, todo linaje de mojigatería, ya fuere en intolerable sectarismo religioso, ya en creencia en milagros u otros hechos sobrenaturales.

3) Fomentar el sentimiento de fraternidad entre las naciones y contribuir al intercambio internacional de artes útiles y productos industriales por medio de consejos, informes y cooperación con asociaciones e individuos dignos de ello, con tal de que la Sociedad no obtenga beneficio ni interés alguno de sus cooperativos servicios.

4) Procurar el conocimiento de todas las leyes de la naturaleza y contribuir a difundirlo, con especial cuidado de estimular el estudio de las menos comprendidas por las gentes del día, llamadas por ello ciencias ocultas. Las supersticiones y leyendas populares, aunque fantásticas cuando se analizan, pueden conducir al descubrimiento de importantes y durante largo tiempo perdidos secretos de la naturaleza. Por lo tanto, la Sociedad se propone seguir esta línea de investigación con la esperanza de ensanchar el campo de las observaciones científicas y filosóficas. .

5) Coleccionar para la biblioteca de la Sociedad y transcribir informes exactos acerca de las diversas tradiciones y leyendas de la filosofía antigua, y cuando la Junta Directiva lo crea oportuno, difundir dichos informes con el fin de traducir y publicar valiosas obras originales, extractos y comentarios de las mismas, así como para que las personas eruditas en sus respectivas especialidades, den enseñanzas orales sobre ellas.

6) Fomentar por todos los medios posibles la educación no sectaria en los países donde sea necesaria esta reforma.

7) Finalmente, y es lo principal, alentar y ayudar a los socios en su mejoramiento intelectual, moral y espiritual. Pero ningún miembro podrá utilizar en su propio provecho los conocimientos que le hubiere comunicado un individuo de la primera Sección. Quien quebrantare esta regla será expulsado de la Sociedad. Antes de comunicar dichos conocimientos, habrá de comprometerse con solemne juramento quien haya de recibirlos, para no emplearlos en beneficio personal ni revelarlos a nadie sin permiso del instructor .

En este cúmulo de objetos se echa de ver fácilmente el implícito propósito de la señora Blavatsky, cual era el de comunicar al mundo algunas ideas relativas a la doctrina esotérica de la gran «Religión de Sabiduría» del Oriente. Este propósito se trasluce en el demasiado ampuloso programa de sus nuevos discípulos, que pudiera resumirse en el intento de reforma y guía de todas las naciones en general, cuando difícilmente hubiera sido viable fuera de los Estados Unidos, donde la misma magnitud de la empresa no acobardó ni puso en ridículo a sus iniciadores.

El señor W. Q. Judge, uno de los amigos que adquirió la señora Blavatsky durante el primer período de su residencia en los Estados Unidos, nos proporciona el siguiente relato de la maravillosa miscelánea de que fue testigo. Dice así :

«En el invierno de 1874 conocí a la señora Blavatsky que a la sazón residía en Nueva York, en un piso amueblado de la plaza de Irving, con varios aposentos en serie. Los fronteros daban a la plaza de Irving y los traseros al jardín. Mi primera visita fue a prima noche y la vi rodeada de gran número de personas austeramente atraídas por su presencia.

Se oían allí varios idiomas, y mientras la señora Blavatsky conversaba animadamente en ruso, al parecer embebida en la conversación, se volvía de pronto para interpolar en lengua inglesa una frase, un comentario en la discusión que sobre otro punto muy diferente sostenían dos contertulios contiguos.

Sin embargo, no por ello se trastornaba, porque inmediatamente de puesto el reparo o hecha la observación, reanudaba su plática en ruso en el mismo punto en que la había interrumpido.

»En un principio, muchas cosas dijo la señora Blavatsky que atrajeron mi atención y cautivaron mi ánimo. Leía mis más recónditos pensamientos y conocía mis asuntos privados. Sin preguntarle nada y seguramente sin posibilidad de adquirir noticias mías, aludía a diversas circunstancias de mi intimidad, de suerte que denotaban perfecto conocimiento de mi familia, mi conducta y mi idiosincrasia. En mi primera visita fui con un amigo a quien ella no conocía, natural de las islas Sandwich, que estudiaba la

carrera de leyes en Nueva York y había formado sus planes para residir largo tiempo en esta ciudad.
Era joven y no tenía por entonces intención de casarse. Pero la señora Blavatsky con la mayor naturalidad le dijo al despedirse que antes de seis meses cruzaría el continente americano, haría después un largo viaje, y lo que parecióle al joven más extraño, que antes de todo esto se casaría. Por supuesto que el joven tomó la cosa a broma, pues no creía en el hado; pero al cabo de pocos meses le invitaron a ocupar un cargo oficial en su país y antes de embarcar para allá contrajo matrimonio con una señorita que no estaba en los Estados Unidos al tiempo de la profecía.
»Al siguiente día me pareció oportuno probar un experimento con la señora Blavatsky. Tomé un antiguo camafeo que ella no había visto y valiéndome del dependiente de un amigo se lo mandé empaquetado por correo, sin que mis manos tocaran el paquete ni supiera yo en qué estafeta lo había depositado el dependiente. Pero al visitar por segunda vez a la sefíora Blavatsky a fines de la semana, me saludó dándome gracias por el envío del camafeo. Yo alegué ignorancia y ella me dijo que era inútil disimular, informándome entonces de cómo lo había yo enviado y en qué estafeta lo depositó el dependiente. Durante el lapso transcurrido entre el envío del paquete y mi visita no había yo dicho a nadie ni media palabra sobre el asunto. Poco después de haber trabado conocimiento con ella, se mudó la señora Blavatsky a la calle 34, en donde fui a visitarla con frecuencia. En aquellos aposentos acostumbraba a oír en muebles, ventanas y paredes, los golpeteos que suelen acompañar a las tenebrosas sesiones espiritistas; pero en casa de la señora Blavatsky, los ruidos sonaban en pleno día y tan sólo cuando ella quería, de suerte que cesaban en cuanto les mandaba cesar. Los golpes denotaban inteligencia, y al mandato de la señora Blavatsky se convertían de débiles en fuertes o de muchos en pocos.
"Pocos meses residió en la calle 34. Trasladóse a la calle 47, donde estuvo hasta Diciembre de 1878, en que se embarcó para la India. Yo era asidua visita y sabía muy bien, como igualmente los demás amigos íntimos, que las sospechas propaladas en su rededor y las abiertas inculpaciones que de cuando en cuando se le hacían, eran hijas de la más odiosa injusticia o de la más negra ingratitud. A veces la exasperaba la calumnia y decía que iba a dar para siempre de mano a toda clase de fenómenos, Pero una y otra vez se aplacaba y perdonaba a sus enemigos,
»Luego de instalada cómodamente en su vivienda de la calle 47, donde como de costumbre recibía de mañana a noche a todo linaje de visitas, continuaron ocurriendo misteriosos sucesos, extraordinarias visiones y extraños ruidos. Más de una velada pasé yo allí, viendo a plena luz de gas unas grandes esferas luminosas que se deslizaban por los muebles o saltaban juguetonamente de un sitio a otro, mientras que de cuando en cuando resonaba por los ámbitos del aposento el deleitable son de suaves campanillas, que imitaban las voces del piano o una escala de sonidos que silbábamos cualquiera de los allí presentes.
Entretanto la señora Blavatsky estaba sentada, como si nada ocurriese, leyendo o bien escribiendo las cuartillas de Isis sin velo.
"Conviene advertir que jamás dio la señora Blavatsky la menor señal de histerismo ni de éxtasis, sino que al producir los fenómenos mantuvo siempre el pleno dominio de sus facultades que, en verdad, aventajaban a las del común de las gentes.
»En el mes de Noviembre o a principios de Diciembre de aquel mismo año, el coronel Olcott recibió de un corresponsal de Boston una fotografía que fue causa de dos sorprendentes fenómenos.
Dábase a entender que era el retrato del autor de los libros titulados: Arte mágica y La Tierra espectral, y el remitente suplicaba al coronel Olcott que le devolviera la

fotografía cuanto antes, como así lo hizo, encargándome yo mismo, pues estaba de visita, echarla en el buzón mas inmediato. Dos o tres días después le pidieron a la señora Blavatsky una copia de la fotografía, creyendo que no le sería posible obtenerla sin tener a mano el original. No obstante sacó la copia recortando al efecto un pedazo de cartón del conveniente tamaño, cubriéndolo con papel secante y colocando encima la mano. En un instante obtuvo la deseada copia, que pasó a manos del coronel Olcott, quien la guardó entre las hojas de un libro que estaba leyendo y se llevó consigo a la cama. A la mañana siguiente, el retrato se había desvanecido por completo, y sólo quedaba escrito con lápiz el nombre del retratado. Al cabo de algunos días vi yo en el aposento del coronel Olcott aquel cartón en blanco, y llevándoselo a la señora Blavatsky le rogué que hiciese reaparecer el retrato. Complacientemente volvió a cubrir ella el cartón con una hoja de papel secante, puso encima la mano, y reapareció el retrato tan limpio como antes y ya indeleblemente fotografiado.

»En el gabinete de trabajo de la señora Blavatsky había un armario librero colocado de espaldas al bufete, y encima de él un bicho disecado cuyos vítreos y siempre abiertos ojos parecía como si atisbaran de continuo los movimientos de la señora Blavatsky,

»Podría yo relatar algo acerca de la vida de aquel bicho, pero recuerdo las palabras de Tacolliot cuando a este propósito decía: Hemos visto cosas que no me atrevo a referir por temor de que me tilden de loco… Sin embargo, las hemos visto».

Pues bien; encima de las puertas del antedicho armario había un friso de unas tres pulgadas de ancho que contorneaba todo el vuelo del armario. Una tarde estábamos hablando como de costumbre de magia y de los “Hermanos”, cuando la señora Blavatsky exclamó: "¡Mirad al armario!"

»Miramos todos y vimos en el friso varias letras al parecer de oro que resaltaban sobre la superficie de la madera y cubrían casi todo el ancho friso. Al examinar las letras nos convencimos de que eran de oro y de un carácter que yo había visto frecuentemente en los papeles de la señora Blavatsky. Estas inscripciones de mensajes o frases ocurrían muy a menudo y relataré un caso auténtico que presencié personalmente en términos que no me cabe duda de su realidad.

»Una tarde, a eso de las cuatro, estaba yo sentado a unos dos metros de distancia de la señora Blavatsky, ocupada a la sazón en escribir. Leía yo un libro de P. B. Randolph que me acababa de traer un amigo del coronel Olcott, y aunque había ya leído la portada no me acordaba bien del título; pero estaba seguro de que no había allí escrita ni una palabra acerca de él. Al empezar el primer párrafo oí resonar en el aire una campanilla, y al levantar los ojos vi que la señora Blavatsky me miraba intencionadamente y me dijo:

-¿Qué libro lee usted?

»Volví la hoja para ver el título en la portada y hallé escritas con tinta aún fresca unas siete líneas en la parte superior de la página, donde minutos antes sólo había lo impreso, Las líneas me daban un aviso respecto del libro, y estaba segurísimo de que al tomarlo no había en él ni una palabra escrita.

»En otra ocasión necesitaba yo saber las señas de una casa de comercio de Filadelfia para mandar una carta por correo, y ninguno de los presentes recordaba la calle ni el número ni había por allí indicador alguno de Filadelfia en donde encontrar la dirección de la casa. El asunto era urgentísimo y resolvimos que uno de nosotros fuese a 1a Administración General de Correos, situada a cuatro millas de distancia, para consultar el indicador de Filadelfia, pero la señora Blavatsky dijo:

«Esperad un momento y acaso podamos averiguar las señas por algún otro medio». Movió ella la mano y al instante oímos resonar una campanilla sobre nuestras cabezas. Creíamos que iba a aparecer por los aires un grueso indicador, pero no ocurrió tal cosa.

La señora Blavatsky se sentó y tomando una plegadera de estaño barnizada de negro por ambos lados y sin dibujo alguno, la frotó suavemente con la mano derecha mirándonos al propio tiempo con intensa expresión. Al cabo de pocos momentos de frotar la plegadera, aparecieron sobre la negra y brillante superficie los contornos de unas letras doradas que enseguida tomaron cuerpo, inscribiendo claramente un completo anuncio de la casa cuyas senas deseábamos saber. Las letras parecían estampadas sobre tirillas de papel secante, tal como, según supe después, se acostumbran a publicar los anuncios en los Estados Unidos. El detenido examen de la inscripción demostró que la calle y el número, los cuales no recordábamos, estaban inscritos con mucha brillantez, al paso que la, demás palabras y guarismos eran opacos. Dijo la señora Blavatsky que esto provenía de que la mente del operador estaba casi por completo enfocada en la calle y el número, de suerte que se habían señalado mucho más distintamente que el resto del anuncio cuya inscripción era incidental.

»Cuando un objeto se transportaba misteriosamente alrededor del aposento o entraba por el aire de extramundanal manera, siempre iba acompañado de un raro aunque agradable olor que durante más o menos tiempo flotaba en el ambiente y era cada vez distinto. En unas ocasiones olía a sándalo mezclado con a mi entender esencia de rosas. Otras veces era algún desconocido perfume oriental, y también solía percibirse el aroma del incienso.

»Un día me preguntó si me gustaría aspirar de nuevo el perfume. Respondí afirmativamente y ella tomó mi pañuelo, lo mantuvo unos cuantos momentos en su mano y al devolvérmelo estaba impregnado del conocido perfume. Después, para demostrarme que no tenía en las manos nada que pudiese haber comunicado el perfume al pañuelo, permitió que se las examinara, y en efecto, no estaban perfumadas. Pero una vez convencido de que no tenía oculto en sus manos ningún artificio de perfumería, vi que una mano echaba un peculiar y penetrante perfume, mientras que de la otra se desprendían densas nubes de incienso.

»Sobre el bufete en que escribía Isis sin velo, había una pequeña papelera chinesca con varios cajoncitos, que algunos de ellos contenían chucherías y otros estaban siempre vacíos. La papelera no tenía nada de particular y detenidamente examinada no se echó de ver en ella artificio ni mecanismo alguno ni que se relacionara con ella; pero más de una vez habían desaparecido varios objetos por uno de aquellos cajones vacíos, al paso que aparecían otros objetos nuevos en la casa. Con frecuencia vi que la señora Blavatsky colocaba en el cajón vacío pequeñas monedas, sortijas y amuletos, y también yo mismo puse por mi mano algunos objetos, cerré el cajón y abriéndolo casi al instante había desaparecido lo puesto.

»Desde luego que algunos hábiles prestidigitadores habían producido antes de entonces ilusoriamente parecidos fenómenos; pero necesitaban para ello cómplices en connivencia o bien alucinaban al espectador de modo que creyese que el objeto en cuestión estaba donde en realidad no lo habían puesto. Pero la señora Blavatsky no se valía de artificios ni trampas. Yo examiné repetidamente la papelera y puedo afirmar que no había en ella resorte alguno por donde desapareciera el objeto del cajón.

»Estaba montada la papelera sobre cuatro pequeños soportes y levantada unas dos pulgadas de la lisa y limpia superficie del bufete. Varias veces vi que la señora Blavatsky colocaba una sortija en uno de los cajones y salía del gabinete. Entonces yo miraba en el cajón, veía la sortija y lo cerraba. Después volvía ella y sin acercarse a la papelera me enseñaba la sortija puesta en su anular. Entonces yo volvía a mirar en el cajón antes de que ella se marchara, y la sortija había desaparecido.

»Un día, la filántropa Isabel Thompson, que estimaba en mucho a la señora Blavatsky, fue a visitarla estando yo presente, y poco antes de despedirse le rogó que le prestase

algún objeto que ella hubiese llevado, para tenerlo como recuerdo y como talismán. Accedió la señora Blavatsky, diciéndole a su amiga que ella misma escogiese el objeto; pero al ver que titubeaba, exclamó: Tome esta sortija, a punto en que se la quitaba del dedo entregándosela a su amiga, quien se la puso en el suyo, absorta en la contemplación de la pedrería. Pero con gran sorpresa vi yo que la señora Blavatsky continuaba teniendo en su anular la sortija, y sin embargo también brillaba otra igual en la mano de su amiga.

Apenas podía dar crédito a mis ojos. Indudablemente había dos sortijas, si bien la amiga no se percató de ello y marchóse satisfecha creyendo que se llevaba la auténtica. Al cabo de unos días, vino la amiga a devolver la sortija a la señora Blavatsky, quien me dijo entonces que una de las dos sortijas era ilusoria, y me invitó a que acertase cual de las dos. No pude decirlo porque la señora Blavatsky se puso la sortija devuelta en el mismo dedo en que ya tenía puesta la otra y ambas se entrefundieron en una.

»Una tarde, después de comer, nos hallábamos varias personas conversando sobre teosofía y ocultismo. La señora Blavatsky estaba en su bufete, y mientras los demás conversábamos, uno de ellos dijo que oía música y se levantó para ir al salón, donde a su parecer resonaban las notas. Mientras examinaba el salón, uno que estaba sentado junto al hogar, dijo que en efecto se oía el son de una caja de música, pero no en el salón, sino en el tubo de la chimenea. Otro caballero que había salido al pasillo, volvió diciendo que ya no se oía la música, y mucha fue su sorpresa al encontrarnos a todos escuchando junto al hogar la música que sonaba en el interior de la chimenea. Sin embargo, apenas empezó a oírla, cuando resonó en pleno salón dando las últimas notas encima de nuestras cabezas. En diversas ocasiones oí esta música en variados tonos, sin que nunca hubiese instrumento músico.

Aquella misma tarde, un poco después de ocurrido el incidente de la música, la señora Blavatsky abrió un cajón de la papelera chinesca sacando de él un collar oriental de extrañas cuentas y se lo dio a una señorita allí presente. Un caballero se permitió entonces manifestar su sentimiento de no haber recibido análogo testimonio de amistad. Inmediatamente la señora Blavatsky asió una cuenta del collar que aún tenía su amiga en la mano. La cuenta saltó al punto de la sarta y la señora Blavatsky se la entregó al quejoso caballero, quien al recibirla vio estupefacto que se había convertido en un alfiler de corbata con presilla de oro. Entretanto, el collar permanecía intacto en manos de la amiga que lo examinaba maravillándose de que hubiera podido saltar de la sarta una cuenta sin romperla.

»He oído decir que cuando la señora Blavatsky era joven y al restituirse a su familia tras algunos años de ausencia, todos los de su parentesco y trato se admiraron temerosamente al ver que las copas, libros, tabaquera, fosforera y otros objetos se le iban a la mano por los aires apenas ella los miraba intencionadamente. Estos hechos de su juventud pueden corroborarlos sin dificultad quienes la vieron realizar iguales fenómenos en su tertulia de Nueva York. Fui varias veces testigo presencial de semejantes vuelos de objetos materiales que por el aire se le venían a las manos en cuanto ella lo mandaba.

» Una tarde tenía yo mucha prisa en sacar copia de un dibujo que había hecho, y al efecto eché una ojeada por la mesa en busca de una plegadera con que frotar por el revés del dibujo el carboncillo para colocarlo sobre una hoja de papel blanco. Alguien me sugirió la idea de que a falta de plegadera podía valerme de la convexidad de una cuchara, y a este propósito me levanté para buscar una en la cocina, situada al otro extremo del salón. Pero la señora Blavatsky me dijo: «Alto; no hay necesidad de que vaya usted a la cocina. Espere un momento». Me detuve junto a la puerta, y ella sin levantarse de la silla, alzó la mano izquierda y al punto apareció por el aire una cuchara

de mesa que cruzando el salón fue a parar a su mano. Nadie había allí que pudiera traerle la cuchara, y el comedor de donde vino estaba a unos nueve metros de distancia separado del salón por dos piezas intermedias de sólidos tabiques.

En la pieza o aposento contiguo al salón, pendía cerca de la ventana un retrato a la aguada con marco y vidrio. Acababa de salir yo de aquel aposento donde había estado mirando el cuadro, sin que nadie más que yo estuviera allí ni tampoco nadie entró antes de que yo volviese a entrar. Al salir del aposento me fui a donde estaba la señora Blavatsky quien al poco rato escribió unas cuantas palabras en un pedazo de papel que me entregó diciendo que lo pusiera aparte sin mirar lo escrito.

»Así lo hice. Entonces me dijo que fuese al aposento contiguo y al entrar en él vi que el marco daba indicios de haberlo tocado alguien, porque el vidrio estaba roto y la tabla posterior suelta, de modo que el retrato había caído al suelo. Regresé al otro aposento y leyendo el papel dejado aparte, vi que decía: “EI retrato de... en el comedor ha sido estropeado. El vidrio está roto y la tela ha caído al suelo”.

»Un día, mientras la señora Blavatsky conversaba conmigo, paróse de pronto y dijo: Ahora mismo está hablando de mí. . * y dice esto y lo otro». Yo anoté la hora, y en la primera ocasión averigué que en efecto la persona nombrada hablaba de la señora Blavatsky cuando ésta me lo advirtió y precisamente decía aquella persona lo mismo que me había dicho a mí la señora Bla vatsky.

»Mi despacho estaba lo menos cinco kilómetros distante de la casa de ella. Un día, a eso de las dos de la tarde, hallábame en mi despacho, ocupado en leer un documento jurídico con la mente fija en su contenido. Nadie más había en el despacho y el aposento contiguo estaba separado por una luneta que daba luz a los cuartos interiores. De pronto noté en la mano una punzada como la que siempre sentía cuando había de ocurrir algo en presencia de la señora Blavatsky, y al mismo tiempo cayó del techo sobre el borde de mi bufete y de allí al suelo, un papel doblado triangularmente, que según vi era una anotación dirigida a mí por la señora Blavatsky, escrita de su puño y letra al respaldo de un sutra jaino. La dirección a mi nombre estaba puesta a través de la cara impresa del papel.

Recuerdo un fenómeno de los que en espiritismo se llaman aportes, o sea la traída de objetos de distintos lugares. Estaba yo pintando a la aguada el retrato de un súbdito egipcio, y necesitaba a la sazón un color que la señora Blavatsky no tenía en su caja ni era posible ir a comprarlo por no haber ninguna tienda cercana, siendo así que convenía acabar el retrato en aquella misma sesión. Pero ella se dirigió hacia la salita del piano y levantando con ambas manos la falda de su bata, recibió en ella diez y siete tubos de colores, marca Winsor Newton, y entre ellos el que yo necesitaba. También requería yo algo de pintura dorada, y al efecto me dijo ella que le trajese del comedor una salvilla y la llave de latón de la puerta. Durante un par de minutos frotó con la llave el fondo de la salvilla y al devolverme ambos objetos encontré una buena porción de la pintura que necesitaba para barnizar la porcelana» .

En modo alguno me hubiera yo aventurado a publicar el precedente relato, a no ser por la notoria imposibilidad de mantener en los límites de lo vulgarmente verosímil las experiencias e incidentes de la vida de Blavatsky. Con seguridad que nadie de cuantos tuvieron ocasión de observar los fenómenos ocurridos en su presencia, podría esperar que las gentes lo creyeran en su sano juicio al referirlos ni admitiesen su veracidad; pero como cada testigo está corroborado por todos los demás, muy difícil les ha de resultar a los criticones argüir que parientes, amigos, conocidos, visitantes y extraños se hayan confabulado para propalar patrañas sobre la señora Blavatsky o que en diferentes partes

del mundo y en distintas épocas hayan coincidido varias personas en una común manía respecto a ella, mientras en todas las demás cosas discurrían con claro entendimiento.
El primer incidente que durante la permanencia de la señora Blavatsky en los Estados Unidos atrajo la atención de la prensa diaria, fue la incineración, bajo los auspicios de la Sociedad Teosófica, del cadáver de un excéntrico personaje conocido en Nueva York con el título de baron de Palm. Entre otras extravagancias de este sujeto se cuenta la de haber legado en su testamento una valiosa finca en favor de la Sociedad Teosófica; pero de las averiguaciones practicadas después de su muerte, se vino en conocimiento de que la finca sólo estaba en la imaginación del legatario. Los periódicos publicaron el erróneo informe de que la Sociedad Teosófica había adquirido una fortuna captando la voluntad de aquel ingenuo millonario, cuando en rigor no dejó ni siquiera para costear la ceremonia de la incineración.
Sin embargo, este incidente dio repentina notoriedad a la Sociedad Teosófica ya la señora Blavatsky, quien por entonces escribió sobre el caso a su hermana diciéndole:

«Imagínate mi sorpresa. Parece que ¡Dios me valga! me estoy poniendo de moda. Escribo artículos sobre los temas Esoterismo y Nirvana, y me pagan por ellos lo que no podía esperar, aunque apenas tengo tiempo de escribir por remuneración...
Créeme, y me creerás porque me conoces, que nunca me tuve por capaz de escribir medianamente.... Si fuese yo desconocida ningún editor me hubiera hecho caso... Todo es cuestión de vanidad y moda...
Afortunadamente para los editores no he sido nunca *vana* (35)" .

En otra carta familiar dice:
"Afirmo bajo mi palabra que no comprendo por qué tú y la generalidad de las gentes han de armar tanto alboroto sobre mis escritos, bien en ruso o en inglés. Verdaderamente, durante mis largos años de ausencia de la patria estudié sin parar y aprendí algo. Pero al escribir Isis lo escribí con tanta facilidad que fue para mí placer y no trabajo.
¿Por qué se me ha de elogiar por ello? Siempre que me mandan escribir, obedezco, y escribo entonces fácilmente sobre metafísica, psicología, filosofía, religiones antiguas, ciencias naturales etc. Nunca me pregunto: ¿Conozco este asunto?" ni «¿Estaré a la altura de este trabajo?» sino que me pongo a escribir y escribo. ¿Por qué? Porque alguien que todo lo sabe me lo dicta. . . . . MI MAESTRO y eventualmente otros a quienes conocí hace años en mis viajes. . .
No vayas a figurarte que me he vuelto loca. Ya te insinué antes algo acerca de ellos... y te confieso ingenuamente que cuando he de escribir sobre un asunto que conozco poco o nada, me dirijo a Ellos y uno de Ellos me inspira, o mejor dicho, pone en el aire ante mi vista manuscritos y aun impresos que yo me contraigo a copiar sin perder ni por un instante la conciencia, ... El conocimiento de Su protección y la fe en Su poder me han fortalecido mental y espiritualmente, pero no siempre es necesaria la asistencia divina del Maestro, pues cuando se marcha a cumplir otras ocupaciones, despierta en mí un substituto suyo en conocimientos. . . Entonces ya no escribe mi persona, sino que mi Ego interno, mi luminoso ser piensa y escribe por mí. Tu que me conoces, reflexiona y dime: ¿Cuándo fui yo tan erudita para escribir semejantes cosas? ¿De dónde me viene todo este conocimiento?
En otra ocasión escribía a su hermana:
"Acaso no me creas, pero te aseguro que digo verdad. Estoy exclusivamente ocupada no en escribir Isis sino en la misma Isis. Vivo en una especie de hechizo perpetuo, una vida de visiones y videncias a ojos abiertos sin éxtasis que alucinen mis sentidos.

Constantemente estoy al habla con la bella diosa. Y cuando me declara el oculto significado de sus ha tanto tiempo perdidos secretos y el velo se va haciendo de hora en hora más tenue y transparente, desvaneciéndose gradualmente ante mi vista, suspendo el aliento y a duras penas puedo dar crédito a mis sentidos .
»Durante varios años, a fin de no olvidar lo aprendido en otras partes, se me ha puesto constantemente ante los ojos cuanto necesitaba ver. Así noche y día las imágenes del pasado están acampadas ante mi vista interna. Lenta y silenciosamente, como figuras de un encantado panorama, se me aparecen siglos tras siglos. . ., y relacionando estas épocas con ciertos sucesos históricos, sé que no cabe en ello engaño. Razas y naciones, países y ciudades emergen en el transcurso de un siglo primitivo y después decaen y desaparecen en otro posterior cuya fecha exacta se me declara..... La fabulosa antigüedad cede el sitio a los periódicos históricos. Los mitos hallan explicación en sucesos reales y en personajes de auténtica existencia; y todo acontecimiento importante y a veces trivial, todas las revoluciones, cada nueva página vuelta en el libro de la vida de las naciones con sus causas y efectos, todo queda fotografiado en mi mente como si lo estamparan en indelebles colores.... Cuando recapacito mis pensamientos me parecen como los pedacitos de madera de varias formas y colores de un rompecabezas. Los voy tomando uno por uno y pruebo a que coincidan unos con otros, dejando este y volviendo a tomar aquel hasta encontrar su pareja, de suerte que al fin resulta una figura geométricamente exacta. . . . . Desde luego que en modo alguno lo atribuyo a mi conocimiento ni a mi memoria, pues por mí sola nunca hubiera podido llegar a tales premisas y conclusiones..... Te digo formalmente que me ayudan. y QUIEN me ayuda es mi GURU....."
Mencionaremos un incidente relativo al período de la estancia de la señora Blavatsky en los Estados Unidos, con el cual estuvo ella relacionada, aunque no resultó del ejercicio de sus anormales facultades.
El príncipe Emilio Wittgenstein, militar ruso y antiguo amigo a quien conocía desde la infancia, se carteaba con ella en la época de la formación de la Sociedad Teosófica. A consecuencia de ciertos avisos que recibió el príncipe en las sesiones espiritistas, respecto a las desgracias que le amenazaban si tomaba parte en la guerra del Danubio, a la sazón inminente, el invisible jefe espiritual de la señora Blavatsky le ordenó que le dijera al príncipe que por el contrario se tendría cuidado de él durante la campaña y quedarían refutados los avisos espiritistas.
Lo ocurrido después está descrito en la siguiente carta dirigida por el príncipe a un periódico inglés afecto al espiritismo. Dice así:

«Sr. Director de El Espiritualista,
»Permítame usted, en beneficio de quienes creen en las predicciones espiritistas, que le relate los incidentes que me sucedieron el año pasado y que durante muchos meses deseaba comunicarle sin tener hasta ahora tiempo para ello. El relato podrá tal vez servir de advertencia a las personas excesivamente crédulas para quienes toda comunicación mediumnística es el evangelio y que demasiado a menudo aceptan por verdad lo que acaso no sean más que embustes de algún espíritu ligero o el reflejo de sus propios pensamientos y deseos. Yo creo que el cumplimiento de una predicción es cosa tan excepcional, que generalmente no se debe uno fiar de tales profecías, sino evitarlas en lo posible so pena de que influyan nocivamente en nuestro ánimo, en nuestra fe y albedrío.
"Hace un año y meses, mientras me disponía a incorporarme al ejército del Danubio, recibí primero una carta y después otras varias, de un buen amigo mío y excelente medium en los Estados Unidos, exhortándome anhelosamente a que no fuera a la guerra, pues un espíritu había vaticinado que me sería fatal la campaña, ordenando a mi

amigo que me escribiese las siguientes palabras: «¡Guárdate del arzón de guerra! ¡Será tu muerte o todavía peor!»

"Confieso que no eran agradables estas reiteradas advertencias, especialmente al recibirlas en vísperas de marcha, pero me esforcé en no creerlas.

Mi prima, la baronesa Adelina de Vay, a quien le consulté el asunto, alentó me para que no hiciese caso, y fui a la guerra.

"Parece que también conocían esta predicción algunos de mis amigos teósofos de Nueva York, quienes se indignaron por ella y resolvieron hacer cuanto en su mano estuviese para invalidarla. Especialmente uno de los más conspicuos miembros de la Sociedad Teosófica, residente muy lejos de los Estados Unidos, prometió escudarme contra todo peligro con la fuerza de su voluntad.

»Lo cierto es que durante la campaña, no vi disparar ni un tiro a mi alrededor, y que en cuanto al riesgo de muerte fue lo mismo que si hubiese permanecido en Vevey . Estaba yo avergonzado de mí mismo y por doquiera buscaba ocasión de oír al menos el fragor del combate que tan familiar me había sido en mi juventud. ¡Todo en vano! Siempre que me acercaba al escenario de una acción de guerra, cesaba el fuego del enemigo. Recuerdo que una vez, durante el tercer y sangriento ataque contra Plewna, mi amigo el joven coronel Wellesley y yo nos apartamos del Estado Mayor del zar para ir a una de nuestras baterías que cruzaba un fuego horroroso con el reducto de Grivitsa. Tan luego como dejando a los caballos entre la maleza nos acercamos a la batería, cesó como por encanto el fuego de los turcos y no volvieron a reanudarlo hasta que pasada media hora nos marchamos de la batería, aunque entretanto habían continuado los nuestros disparando sin interrupción. También traté por dos veces de presenciar el bombardeo de Guirgiewo, cuya estación ferroviaria había quedado maltrecha por los proyectiles diariamente disparados desde Rustchuk.

Me detuve una vez allí toda una noche y otra vez medio día con la esperanza de presenciar el bombardeo; pero mientras mi permanencia, parecía como si estuviéramos en tiempo de paz, y sin embargo se reanudaba el bombardeo tan luego como yo salía de la ciudad.

» Algunos días después de mi última visita a Guirgiewo fue allí el coronel Wellesley , y una granada penetró por el techo en la galería de la casa donde se alojaba, estropeando parte de su equipaje y destrozando a dos soldados que estaban cerca.

"Me resisto a creer que todo esto sea consecuencia de la casualidad, porque los sucesos fueron demasiado regulares y positivos para ser casuales.

Tengo la seguridad de que fueron obra de magia, pues quien tan eficazmente me protegió es uno de los más poderosos maestros de la oculta ciencia profesada por los teósofos.

»En contraste referiré un suceso ocurrido en la guerra ruso-turca de 1854, durante el sitio de Silistria. Un distinguido general de ingenieros de nuestro ejército, que dirigía las obras de aproximación al enemigo, era sincero espiritista y diputaba por genuina revelación de espíritus superiores todo cuanto transcribía con ayuda de un psicógrafo o medium escribiente. Los espíritus le habían predicho que volvería de la guerra ileso y cubierto de gloria y fama. En vista de ello se exponía abierta e imprudentemente al fuego del enemigo, hasta que por fin una bala de cañón se le llevó una pierna y murió al cabo de algunas semanas. Tal es la fe que debemos poner en semejantes predicciones, y espero que acoja usted favorablemente mi relato para que sirva de advertencia a muchos.

De Vd. affmo.

Príncipe E. Wittgenstein (M. S. T.) - Vevey (Suiza 18 de Junio de 1878».

Aparte del intrínseco interés de esta carta, conviene manifestar definitivamente (según saben cuantos trataron a la señora Blavatsky en la época de referencia) que en los primeros días de la Sociedad Teosófica en Nueva York había afirmado y a la fundadora la existencia de los Maestros; por lo tanto es absurda la acusación lanzada más tarde contra ella de haberlos inventado en una época posterior .
La condesa Wachtmeister, cuyo nombre reaparecerá más adelante en estas Memorias, me facilitó otro relato de lo hecho por la señora Blavatsky en los Estados Unidos, según le manifestó el señor Cunningham. Dice así:

“El señor Félix Cunningham, opulento joven norteamericano, describe la escena ocurrida una tarde que estaba de visita en casa de la señora Blavatsky en Nueva York. Durante algún tiempo dicho señor se había visto terriblemente conturbado por ciertos fenómenos ocurridos en su presencia: sillas que de repente saltaban por el aposento, cuchillos y tenedores que bailaban sobre la mesa; campanillas que sonaban por toda la casa, etc. El campanilleo fue a veces tan estrepitoso, que el propietario de la finca invitó cortésmente al inquilino a que desocupara el cuarto.
"Mudóse Cunningham a otra casa donde al cabo de unos días de estar instalado se repitió la misma comedia. y el conturbado joven hubo de mudarse de casa como judío errante empujado brutalmente por sus invisibles enemigos. Noticioso de las anormales facultades que poseía la señora Blavatsky, creyó que bien pudiera librarle de sus padecimientos. Tuvo la suerte de que alguien le presentara en casa de ella, y muy viva fue su curiosidad al entrar una tarde en el salón donde la señora Blavatsky estaba rodeada de sus admiradores. Después de la presentación, le invitó ella a que se sentara en el sofá y le refiriera sus infortunios. La señora Blavatsky, oído pacientemente el largo relato, le respondió diciendo que aquellos fenómenos eran en parte resultado de su propia energía psíquica y en parte obra de los elementales. Le explicó también de qué modo lograría verse libre en adelante de tales molestias, o bien dominar por completo aquellas fuerzas de la naturaleza y producir fenómenos a voluntad.
Le pareció esto al señor Cunningham tan de todo punto increíble, que aunque nada dijo, tuvo en su fuero interno a la señora Blavatsky por charlatana o ilusa. Trabó después H.P.B. animada conversación con un catedrático sobre el sistema darwinista de evolución, y de pronto, volvióse hacía el señor Cuningham y le dijo: «Muy bien, señor de Cunningham, ¿conque se figura usted que todo esto es una farsa? Si usted gusta, le demostraré que no hay tal. Dígame usted ¿que le gustaría tener? Deséelo usted sin decirlo y lo tendrá usted." Pensó Cunningham en una rosa, aunque no había flor alguna en el salón, y mientras su pensamiento se fijaba en su mente levantó los ojos y con grandísima sorpresa vio aparecer en el techo una ampliamente explayada rosa que rápida descendió hacia él con el peciolo en segura dirección del ojal de la solapa donde quedó prendida. Al examinarla de cerca echó de ver Cunningham que estaba recién cortada con gotas de fresco rocío en pétalos y hojas. La señora Blavatsky, que no se había movido del sofá, contempló regocijada la estupefacción del joven y le dijo que una vez adquirido dominio sobre los elementales, resultaban juego de niños tales fenómenos.»
En un artículo publicado en el periódico New York Times del 2 de Enero de 1885, se dan algunas noticias del progreso alcanzado a la sazón en la India por la Sociedad Teosófica, al paso que contiene interesantes reminiscencias de la estancia de la señora Blavatsky en Nueva York. Dice así:

«Es muy interesante para la generalidad de los lectores conocer el carácter de la Sociedad Teosófica, porque ofrece una curiosísima fase de la moderna mentalidad. En

Nueva York llamó mucho la atención, hace diez años, el desenvolvimiento de dicha Sociedad, y los periódicos dieron cuenta de su actuación en los locales de la Octava Avenida y de la calle 47 en donde estuvo instalada, ejerciendo indudablemente alguna influencia en el pensamiento de los socios.

»Esta influencia provino, sin duda, del extraordinario poder personal de la señora Blavatsky, mujer de tan notables características como el mismo Cagliostro, y que las gentes la juzgan tan opuestamente como el famoso conde lo fue en su día.

El periódico Pall Mall Gazette dedicó recientemente media columna a la señora Blavatsky. Quienes tan sólo la conocen superficialmente en este país, la tienen por charlatana. Otros dicen que es muy erudita, pero ilusa; y quienes la conocen íntimamente y se honran con su amistad, o creen en sus poderosas facultades o se sienten profundamente perplejos, de suerte que cuanto más de cerca la tratan, más firme en unos es la fe y más honda en otros la perplejidad. Quien esto escribe era uno de los últimos. Durante dos años estuve indeciso en si la señora Blavatsky era una impostora, una ilusa o si en verdad poseía genuinas facultades. Las gentes a quienes el mundo llama talentos negarán rotundamente y desde luego que obrase ella milagros; pero en cambio hay muchas personas dispuestas a jurar que los obró en Nueva York.

»Una señora cuyo hermano era un entusiasta creyente en la prodigiosa rusa, pero que profesaba la religión metodista y se mostraba de todo punto contraría a la Teosofía (como empezaba a llamarse la nueva modalidad de pensamiento) fue inducida a trabar conocimiento con la señora Blavatsky, llegando a ser muy amigas, aunque de opuestas creencias. Un día la señora Blavatsky le dio a la otra un collar de hermosas cuentas de una extraña substancia que parecía madera, y le dijo:

"Llévelo usted puesto; pero si acaso lo presta usted a alguien, se desvanecerá. La otra señora lo llevó puesto durante cerca de un año, y después hubo de marcharse de la ciudad. Cierto día, un hijo suyo de pocos años, que estaba enfermo y de mal humor, quiso que le dieran el collar, y su madre se lo dio riéndose de labios adentro de la predicción. El chiquillo se lo colgó al cuello y parecía estar muy satisfecho de su nuevo juguete, mientras la madre se fue a cumplir con alguna de las obligaciones domésticas. Al poco rato, empezó a gritar el niño, y al acudir la madre vio que pugnaba por quitarse el collar. Al quitárselo ella advirtió que la tercera parte de las cuentas estaban medio derretidas y tan calientes que habían dejado señales de quemadura en el cuello del niño. La señora misma relata el caso y sin embargo persiste en decir que no cree en «semejantes cosas».

A docenas pudieran citarse fenómenos por el estilo, con testimonios fidedignos que bajo juramento afirmarían su autenticidad.

»Sin embargo, la señora Blavatsky no influyó en la mentalidad de la época por medio de sus milagros o artificios. según el lector quiera calificarlos, sino por el poder de su propia personalidad, el vigor de su entendimiento, la amplitud y originalidad de sus ideas y la fluidez y claridad de su palabra. Sus facultades intelectuales eran tan notables como su prestancia personal, pues no hubo jamás mujer tan impetuosa e impulsiva y sin embargo era generosa y hospitalaria hasta dejarlo de sobra. Para los amigos íntimos su casa era el alcázar de la Libertad, y aunque no gustaba de lujos ni ostentaciones, vivía cómodamente y de continuo agasajaba a los visitantes. Físicamente parecía perezosa; mas esto era a causa de su corpulencia que le dificultaba el ejercicio físico. Sin embargo, no se advertía ni el más leve indicio de pereza intelectua! en su conversación, y si alguien le hubiese achacado tal defecto, seguramente la absolviera la publicacíón de Isis sin velo, su obra sobre los misterios y religiones de Oriente. Sin discutir el mérito de esta obra no cabe negar que denota extraordinaria labor.

»La señora Blavatsky era constante y leal amiga de sus amigos en grado extraordinario. Por excesivamente confiada había sufrido no pocos desengaños en las amistades a la ligera contraidas, por lo que hubo de reducir el círculo de contertulios; pero cuando salió de los Estados Unidos, todavía andaba propensa a dejarse sorprender en su buena fe por cualquier habilidoso advenedizo.
"No hacía caso de las conveniencias sociales y se ufanaba de llevar sus excentricidades hasta el último extremo. Cuando se irritaba profería ternos y blasfemias de carretero, ya veces empleaba expresiones de menosprecío contra las prácticas y usos corrientes en sociedad. Nacida en una familia de la más linajuda estirpe de Rusia, había sido educada aristocráticamente; pero no sólo desechó las tradicionales creencias de su familia, sino todo el régimen de la civilización europea. Al menos durante su residencia en los Estados Unidos protestó vigorosamente contra nuestra civilización..... Por este motivo sufrió despiadadas críticas que desde el punto de vista de los criticantes eran merecidas. Quienes la conocían a fondo la juzgaban completamente incapaz de acciones ruines o deshonrosas» . "

Pasa después el autor del artículo que estamos transcribiendo a citar las opiniones que la señora Blavatsky solía exponer sobre el espiritismo, y dice:

“Los fenómenos son muy a menudo fraudulentos. Acaso ni uno entre ciento es auténtica comunicación de los espíritus pero este uno no debe ser juzgado por los noventa y nueve restantes. Merecen los fenómenos examen científico, y si los científicos no los examinan es por miedo. Los mediums no me pueden engañar. Sé más que ellos. He vivido años enteros en distintos puntos de Oriente y he visto prodigios mucho mayores de los que ellos puedan obrar. El universo entero está poblado de espíritus. Es insensato suponer que nosotros somos los únicos seres inteligentes del mundo. Creo que en toda materia late el espíritu. También creo en los espíritus de los elementos. Pero todo está gobernado por leyes naturales. Aun en los casos de aparente violación de estas leyes: proviene el error de no conocerlas. Se sabe que algunos pacientes de enfermedades nerviosas se levantaron de la cama por virtud de un recóndito poder y fue imposible colocarlos de pies en el suelo, pues flotaban en el aire del aposento. Nada tiene este fenómeno de prodigioso cuando se sabe que la ley de gravitación no obra siempre como generalmente se supone, sino de acuerdo con las leyes magnéticas, según trató Newton de explicarla sin que el mundo científico aceptase la explicación.
»Pronto se conocerán muchas cosas que se conocieron hace siglos, pero quedaron sepultadas bajo las supersticiones de los teólogos. La iglesia anatematiza la adivinación, y sin embargo por adivinación escogió los cuatro evangelios canónicos de Mateo, Marcos, Lucas y Juan. En el concilio de Nicea colocaron de pie derecho un centenar de libros de evangelio, y desecharon por apócrifos todos los que fueron cayendo, aceptando por auténticos los cuatro que quedaron en pie, pues no había otro medio de dilucidar la cuestión. Sin embargo, de los 318 miembros del concilio, sólo dos sabían leer: el emperador Constantino y el gran falsario Eusebio».

«No es maravilla que sus prolongadas conversaciones, en que siempre hablaba como quien tiene autoridad, le atrajeran sinceros oyentes y llegase a ser su modesta vivienda el lugar de reunión de un grupo de originales pensadores como nunca se había visto en Nueva York. No todos los que la visitaban compartían sus opiniones, pues en verdad sólo unos cuantos seguían sus enseñanzas con implícita fe. Muchos de sus amigos y de los que se afiliaron a la Sociedad Teosófica por ella fundada, eran personas que afirmaban poco y no negaban nada.

»Los fenómenos manifestados y discutidos en los salones de la señora Blavatsky, servían de alimento mental a la mayor parte de los concurrentes. El ruido de campanillas tan minuciosamente descrito por el señor Sinnet en El Mundo Oculto y que se oía repetidas veces, lo achacaban los escépticos a una causa natural, mientras que los creyentes lo diputaban por maravilloso. Pero aun los mismos escépticos se encogían de hombros, y si se les apremiaba a preguntas respondían: «No sé cual sea la causa. Tal vez un espíritu».

»Si la discusión recaía sobre algún portento de magia oriental o alguna leyenda mitológica, siempre había entre los circunstantes un testigo presencial del portento referido o un creyente en la leyenda, sin que nadie se atreviese a negar sus afirmaciones aunque para adentro se riese de ellas. No obstante lo sensible que era la señora Blavatsky al ridículo personal y a la calumnia, se mostraba sumamente tolerante en materia de opiniones y nos concedía tan gran amplitud en la discusión de sus creencias como ella se la tomaba para discutir las ajenas.

»Vivía en un modesto entresuelo de la calle 47 del distrito occidental, que constaba de siete u ocho aposentos. Lo tenía amueblado con sencillez, pero cómodamente, si bien era difícil formarse exacta idea de los muebles propiamente dichos, porque las habitaciones, sobre todo las de visita y recibimiento; estaban cuajadas de rarezas y objetos curiosos de variadísimas especies, como hojas de palmera, montes disecados, cabezas de tigre, pipas y vasijas orientales, ídolos, gorriones de Java, manuscritos, relojes de cielo y otras extrañezas que suelen verse en el salón de una señora.

Capítulo IX

ESTABLECIMIENTO EN INDIA

Si a juzgar vamos por las ordinarias normas del sentido común, la prolongada permanencia de la señora Blavatsky en los Estados Unidos no era una conveniente preparación para residir en India; sin embargo su misión teosófica parece haber tenido desde un principio la India como objetivo. Por lo tanto, cabe en lo posible que su alejamiento de los ingleses de la India a causa de los injustificados prejuicios que contra ellos tenía, pudiera haber sido bajo un aspecto más favorable que perjudicial lo fuera en otro distinto. Desgraciadamente no está aún bastante difundida la buena inteligencia entre las dos razas de la India. Cada cual ve las peores cualidades en el carácter de la otra y no sabe estimar las mejores. La responsabilidad de este estado de cosas corresponde por igual a una y otra, según mi modo de ver; pero de todos modos, es posible que en su deseo de aquistarse la benevolencia de los indígenas no tropezara la señora Blavatsky con tantos obstáculos como yo me figuraba, por haber comenzado en términos que casi puede decirse que provocaron la mala voluntad de los europeos. El vivo antagonismo de raza pudo poner así al lado de la señora Blavatsky a los indígenas, al ver que no intimaba con los ingleses.

Sea de esto lo que quiera, la señora Blavatsky fue a la India para plantar la Sociedad Teosófica en el terreno donde ella creía, no muy acertadamente como lo demostraron posteriores sucesos, que estaba destinada a florecer, armada por su labor (para bien o para mal según se considere el asunto) con un ramillete de equivocados conceptos sobre las sociales condiciones del país. No se la puede inculpar de inclinación a tratar con los políticos ni de cuestiones políticas, aunque por no comprender el verdadero carácter del gobierno inglés en aquella época, no tuvo en este punto tantos prejuicios como en otros y de todos modos creía que por malo que fuese el gobierno inglés, era sin disputa el mejor posible para la India en su actual degeneración, comparada con la época de la antigua grandeza aria. Pero sus simpatías estaban prontas a inflamarse en favor de los indígenas víctimas de alguna injusticia; y como los periódicos que defendían los intereses de los indos se apresuraban a publicar cuantas quejas recibían, y la señora Blavatsky vivió al principio casi enteramente entre los indígenas, de aquí que al establecerse por primera vez en el país se empapase de buen número de ideas que motivaron mis calurosas discusiones con ella cuando nos conocimos a fin de 1879.

A primeros de aquel año llegó la señora Blavatsky a Bombay, acompañada del coronel Olcott y dos personas que de pronto parecían teósofos, pero que no tardaron en separarse de la Sociedad en circunstancias que constituyeron la primera de la prolongada serie de disturbios que acompañaron el progreso del movimiento teosófico. Yo no conocía a ninguna de dichas dos personas, pero no parecían muy dignas de que la señora Blavatsky las llevara en su compañía para una empresa como la que traía entre manos. Los cuatro viajeros de tan dispar catadura se instalaron en uno de los barrios indígenas de Bombay, despertando, como era natural, las sospechas de las autoridades, sus idas y venidas por el país y las comarcas vecinas, lo cual difería de las normales costumbres de los europeos. Por lo tanto, se les sometió a vigilancia en atención a los grandes intereses que el gobierno británico había de proteger contra las intrigas extranjeras.

Pero ni en la India ni en parte alguna son los ingleses expertos en las artimañas de vigilancia policíaca, y la de que fueron objeto la señora Blavatsky y el coronel Olcott, les pareció absurda a cuantos los conocían.

La señora Blavatsky se enojó con la vehemencia que ponía en todos sus sentimientos contra el insulto que se le infería con aquel espionaje. Por mi parte, cuando más tarde nos reíamos al relatar ella sus aventuras, le dije yo que mucha más lástima que a ella me daba a mí el desdichado oficial de policía encargado de vigilarla.

La señora Blavatsky abrumó de sarcasmos al policía mientras estuvo desempeñando sus enojosas funciones. Le mostraba cartas y le incitaba a registrar sus equipajes, dirigiéndole al propio tiempo sentidos pésames por la miserable suerte que le condenaba a servir de soplón. De lo que oí por entonces en Simla, supongo que el gobernador de Bombay obraba en este asunto por inducción de las autoridades superiores que no se iban al efecto con cumplimientos; pero de todos modos no tardó en echarse de ver el error concebido respecto del objeto que traían a Bombay los teósofos, y las autoridades locales no se preocuparon más de ellos.

Durante el verano mantuve correspondencia con el coronel Olcott y la señora Blavatsky, hablándoles de esta cuestión en mis cartas. Su llegada a la India había sido anunciada por algunos periódicos diciendo veladamente que la señora Blavatsky era una maravillosa mujer afiliada a un moderno sistema de «magia»; y por mi parte, yo había leído su notable obra: Isis sin velo, que naturalmente despertó en mí mucho interés hacia su autora. La primera relación entre ambos provino de algunas observaciones insertas en el periódico Pioneer del cual era yo entonces director. A consecuencia de lo convenido por cartas durante el verano, vino la señora Blavatsky con el coronel Olcott a Allahabad, para visitarnos a mi esposa ya mí en nuestra residencia de invierno, en Diciembre de 1879.

Recuerdo la mañana en que fui a la estación para recibirlos. Los trenes procedentes de Bombay llegaban entonces a Allahabad por la mañana temprano, y los acompañé a mi casa a tiempo de tomar el desayuno. A juzgar por sus últimas cartas, recelaba la señora Blavatsky que hubiésemos formado de ella un concepto tan ideal, que la realidad lo quebrantase, y al efecto se nos había descrito como un rudo «hipopótamo» de mujer, incapaz de alternar en sociedad; pero manifestó esto con tal donaire, que confundió más bien que deshizo el efecto de sus advertencias.

Sus rudos modales, de los que tanto se nos había hablado, no nos alarmaron gran cosa, aunque no pude reprimir la risa, cuando al cabo de quince días de estar con nosotros me dijo muy francamente el coronel Olcott que la señora Blavatsky se había dominado muchísimo hasta entonces. No era este el concepto que mi esposa y yo habíamos formado de ella, aunque ya nos interesaba muchísimo su conversación.

No diré que nuestros nuevos amigos cayeran en gracia a las gentes de Allahabad. La sociedad inglesa de la India está llena de convencionalismos, y la señora Blavatsky estaba demasiado distanciada de las diversas normas corrientes para que pudiera acomodarse fácilmente a los circulos sociales. Al propio tiempo, las amistades que contrajo entre nuestras relaciones fueron muy valiosas, y todos cuantos llegaban a conocerla y sabían estimar su conversación ingeniosa y amena, sus chispeantes anécdotas y sus eminentes dotes para una mesa de convite, no se recataban de alabarla y anhelaban su trato. Al hablar de sus dotes para alternar en un convite no significo en modo alguno que fuese sibarita ni golosa, porque su repugnancia por el alcohol en todas sus modalidades llegaba al extremo de monomanía y la llevaba a mostrarse francamente ruda en sus ataques contra los más moderados vinos.

Ejemplo de las extravagantes falsedades de que ha sido constante objeto la señora Blavatsky nos lo da la afirmación que, según oí decir, hizo recientemente una persona de la sociedad anglo-inda, a quien no conozco ni trato de conocer. Le dijo dicha persona a mi informante que había visto a la señora Blavatsky completamente beoda en Simla; pero como sé que se abstenía en absoluto, no sólo por los principios relacionados con la

enseñanza oculta, sino también por su natural e instintivo horror al alcohol; y como además durante la permanencia de la señora Blavatsky sólo habitó en mi casa y en otra donde también estuve yo hospedado, aquella afirmación me hace el mismo efecto que si hubieran dicho que mientras estuvo en Simla fue la señora Blavatsky la mujer de dos cabezas.

Quiero dar a mis lectores una idea tan completa como sea posible de la señora Blavatsky, según tal la conocí, y por lo tanto no vacilaré en sombrear el retrato.

La primera visita que nos hizo no fue del todo mal. Su excitabilidad, a veces graciosa, tomaba otras veces aires irascibles, y si algo la enojaba, desatábase en vehementes invectivas contra el coronel Olcott, que entonces comenzaba el aprendizaje de lo que ella solía llamar irreverentemente el «negocio oculto» .

Nadie, por poco discreto que fuera, hubiese dejado de advertir que sus bruscos modales y el desdén por todo convencionalismo no provenía de ignorancia u ordinariez, sino de la deliberada rebelión contra las costumbres de la refinada sociedad. Sin embargo, esta rebelión era a menudo muy determinada y a veces recargaba su lenguaje con interjecciones de toda clase, algunas ingeniosas y amenas, y otras innecesariamente violentas, que todos hubiéramos preferido que no las emplease.

Seguramente no tenía ninguno de los externos atributos que podían esperarse de un instructor espiritual; y como era lo bastante filósofa para abandonar el mundo con propósito de adelanto espiritual, y sin embargo, se encolerizaba por las más leves contrariedades, fue durante largo tiempo su carácter un profundo misterio para nosotros. Pero ahora me doy cuenta de ello, por las informaciones recibidas respecto a las extrañas leyes psicológicas a que están circunstancialmente sujetos los iniciados en ocultismo. Sólo por lentos grados conseguimos apreciar la realidad de las fuerzas ocultas y los invisibles agentes que tras ella estaban; y lo conseguimos a pesar de los imprudentes procedimientos con que por su parte mantenía vivas las sospechas que hubiera podido aminorar de tener bastante calma para comprenderlas.

No es necesario relatar los admirables fenómenos realizados por la señora Blavatsky durante su permanencia con nosotros en Allahabad y Simla, porque los más de ellos están relatados en El Mundo Oculto. Los que efectuó cuando su primera visita no fueron de mucha importancia, y algunos de ellos estuvieron tan poco favorecidos por las circunstancias y condiciones requeridas para afianzar su autenticidad, que resultaron peor que inútiles. Mi esposa y yo observábamos pacientemente, y por no habernos precipitado en nuestros juicios, logramos obtener al fin la deseada satisfacción; pero los visitantes, sobre todo si eran de temperamento materialista, tomaban a prestidigitación e ilusionismo cuanto de extraordinarío hacía la señora Blavatsky, sin recatarse de así decírselo. En tales casos, el resultado era que nuestra tertulia acababa borrascosamente luego de idos los visitantes. Como si la hubiera picado un escorpión se ponía al verse en sospecha de impostora que andaba con trampas, y contra la crueldad de tan infundada imputación salía de su boca un torrente de apasionados argumentos cuya violencia hubiera confirmado en vez de disipar las sospechas de quienes los oyesen.

Los recuerdos de aquella época me proporcionan una variada colección de retratos verbales de la señora Blavatsky en diferentes condiciones de humor y nerviosidad. Unos describen sus exaltadas diatribas contra quienes la denigraban personalmente o atacaban a la Sociedad Teosófica. Otros nos la muestran amistosa y apacible, enfrascada en copiosas e interesantes conversaciones acerca de las antigüedades de México, Egipto y Perú, con tan profunda erudición arqueológica y tan prodigiosa memoria de nombres y lugares que fascinaba a sus oyentes.

Por mi parte, recuerdo que nos contaba anécdotas de su infancia, aventuras misteriosas y narraciones de la sociedad rusa con tanto donaire, vivacidad y delicadeza, que deleitaba a todos los presentes.
Nunca pude por entonces saber a punto fijo cuantos años tenía la señora Blavatsky, pues siempre repugnó declararlo con exactitud, y no por el vano prurito que sobre el particular es ya común a casi todas las mujeres, sino por razones de oculto impedimento. Así es que solo conjeturé poco más o menos su edad por vagas referencias a sucesos pasados y por la expresión del rostro cuyos rasgos indicaban las vicisitudes de su agitada vida.
La edad del cuerpo en que reside o funciona determinada entidad humana es un dato muy propenso a error, según dicen los iniciados en ocultismo, y así creo que los discípulos tienen reglamentariamente prohibido declarar su edad. En el caso de la señora Blavatsky la cuestión se complicaba, porque pocos años antes de yo conocerla había progresado en grandísimas proporciones.
Durante la permanencia de la señora Blavatsky en Allahabad llegó a esta población y acomodóse en ella temporáneamente el señor A. O. Hume, cuyo nombre aparece entremezclado con el movimiento teosófico de la India, y quien desde luego se mostró muy interesado respecto de nuestra ilustre huésped.
Con objeto de dar al coronel Olcott coyuntura de tratar públicamente de Teosofía, presidió Hume una reunión popular en la sala Mayo de Allahabad, y no estará de más transcribir un pasaje del discurso pronunciado por Hume, para que se vea cómo en aquel entonces se trataba esta cuestión :

«He sacado en claro que uno de los primarios y fundamentales objetos de la Sociedad Teosófica es la institución de un especie de confraternidad en la cual puedan relacionarse como hermanos y trabajar mancomunadamente en la causa de la ilustración y del progreso cuantos sin distinción de raza, nacionalidad, casta y credo amen la ciencia, la verdad ya sus prójimos. Nadie puede hoy predecir si este noble ideal germinará y prosperará hasta dar frutos prácticos; si este glorioso sueño del que participaron tantos y tan esclarecidos talentos en otras épocas, está destinado a pasar de los umbríos reinos de Utopía al amplísimo esplendor de las regiones de la realidad. Muchos y maravillosos progresos y mudanzas han presenciado los siglos, y las quimeras de una época se convirtieron en realidades en la siguiente. y ¿quién se atrevería a asegurar que lo porvenir no le reserve al género humano tantas sorpresas como le reservó ¡o pasado y que una de ellas sea la confraternidad universal?
»Pero sea poco o mucho el éxito de cuantos luchan por este magno objeto, sabemos con seguridad que nunca serán completamente infructuosos los sinceros esfuerzos que hagamos en bien del prójimo. Puede tardar mucho la madurez del fruto, y acaso hayan muerto los obreros mucho antes de que el mundo se aproveche de la cosecha por ellos sembrada; o tal vez nunca reconozcan las gentes lo que en su beneficio se hiciera, pero la buena obra permanecerá imperecedera y eterna. Quienes la hubieren realizado, quedarán ennoblecidos y purificados por sus esfuerzos, y el lugar en donde vivieron y trabajaron recibirá directa o indirectamente el beneficio de su labor con derivaciones en el mundo entero. En este punto, si no en otros, debemos simpatizar forzosamente con los teósofos.”

En aquella época no tenían los teósofos otra preocupación que la del incierto porvenir, y el movimiento parecía adelantar forzosamente auxiliado por muchas manos amigas, sin más tropiezo para los jefes que menudas discrepancias entre los miembros de Bombay; pero el temperamento de la señora Blavatsky abultaba las dificultades hasta la completa

cerrazón del horizonte.
El coronel Olcott habló también en la reunión inaugurada por el señor Hume con el discurso que acabamos de extractar; pero a la señora Blavatsky no le satisfizo el discurso de su colega, y tan pronto como nos metimos en el coche para regresar a casa, se desató contra él en acerbas recriminaciones. Du.rante la prima noche volvió sobre el asunto y al oírla hubiera creído cualquiera que estaban comprometidísimas las aspiraciones de su vida, aunque en el discurso nada había dicho el coronel Olcott de inconveniente ni podía afectar al progreso de la Sociedad Teosófica.
El coronel aguantó con admirable fortaleza todas aquellas andanadas, tomándolas como una de tantas pruebas de su oculto discipulado.
A pesar de su exasperante conducta tenía la señora Blavatsky la extraordinaria facultad de aquistarse el afecto de cuantos de cerca la trataban. Era por naturaleza sumamente cordial y afectuosa, no obstante los crueles desengaños, tremendas pruebas, enfermedades y penas de sus últimos años, así como el punzante remordimiento por los irremediables errores que comprometieron el éxito de su causa, y la apasionada injusticia con que el vulgo de las gentes da crédito a las paparruchas de sus calumniadores o periódicos locuaces se burlan de ella como si fuese charlatana impostora.
El prestigio de sus ocultas facultades despertó tal interés entre las gentes salidas del pantano de la incredulidad materialista, que todos cuantos sentían inclinación al misticismo la reverenciaron por sus cualidades a pesar de la antipática cáscara con que solía encubrirlas, y gran número de personas que por nuestra mediación la conocieron, la trataron muy amistosamente a pesar de sus bruscos modales y vehemente temperamento.
La señora Blavatsky nos volvió a visitar en Simla, en el otoño de 1880, cuando realizó la mayor parte de los fenómenos descritos en El Mundo Oculto. Estaba entonces mucho mejor dispuesta que al llegar a la India, para aquistarse la simpatía y el apoyo de los europeos respecto de la causa teosófica.
Había aprendido la lección de que para llevar a cabo obra positiva es preciso que los indígenas estén dirigidos por un europeo, aun en el caso de la restauración de la filosofía índica.
Llegó la señora Blavatsky a Simla en actitud de transigir con las costumbres de sociedad en beneficio de su causa, y prescindiendo de su preferido traje de franela roja, se vistió de seda negra y se avino a soportar los para ella repugnantes olores del Champaña y del jerez.
Excepto en unos cuantos amigos íntimos, los fenómenos que produjo no lograron, segn era su intento, encender el celo por la investigación de las leyes psíquicas de la naturaleza, en cuya virtud los realizaba. Pocos podían comprender a la señora Blavatsky sin considerarla como el visible instrumento de superiores agentes ocultos, pues su manera de proceder en sociedad repelía la idea de que fuese una excelente moralista empeñada en guiar a las gentes hacia una superior vida espiritual. La interior excitación, agravada por los esfuerzos que hacía para realizar los ocultos fenómenos, acrecentaban su apasionamiento al rechazar las sospechas que sus violentas protestas no podían menos de intensificar .
Convencida de que los fenómenos dejaban a los circunstantes con la curiosidad de saber en qué consistía la trampa, se propuso resueltamente no producir otro alguno para una burlona, indiscreta y materialista generación; y cuando por las fuerzas que obraban sobre ella se veía impelida a realizar algún nuevo fenómeno sin detenerse a considerar las condiciones en que debía realizarse, agravaba con ello la desconfianza que la sumía en frenesíes de sufrimiento y cólera.

Sin embargo, cuando supo reconocerse como el atolondrado y defectuoso aunque leal y brillantemente dotado instrumento de superiores y ocultos agentes que por medio de ella ponían a prueba la intuición espiritual de las gentes con quien trataba, quedó resuelta la dificultad, explicada la aparente incoherencia de su carácter y acciones y mejor comprendidas sus excelentes cualidades.

Tanta excitación y disturbios habían promovido las discusiones acerca de la autenticidad de los fenómenos de la señora Blavatsky, que la mayoría de teósofos condenaron la conducta seguida al asociar las manifestaciones fenoménicas con el intento de recomendar al mundo profano la excelente filosofía espiritual de la "Doctrina Esotérica".

Es fácil ser profeta de lo pasado y ver ahora que en Europa, donde toda idea nueva o poco conocida debe aquistarse las simpatías por procedimientos puramente intelectuales, fuera hoy la Teosofía mucho más prevaleciente si no tuviera tras sí el recuerdo de los fenómenos de la señora Blavatsky. Sin embargo, a mí no me parece mal la idea de despertar la atención de las gentes, respecto a la posibilidad que todo hombre tiene de realizar por el estudio oculto su naturaleza íntima y sus facultades, mediante la manifestación de alguna de estas mismas facultades que dicho estudio es capaz de actualizar.

Es evidente que a la señora Blavatsky cabe la responsabilidad de haber mal aplicado a veces esta idea; y también es evidente que de ello sufrió las consecuencias en la ignominia acumulada últimamente sobre su cabeza; pero el imparcial y sereno examen del asunto demostrará que con todos sus errores infundió en la corriente mental del mundo un copioso flujo de ideas relativas a las posibilidades de la evolución espiritual del hombre, que muchos pensadores están hoy estudiando con profundo menosprecio, por no decir ingratitud, respecto a la originaria fuente.

Notorios son a la vista de todos nosotros los errores y fracasos de la señora Blavatsky voceados por los periódicos que la tachaban de impostora y puestos en evidencia (ironía del destino) por los procedimientos de una Sociedad que desdijo de su nombre al investigar un episodio de la vida de Blavatsky, como si el desarrollo psíquico fuese mercadería vendible y pudieran medirse por décimas de milímetro las profundidades de los misterios de la naturaleza.

Pero los éxitos de la señora Blavatsky sólo resultan evidentes a quienes tienen ojos para ver e iluminado entendimiento para comprender .

Tanto la historia de la obra de la señora Blavatsky como su personalidad y carácter externo ofrecen multicolores facetas. Yo la he visto furiosa y encolerizada con desatado lenguaje por futesas de que otro temperamento más flemático, sin decir filosófico, no hubiera hecho el menor caso. Pero bastaba entonces pulsar en ella la nota filosófica por medio de alguna insinuación, para calmar su enojo e inducirla a conversar durante horas enteras sobre las religiones y mitologías orientales, la sutil metafísica de los indos, el simbolismo budista o la doctrina esotérica, materias todas en que estaba versadísima y parte de las cuales entregó en los últimos años al dominio público.

Aun en los casos en que se hallaba encolerizada hasta el extremo de dar al traste con toda la obra de su vida, por alguna injuria estampada en la prensa o recibida carta, se le apaciguaba el ánimo de momento, sin acordarse de la contrariedad, con sólo aludir delante de ella a algún problema irresuelto sobre cosmogonía esotérica, o a la tergiversación por talo cual orientalista europeo de algún punto de la doctrina esotérica.

La estancia de la señora Blavatsky en India está íntimamente ligada con la historia de la Sociedad Teosófica, en la que invirtió directa o indirectamente todas sus energías, pues durante este período se vio en la precisión de colaborar con su pluma en las revistas

rusas, para ganarse el sustento y complementar los escasos recursos de la Sociedad Teosófica.

The Theosophist, revista mensual dedicada a investigaciones ocultas, que empezó a publicarse en el otoño del primer año de su estancia en India, cubrió gastos desde un principio, y poco a poco vino a darle algo de ganancia, porque la redacción, colaboración y administración estaban gratuitamente desempeñadas por los pocos teósofos de la Residencia central.

Las burlonas críticas de la prensa llegaron al extremo de insinuar que los fundadores de la Sociedad estaban haciendo un bonito negocio con los «derechos de entrada», y que vivían a costa de los adictos; pero lo cierto es que mientras tal propalaban, la señora Blavatsky estaba atada a su pupitre desde la mañana a la noche, escribiendo artículos con cuyo producto mantenerse y ayudar al sostén de la Sociedad, que así auxiliada hacía firmes progresos.

El coronel Olcott viajaba por el país con infatigable perseverancia, fundando nuevas ramas en todas partes; y la misma señora Blavatsky fue con él y algunos otros a Ceilán, durante el invierno de 1880, donde tuvieron numerosos y entusiastas auditorios de indígenas. El movimiento teosófico arraigó desde luego firmemente en la isla y floreció con maravilloso vigor.

Favoreció este resultado la declaración que hizo la señora Blavatsky diciendo que su religión personal era el budismo; circunstancia que le había sido más bien contraria en la India, porque el hinduismo y el budismo no están exotéricamente en cordiales relaciones, aunque las doctrinas esotéricas de los iniciados de ambas escuelas sean idénticas. Los cingaleses acogieron gozosamente a la señora Blavatsky porque les señaló el modo de establecer escuelas en donde sus hijos pudiesen instruirse y educarse sin necesidad de ponerse en contacto con los misioneros europeos.

En el otoño de 1881 regresé yo a la India de vuelta de una visita a Inglaterra, y al desembarcar en Bombay pasé unos cuantos días con la señora Blavatsky en la Residencia general de la Sociedad Teosófica, establecida entonces en una casa indígena llamada Crow's Nest, sita en Breach Candy, sobre una pequeña eminencia del borde de la carretera.

Según oí decir. dicha casa había estado desalquilada durante algún tiempo, porque el rumor público la suponía poblada de serpientes y fantasmas de que ningún caso hicieron los nuevos inquilinos. Estaba, dividida en dos partes: la inferior destinada a los servicios de la Sociedad ya la espartana habitación del coronel Olcott; la parte superior, a la que se subía por una escalera cubierta, correspondía a la ladera de la colina y en ella estaban el aposento de la señora Blavatsky y las oficinas de The Theosophist.

Había además otro aposento contiguo a una amplia galería cubierta, que servía a un tiempo de comedor, gabinete y sala de recibo. Al extremo de este aposento se abría un pequeño despacho-escritorio.

En conjunto estaba la señora Blavatsky más cómodamente aposentada de lo que cabía esperar dado su violento menosprecio por los refinamientos de la civilización europea; pero el arreglo de la casa era más bien indo que inglés, y la galería cubierta se llenaba durante todo el día, y aun más al atardecer, de gran número de teósofos indígenas que iban a presentar sus respetos a la señora Blavatsky. Gustaba ella de reunir a su alrededor unos cuantos indígenas con quienes tratar, más desembarazada mente que con sus amigos europeos, algún asunto relacionado con la Sociedad. El menor tropiezo o disturbio la preocupaba sobremanera, y durante los cinco o seis años que intervine en la Sociedad no faltó nunca algún conflicto que resolver, algún enemigo de quien guardarse o algún eventual protector a quien conciliar .

Las personas de apacible carácter no podían comprender que el sistema nervioso de la señora Blavatsky resistiera la perpetua sobreexcitación y desasosiego en que pasaba la vida a causa de sus genialidades, Por lo general madrugaba para escribir los artículos y traducciones que enviaba a las revistas rusas, o las interminables cartas que a todas partes enviaba en interés de la Sociedad o artículos para The Theosophist. Después. durante el día, pasaba muchos ratos hablando en el aposento contiguo a la galería con los indígenas que iban a visitarla, o bien los echaba de allí a cajas destempladas,
quejándose de que le invadían la casa, al propio tiempo que con el mismo tono de indignación llamaba a su fiel criado Babula para decirle que dejase entrar a tales o cuales visitantes que con deseos de verla esperaban en el piso bajo.
Otras veces, mientras contendía vehemente con un pundit sobre un punto de la moderna fe hinduista, que le parecía en contradicción con el verdadero significado de los Vedas, o reprendía ásperamente a un colaborador de The Theosophist por alguna incorrección en que había incurrido, oía de pronto «la voz que los demás no podían oír», el astral llamamiento de su lejano Maestro o cualquiera de los demás «Hermanos», como entonces los llamábamos, y olvidada de todo en un instante, corría a encerrarse en su cuarto donde se quedaba sola para escuchar las instrucciones que había de recibir.
Nunca se iba a la cama temprano. Permanecía sentada liando cigarrillos y conversando con infatigable y pasmosa energía sobre todas las filosofías orientales. sobre los errores de los teólogos, o sobre cuestiones derivadas de las expuestas en Isis, y con igual vehemencia sobre algún espinoso asunto relacionado con la administración de la Sociedad Teosófica, o talo cual injuria o insidia levantada contra su persona en la prensa local. Decir que nunca supo apreciar el verdadero valor de los acontecimientos no seria expresión adecuada de la realidad. Su mente parecía siempre la campana de una máquina neumática en la que después de hecho el vacío con la misma velocidad caen una pluma y una moneda. En Bombay no había trato social por el estilo del de Europa. Nunca devolvía las visitas, y como quiera que la costumbre inglesa requiere que el recién llegado sea el primero en visitar, requisito que ella ignoraba, se quedó sin relaciones de su categoría mientras permaneció en la India, donde suponía estar más en su centro.
Me admiraba yo de que ninguno de los ingleses residentes en Bombay hubiese tenido la curiosidad de romper con los convencionalismos y aprovechar la ocasión de trabar amistad con la más inteligente y notable mujer de todo el país, a pesar de sus bruscas excentricidades y su costumbre de fumar; pero seguramente, las señoras inglesas habituadas a la decorosa rutina de la etiqueta se retrajeron al ver que la señora Blavatsky se instalaba en un barrio bajo, en una casa de régimen indígena, y al oír las desprestigiadoras hablillas que desde un principio circularon sobre ella.
Bien hubiera podido cesar en su aislamiento; pero no echaba de menos el trato urbano de los europeos, porque hubiese sido para ella carga muy pesada prescindir de sus cómodos indumentos, abstenerse de fumar y estarse quieta y circunspecta en las formales reuniones y visitas.
Tan rebelde como había sido en su niñez contra las costumbres de la vida civilizada, lo fue después contra los usos de la sociedad inglesa de la India, y la extraña disciplina de las ocultas enseñanzas que habían sometido su espíritu a la única autoridad por ella reverenciada, dejó intacta la forzosa independencia de su naturaleza exterior.
Pocos meses después de haberme yo restituido a la India en 1881, reunióse conmigo la señora Blavatsky en Allahabad y nos fuimos a Simla donde, hospedados en casa del señor Hume, permanecimos el resto de la temporada. No andaba por entonces muy bien de salud la señora Blavatsky, y el último trecho del viaje, capaz de fatigar al más robusto pasajero, fue para ella una prueba que provocó de regocijante manera las

peculiares características de su irascible temperamento, pues los tongas en que durante diez y ocho horas fuimos encajonados desde Kalka hasta la montaña, no eran ni mucho menos vehículos lujosos y cómodos. Son los tongas carros de dos ruedas montadas sobre un eje cigüeñal, de modo que los estribos están a unos treinta centímetros del suelo. Tienen cuatro asientos, dos en cada lado, en cada uno de los cuales cabe muy justo un pasajero con su saco de viaje y un criado.

Disponíamos de dos tongas, y en uno acomodamos a los criados con el equipaje, mientras que la señora Blavatsky y yo ocupamos los asientos traseros del otro con el saco de viaje en el contiguo al del cochero. La única ventaja del tonga es su velocidad, y los caballos, cuyo tiro se muda con frecuencia, trotan o galopan por la cuesta si no es muy empinada.

El traqueteo es enorme, pero sin peligro de vuelco, aunque esto ocurre a veces porque los caminos montaneros son muy escabrosos y los caballos suelen encabritarse. La índole de los caballos de tiro del tonga puede inferirse de los elogios que hacía un cochero de un velocísimo tronco que hasta entonces no habían conocido el arnés. Van uncidos los animales al vehículo por medio de una fuerte barra en forma de cruz ajustada en los arzones; y aunque este sistema une al tiro y al vehículo tan firmemente como un manojo de llaves con el llavero, pueden moverse con soltura, hasta el punto de que a un pasajero demasiado nervioso le asustarían las extrañas actitudes que toman cuando el cochero los fustiga.

Una de estas desavenencias entre el cochero y el tiro sobrevino poco después de emprender el viaje a que me refiero, y allí fueron de oír las tremendas invectivas de la señora Blavatsky contra el tonga y la civilización que lo había inventado. Hubiera sido una escena cómica, de tener numeroso auditorio.

Según adelantábamos en el camino, era más vehemente la indignación de la señora Blavatsky pero subía de punto cuando el cochero sonaba el cuerno cuya estridencia nos taladraba los oídos. Entonces interrumpía la conversación para desatarse en improperios contra la maldita “trompeta”; y como quiera que el cochero ha de soplar el cuerno al acercarse a un recodo del camino, para avisar por si acaso viene otro tonga en dirección contraria, y la carretera de Kalka a Simla tiene muchas revueltas, quedó el cuerno del cochero abrumado de maldiciones durante las sesenta millas del trayecto.

No creo que valga la pena añadir al relato de los maravillosos fenómenos de la señora Blavatsky el de los relativamente insignificantes incidentes de esta clase, ocurridos en la época a que ahora me refiero. Las manifestaciones de las anormales facultades ocultas que tan copiosamente desplegó en el verano de 1880 provocaron acerbas discusiones.

Había ya caído en descrédito la opinión de que ejercitara sus extraordinarias dotes y aun obtuviera resultados más allá de su propio alcance por permisión de las misteriosas autoridades a que ella llamaba Maestros. Ya no operaba fenómenos. Todo cuanto ocurría atora se relacionaba sencillamente con el envío y recepción de cartas o con cuestiones referentes al movimiento teosófico, y aun estos hechos carecían de las circunstancias a propósito para considerarlos maravillosos, aunque el conocimiento que la mayor parte de nosotros teníamos de lo realizado en otro tiempo por la señora Blavatsky, bastaba para comprobar sus ocultas facultades, a pesar de la deficiencia actual de la prueba. Sin embargo, la Sociedad Teosófica se mostraba ahora contraria al ansia de fenómenos que en un principio sintieron todos cuantos trababan relación con la señora Blavatsky.

Por entonces el señor Hume estaba muy interesado en el informe que yo había incoado poco antes referente al concepto que de la Naturaleza tenían los adeptos del ocultismo indio; y por su parte y la mía, el interés de comprender más ampliamente la doctrina

esotérica, superaba al de presenciar los fenómenos de aquella fuerza misteriosa cuyos secretos no podíamos sondear .

Pasábamos largas horas juntos día tras día ocupados en desentrañar el sentido de las insinuaciones que con ayuda de la señora Blavatsky recibíamos en forma de respuestas escritas a las preguntas que hacíamos; pero nuestra tarea para dilucidar dichas insinuaciones era lastimosamente embarazosa, porque aunque eran muchos los conocimientos de la señora Blavatsky, no los había adquirido por los métodos peculiares de la mentalidad europea, y sobre todo no sabía qué le era lícito enseñarnos ni hasta qué punto la obligaba el secreto.

Muy costosos y de no mucha eficacia fueron entonces los comienzos de una empresa que tanta magnitud había de adquirir más tarde, y no pasó largo tiempo, luego de restituirme a mi casa de Allahabad, sin que progresara en mis estudios sobre filosofía oculta hasta el punto de moverme a escribir el libro titulado: Buddhismo Esotérico. Por entonces se retrajo el señor Hume de la empresa con hondo pesar por mi parte.

El destino de la señora Blavatsky en el transcurso de su obra teosófica ha sido el de ir perdiendo y ganando amigos. Las peculiaridades de su carácter, a que ya hemos aludido, explican suficientemente este contraste de éxito y fracaso. Ninguna otra conducta personal peor que la suya para conservar la confianza de los anhelosos de elevadas ideas espirituales, durante el período intermedio de los rudimentos de aprendizaje de ocultismo y el establecimiento de una profunda intimidad. Unicamente le hacen justicia quienes a fondo la conocen en persona o por sus escritos, y no se dejan llevar por la aparente rudeza y brusquedad a desconocer los fundamentos de su carácter. Pero los que la traten tan sólo familiarmente y sin intimidad, y echen de ver los contrapuestos elementos de su naturaleza, difícilmente dejarán de sentir tarde o temprano desconfianza y alimentar sospechas respecto de su sinceridad y moralidad, hasta el punto de que si una vez levantada la sospecha o el recelo en su ánimo no provocan enseguida una explicación franca, acabarán por malquistarse con ella.

Para las gentes cuya actividad está del todo concentrada en el plano físico, y su recíproco trato se funda en los principios de conducta que todo el mundo comprende, es muy fácil evitar toda reprensión moral y regular su conducta de modo que nadie deje de reconocer la pureza de sus intenciones y las elevadas normas de rectitud a que obedecen. Pero es incomparablemente más embarazosa la vida de un oculto discípulo que se esfuerza en llevar a cabo una obra de filantropía espiritual entre las gentes del plano físico. (36) El discípulo está, por decirlo así, preso en una red de secretos. Conoce gran número de hechos relacionados con la vida oculta, que ha de mantener reservados sin que ni siquiera los deje traslucir por un indiscreto silencio cuando se le hagan preguntas indiscretas. Ninguna dificultad se opone a la guarda de este secreto cuando el discípulo sólo ha de atender a su propio perfeccionamiento espiritual y psíquico; pero cuando tiene el encargo de revelar algunos secretos, pero sin ir demasiado lejos en la revelación ni con facultades para resolver de por sí lo que puede decir y lo que debe callar, su tarea está repleta de gravísimos obstáculos, que desde luego serán menores para un temperamento frío y taciturno; pero entre los ocultistas, como entre las gentes mundanas, hay variedad de temperamentos.

Por supuesto que la irascible y pasional disposición de ánimo de la señora Blavatsky ha sido una tremenda piedra de escándalo en su camino; pero ¿de qué sirve en un jardín el más esbelto y gracioso árbol si no da fruto? Hubiese nacido la señora Blavatsky con los finos modales de una Récamier y la reposada discreción de un magistrado inglés y fuera perfectamente inútil para su generación, mientras que con todos sus defectos, ejerció potísima influencia en el mundo por sus extraordinarias facultades psíquicas, sus ocultas cualidades y el indomable valor con que sobrellevó las pruebas de la iniciación en los

misterios del conocimiento oculto y la sostuvo contra el persistente antagonismo de la opinión materialista cuando vino al mundo a cumplir una onerosa misión, y por el espiritual entusiasmo que la movió a considerar los sufrimientos y penalidades como polvo en comparación con su fidelidad a los invisibles Maestros. El árbol no ofreció esbelta forma a 1a admiración de los pasajeros, pero en cambio fructificó en estupenda cosecha.

Estoy convencido de que la señora Blavatsky consideró los sufrimientos y penalidades como polvo en comparación de la escrupulosidad en el cumplimiento de su deber; pero esto no quiere decir que sobrellevase los sufrimientos y privaciones con ecuanimidad y filosófica calma, pues no es capaz de soportar ecuanimemente ni un alfilerazo. No puede menos de enojarse e irritarse por cualquiera contrariedad grave o leve, y cuando se la sospechaba de fraude e impostura en la operación de fenómenos psíquicos, prorrumpía en tan vehementes e indignadas protestas con tal rudeza de lenguaje, que sólo conseguía con ello intensificar en su contra los recelos.

Durante la estancia de la señora Blavatsky en Simla, el año 1881, fundamos la rama titulada: Sociedad Eclécticca Teosófica de Simla, con la esperanza de atraer a los ingleses allí establecidos. El primer año fue presidente el señor Hume, y yo lo fui el segundo; pero la rama no logró nunca firme raigambre en la sociedad inglesa, y en verdad que por entonces nada había que pudiese justificar desde el punto de vista mundano el movimiento teosófico a los ojos de los europeos.

Durante los dos años siguientes al de 1881, el relato de la vida de la señora Blavatsky se contrae auna serie de fatigosos episodios relacionados con ataques de una u otra especie a la Sociedad Teosófica. Uu periódico de Calcuta titulado Statesman agravió frecuentemente a la señora Blavatsky y a la Sociedad con punzantes sarcasmos y graves falsedades, hasta el punto de que en Diciembre de 1881, hubo de insertar el periódico difamador la siguiente carta que, bajo la amenaza de llevarlo a los tribunales si se negaba a publicarla, le enviaron algunos amigos de la señora Blavatsky. Esta carta puede servir de ejemplo de lo deleznables y enconados ataques de que era objeto. Decía así:

»Calcuta 16 de Diciembre de 1881.

Señor Director del Statesman.

»En el número correspondiente al martes 6 del actual, aparece un artículo que, entre otros asuntos, alude a la señora Blavatsky y al coronel Olcott, fundadores de la Sociedad Teosófica. En el artículo se leen los siguientes párrafos :

«Se afirma ahora no solamente que están agotados los recursos de ambos (la señora Blavatsky el coronel Olcott) sino que tienen muchas deudas a cuenta, según se dice, de los gastos de la Sociedad. Fácilmente se comprende que sería muy ventajoso para los fundadores de la Sociedad Teosófica pagar lo que deben; pero la cuestión está en saber cómo podrán pagarlo». El resto del artículo, que no necesitamos reproducir en toda su extensión, es una astuta insinuación de que la señora Blavatsky está sonsacando de un caballero, por medios reprobables, el pago de sus deudas.

»Ahora bien, sabemos que es absolutamente falsa la imputación de que la señora Blavatsky tenga deudas, ni tampoco las tiene la Sociedad que ella ayudó a fundar, a menos que esté en deuda con su cofundadora.

«Las cuentas de la Sociedad, publicadas en The Theosophist de Mayo último, demuestran que los gastos efectuados hasta la fecha en beneficio de la Sociedad exceden de 19,846 rupias de los ingresos que, contando los derechos de entrada y

donativos, ascienden a 3900 rupias.
»La señora Blavatsky y el coronel Olcott enjugaron el déficit, de su bolsillo particular .
»Además, podemos afirmar que la señora Blavatsky es una señora rusa de elevada alcurnia (aunque naturalizada en los Estados Unidos) y nunca ha estado en la menesterosa situación que su insultante artículo supone, por más que le hayan dado a usted ocasión de hacer ofensivas observaciones, los errores provenientes de la indiscreta publicación de una carta particular escrita por el coronel Olcott a un amigo suyo de los Estados Unidos, en la que se trataban asuntos de índole privada.
»Por lo tanto, debidamente autorizados por la señora Blavatsky y el coronel Olcott, requerimos de usted la publicación de esta carta con la consiguiente rectificación del escandaloso libelo con que los ha difamado.
«También le exigimos que en complementaría refutación de dicho libelo y en general réplica al insultante lenguaje de su artículo, publique usted las adjuntas explicaciones entresacadas del Pioneer del lo del actual.
»En caso de que se niegue usted a nuestros requerimientos o a manifestarnos el nombre del autor del artículo en cuestión, tenemos instrucciones para proceder judicialmente contra usted ante los tribunales, en demanda de daños y perjuicios por los difamatorios ataques de que se quejan nuestros representados.
De V. afmos.
SANDERSON & Co»

A la publicación de esta carta acompañaron medias excusas y quedó muerto el asunto. Pero al mes siguiente, los teósofos se enzarzaron en otra polémica con un misionero llamado José Cook, que en unas conferencias dadas en Poona había atacado a la Sociedad Teosófica. En presencia de semejantes ataques hubiera necesitado la señora Blavatsky todas las normas europeas del buen sentido para permanecer tranquila; pero su temperamento se lo prohibía, y además los indígenas no tenían tanta calma como los europeos para desdeñar los ataques, por lo que los directores de la Sociedad Teosófica no podían menos de rebatir las acusaciones levantadas contra ellos. De todos modos la señora Blavatsky sólo salía de un embrollo para verse metida en otro.
En el otoño de 1882, cuya mayor parte pasó en Bombay, cayó gravemente enferma y recibió aviso de que había de entreverse con sus ocultos instructores en la frontera de Sikkim, cerca de Darjeeling.
En una esquela que de ella recibí a mediados de Septiembre, poco antes de su salida de Bombay, se despedía de mi esposa y de mí, suponiendo que muy luego iba a morir. La esquela es tan característica que la transcribo sin suprimir más que unas cuantas alusiones privadas.

«Mis queridos amigos señora y señor Sinnet: Temo que pronto nos despediremos. Esta vez la he cogido buena. Nefrítis aguda, la sangre volviéndoseme agua, llagas en donde menos podía figurarme, la sangre o lo que sea estancada en bolsas parecidas a las del kanguro y otras menudencias y etcéteras.
Me sobrevino el mal en primer Jugar por la cálida humedad de Bombay, y en segundo lugar por molestias y enfados. Me he puesto tan estúpidamente nerviosa, que hasta los inesperados pasos de los desnudos pies de Babula me estremecen con violentísimas palpitaciones de corazón. Dudley dice -y se lo obligué yo a decírmelo- que puedo durar aún uno o dos años, aunque también sólo unos cuantos días, porque puedo morirme en cualquier momento a consecuencia de una emoción. ¡Oh! Señores de lo creado; de tales emociones tengo veinte cada día.

¿Cómo podré durar tanto? Entrego todos mis asuntos en manos de..... (significando su Maestro) que desea que me prepare para ir a alguna parte dentro de un mes o acaso a fines de Septiembre. Ha de enviar aquí un discípulo desde las montañas de Nilgerri, quien me conducirá no sé a donde, aunque supongo que ha de ser a algún paraje de los Himalayas.
. . . Apenas puedo escribir y en verdad estoy muy débil.
Ayer me llevaron a Fort para que me viese el médico. Me levanté con las dos orejas hinchadas en tamaño tres veces del natural, y en el camino encontré a la señora... y su hermana cuyo carruaje se cruzó con el mío. No me saludó ni hizo señal alguna de que me conociese, sino que parecía muy altanera y desdeñosa. Yo fui bastante insensata para resentirme. Os digo que estoy muy enferma. Desearía veros otra vez, ya mis queridos *** y ***
Adiós a todos, y si me muero antes de veros, no me creaís «impostora», porque juro que os dije la verdad, aunque mucho de ella os oculté. Espero que la señora X no se deshonrará evocándome con algún medium. Dadle la seguridad de que si alguien se aparece, no será nunca mi espíritu ni nada mío, ni siquiera mi cascarón, que murió hace ya mucho tiempo. Vuestra todavía en vida. H. P. B.»

Algunos pormenores del viaje de la señora Blavatsky a Darjeeling, efectuado poco después de escrita la precedente carta, nos los da el relato del señor S. Ramaswamier, entusiasta candidato al discipulado, quien procuró acompañarla presumiendo la probabilidad de que en efecto fuese a entreverse con un Mahatma. Entresaco de The Theosophist de Diciembre de 1882, algunos párrafos de su relato escrito en forma de carta dirigida a un hermano teósofo.

“. . . Cuando últimamente nos encontramos en Bombay te dije lo que me había sucedido en Tinnevelly. Quebrantada mi salud a causa del mucho trabajo y de disgustos, solicité licencía por enfermo, que me fue concedida. Un día del pasado Septiembre, mientras leía en mi aposento, oí la voz de mi bendito instructor M..... que me ordenaba dejarlo todo y marchar inmediatamente a Bombay en busca de la señora Blavatsky doquiera estuviese y acompañarla o seguirla doquiera que fuese.
Sin perder momento di de mano a todos mis asuntos y me puse en camino, porque el tono de aquella voz es para mí el más divino sonido de la naturaleza y sus mandatos son imperativos.
Llevaba mí traje ascético. Al llegar a Bombay supe por ti que la señora Blavatsky se había marchado pocos días antes de pronto con un discípulo, que estaba muy enferma, y que nada más podías decirme sobre el particular. Ahora te contaré lo que me ha sucedido desde que nos separamos.
Sin saber a donde dirigirme, tomé billete para Calcuta; pero al llegar a Allahabad oí la mísma voz que me ordenaba ir a Berhampore. En la estación de Azimgunge me encontré providencialmente con algunos babus (de quienes no sabía que también eran teósofos, pues hasta entonces no había visto a ninguno) que también iban en busca de la señora Blavatsky.
Algunos habían encontrado rastro de ella en Dinapore, pero lo perdieron y regresaron a Berhampore. Me dijeron que sabían que ella iba al Tibet, y deseaban que les permitiese acompañarla para postrarse a los pies de los Mahatmas. Por último supe que habían recibido de ella una carta diciéndoles que podían ir si querían, pero que aun a ella misma le había estado prohibido hasta entonces ir al Tibet. Añadía que habría de permanecer en la vecindad de Darjeeling y vería a los Maestros en territorio de Sikkim, a donde no se les permitiría seguirla. . .

El hermano Nobin, presidente de la rama Adhi Bhutic Bhratru no quiso decirme donde estaba la señora Blavatsky o tal vez lo ignoraba. Sin embargo, él y otros lo habían arriesgado todo con la esperanza de ver a los Mahatmas. El día 23 Nobin me llevó de Calcuta a Chandernagore donde encontré a la señora Blavatsky dispuesta a salir cinco minutos después en el tren. Iba con un discípulo de alta estatura, negra cabellera y tibetano a juzgar por el traje, quien a mis preguntas respondió diciendo que había yo llegado demasiado tarde, pues la señora Blavatsky estaba ya de regreso después de haber visto a los Mahatmas. Desoyó mis súplicas de que me llevase con él, diciendo que las órdenes recibidas se contraían a las ya ejecutadas, o sea llevar a la señora Blavatsky a unas 25 millas más allá de cierta población que no nombró, y que ahora regresaban de su viaje.

Los teósofos bengaleses que también habían descubierto y seguido el rastro de la Sra. Blavatsky, llegaron a Chandernagore media hora después. Cuando el tren descendente se detuvo en la estación subió ella al coche, en donde ya estaba el discípulo. Antes de que la señora Blavatsky hubiese podido recoger su equipaje de mano, partió el tren sin esperar a que sonase la campana, dejando en tierra al babu Nobin, a la bengalesa y a su criada. Sólo tuvieron tiempo de subir un babu y la esposa y la hija de otro, todos ellos teósofos y aspirantes al discipulado. Por mi parte, apenas tuve tiempo de subir al último vagón del tren.

El equipaje de mano de la señora Blavatsky quedó en tierra con la criada que lo llevaba, excepto la caja que contenía la correspondencia teosófica. Sin embargo, ni aun los que iban en el mismo tren con ella pudieron llegar a Darjeeling. El babu Nobin Banerjee y su criado llegaron cinco días después; y los que habían tenido tiempo de tomar asiento se hubieron de quedar seis estaciones antes a causa de otro accidente imprevisto, y también llegaron a Darjeeling cinco días después.

No se necesita mucho esfuerzo de imaginación para comprender que los Hermanos no quisieron que ninguno de nosotros siguiese en compañía de la señora Blavatsky. Supe con certeza que dos de los Mahatmas estaban en las inmediaciones del territorio británico, ya uno de ellos lo vio y reconoció un conspicuo chutuku del Tibet, cuyo nombre no hace al caso.

La señora Blavatsky sólo estuvo dos o tres días en la frontera con sus ocultos superiores; pero regresó bien de salud y curada por entonces de la terrible dolencia que amenazaba su vida.

El 16 de Diciembre de 1882, los amigos indígenas obsequiaron con una reunión de despedida a los fundadores de la Sociedad Teosófica, poco antes de que éstos se marcharan de Bombay, para posesionarse de su residencia de Adyar (Madrás), donde por suscripción se había comprado una casa para la Sociedad. En aquella reunión se leyó el siguiente mensaje:

«En la víspera de vuestra partida para Madrás, nosotros, los miembros de la Rama de Bombay, os manifestamos respetuosamente nuestro cordial y sincero agradecimiento por el beneficio que la generalidad de los habitantes de esta Presidencia, y nosotros en particular, hemos recibido de vuestra exposición de las filosofías y religiones oríentales durante cuatro años. Aunque el progreso de la Sociedad exige el traslado a Madrás de la residencia general, os aseguramos que no decaerá, sino que por el contrarío producirá mucho bien en el porvenir, el entusiasmo que en nosotros despertásteis por los estudios teosóficos y por la Fraternidad universal.

Con vuestra labor editorial y vuestras conferencias públicas habéis contribuido poderosamente a despertar en el corazón de los hijos cultos de la India el ferviente deseo de estudiar su antigua literatura, durante tanto tiempo olvidada; y aunque nunca habéis desestimado el sistema occidental de educación para el pueblo índico, el cual es

necesario hasta cierto punto para el progreso material y político del país, habéis sugerido a la juventud la necesidad de investigar los incalculables tesoros de la erudición oriental, como el único medio de repeler la materialista y atea propensión dimanante de un sistema pedagógico no acompañado de instrucción moral y religiosa.
Habéis predicado por todo el país la templanza y la fraternidad universal, y el éxito de vuestros esfuerzos en este sentido durante el breve período de cuatro años, quedó perfectamente manifiesto en el último aniversarío de la Sociedad Teosófica celebrado hace poco en Bombay, donde parsis, hinduistas, budistas, judíos, mahometanos y europeos procedentes de Lahore y Simia hasta Ceilán, de Calcuta a Kattiawan, de Gujerat y Allahabad se congregaron con un lema común bajo la bandera de la Teosofía y abogaron por la regeneración de la India bajo la benigna influencia del gobierno británico.
Semejante unión de diversas comarcas, prescindiendo de todo prejuicio de secta, casta y credo, formando un armonioso conjunto con un común propósito nacional, es de todo punto indispensable para el resurgimiento moral de la India.
Vuestros esfuerzos han sido puramente altruistas y desinteresados, por lo que merecéis nuestro más profundo respeto y calurosas simpatias. Seguiremos anhelosamente vuestro próspero camino y con férvido deleite veremos cumplida vuestra misión en todo el territorio ario.
En humilde prueba del aprecio en que tenemos vuestra amorosa labor y como recuerdo nuestro, os suplicamos respetuosamente que aceptéis en beneficio de nuestra rama un objeto elaborado por artífices indios con una alusiva inscripción.

Así, tanto de palabra como de obra, los teósofos indos demostraban el aprecio en que tenían la labor de la señora Blavatsky y del coronel Olcott, a pesar de los continuados desaires que no cesaban de recibir de los periódicos anglo-indos.
De la incómoda casucha de Bombay se trasladó la señora BIavatsky a una vivienda mucho más confortable de Madrás, ciudad de vastísimo recinto que se extiende por siete u ocho millas a lo largo de la costa. Adyar es un suburbio sito en la extremidad meridional, por el que pasa un riachuelo en dirección al mar y que poco antes de la desembocadura forma una especie de albufera en cuya margen se alza la Residencia Central de la Sociedad Teosófica con dilatados terrenos. Allí encontramos a la señora Blavatsky y su heterogéneo acompañamiento doméstico cuando con mi esposa la visité en Marzo de 1883, en mi viaje a Inglaterra desde la India. Proyectaba permanecer allí definitivamente, creyendo haber encontrado por último el tranquilo retiro donde acabar sus días. Sus ocultas facultades no incluían la de predecir las vicisitudes de su propia vida, y estaba por entonces muy lejos de sospechar las nuevas tribulaciones que le reservaba el destino y que le iban a sobrevenir dentro de dos o tres años.
El piso alto de la casa era de su exclusiva pertenencia. No cubría toda el área de la planta baja, sino algo más que se había añadido por el tejado, a manera de la popa de un buque respecto de la cubierta. Las obras del aposento complementario se apresuraron para que mi esposa y yo pudiéramos verlas concluidas, y la señora Blavatsky lo destinaba para su privado santuario o cámara secreta en donde solo recibiría a sus más íntimos amigos. Dos años después lo profanaron deplorablemente sus peores enemigos.
El fervoroso afecto que sentía por todo cuanto con los “Maestros” se relacionaba, la movió a ornamentar un aparador consagrándolo exclusivamente a sus comunicaciones con los Maestros denominándolo “el santuario”. Allí puso algunos sencillos tesoros ocultos que había traído del Tibet, entre ellos dos pequeños retratos de los Mahatmas y otras frioleras que con ellos asociaba en su imaginación. Por supuesto, que aquel especial receptáculo era perfectamente inteligible para cuantos estaban familiarizados

con la teoría de los fenómenos ocultos, tan estrictamente sujetos a las leyes naturales en opinión de los teósofos, como la acción del vapor o de la electricidad. Un lugar exento de todo “magnetismo” pero relacionado con la operación de integrar y desintegrar cartas facilitaba el procedimiento, y el “santuario” fue empleado una docena de veces para la correspondencia entre los Maestros y los discípulos relacionados con la Sociedad Teosófica, por cada vez que se le empleó para la manifestación de fenómenos.

La sociedad europea de Madrás no miró en un principio a la señora Blavatsky tan desdeñosamente como la de Bombay. Algunos de los principales ingleses allí residentes fueron a visitarla y contrajeron con ella firme amistad. Con varios de ellos pasó parte del otoño en Ootacamund, la estación montesina de Madrás. Por entonces despertó mucho interés local un incidente ocurrido en dicha estación, según lo describe su protagonista, la señora Carmichael, quien dice así :

“Fui a ver a la señora Blavatsky, que estaba a la sazón de visita en casa del general Morgan y su señora, en Ootacamund. Después de una interesante conversación con ella, me despedí manifestando el deseo de volverla a ver pronto, y en mi tercera visita ocurrió este incidente.

Eran las cuatro de la tarde cuando llegué a casa de la señora Blavatsky, quien me recibió en la sala. Me senté a su lado en el sofá y me quité los guantes.

Varias veces había manifestado yo a la señora Blavatsky mí vivo deseo de presenciar algún oculto fenómeno, y convencerme por alguna señal, de la existencia de los Mahatmas.

Tras una corta conversación sobre este y otros asuntos en el transcurso de la cual dije cuánto me gustaría tener una sortija duplicada de !a misma manera que la tenía la señora Sinnet, me tomó la mano la señora Blavatsky, y sacándose de la suya una sortija a que llamaba su oculta sortija, tomó de la mía otras dos, una de ellas con un zafiro. Mantuvo durante breve tiempo las tres sortijas en la mano derecha, y después me devolvió una diciendo. «Con esta no puedo hacer nada porque no tiene la influencia de usted». En efecto, era una sortija de mi marido que casualmente me había puesto aquel día. Entonces procedió a manipular con su diestra mi zafiro y su sortija oculta, sosteniendo al propio tiempo mi mano derecha con su izquierda.

Al cabo de un par de minutos extendió !a mano derecha, diciendo:

-Aquí está vuestra sortija.- y me enseñaba dos sortijas con zafiro; la mía y otra idéntica en todo, pero la segunda más grande y de piedra mejor tallada que la mía.

-¿Por qué me da usted esto? -pregunté sorprendida.

-No soy yo. Es un regalo de los Mahatmas -respondió la señora Blavatsky

-¿A qué ese favor? pregunté.

-Porque los Mahatmas se lo conceden en prueba del reconocimiento que sienten hacia usted y su marido por el profundo interés que siempre han demostrado en favor de los indígenas.

Al cabo de dos meses, cuando regresé a Madrás, enseñé el duplicado zafiro a los joyeros Orr e Hijo, quienes lo evaluaron en 150 rupias, diciendo que era un zafiro de inmejorables luces.

SARA M. CARMICHAEL, Londres 14 de Agosto de 1884.”

Capítulo X

UNA VISITA A EUROPA

En la Asamblea de la Sociedad Teosófica celebrada en Diciembre, se declaró que existían entonces setenta y siete ramas en India y ocho en Ceilán. La celebración del aniversario revistió la brillantez de costumbre, a pesar de algunas discusiones sostenidas en la prensa entre el Presidente y el obispo de Madrás, que amenazaban estallar más tarde en tremendo conflicto entre la sociedad y los misioneros locales. A principios de la primavera, los primates del movimiento teosófico fueron de visita a Europa, adelantándose el coronel Olcott Con objeto de arreglar en el ministerio de las Colonias un asunto especial relativo a los budistas de Ceilán, ya última hora se resolvió que le acompañase la señora Blavatsky, quien durante la visita que hizo a la frontera de Sikkim, se restableció algún tanto de la gravísima enfermedad sufrida en el otoño de 1882, aunque su organismo físico estaba del todo desconcertado y la mejoría fue tan sólo un remiendo. Poco después volvió a recaer, y se supuso que el viaje por mar a Europa y el cambio de clima le serían favorables.

Al principio nadie creyó que pudiese llegar a Londres, y desde Niza donde se detuvo en casa de unas amigas, escribió a primeros de Marzo lo siguiente en respuesta a las diversas invitaciones que se le dirigieron desde Londres:

«He recibido vuestras cariñosas invitaciones, las de XXX y XXX y otros. Me conmueve profundamente esta prueba del deseo de ver a mi insignificante persona; pero creo inútil revolverse contra el destino y tratar de convertir en realizable lo irrealizable. Estoy enferma y me siento peor que al salir de Bombay. En el mar me sentía mejor y en tierra estoy peor. Al desembarcar en Marsella hube de guardar cama todo el día y también ahora estoy en cama. A mi parecer, en Marsella me quebrantaron las abyectas emanaciones de un civilizado hotel europeo de primera categoría con sus carnes de cerdo y de buey; y aquí… bien, de un modo u otro me voy haciendo pedazos y desmoronándome como una galleta. Lo más que podré hacer será ir cogiendo y juntando mis voluminosos fragmentos, y pegarlos con cola para que se deshagan en París. ¿De qué sirve el rogarme que vaya a Londres? ¿Qué haré, qué podré hacer entre vuestras eternas nieblas y las emanaciones de una refinada civilización? Salí de Madrás, a pesar de que mi cuerpo me lo prohibía. Yo no quería salir... y en este mismo punto y hora me volvería si pudiera. Si XXX no lo hubiese ordenado, no me moviera yo de mis habitaciones y de mi antiguo ambiente. Me siento enferma, miserable, trabajada e infeliz..... A no ser por la señora XXX nuestra querida teósofa de Odesa, no hubiera venido a Niza. Lady C. es la encarnación de la amabilidad. Hace todo cuanto cabe para distraerme. Pensé estar aquí tan sólo dos días, pero me retienen el mistral de Provenza y los fríos vientos de Niza. Tan pronto como me sienta mejor, me propongo reunirme en París con los secretarios para fatigarme apenas llegue, con deseos de estar más bien en Jericó que en París. ¿De qué sirve mi compañía a unos seres tan civilizados como vosotros? . . . Os molestaría al cabo de siete minutos y cuarto sí consintiera en aceptar vuestra invitación y desembarcar mi desagradable y corpulenta personalidad en Inglaterra. La distancia tiene sus encantos y por lo que a mí toca, mi presencia desvanecería hasta el último vestigio de ellos.

La Logia de Londres atraviesa una agudísima crisis..... Yo no podría (especialmente en mi actual estado de nerviosidad) estar allí y escuchar con calma las estupendas noticias de que Sankaracharya era deísta y que Subba Row no sabe lo que dice, sin contar con que a mí me acocean a muerte; o aquella otra todavía más estupenda afirmación de que

los Maestros son evidentemente Swabhavikas. ¿y entraré yo en discusiones contra los Goughs y Hodgsons que han desfigurado el budismo y el advaiticismo, aun en su sentido exotérico, y arriesgan quemarme la sangre al oír en Londres la repetición de sus argumentos? . . . Dejad me morir en paz si he de morir, o volvedme a mis lares y penates de Adyar si estoy destinada a verlos otra vez» .

A pesar de la repugnancia expresada en esta carta, fue por fin a Londres, donde permaneció algunos meses; pero antes se detuvo unas cuantas semanas en París, donde se le reunieron varias de sus parientes y amigas rusas. La señora Jelihowsky, cuyos escritos hemos citado tan extensamente en los primeros capítulos de estas Memorias, nos dice acerca de algunos fenómenos ocurridos durante este período.
De un artículo publicado en un periódico ruso entresacamos lo siguiente :

«Cuando a mediados de Mayo llegamos a París para entrevernos con la señora Blavatsky, la encontramos rodeada de la plana mayor de la Sociedad Teosófica, cuyos individuos habían acudido de Alemania, Rusia y los Estados Unidos, para verla al cabo de cinco años de ausencia en la India. También había allí una pléyade de curiosos que enterados de la taumatúrgica fama de la señora Blavatsky, anhelaban presenciar los efectos de sus ocultas facultades, aunque ella repugnaba satisfacer su curiosidad, pues siempre había mirado con desdén los fenómenos físicos, enemiga de malgastar inútilmente sus facultades y además estaba a la sazón muy enferma. Cada fenómeno operado por su voluntad le costaba invariablemente algunos días de malestar .
Digo por su voluntad, porque los fenómenos producidos sin que ella lo quisiera, abundaban más que los voluntarios, y los atribuía al misterioso ser a quien llama su “Maestro”. Estos fenómenos involuntarios no la dañaban en modo alguno.
Cada vez que resonaba en los aires un acorde o arpegio de cuerdas invisibles, estuviese dondequiera, y por apremiante que fuese su ocupación, se retiraba presurosa a su aposento de donde salía con alguna nueva orden o una nueva noticia.
La mayoría de los secretarios de fa Sociedad Teosófica recibían muy a menudo tales órdenes independientemente de ella.
Citaré un ejemplo. El día 18 de Mayo regresó de Londres el coronel Olcott y nos enseñó un curioso sobre chino con un análogo pliego en su interior. Dijo que era una carta recibida personalmente de uno de los Maestros el 6 de Abril, en un vagón de ferrocarril, en presencia de testigos. La carta había caído sobre sus rodillas, y le avisaban en ella de una grave traición que en Adyar estaban tramando contra la Sociedad algunas personas en quienes tenían puesta su confianza y que les eran deudores de todo durante los cinco años que los tenían en su casa. Dos meses después quedó confirmado el aviso en todos sus pormenores. La señora Blavatsky no hizo mucho caso al principio; pero cuando recibió la noticia de haberse cumplido la profecía, sintióse muy lastimada.....
Respecto a los fenómenos producidos voluntariamente, he aquí lo que el profesor Thurmann presenció en compañía de varias personas, yo misma entre ellas.
Nos contaba una noche que en una sesión espiritista, tenida a oscuras, había oído sonidos musicales. La señora Blavatsky, que sentada en la butaca se entretenía en hacer un solitario con la baraja, se echó a reír al escuchar el relato y preguntó:
«¿Por qué ha de ser necesaria la oscuridad para tales manifestaciones? Cuando no hay fraude no se necesita oscuridad». Y esto diciendo, apoyó una mano sobre la mesa y levantando la otra en el aire como si desviara alguna corriente, exclamó: «Ahora escuchad» .
En aquel mismo instante oímos en el rincón de la sala hacia donde había señalado con la mano, un armonioso sonido como de arpa o cítara... La melodía resonaba clara y

penetrante hasta desvanecerse en el aire. De nuevo volvió a levantar la mano en opuesta dirección y se produjo el mismo fenómeno...
Todos nos levantamos de nuestro asiento llenos de asombro. Por tercera vez movió la mano en distinta dirección, como si cortara el aire con el brazo, hacia una lámpara de bronce suspendida del techo, y en el mismo instante cada uno de sus candeleros emitió un sonido cual si tuviese oculta una cuerda musical que vibrara en respuesta a su mandato.....
En otra ocasión, nos hallábamos a eso de las once de la noche en la salita de la casa nro. 46 de la calle de Nuestra Señora de los Campos, de París, las señoras N. A, Fadeeff, H. P. Blavatsky, el eminente escrítor ruso Solovioff y yo. Estábamos tomando el té, y solicitamos todos de la señora Blavatsky que nos refiriese algo acerca de su Maestro y del modo como había recibido de él sus ocultas facultades. Mientras nos contaba muchas cosas que no son para publicadas, nos quiso enseñar un retrato del Maestro que llevaba en un medallón colgante de una cadenilla puesta en el cuello. Abrió el medallón, cuyo tamaño interior era muy plano y a propósito para contener una sola miniatura. Pasó el medallón de mano en mano y todos vimos el hermoso rostro pintado en India.
De repente todos nos sentimos conmovidos por algo muy extraño, con una emoción difícil de escribir. Era como si el aire se hubiese enrarecido de pronto, y el ambiente fuera sofocante, de modo que apenas podíamos respirar. La señora Blavatsky se tapó los ojos con las manos y murmuró:
-¡Atención!... Siento que va a ocurrir algo... Algún fenómeno... El Maestro se está disponiendo para efectuarlo.
En aquel punto el señor Solovioff fijó la vista en un ángulo de la sala y dijo que veía algo parecido a un óvalo de fuego, a manera de un resplandeciente huevo de oro y azul... Apenas había acabado de pronunciar estas palabras cuando del extremo del corredor llegó a nosotros un prolongado y melodioso sonido, como si alguien pulsara las cuerdas de un arpa, mucho más embelesadora y definida que los sones musicales hasta entonces escuchados. Volvieron a resonar las claras notas hasta extinguirse, y de nuevo reinó el silencio en la sala.
Me levanté para escudriñar el corredor que estaba iluminado por una lámpara. Inútil es decir que no había nadie ni se oía rumor alguno. Al volver a la sala vi a la señora Blavatsky tranquilamente sentada entre la señora Fadeeff y el señor Soloviof, tal como antes. Pero al propio tiempo vi distintamente sin alucinación posible la figura grisácea de un hombre de pié junto a mi hermana, y que al notar mi presencia se apartó de ella palideciendo y desapareció por la pared opuesta. Este hombre, o tal vez su forma astral, era de complexión delgada, de mediana estatura, envuelto en una especie de capa y con turbante blanco en la cabeza. La visión solo duró unos cuantos segundos, pero tuve tiempo suficiente para examinarla, y decirles a todos cuanto había visto distintamente, aunque tan pronto como desapareció me sentí terriblemente asustada y nerviosa..... Apenas recobré el equilibrio de los sentidos, cuando me sorprendió otra maravilla, pero esta vez objetiva y tangible. La señora Blavatsky abrió de pronto su medallón y además del retrato del Maestro había el suyo frente de él.
Firmemente engarzado en el interior de la otra mitad del medallón. debajo del vid río oval, estaba su retrato en miniatura que casualmente acababa de mencionar .
-Los tres testigos volvieron a examinar cuidadosamente el medallón, que pasó de mano en mano.
»No paró aquí la cosa. Un cuarto de hora más tarde, el mágico medallón, del cual no apartamos la vista ni un instante, fue abierto a petición de uno de nosotros, y ya no estaba allí el retrato de ella. . . Había desaparecido.”

El siguiente testimonio, relativo a otro incidente de la estancia de la señora Blavatsky en París, se publicó en el periódico Light del 12 de Julio de 1884:

Los que suscriben atestiguan el siguiente fenómeno:
«En la mañana del 11 del corriente junio, estábamos en el salón de actos del local de la Sociedad Teosófica, en París, calle de Nuestra Señora de los Campos, nro. 46, cuando trajo el cartero una carta. La puerta del salón estaba abierta, de modo que veíamos el vestíbulo, y así vimos al criado que fue a abrir la puerta y tomó la carta de manos del cartero, trayéndonosla enseguida y entregándosela a la señora Jelihowsky, quien la dejó sobre la mesa a cuyo rededor estábamos sentados. La carta iba dirigida a una señora, pariente de la señora Blavatsky, a quien a la sazón visitaba, y la mandaba desde Rusia a otra pariente. Se encontraban en el salón la señora de Morsier, secretaria general de la Sociedad Teosófica de Oriente y Occidente; el señor Solovioff, hijo del distinguido historiador ruso, agregado a la corte imperial y conocido escritor; el coronel Olcott, los señores W. Q. Judge, Mohini-Babu y varias otras personas. También estaba la señora Blavatsky, quien manifestó curiosidad por saber qué decía la carta, y entonces la señora Jelihowsky le dijo que bien podía leerla sin romper el sobre, puesto que declaraba ser capaz de ello.
»Así retada, la señora Blavatsky tomó la carta todavía cerrada, la apoyó contra su frente, y leyó en voz alta el que aseguró ser su contenido, el cual transcribió en la blanca carilla de una carta vieja que había sobre la mesa. Después dijo que puesto que su hermana aún se reía y desafiaba su poder, proporcionaría a los circunstantes una prueba todavía más evidente de que era capaz de ejercer sus facultades psíquicas en el interior de la cerrada carta. Habiendo observado la señora Blavatsky que su nombre estaba escrito en el texto de la carta, declaró que lo subrayaría a través del sobre con lápiz rojo. Al efecto, escribió su nombre en la carta vieja (donde había copiado el contexto de la cerrada) debajo de la firma también copiada, y junto con un doble triángulo o sello de Salomón.
Hizo esto no obstante la observación de su hermana, quien le dijo que la remitente de la carta casi nunca firmaba con todo su nombre cuando escribía a los parientes, y que por lo menos en este pormenor se equivocaría la señora Blavatsky, quien replicó: “Sin embargo, yo haré que aparezcan estos dos subrayados en su correspondiente lugar del interior de la carta” .
"Después colocó la carta cerrada junto a la abierta sobre la mesa, y puso la mano encima de las dos a manera de puente, para que pasara la corríente de fuerza psíquica. Entonces, con manifiestos indicios en su semblante de concentración mental, mantuvo la mano tranquilamente durante algunos momentos en dicha posición, y después, señalando a su hermana la carta cerrada, exclamó: “Ahí tienes, ya está”. Conviene advertir que la carta no había podido ser abierta en el correo (a menos de pasar por el gabinete negro) porque los sellos estaban pegados en el mismo cíerre del sobre, donde suele ponerse el lacre.
»La sefíora a quien iba dirigida la carta rompió el sobre para leerla, y pudo comprobarse que la señora Blavatsky había copiado exactamente su contenido; que estaba en él escrito su nombre; que lo había subrayado de rojo tal como prometiera; y que el doble triángulo aparecía reproducjdo debajo de la firma, la cual era entera según la había transcrito la señora Blavatsky"
»También se observó otra particularídad de excepcíonal interés, cual fue que un ligero defecto en el trazado de los dos triángulos entrelazados, aparecía fielmente reproducido en el interior de la carta cerrada .
»Este experimento fue doblemente valioso porque denotaba la claridad de percepcíon con que la señora Blavatsky había leido exactamente el texto de una carta cerrada, y al propio tiempo era un fenómeno del precípitado o depósito de materia pigmentaria en

forma de cifras y líneas previamente trazadas por la señora Blavatsky en presencia de los circunstantes.-
Vera Jelihowsky.-Vsevolod Soloviof.-Nadejda A. Fadeeff.-Emilia de Morsier.-Guillermo Q. Judge.-H. S. Olcott.- París 21 de Junio de 1884.»

En el nro. 26 de la revista de ciencias psicológicas Rebus, de San Petersburgo, correspondiente al 1 de Julio de 1884, se publicó el mismo relato firmado por V. Solovioff, uno de los testigos presenciales del fenómeno. Decía así:

INTERESANTE FENÓMENO (37)

Carta al Director.

Varias personas, entre las cuales me encontraba, nos hallábamos eventualmente con la señora Blavatsky, (la fundadora de la Sociedad Teosófica, a la sazón de visita en París) a eso de las diez de la mañana. Vino el cartero, y entre otras cartas trajo una para una pariente de la señora Blavatsky, la cual pariente vivía en la mísma casa, pero que por lo temprano de la hora no había salido aún de su dormitorío. De las manos del cartero, en presencia de todos los allí reunidos, quedó la carta sobre la mesa. Del sobreescrito y de la estampilla de correos infirieron la señora Blavatsky y su hermana la señora Jelihowsky, que la carta procedía de una común pariente a la sazón en Odesa. El sobre no sólo estaba completamente cerrado en todas sus junturas, sino que el sello estaba puesto en el mismo vértice del cierre donde se suele colocar el lacre. De esto me convencí por personal y cuidadoso examen.
La señora Blavatsky, que según había yo observado estaba aquella mañana en pujante situación de ánimo, declaró que leería la carta cerrada. Esto nos sorprendió a todos, pues nadie esperaba tal declaración, excepto su hermana quien la había incitado a leerla, diciendo en tono de reto que no sería capaz de ello. Entonces la señora Blavatsky se puso la carta sobre la frente, y con visibles esfuerzos comenzó a leerla, copiando su contenido, según lo pronuncíaba, en una hoja de papel. Al terminar, su hermana manifestó sus dudas acerca del éxito del experimento, diciendo que varias de las expresiones leídas y copiadas por la señora Blavatsky, difícilmente se hallarían en la carta original. La señora BJavatsky se enfadó por ello, replicando que en tal caso aún haría mayores cosas.

Tomó la hoja de papel y al pié de las frases copiadas que su hermana suponía que no estaban en la carta cerrada, trazó un signo y subrayó con lápiz rojo una palabra, diciendo: «Este signo que he trazado pasará a través del sobre, apareciendo al final de la carta, y esta palabra resultará subrayada tal como aquí la subrayo»...
Al abrir la carta, se vio que su contenido era idéntico al copiado por la señora Blavatsky, y al final aparecía exactamente reproducido el signo trazado con lápiz rojo, así como la palabra subrayada.
Después, redactamos una exacta descripción del fenómeno que firmamos todos los testigos presenciales.
»Las circunstancias en que ocurrió el fenómeno en sus más mínimos pormenores, cuidadosamente comprobados por mí mismo, no me dejan la más leve duda acerca de su autenticidad y realidad. El engaño o fraude en este caso particular eran imposibles.-
V. Solovioff.- París, 22 de Junio de 1884.
El 7 de Abril, víspera de una reunión de la Logia de Londres, llegó inesperadamente a esta capital la señora Blavatsky, procedente de París. El movimiento teosófico estaba ya

establecido en Londres sobre una base que conducía a los más conspicuos teósofos a no mirar con buenos ojos los fenómenos de la índole del que hemos descrito, demostradores del oculto poder operante en el plano físico de la Naturaleza.

Nadie que conozca poco o mucho la orientación tomada por el movimiento teosófico desde que los adeptos han dado el suficiente caudal de enseñanzas para demostrar cuán elevados propósitos se ofrecen a los estudiantes de Teosofía esotérica, incurrirá en el error de creer que la Logia de Londres está formada por gentes atraídas a ella por el mero rumor de las maravillosas facultades de la señora Blavatsky. Sin embargo, doquiera esté la señora Blavatsky, se han observado más o menos frecuentemente sucesos anormales, aun en estos últimos años, cuando ya apenas ocurrían en comparación de la abundacia de manifestaciones en el primer período de su vida. Y el presente volumen debe mantener su índole hasta el final, porque se relaciona con la personal biografía de la señora Blavatsky en mucho mayor grado que con la historia del movimiento con el cual tan íntimamente estuvo entremezclada en el último período de su existencia.

Según hemos dicho, la señora Blavatsky y sus más adictos amigos en el movimiento teosófico, han llegado a sentir profunda aversión por los fenómenos, a causa de la lucha de palabras que han provocado y la hostil incredulidad que excitaron. Ahora se contraen a recomendar a las gentes el estudio de la Teosofía, y las intrínsecas, intelectuales y filosóficas exigencias de la doctrina esotérica, y nunca se insistirá bastante en afirmar con toda vehemencia, que desde su regreso de la India en 1870, el propósito final de la vida de la señora Blavatsky ha sido comunicar al mundo algo de esta doctrina, de esta espiritual filosofía, y no asombrar a sus íntimos en ningún caso con ostentaciones de oculto poder .

Sin embargo, hasta un período reciente, explayó de cuando en cuando sus facultades psíquicas, a causa del principio en que como habrá visto el lector se esforzó en llevar a cabo su tarea, y también a causa de que su afición a ejercitar sus anormales facultades se sobrepone a las contrariedades y disgustos provenientes de su ejercicio.

Tan solo estuvo una semana en Londres la primera vez que allí llegó, y después regresó a París.

Volvió a Londres el 29 de Junio y estuvo con sus amigos en Elgin Crescenty Notling Hill, donde permaneció hasta primeros de Agosto, yendo después a Alemania en compañía de algunos teósofos, para visitar a los amigos de Elberfeld.

Durante el referido período fue bastante notoria su presencia en Londres y muchas gentes se esforzaron en trabar conocimiento con ella. Multitud de visitas acudían a verla y ella los recibía con su acostumbrada llaneza de modales, con el traje y en el aposento que mejor le parecía según el caso, unas veces en su propio dormitorio, que a la par le servía de gabinete de estudio y despacho, y otras veces en la sala henchida con el humo de sus innumerables cigarrillos y de tos de quienes de ella los aceptaban cuando hospitalariamente se los ofrecía.

En aquellas ocasiones manifestaba una que otra vez sus ocultos poderes, como por ejemplo, en la tarde a que se refiere la siguiente carta :

«Hotel de Holloway.

Calle de Dover, 48. -Piccadilly.-Londres.

9 de Agosto de 1884.

Mi querido señor: No tengo reparo en comunicarle lo que presencié hace pocos días en casa de la señora Arundale, donde comí con la señora Blavatsky.
Hablábamos sobre varios asuntos, cuando en medio de la conversación se quedó callada la señora BIavatsky, y distintamente oímos todos un sonido comparable al de una campanilla de plata.
El mismo fenómeno ocurrió más tarde en la sala, contigua al comedor. Sorprendióme esta manifestación, pero todavía más el siguiente suceso. Había yo cantado una canción rusa que traje aquella tarde y que parecía haber complacido mucho al auditorio. Al desvanecerse la última nota del acompañamiento, la señora Blavatsky exclamó: «Escuchad», al propio tiempo que levantaba la mano, y todos oímos distintamente la última estrofa compuesta de cinco notas, que resonaba en medio de nosotros.
Por supuesto, que no tengo el más mínimo intento de dar una explicación; pero los hechos fueron tales como los relato. -Olga Kireef de Novikoff».

Sin embargo, los fenómenos operados durante este período no tuvieron mucha importancia, y pierden colorido en comparación de los ya descritos; pero vale la pena mencionar un incidente que aunque desligado de la influencia de la señora Blavatsky arroja luz sobre la seguridad dada constantemente por ella de que la mayoría de los fenómenos ocurridos en su presencia eran realmente operados por virtud de sus Maestros.
El Dr. Hübbe Schleiden, firmante de la siguiente carta, fue más tarde presidente de la rama de la Sociedad Teos6fica constituida en Alemania, y dice dirigiéndose a la señora Blavatsky.

Elberfeld, Agosto de 1884.

Querida señora: Me pide usted que le refiera las particulares circunstancias en que recibí la primera comunicación del Mahatma K. H. Lo haré con sumo gusto.
En la mañana del primer día de este mes, el coronel Olcott y yo viajábamos en el expreso de Elberfeld a Dresden. Pocos días antes había escrito yo una carta a los Mahatmas, la cual el coronel Olcott dirigió a usted, pero que según supe después, no la recibió usted, sino que los Maestros la tomaron de manos de los oficiales de Correos. En el tren no pensaba yo en la carta, sino que refería al coronel Olcott algunos sucesos de mi vida, diciéndole que desde los siete años no había tenido sosiego ni gozo alguno, y preguntándole su opinión respecto del significado de algunas tremendas penalidades que me habían sobrevenido.
En esta conversación vino el revisor a pedirnos los billetes, y al inclinarme de mi asiento para entregar el mío, el coronel Olcott echó de ver algo que estaba a mi espalda en el lado opuesto al en el que él se sentaba. Lo tomé y vi que era un sobre tibetano con una carta del Mahatma K. H. escrita en lápiz azul con su inconfundible carácter de letra. Como en el compartimiento había otros viajeros desconocidos, supongo que el Maestro aprovecharía aquel sitio para depositar la carta sin llamar la atención y curiosidad de los extraños.
El sobre estaba dirigido explícitamente a mí y el texto de la carta era una consoladora reflexión acerca de lo que cinco minutos antes había yo dicho de los enojosos sucesos de mi vida. El Mahatma explicaba que estos sucesos y la aflicción mental con ellos ligada eran en verdad muy penosos, pero que a cuantos se esforzaban por mayor desarrollo espiritual les aguardaban todo linaje de penalidades. Manifestaba benévolamente su opinión de que yo había realizado ya alguna obra filantrópica en bien del mundo.

En esta carta me respondía también a algunas preguntas formuladas en la mía, dándome la seguridad de que recibiría auxilio y consejo cuando lo necesitase.
No sé si atreverme a suplicar a usted que manifieste al Mahatma cuán profunda gratitud siento hacia é! por su extremada benevolencia, pues el Maestro conocerá mis sentimientos sin necesidad de expresarlos en más o menos inadecuadas palabras. Quedo de usted, querida señora, con el debido respeto su afectísimo.-
Dr. Hübbe Schleiden.- A la señora Blavatsky, Elberfeld.

En Elberfeld, la señora Blavatsky se hospedaba en casa del matrimonio Gebhard, uno de cuyos hijos, llamado Rodolfo, escribe lo siguiente :

«Siempre tuve vivísimo empeño en desbaratar trampas. Cuando en Londres tuve ocasión de recibir lecciones del profesor Field, habilísimo en prestidigitación, no tardé en dominar este arte. Desde entonces he hecho juegos de manos en calidad de aficionado por doquiera he ido, y me he relacionado con casi todos los más famosos "brujos" con quienes permutaba las trampas. Como cada prestigitador tiene una suerte favorita en cuya ejecución sobresale, los observaba atentamente para perfeccionarme en todas las jugarretas de cartas y monedas, y también en los ardides empleados por los mediums. Esta práctica me sirvió de provechoso ejercicio para descubrir las trampas y fraudes, y por lo tanto me creo con autoridad para dar aquí mi opinión sobre los fenómenos observados.
»Dos de ellos ocurrieron en nuestra casa de Elberfeld durante la estancia en ella de la señora Blavatsky, el coronel Olcott y unos cuantos amigos y teósofos.
»E! primer fenómeno fue una carta del Mahatma K. H. a mi padre, y ocurrió una noche en presencia de varios testigos, algunos pertenecientes a nuestra sociedad. y del general D. O. Howard del ejército de los Estados Unidos. Eran cerca de las nueve de la noche. Estábamos sentados en la sala, hablando sobre diversos asuntos, cuando algo insólito llamó la atención de la señora Blavatsky. Al cabo de un rato dijo que sentía !a presencia de los Maestros, quienes acaso trataban de hacer algo por nosotros, y por lo tanto nos dijo que pensáramos en qué nos gustaría que ocurriese. Discutimos acerca de lo que podría ser mejor, y al fin resolvimos por unanimidad, pedir una carta dirigida a mi padre sobre un asunto que él escogiera mentalmente.
¿Por entonces estaba mi padre muy preocupado por la situación de mi hermano mayor residente en los Estados Unidos, y anhelaba que los Maestros le aconsejaran en este asunto.
"Entretanto, la sefíora Blavatsky, que a causa de su reciente enfermedad reposaba en el sofá y había estado mirando entorno de la sala, exclamó de pronto que veía deslizarse algo sobre un cuadro al óleo colgado encima del piano, y había visto como un rayo de luz dirigido hacia el cuadro. La señora H... corroboró inmediatamente esta afirmación, y también mi madre que sentada frente a un espejo y de espaldas al cuadro, había observado en el espejo una débil luz que se dirigía hacia el cuadro. La señora Blavatsky le dijo entonces a la señora H... que mirara y dijera qué se deslizaba, y ella respondió que veía algo sin distinguir bien su forma ni naturaleza.
»Todos fijaron la atención en la escocia del techo donde brillaban muchas lucecitas; pero como yo no soy clarividente, confieso que nada vi de insólito en la escocia, y al decir la señora Blavatsky que estaba ya absolutamente segura de que algo se deslizaba por el cuadro, me encaramé al piano, levanté el cuadro, lo sacudí sin descolgarlo, miré en el interior y...¡nada! La sala estaba bien iluminada, y no quedó ni una pulgada del cuadro que no pudiese yo examinar. Dejé el cuadro en su ordinaria posición diciendo que nada podía ver; pero la señora Blavatsky me dijo que tenía la absoluta seguridad de

que algo había, por lo que volví a encaramarme y escudriñar de nuevo.
»Era el cuadro bastante grande y estaba suspendido de una alcayata por una cuerda ligada al borde superior, de modo que al levantarlo quedaba un espacio como de seis pulgadas entre la pared y la parte posterior del cuadro. Pero tampoco esta segunda vez logré descubrir nada aunque miré de muy cerca. Para mejor escudriñar estaba yo encaramado sobre el piano, y pasé dos veces la mano con mucho cuidado a lo largo del marco sin encontrar nada. Volví a poner bien el cuadro y le pregunté a la señora Blavatsky qué más se había de hacer, cuando ella exclamó: «Ya veo la carta; allí está».
Me volví rápidamente hacia el cuadro, y en aquel mismo momento vi que por detrás del marco caía sobre el piano una carta. La tomé. Estaba dirigida al «Señor consul O. Gebhard» y contenía los informes pedidos. Debí poner la cara muy seria, porque todos se rieron alegremente del "familiar prestidigitador".
»Para mí este es un fenómeno sin disputa auténtico. Nadie sino yo había tocado el cuadro. Tuve sumo cuidado en examinarlo muy de cerca, y no podía habérseme pasado por alto la carta, como hubiera acaso sucedido sí en vez de la carta buscara otro objeto. La carta medía cuatro pulgadas de largo por dos de ancho, de modo que no era una menudencia.
»Además, los circunstantes habían indicado que se dirigiera la carta al señor O. Gebhard, y como yo sabía lo que entonces inquietaba a mi padre, de mí partió la idea de que la carta diera respuesta sobre aquel especial asunto.
»Consideremos ahora este fenómeno desde el punto de vista de la prestidigitación.
Supongamos que hubiera varias cartas preparadas de antemano, dirigidas a diferentes personas y tratando de diversosasuntos. ¿Es posible colocar una de ellas en determinado lugar por un juego de prestidigitación? Perfectamente posible. Sólo depende la suerte del lugar escogido y si nuestra atención está o no dirigida a él de antemano. Hubiera sido muy difícil colocar la carta detrás del cuadro, pero no imposible si nuestra atención se hubiese dirigido por un momento a otro lugar poniendo entretanto la carta detrás del cuadro. ¿Qué es la prestidigitación? Sencillamente un movimiento más o menos rápido, en un instante en que nadie se fija en el prestidigitador .
Si atraigo vuestra atención por breve rato a mi mano derecha, la izquierda queda en libertad de hacer ciertos movimientos inadvertidos de los circunstantes; pero es un error creer que «la rapidez de la mano engaña la vista del observador». Nadie puede hacer con la mano un movimiento tan rápido que la vista no sea capaz de seguirlo y advertirlo. Lo único posible es ocultar el necesario movimiento por medio de otro que nada tenga que ver con él, o desviar la atención del espectador hacia otro punto. y entonces hacer rápidamente el movimiento requerido.
»En el caso que nos ocupa, toda nuestra atención estuvo fija en el cuadro antes de que se dijera lo que había de ocurrir, y continuó fija todo el rato, de modo que nadie hubiera podido colocar la carta sin ser observado. En cuanto a si ya estaba de antemano la carta escondida detrás del cuadro no cabía en lo posible, pues no hubiera escapado a mi atención en mis repetidas pesquisas. Suponiendo que la carta estuviera colocada en el borde superior del cuadro, mi mano la hubiese hecho caer instantáneamente, mientras que transcurrieron unos treinta segundos antes de que apareciera la carta después de haber pasado yo la mano por el cuadro. Tomando en consideración todas las circunstancias, me parece imposible que hubiera habido fraude en este fenómeno .
»Al día siguiente de esta ocurrencia fui cerca de las doce al aposento de la señora Blavatsky; pero al verla atareada con otra señora me retiré a la sala donde habíamos estado la noche anterior, y se me acudió de repente la idea de registrar otra vez el cuadro para asegurarme de que la carta no había podido estar oculta en algún escondrijo. Estaba yo solo en la sala y durante el examen no entró nadie. Quedé convencido de que en caso

de haber ocultado la carta detrás del cuadro no hubiese escapado a mi atención. Volví al aposento de la señora Blavatsky, quien todavía estaba con la visita. Por la noche nos sentamos lado por lado en la sala, y ella me dijo: "Los Maestros le han vigilado a usted durante el día y se han divertido mucho con sus experimentos para averiguar si la carta podía estar escondida detrás del cuadro".
»Tengo la absoluta seguridad de que nadie estaba en la sala cuando examiné el cuadro ya nadie le había dicho yo ni media palabra acerca de mis investigaciones. Tan solo admitiendo la clarividencia de la señora Blavatsky cabe explicar cómo pudo saber lo que yo había hecho...
RODOLFO GEBHARD. Elberfeld, Septiembre de 1884.».

Al cabo de más de un año, cuando la Sociedad de Investigaciones Psíquicas publicó un informe negando la autenticidad de gran número de fenómenos relacionados con la señora Blavatsky , pero que en su mayor parte no se mencionan en esta obra, redarguyó dicha Sociedad contra la comunicación dirigida por el joven Gebhard sobre el fenómeno relatado, diciendo que el comunicante había omitido la posibilidad de que un cómplice de la señora Blavatsky colocara la carta sin que nadie lo viese. Pero este argumento no tiene fuerza alguna en relación con un fenómeno ocurrido en presencia de varias personas atentas a lo que iba a suceder, en un aposento privado donde sólo estaban presentes los individuos de la familia y amigos íntimos. Sobre este particular me escribió el joven Gebhard el 18 de Enero de 1886, la siguiente carta:

Elberfeld 18 de Enero de 1886.

Mi querido señor Sinnet: Muchas gracias por su amable carta recibida ayer mañana. Considerando el poco favor que la Sociedad de Investigaciones Psíquicas hace en su informe a mi comunicación dirigida a Hodgson, respecto al fenómeno de la carta de Elberfeld, creo conveniente puntualizar: Primero. Que pocos días después de la ocurrencia escribí un relato del fenómeno, del cual he encontrado una copia esta mañana. Segundo. En dicho relato consideré seriamente la posibilidad de que la carta hubiese sido colocada por un cómplice, aunque por haber demostrado la imposibilidad de esta suposición, no insistí sobre ello en el segundo informe. Los dos informes coinciden absolutamente en los puntos esenciales, con la única diferencia de que en el primero dije que el espacio entre la pared y el cuadro era de seis pulgadas, y en el segundo que de ocho. El tamaño de la carta aparece ser en el primer informe de 4 X 2 pulgadas, y en el segundo de 5 X 2 y media pulgadas. Este último es el verdadero tamaño según la medida exacta de la carta que he tomado hoy. El segundo informe contiene algunos pormenores más que el primero, a causa de las muchas preguntas que me hicieron las personas a quienes referí el incidente, el cual deseaba yo reservar en un principio.
Esta mañana he hecho un curioso descubrimiento y deploro no haber realizado antes la misma prueba. Tomé la carta y la puse detrás del cuadro; pero no cayó, porque el roce del cuadro contra la pared lo impidió cuantas veces lo probé levantando el cuadro, volviendo a ponerlo en posición normal y colocando de nuevo la carta. No acierto a explicarme cómo pudo caer sobre el piano.»

La visita de la señora Blavatsky a Europa terminó con un desagradable incidente que tuvo amplias consecuencias.
La revista Christian College Magazine, órgano de los misioneros cristianos de Madrás, publicó una serie de cartas dando a entender que las había escrito la señora Blavatsky a

una tal señora Coulomb, quien había vivido con ella en la India durante algunos años, primero en Bombay y después en Madrás. La señora Coulomb y su marido habían tenido en otro tiempo un hotel en El Cairo, donde por su mal los conoció la señora Blavatsky en los días de su abortada Sociedad Espiritista. Años después, el matrimonio Coulomb llegó a India en absoluta indigencia, y la señora Blavatsky los acogió hospitalariamente en Bombay, hasta que la señora Coulomb se quedó en la casa de ama de llaves, a cambio de manutención y alojamiento para ella y su marido quien estuvo largo tiempo en expectación de trabajo.

No estipularon contrato explícito, pero continuó durante un período mucho mayor que si hubiera sido escritural. Andando el tiempo, mudaron los sentimientos de la señora Coulomb en términos del todo opuestos a los que habían motivado el benévolo convenio, y prescindiendo de pormenores en que fuera ignominioso entrar, diremos en resumen que la señora Coulomb proporcionó al director del Christian College Magazine, las cartas aparentemente dirigidas a ella por la señora Blavatsky, de las que si no fueran apócrifas, se infería haberse valido de la complicidad del matrimonio Coulomb para una larga serie de fraudulentos fenómenos.

Cuando se recibió en Europa la revista con las cartas, la señora Blavatsky dirigió la siguiente al director de The Times, publicada en el número del 9 de Octubre.

Señor: Con referencia a la falsa afirmación de una deshonrosa complicidad entre la que subscribe y dos personas de apellido Coulomb para engañar al público con ocultos fenómenos, debo decir que no son en modo alguno mías las cartas que se me atribuyen. Hay frases aquí y allí tomadas de antiguas notas mías sobre diversas materias, pero entremezcladas con interpolaciones que pervierten enteramente su significado.

Aparte de esto, todas las letras son una ficción.

Los amañadores ignoran profundamente las cosas de la India, pues me hacen hablar de un «Maharajah de Lahore» cuando hasta los chiquillos de la escuela saben en la India que no existe tal persona.

Respecto a la insinuación de que intenté allegar fondos para la Sociedad Teosófica por medio de ocultos fenómenos, digo que jamás recibí ni traté de recibir de nadie ni un céntimo para mí ni para la Sociedad. Desafío a quienquiera a que demuestre lo contrario. El dinero que he recibido lo he ganado con mis obras literarias; y estas ganancias, con lo que me quedaba de mi herencia al ir a la India, lo destiné a la Sociedad Teosófica. Soy más pobre hoy que cuando con otros fundé la Sociedad. –

Su servidora, H. P. BLAVATSKY.

77- Elgin Crescent- Notting Hill W. 7 de Octubre.

En la misma fecha publicó The Times la siguiente carta del señor St. George Lane Fox :

Señor: En The Times de los días 20 y 29 de Septiembre apareció un telegrama del corresponsal de ese periódico en Calcuta, referente a la Sociedad Teosófica. Como acabo de regresar de la India y soy miembro del Consejo encargado de administrar la Sociedad durante la ausencia del coronel Olcott y de la señora Blavatsky, espero que me concederá usted un lugar en sus columnas para añadir unas cuantas palabras a las noticias publicadas por ese periódico. En primer lugar, el matrimonio Coulomb que en unión de ciertos misioneros tratan ahora de desacreditar a la Sociedad Teosófica, eran los conserjes de la Residencia Central de la Sociedad en Adyar; y la Junta de Gobierno los despidió en vista de su incorrecto proceder, pues siempre andaban sonsacando dinero a los socios.

Entretanto, habían armado trampas y escondrijos en las habitaciones particulares de la señora Blavatsky, quien indiscretamente les había confiado la guarda. Respecto a las cartas atribuidas a la señora Blavatsky, publicadas recientemente en un periódico que se titula cristiano, yo y cuantos estamos enterados de las circunstancias del caso, tenemos la seguridad de que no las escribió la señora Blavatsky. Por mi parte no doy importancia a este nuevo escándalo porque no creo que cause el más leve perjuicio a la verdadera causa teosófica.
»El movimiento teosófico está ya muy bien impulsado y debe ir adelante a despecho de todo obstáculo. Ya son no cientos sino millares los que se han incorporado a él para convencerse de que la pureza de conducta es conveniente por razones científicas y no por las meramente sentimentales, y que son necesarias la honradez de propósito y la inegoísta actividad para el verdadero progreso humano y el logro de la positiva felicidad. Su seguro servidor, St. O. Lane Fox.- M. S. T.- Londres 5 de Octubre.»

Sin embargo, mucha ansiedad experimentaron acerca de la autenticidad de las cartas quienes se habían interesado grandemente en los relatos de los fenómenos operados por la señora Blavatsky en la India; y finalmente, la Sociedad de Investigaciones Psíquicas resolvió enviar a Madrás a uno de sus miembros para averiguar sobre el mismo terreno todo cuanto a lo expuesto en las cartas se refiriese.
Nombraron para ello al señor Ricardo Hodgson, quien llegó a la India en Noviembre de 1884 y permaneció allí hasta el siguiente Abril. Al regresar a Londres dió un informe completamente desfavorable para la señora Blavatsky, y la comisión nombrada para indagar el carácter de los fenómenos «relacionados con la Sociedad Teosófica, dictaminó ante la reunión general de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas, celebrada el 24 de Junio de 1885, que en opinión de los peritos las cartas eran auténticas y bastaban para probar que la señora Blavatsky «había estado en prolongada complicidad con otras personas para producir por medios ordinarios una serie de fingidos prodigios para sostener el movimiento teosófico» . (38)
Entretanto la señora Blavatsky había regresado a la India. Al llegar a Madrás el buque que la conducía, pasó a bordo a saludarla y darle la bienvenida una comisión de estudiantes indígenas de los colegios de Madrás, en señal de protesta contra la publicación de las apócrifas cartas en un periódico que aparecía identificado con uno de dichos colegios.
Al desembarcar la condujeron a una sala de reuniones públicas, donde el presidente de la comisión leyó el siguiente mensaje a ella dirigido :

«Al tributaros este cordialísimo recibimiento a vuestro regreso de Occidente donde habéis llevado a cabo con éxito varias campañas intelectuales, sabemos que sólo os expresamos débilmente «la deuda inmensa de eterna gratitud» que con vos tiene contraida la India.
»Habéis dedicado vuestra vida al desinteresado servicio de difundir las verdades de la filosofía oculta. Con vuestra maravillosa obra Isis sin velo, habéis arrojado torrentes de luz sobre los sagrados misterios de nuestra antiquísima religión y nuestras filosofías. Vuestra labor ha inducido a nuestro amado Coronel a emprender la gigantesca y amorosa obra de reavivar en los altares de Aryavarta las mortecinas llamas de la religión y la espiritualidad.
»Mientras con todo vuestro corazón y toda vuestra alma habéis estado empeñada en proclamar la eterna Verdad por la cuarta parte del globo, vuestros enemigos de acá no han permanecido ociosos. Aludimos a los recientes escandalosos sucesos de Madrás, en los cuales unos cría dos despedidos se han portado felinamente. Aunque miramos

semejantes futilidades con la desdeñosa indignación que merecen, queremos atestiguar que nuestra admiración y afecto, ganados por vuestra elevación de ánimo, nobleza de aspiraciones y sacrificios hechos, están demasiado arraigados para que puedan conmoverlos los rudos soplos del despecho, la calumnia y el rencor, que sin embargo no son infrecuentes en la historia de la Teosofía.
«Que los venerados Maestros cuyo corazón rebosa de amor a la Humanidad, continúen ayudándoos a vos y a nuestro estimado Coronel en el descubrimiento y difusión de la verdad. Tal es, reverenciada y querida Señora, la más ferviente súplica de vuestros afectísimos servidores. -. LOS ESTUDIANTES DE LOS COLEGIOS DE MADRÁS

¡Firmaban este mensaje más de trescientos estudiantes.
Durante la mayor parte del tiempo que permaneció el señor Hodgson en Madrás, estuvo la señora Blavatsky enferma en cama, y tan grave que sus amigos y aun ella misma creyeron que se moría. Su restablecimiento fue uno de los no menos sorprendentes fenómenos relacionados con la historia de su vida. Por entonces me escribió en los siguientes términos:

«De nuevo me veo impelida a escribirle. He sacrificado mi honor y reputación, y para los pocos meses que me quedan de vida, no me preocupa lo que haya de ser de mí. Pero no puedo dejar la reputación del pobre Olcott bajo los ataques de Hume y Hodgson, quien de repente se han vuelto locos con su hipótesis de fraude, más fenomenal que los mismos fenómenos.
Yo, y conmigo millares de teósofos, protestamos contra la manera como Hodgson realiza sus investigaciones. Sólo interroga a nuestros peores enemigos, tan ladrones como....y al mostrarle algunas cartas por él recibidas hace siete años de los Estados Unidos, Hodgson copia de ellas algunos párrafos de los que le parecen más perjudiciales y sobre ellos funda la hipótesis de que soy una espía rusa... Bien sabe usted como he tratado de conciliar a los indostanes con los ingleses, cómo hice cuanto en mi mano estuvo para convencerlos de que este gobierno, por malo que les parezca, es el mejor que jamás pudieran tener. Desafío a que se encuentre ni un solo indo respetable y veraz que diga que pronuncié nunca ante ellos ni una palabra desleal. y sin embargo, a causa de cierto documento que me hurtó..... y por otro cifrado que los misioneros le enseñaron, ha proclamado Hodgson públicamente que soy una espía rusa.....
»Los misioneros se lo entregaron al comisario de policía, los peritos lo examinaron, lo enviaron a Calcuta donde estuvo cinco meses, removieron cielo y tierra para descifrarlo, y ahora se rinden a la desesperación de la impotencia. Es uno de mis manuscritos en lengua zenzar. Lo sé con segurídad porque me falta una de las páginas numeradas de mi libro.”

El zenzar es un lenguaje místico, con peculiares caracteres, usado por los iniciados ocultistas del Tibet.
Al volver a Europa repuesta de su enfermedad, la señora Blavatsky permaneció durante algún tiempo en un hotel cerca de Nápoles, de donde escribió a mi esposa una carta fechada el 21 de Junio, en respuesta a otra de simpatía:

«Buena acogida tuvo su familiar carácter de letra y mejor todavía el contenido de la carta. No... Nunca pensé que usted pudiera haber creído que yo empleara las trampas de que me acusan; ni usted ni ninguno de quienes tienen a los Maestros en sus corazones y no en sus cerebros. Sin embargo, aquí estoy y permanezco acusada, sin medios de probar lo contrario, de las más sucias y viles falacias de que no fuera capaz el más

hambriento medium. ¿Qué puedo hacer y qué haré? Es inútil todo intento de convencer con la palabra o con la pluma a gentes que me creen culpable. No cambiarán de opinión. Dejémoslos. Se ha consumido hasta el último átomo de combustible de mi corazón. De aquí en adelante sólo se hallarán en él frías cenizas. He sufrido tanto que no puedo sufrir más. Sencillamente me echo a reír a cada nueva acusación.

»A pesar de los peritos, dice usted. ¡Ah ! Deben de ser muy famosos peritos los que dieron por auténticas las cartas de los Coulomb. El mundo entero podrá inclinarse ante su dictamen y sagacidad; pero al menos hay en este ancho mundo una persona a quien nunca convencerán de que escribió aquellas estúpidas cartas, y esta persona es H. P. Blavatsky.

»Pero quiero que conozca usted estos hechos. Por ahora no se me ha permitido ver ni una sola línea de dichas cartas.

¿Por qué no vino Hodgson a enseñarme al menos una de ellas?.... Dígame usted, ¿es legal en Inglaterra acusar públicamente ni a un barrendero de las calles en su ausencia, sin darle ocasión de pronunciar ni una sola palabra en su defensa, sin dejarle saber de qué se le acusa concretamente, quién le acusa y qué pruebas presenta de la acusación? Porque yo ignoro el origen de todo esto. Hodgson vino a Adyar, se le recibió amistosamente, examinó y volvió a examinar cuanto quiso y los indígenas le dieron cuantos informes les pidió. Si ahora descubre discrepancias y contradicciones en lo que le dijeron, sólo prueba esto que sintiendo como todos sentían que a su parecer era pura simpleza dudar de los fenómenos de los Maestros, no estaban preparados para una investigación científica y podían haber olvidado muchas circunstancias....

Y aquí estoy. A donde iré después ni yo misma lo sé. No acierto a comprender por qué me tienen aún con vida; pero siempre han sido y son incomprensibles sus caminos. ¿De qué le sirvo yo ahora a la causa ? ¿Puesta en duda y sospecha por el mundo entero, excepto unos cuantos, ¿no fuera más beneficiosa para la Sociedad Teosófica mi muerte que mi vida ?»

Dos meses más tarde se trasladó de Italia a una tranquila aldea de Alemania, en donde yo la visité durante el otoño de 1885. Entretanto, la Sociedad de Investigaciones Psíquicas había celebrado las reuniones en que la comisión nombrada para investigar los fenómenos relacionados con la Sociedad Teosófica dictaminó diciendo que las cartas Coulomb eran de la señora Blavatsky , que el «santuario» de Adyar estaba adrede destinado a la operación de imposturas y falsas manifestaciones, y que los prodigios que se contaban acerca del oculto poder de los Mahatmas eran deliberadas farsas llevadas a cabo por instigación de la señora Blavatsky. En Agosto me escribió en estos términos :

«Ni confianza ni amistad ni desconfianza ni resentimiento ni amigos ni enemigos conocerán jamás la entera verdad..... La única diferencia entre las inculpaciones que ahora me hacen Coulomb, Patterson y Hodgson y las anteriores al escándalo de Adyar es que entonces los periódicos se limitaban a insinuar lo que ahora afirman. Entonces estaban cohibidos, aunque débilmente, por el temor a la ley y el sentimiento de decencia. Ahora han perdido todo temor y todo recato. Ahí tiene usted al profesor Sidgwich. Es evidentemente un caballero y un hombre honrado de claro entendimiento, como lo son la mayoría de ingleses. Y ahora dígame usted: ¿puede un extraño (la opinión de los doctores de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas no tiene, por supuesto, valor alguno) afirmar que lo que de mí han dicho los periódicos es decente, legal u honrado? Si en vez de acusarme de tramposa en los fenómenos me acusaran de meter mano en los bolsillos de mis víctimas, o cosa por el estilo, ¿no le parece a usted

que de no probar la acusación de estos actos castigados por la ley, me llevaría el profesor Sidgwick ante los tribunales de justicia?
Seguramente que no. Entonces ¿ qué derecho tiene para hablar en los periódicos de mis engaños, fraudes, trampas e indelicadezas? ¿Es noble, honrado y ni siquiera legal que el profesor Sidgwick se aproveche de su excepcional situación y de la índole del asunto para calumniarme, o si usted lo prefiere, diré que para acusarme de tal modo y difamar mi nombre sin más pruebas que las ruines aducidas por Hodgson ? . . . . . ¿ Puede usted vituperar después de esto a..... y otros teósofos rusos por decir que el principal motivo de la cólera desatada contra mi es que soy rusa? Sé que no es así; pero los rusos como... y los teósofos de Odesa, no pueden ver de otro modo la causa de tan manifiesta injusticia.
»No hay en ello ninguna intención de achacar fraude alguno al pobre Olcott. Viene ahora lo del sobre en que estaba la carta del Mahatma, el cual podía haber sido abierto previamente por mí o por otros. Las cartas recibidas en Adyar de los Maestros mientras estaba yo en Europa pudieron haber sido en todo caso anunciadas por Damodar. La desaparición del paquete del Vega podía explicarse fácilmente por la existencia de una puerta secreta junto al aposento de Babula, siendo así que esta puerta estaba condenada y cubierta por un amplio tapiz, como usted recordará. Pero suponiendo que el paquete Vega desapareciera fraudulentamente de Bombay, ¿cómo explican Hodgson, Myers y compañía su inmediata e instantánea reaparición en Howrah (Calcuta), en presencia del coronel Gordon y señora y de nuestro coronel, si dicho coronel es tan inocente que los doctores de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas se sintieron obligados a darle públicas excusas? Es evidente o que el coronel Gordon, o su señora o el coronel Olcott eran entonces mis cómplices o que están locos los dioses de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas. Seguramente, como dice..... ningún hombre de sano juicio que conozca las circunstancias del caso Vega, o del roto retrato de yeso o de la carta de Hübbe Schleiden (recibida por correo alemán, mientras estaba yo en Londres) y tantos otros casos, se atreverá a decir la estupidez de que mientras yo soy un saco de fraudes y todos mis fenómenos trampas, al coronel sólo se le acuse de «credulidad y ligereza en la observación y en su interferencia» .

En tono de amarga ironía y después de algunas frases despectivas respecto a los alcances intelectuales de los comisionados por la Sociedad de Investigaciones Psíquicas, la señora Blavatsky deja decir a sus "científicos amigos" que Isis sin velo y los mejores artículos de The Theosophist y las cartas de los Mahatmas en inglés, francés, telegu, sánscrito o indo son originales de ella. Deja creer que durante más de veinte años ha estado zarandeando a los intelectuales de Rusia, Estados Unidos, India y especialmente de Inglaterra. ¿A qué fenómenos auténticos si la autora de tantos millares de manifestaciones apócrifas es un viviente fenómeno capaz de hacer todo esto y mucho más ? . . .

¿De qué he de quejarme ? ¿ No me dejó el Maestro en libertad de seguir los dictados del señor Buda, que nos ordena alimentar aun a una serpiente hambrienta sin temor de que se revuelva y muerda la mano que la alimenta; o arrostrar el karma que castiga a quien aparta su vista del pecador y del miserable y no consuela al afligido?.. Soy yo mayor o mejor en algún modo de lo que fueron Saint German, Cagliostro, Paracelso y tantos otros mártires cuyos nombres aparecen en la Enciclopedia del siglo XIX con el título de charlatanes e impostores? Será el karma de los ciegos y malvados jueces, no el mío.
»...Puedo hacer más bien permaneciendo en la sombra que figurando de nuevo en primera línea en el movimiento. Dejad que me ocu1te en desconocidos parajes y

escriba, escriba, escriba y enseñe a cuantos quieran aprender. Puesto que el Maestro me obliga a vivir, dejad me vivir en relativa paz. Es evidente que el Maestro quiere que todavía trabaje para la Sociedad Teosófica, pues no me ha permitido estipular un contrato con... (aquí el nombre de un editor extranjero, quien le había ofrecido pingüe remuneración) para escribir exclusivamente para su periódico. El Maestro no consintió que el año pasado firmase este contrato cuando me lo propusieron en París, ni tampoco quiere que lo sancione ahora, pues dice que he de emplear el tiempo de otro modo. i Ah ! en cuán cruel y malvada injusticia se me ha envuelto. Imaginad la horrible calumnia del Christian College Magazine, cuya afirmación de que yo había tratado de estafar al señor Jacobo Sassoon diez mil rupias en el negocio Roona, dejaron pasar sin contradicción aun los mismos... y... quienes sabían con tanta seguridad como la de su propia existencia que esta acusación es de todo punto una abominable calumnia.
Pocos saben que después de haber trabajado y consagrado mi vida durante más de diez años al progreso de la Sociedad, hubo de salir de la India como una mendiga, fiada para mi cotidiano sustento de la generosidad de The Theosophist, revista que fundé con mi dinero. He de pasar por mercenaria impostora, por estafadora, cuando gasté cuanto dinero me redituaban mis artículos rusos, y durante cinco años doné el importe de la venta de Isis y los ingresos de The Theosophist para el sostén de la Sociedad... Perdóneme que le diga todo esto y me muestre tan egoísta; pero es una respuesta directa a la vil calumnia, y los teósofos de Londres tienen el derecho de saberlo».

Las seguridades que en la precedente carta daba de que en su retiro de Alemania se ocuparía en una labor distinta de la de escribir cuentos y artículos para las revistas rusas tuvieron plena confirmación.
Durante los tres últimos meses de 1885, empezó a recibir ocultas inspiraciones (o como quieran llamarlo quienes están más o menos relacionados con las circunstancias de su vida superior) para escribir el tan prometido libro de La Doctrina Secreta. Desde principios de Febrero de 1884 aparecieron en The Theosophist noticias acerca de dicha obra, diciendo que sería una nueva versión de Isis sin velo, refundida con amplias e importantes adiciones y copiosas notas y comentarios. El primer propósito de la señora Blavatsky fue publicarla por entregas mensuales desde Marzo de 1884, o a más tardar desde Junio.
Sin embargo, su visita a Europa en la primavera de aquel año y los múltiples asuntos en que hubo de ocuparse, estorbaron la empresa. Después, en el verano del mismo año, estalló el escándalo de los Coulomb con todas sus irritantes consecuencias, de modo que le fue imposible comenzar una tarea que requería firme y prolongada devoción, concentración de propósito y tranquilidad mental.
Toda vía estaba intacta La Doctrina Secreta cuando mi esposa y yo vimos en Alemania a la señora Blavatsky. La encontramos modestamente alojada, pero cómoda y tranquila, en la amable compañía de su tía la señora Fadeef con quien está afectuosamente ligada. Por supuesto se indignaba contra las injusticias sufridas por parte de la comisión de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas, aunque todavía no estaba terminado el informe del señor Hodgson en el que la Sociedad basaba sus conclusiones.
No obstante, parecía mucho más mejorada de salud y más animosa de lo que esperábamos, y algunos premonitorios síntomas indicaban que no tardaría en estar en marcha la preparación de La Doctrina Secreta.
Poco después de su regreso a Londres, en Octubre, recibí una nota de la señora Blavatsky en que me decía:

«Estoy muy atareada en La Doctrina Secreta. Se repite lo sucedido en Nueva York (39) aunque de mejor y más clara manera. Me parece que nos ha de vindicar. ¡Qué de cuadros, panoramas, escenas y dramas antediluvianos! Nunca vi ni oí nada mejor.»

A principios de Diciembre recibí una carta de la condesa de Wachtmeister, que a la sazón estaba de temporada con la señora Blavatsky. Aunque la condesa lleva un título extranjero es inglesa y está dotada de eminentes facultades de clarividencia, que 1a elevan muy por encima de las ruines y fragmentarias pruebas materiales con que los obcecados enemigos de la causa teosófica se cebaban en su fiel y estimada amiga. Decía así :

«La Doctrina Secreta contiene una traducción de. . . (40) El público del día apenas comprenderá su verdadero significado, pero con el tiempo penetrará profundamente en el corazón de los hombres. »

Quince días después escribió:

«Tengo por señalado privilegio el presenciar la maravillosa manera como se está escribiendo este libro.»

A los pocos días, algún indiscreto o malicioso le envió a la señora Blavatsky una copia del famoso o según los teósofos infame informe de Hodgson, publicado en las Actas de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas. La condesa escribió:

«Hemos tenido un día terrible y la. . . (41) quería salir inmediatamente para Londres. La tranquilicé como pude y ha desahogado sus sentimientos en la adjunta carta.»

Durante quince días, las tumultuosas emociones de la señora Blavatsky no le permitieron adelantar en su obra. Su volcánico temperamento la hacían muy mala expositora de su causa, cualquiera que ésta fuese. Las cartas, memorandas y protestas en que durante aquella desdichada quincena consumió sus energías fueron casi todas de una índole muy poco a propósito para que un público frío y hostil comprendiera la verdad de los hechos, y por lo tanto no vale la pena de reproducirlas. La persuadí a que redactara una razonada y comedida protesta para insertarla en un folleto que publiqué a últimos de Enero de 1886, y por lo demás sólo unos cuantos de sus más íntimos amigos pudieron apreciar exactamente el vehemente furor de que se hallaba poseída. En los momentos de excitación, su lenguaje hubiera inducido a un extraño a suponerla con sed de venganza para saciarla con sus enemigos si estuviese en su mano. Sin embargo, la media docena de amigos íntimos estaban seguros de que a pesar de toda la efervescencia de sus sentimientos, si sus enemigos hubieran estado realmente en su poder, su rabia contra ellos se hubiera desvanecido como una burbuja de jabón.
El informe de Hodgson no se publicó hasta Diciembre de 1885, y entretanto sufrió adiciones y enmiendas. Esta demora y la consiguiente preparación del documento en que la comisión investigadora fundaba su dictamen, fueron considerados por los amigos de la señora Blavatsky como una animosidad contra ella. Cuando por fin se publicó, ocupaba 200 páginas impresas en tipo pequeño, y la minuciosa crítica de su contenido requeriría muchísimo espacio. Por lo tanto prescindiremos de ella. El informe contenía principalmente pruebas circunstanciales calculadas con el deliberado propósito de arrojar sospechas sobre los fenómenos que Hodgson trataba de investigar, y de un artificioso cotejo de varios manuscritos para demostrar que las cartas que yo había

recibido en la India durante mi trato con la señora Blavatsky (42) estaban escritas por ella y otra persona y me las transmitían para que yo creyese que procedían de los Maestros. Representaré mejor el carácter del informe transcribiendo los pasajes preliminares del folleto titulado: Los fenómenos del mundo oculto y la Sociedad de Investigaciones Psíquicas (43) que en réplica publiqué poco después de aparecer el informe:

«El Informe presentado por el señor R. Hodgson a la comisión de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas nombrada para investigar los fenómenos relacionados con la Sociedad Teosófica se ha publicado por vez primera en el número de Diciembre de las Actas de aquella Sociedad, seis meses después de celebradas las reuniones en que la Comisión se declaró de acuerdo con las conclusiones del señor Hodgson. En carta dirigida a la revista Light el 12 de Octubre, protesté contra la determinación tomada por la Sociedad de Investigaciones Psíquicas al estigmatizar públicamente a la señora Blavatsky inculpándola de una prolongada confabulación con otras personas para producir por medios ordinarios una serie de aparentes prodigios para el sostén del movimiento teosófico mientras retenía en secreto las pruebas documentales en que se basaba su opinión.

»En una nota de dicho informe (página 276) el señor Hodgson dice: "Tengo en mi poder numerosos documentos referentes a los experimentos del señor Hume y otros relacionados con la señora Blavatsky y la Sociedad Teosófica. Estos documentos, incluso los manuscritos K. H. antes citados, no llegaron a mis manos hasta Agosto, y su examen, especialmente el de los manuscritos K. H. han retrasado mucho la redacción de este Informe". Esto significa que el señor Hodgson, durante el tiempo en que el Informe estuvo detenido, se ocupó en enmendarlo y rectificarlo de suerte que la comisión aceptara sin vacilar las conclusiones, antes de presentar la prueba que Hodgson alega ahora.

»Pero aunque la comisión hubiera tenido, que no tenia, el Informe tal cual ahora está redactado, no fuera menos prematura e imprestigiosa su conducta al publicar las conclusiones del 24 de junio, porque en ninguna fase de su proceder se condujo la comisión de acuerdo con el carácter judicial que se arrogaba. Eligió por ponente a un señor de grande o tal vez excesiva confianza en sus aptitudes, pero notoriamente extraño a las características de la vida indica y desconocedor en absoluto del complicado sentimentalismo en relación con el cual se desenvolvió en India durante estos últimos años el movimiento teosófico. Ya un señor tan incapaz bajo este aspecto
se le dio el encargo de investigar la autenticidad de fenómenos y hechos ocurridos durante varios años en diversas partes de la India, y en los cuales intervinieron muchas personas incluso indígenas del país y aficionados a las ciencias ocultas.

»Aún después de enmendado el Informe con el insistente auxilio de personas hostiles al movimiento teosófico, nada contiene en su texto que sugiera la idea de que sus amañadores comprendan ni siquiera vislumbren las primordiales condiciones de los misterios que se proponen descifrar. Supone cándidamente que cuantos en la India simpatizan con la obra de la Sociedad Teosófica tenían interés en asegurar su buena opinión, diciéndole que los citados fenómenos eran auténticos, y así acechaba cuantas frases pudieran servirle en contra de la causa teosófica. Tampoco se ha dado cuenta el autor del Informe de que un investigador más hábil hubiera advertido que algunos de los más fervorosos discípulos de los Mahatmas y estudiantes de las enseñanzas ocultas se mostraron contrarios desde un principio al movimiento teosófico porque daba a conocer al mundo la existencia de los Mahatmas .

»La tradicional actitud mental en que los ocultistas indios consideran el tesoro de sus conocimientos, tiene mucho de devoción entremezclada con recelo contra cuantos intenten penetrar el secreto en que dicho tesoro ha estado hasta ahora envuelto, y únicamente asequible a quienes pasen por las ordinarias pruebas de iniciación. Sin embargo, el movimiento teosófico en la India significaba la violación de dicho secreto. Las antiguas reglas quedaban infringidas por una autoridad tan superior, que los ocultistas empeñados en la obra no tenían más remedio que acatar y obedecer. Pero en muchos casos la sumisión no pasaba de superficial. Cualquiera más íntimamente relacionado que Hodgson con la historia y desenvolvimiento de la Sociedad Teosófica, hubiera sido capaz de señalar entre sus más fieles miembros, indígenas cuya fidelidad era enteramente para los Maestros a quienes servían y no para la idea en que estaban empleados, o por lo menos para demostrar que los doctores indos en ciencias ocultas podían producir anormales fenómenos físicos .

»Por lo tanto, el interés de estos miembros contrarios a la divulgación del ocultismo estaba en que los europeos que a su juicio habían sido admitidos inmerecidamente en los profundos arcanos del ocultismo oriental, creyeran que se les había engañado, que no había tal ocultismo indo, y que el movimiento teosófico era una impostura y una ilusión de la cual se desligaban. Y al llegar entre ellos un joven inglés con el intento de investigar los ocultos misterios por procedimientos de pesquisidor policíaco, sin experiencia alguna del moderno ocultismo y expuesto por lo tanto a mil errores, sintieron profunda satisfacción. ¿Se figura la comisión de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas que los ocultistas indos de la Sociedad Teosófica acatan su dictamen? Por el contrarío, estoy segurísimo de que en su mayoría se ríen deleitosamente de él. Acaso encuentren la situación complicada en cuanto a sus relaciones con los Maestros por haber contribuido deliberadamente a los extravíos mentales de Hodgson; pero resulta muy divertido el cómico espectáculo en que a sí mismo se pone Hodgson en su Informe, donde le vemos entresacar frases truncadas y señalar puntos flacos según testimonio de algunos discípulos indos contra los cuales se hubiera precavido si comprendiese mejor la tarea que entre manos llevaba.

»En cuanto a la comisión de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas, formada por los señores E. Gurney, F. W. H. Meyers, F. Podmore, H. Sidgwich y J. H. Stack son más merecedores de censura que el propio Hodgson. a pesar de la incomprensión por parte de éste de los problemas que no estaba preparado para investigar. y son más merecedores de censura por haber dictaminado a la ligera sin otro elemento de juicio que el tosco y engañador Informe del señor Hodgson. Fácil les hubiera sido oir el parecer de personas idóneas por su prolongada experiencia en el movimiento teosófico y abrir una información pública sobre el caso antes de emitir dictamen. Todos sabemos que ha habido causas en que los magistrados no consideraron necesaria la defensa porque ya se habían decidido en contra de la acusación fiscal; pero la comisión de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas nos ofrece un ejemplo sin precedentes en los fastos judiciales, de negar el derecho de defensa, apoyándose en la peregrina teoría de que las afirmaciones del fiscal eran de por sí suficiente prueba. La comisión examinó en secreto el Informe de su ponente, sin consultar con nadie que pudiera abrirles los ojos respecto del erróneo procedimiento seguido por el señor Hodgson, acabando por acusar de grandísima impostora a una dama tenida en alto honor por multitud de personas de intachable conducta y que abandonó comodidades y fortuna para luchar entre privaciones y dicterios durante largos años en favor de la causa teosófica.

»El señor Hodgson, según podrá ver quienquiera que lea su Informe, presenta por testigos contra la señora Blavatsky a dos personas que intentaron difamar la presentándose primero como profesionales del fraude y del engaño, y acusándola

después de haberlas admitido por cómplices. Estas son las personas que en el informe de Hodgson aparecen como las principales aliadas de sus investigaciones. En los escritos proporcionados por tales personas se funda la comisión de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas para decir que la señora Blavatsky es una impostora. Y este procedimiento lo ha seguido una Corporación que respecto de los fenómenos psíquicos en general (con los cuales parecen estar relacionados según se infiere del título de su sociedad) recusan todo testimonio, por aplastante que sea, si procede de mediums espiritistas tachados de recibir dinero por la manifestación de sus facultades. No significo con esto que hayan de aceptar descuidadamente tales testimonios, sino que han violado los principios que profesan en un caso en que debieran recusar las pruebas inaceptables porque arriesgaban lanzar una acusación contra personas contra las cuales tal vez no tuvieron prejuicio alguno en un principio, pero a quienes acabaron por condenar sin oírlas.

»Además, no han vacilado en publicar al final del Informe, con toda la autoridad que su proceder les puede conferir, una infundada y monstruosa invención contra la señora Blavatsky, sin duda para cohonestar la notoria deleznabilidad de las pruebas aportadas. Porque es evidente la sinrazón con que se acusa de deliberada impostora y vulgar fraude a una persona que a la faz del mundo ha dedicado su vida a una filantrópica idea con manifiesto sacrificio de todo cuanto por lo general es el móvil de las acciones humanas. El señor Hodgson repugna atribuir a la señora Blavatsky un móvil tan ruin como el supuesto por el matrimonio Coulomb; pero salva esta dificultad insinuando que bien podía ser una espía rusa encargada de fomentar en la India la deslealtad al gobierno británico. Para el señor Hodgson no significa nada que la señora Blavatsky haya estado haciendo públicamente lo contrario, asegurando a los indígenas en discursos y artículos, en reuniones y en cartas documentales, que con todos sus defectos el gobierno británico es el más a propósito para la India, y que hablando con conocimiento de causa, un gobierno ruso sería incomparablemente peor. No significa nada para el señor Hodgson que desde la llegada de la señora Blavatsky a la India todos sus actos han estado siempre a la vista de las gentes hasta un punto casi extravagante, que ha empleado todas sus energías en la causa teosófica, y que la policía británica desistió de vigilarla por haberse convencido de que no traía aviesas intenciones al venir por vez primera a la India. No se da cuenta el señor Hodgson de que cuantos desde hace largo tiempo conocen a la señora Blavatsky se ríen de lo absurdo de las hipótesis sentadas en el Informe. Obtuvo de la Coulomb, su guía y consejera, un fragmento de manuscrito de la señora Blavatsky, hurtado según parece hace algunos anos, referente a la política rusa y favorable en parte al avance de Rusia en el Asia central, y les halagó la idea de aprovecharlo para sus escandalosas insinuaciones contra la integridad de la señora Blavatsky. Del simple examen del documento se infiere evidentemente que es un trozo desglosado de una larga traducción de los «Viajes del coronel Grodekoff por el Asia Central» que a mi petición hizo la señora Blavatsky para el periódico Pioneer órgano del gobierno británico, que a la sazón yo dirigía. No quiero demorar la publicación de este folleto en espera de recibir de la India las fechas exactas en que aparecieron en el Pioneer la serie de artículos Grodekoff. Duraron algunas semanas y debieron publicarse hacia el año 1880. Si el señor Hodgson hubiese preguntado a los impresores del Pioneer, acaso encontrara, de conservarse los originales, centenares de cuartillas de la señora Blavatsky repletas de la más ardiente anglofobia. Lo más probable es que aquel fragmento de que tan orgulloso se muestra Hodgson fuese una cuartilla extraviada de aquella traducción, y más divertido hubiera sido que la substrajeran de algunas otras traducciones hechas por la señora Blavatsky, según sé de cierto, para el ministerio de Negocios Extranjeros de India durante una de sus visitas a Simla cuando trabó

conocimiento con algunos funcionarios de dicho departamento, quienes le encargaron varios trabajos literarios.
»Me atrevo a pensar que si la comisión de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas no hubiese sabido que la señora Blavatsky andaba escasa de recursos para querellarse ante los costosos tribunales de la justicia británica, siempre recelosa de misterios psíquicos, se hubiera mirado mucho antes de acusarla en un documento público de infamante conducta, que de ser cierta, la hubiese convertido en un enemigo político de su país adoptivo y en objeto de desprecio para las gentes honradas. Hubieran temido que Ja señora Blavatsky se querellara contra las insidias del ponente de la comisión, puesto en la desesperada necesidad de cohonestar unas conclusiones que sin su pedantesco amaño resultarían increíbles » .

La señora Blavatsky incluyó en este folleto una protesta en su propio nombre, que dice así:

«La Sociedad de Investigaciones Psíquicas ha publicado el Informe presentado a una de sus Comisiones por el señor Hodgson, el agente enviado a la India para investigar la índole de ciertos fenómenos que se dicen ocurridos en la Residencia central de la Sociedad Teosófica y en otros sitios, y con la operación de algunos de los cuales he estado directa o indirectamente relacionada. Dicho Informe me imputa una conspiración con los Coulomb y varios indos para abusar de la credulidad de las gentes por medio de fraudulentos artificios, y declara auténticas una serie de cartas que se suponen escritas por mí a la señora Coulomb referentes a la hipotética conspiración, aunque ya declaré que estaban en su mayor parte amañadas. Por muy extraño que parezca, lo cierto es que desde el principio de la investigación, hace catorce meses, hasta hoy, en que me veo declarada culpable por quienes se han erigido en mis jueces, no se me ha permitido nunca ver esas acusadoras cartas. Llamo la atención de todos los ingleses honrados y de claro criterio hacia este particular.
»Sin proceder al minucioso examen de los errores, contradicciones y sofismas de dicho Informe, quiero hacer tan pública como sea posible mi indignada y vehemente protesta contra las groseras calumnias arrojadas sobre mí por la comisión de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas, a instigación del lego, incompetente e injusto investigador cuyas conclusiones ha aceptado. No hay en todo el Informe inculpación alguna contra mí capaz de resistir la prueba de una imparcial investigación en el lugar de los hechos, donde mis explicaciones pudieran quedar comprobadas por el examen de los testigos. Los cargos han nacido en la mente del señor Hodgson y substraídos al conocimiento de mis amigos y colegas mientras estuvo en Madrás abusando de la hospitalidad y del auxilio que se le prestó en sus investigaciones en la Residencia central de Adyar, donde se presentó como amigo, aunque ahora acusa de estafadores y embusteros a los mismos con quienes estuvo asociado. Apoya las inculpaciones en testimonios por él recogidos sin oír más que a una sola de las partes; y cuando ya no es tiempo de confrontarlos con los de la parte contraría y con argumentos que su limitado conocimiento del asunto desdeñó, el señor Hodgson se ha constituido a la par en fiscal y defensor en primera instancia, acusándome de archimpostora sin recibir mis declaraciones.
La Comisión de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas no ha vacilado en aceptar el Informe del señor Hodgson, insultándome públicamente con ello, sin otras pruebas que las del Informe de su agente.
Doquiera rijan los principios de honradez y justicia con que se ha de mirar la reputación de las personas calumniadas, creo que se conceptuará la conducta de los comisionados con un sentimiento parecido a la profunda indignación de mi ánimo.

No me cabe duda de que no faltará quien señale las artificiosas y equivocadas investigaciones del señor Hodgson; su afectada exactitud que malgasta infinita paciencia en fruslerías y no advierte hechos importantes; sus contradicciones e incapacidad para tratar problemas como los que intentaba resolver.

A muchos amigos que me conocen mejor que la Comisión de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas, no les harán mella las opiniones de esta corporación, y en sus manos dejo mi maltratadísima reputación. Pero por lo menos debo protestar personalmente contra un plinto de tan monstruoso Informe.

»Convencido el señor Hodgson de que sus conclusiones eran absurdas sin un motivo que explicase mi vitalicia devoción a la obra teosófica con sacrificio de mi posición social en Rusia, ha sido lo bastante ruin para suponer que soy una espía rusa y que he promovido un artificial movimiento religioso con objeto de Socavar en la India el gobierno británico. Valióse para cohonestar esta hipótesis de un trozo de manuscrito mío, que le proporcionó la señora Coulomb, pero sin echar de ver que era un fragmento de una antigua traducción que de unos viajes por el Asia Central hice para el Pioneer. En esto se fundan las acusaciones lanzadas por el señor Hodgson en su Informe que los caballeros de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas no han tenido vergüenza en publicar .

»Las conclusiones del Informe, apoyadas por la hipótesis de que soy una espía rusa, resultan todavía más estúpidas a los ojos de quienes verdaderamente me conocen, al considerar que desde hace ocho años estoy naturalizada en los Estados Unidos, con pérdida de la pensión de cinco mil rublos anuales a que tenía derecho como viuda de un general; que invariablemente he manifestado a los in do s quejosos, que per malo y antipático que fuese el gobierno británico sería mil veces peor la dominación rusa; que en este sentido escribí varias cartas a mis amigos de la India antes de salir de los Estados Unidos en 1879; que todos cuantos conocen mis propósitos y mis costumbres y mi diáfana conducta en la India saben de sobra que me repugna profundamente la política; que cuando fui por vez primera a la India, era entonces rusa y el gobierno del país me supuso espía, pero muy luego se convenció de lo contrarío, desistiendo de vigilarme, sin que desde entonces, que yo sepa, haya vuelto a sospechar de mí.

Pero considerando el carácter de un espía con la repugnancia que solo puede sentir un ruso que no lo sea, me veo irresistiblemente impelida a rechazar la infame y torpe calumnia del señor Hodgson con todo el desprecio que sus procedimientos de investigación han de merecer a las gentes sensatas y que igualmente merece la Comisión de la Sociedad a cuyo servicio ha estado. Los individuos de esta Comisión, al hacerse solidarios de los errores de su ponente, han demostrado ser mucho más incapaces para indagar el misterio de los fenómenos psíquicos, de lo que yo creía que era posible hallar entre las personas cultas de Inglaterra.

»El señor Hodgson sabe, y la Comisión comparte sin duda su conocimiento, que no me he de querellar contra él por difamación, injuria y calumnia, pues he dado cuanto poseía a la causa a que sirvo, y carezco de recursos para entablar un costoso proceso. Además mi vindicación traería aparejado el examen de los misterios psíquicos que no pueden ser objeto de ostentación ante un tribunal; y por otra parte hay preguntas a las cuales he jurado solemnemente no responder, y como en la vista del proceso habían de formulármelas, mi silencio se interpretaría como “menosprecio del tribunal”. Todas estas circunstancias explican el desvergonzado ataque contra una mujer indefensa, y la inacción a que frente a él estoy tan cruelmente condenada.- H. P. BLAVATSKY.-14 de Enero de 1886.»

Me permito copiar la siguiente carta de la condesa de Wachtmeister, que resume las impresiones generales de su larga estancia con la sefíora Blavatsky en Wurzburgo. Dice así :

«Querido señor Sinnet: El pasado otoño, salí de Suecia en busca de más benigno clima donde pasar el invierno, y habiendo sabido que la señora Blavatsky estaba enferma y sola en Wurzburgo, le ofrecí pasar una temporada con ella y hacer cuanto en mi mano estuviese para mejorar su situación y consolarla en su soledad. Mi conocimiento con la señora Blavatsky era muy superficial. La había encontrado casualmente en Londres y en París, pero no tenía experiencia alguna respecto a su personalidad y carácter. Me habían dicho muchas cosas en contra de ella y puedo decir sinceramente que mi concepto le era desfavorable y sólo me movió a aliviarla en sus contratiempos y consolarla en sus tristezas, a la medida de mis fuerzas, el sentimiento de deber y gratitud que todos los verdaderos estudiantes de teosofía deben experimentar hacia la fundadora de la Sociedad, que a pesar de todos sus tropiezos ha prestado grandes beneficios y servicios a numerosos individuos.

»Enterada de los absurdos rumores que contra ella circulaban, y que se la inculpaba de practicar la magia negra con fraudes y engaños, me puse en guardia, y me acerqué a el 13 en tranquila actitud mental, determinada a no aceptar nada de oculto carácter que de ella proviniese sin suficientes pruebas.

Resolví colocarme en disposición positiva, mantener los ojos abiertos y ser justa y verídica en mis conclusiones. El sentido común no me permitía creerla culpable sin pruebas; pero si estas pruebas se me hubiesen proporcionado, mi concepto y sentimiento del honor me hubiesen imposibilitado de continuar en una sociedad cuya fundadora cometía engaños y trampas.

Por lo tanto, mi mente se inclinaba a la investigación y anhelaba hallarla verdad.

«He pasado ahora unos cuantos meses con la señora Blavatsky, compartiendo su aposento y estando con ella mañana, tarde y noche. He tenido acceso a todos sus armarios, cajas y cajones: he leído las cartas que recibía y las que enviaba; y declaro abierta y honradamente que me avergüenzo de haber sospechado de ella, porque la creo una honrada y veraz mujer, fiel hasta la muerte a sus Maestros ya la causa por la que ha sacrificado posición social, fortuna y salud. No tengo duda alguna de que ha hecho estos sacrificios, porque he visto las pruebas de ellos, algunas de las cuales consisten en documentos de indubitable autenticidad.

»Desde el punto de vista mundano, la señora Blavatsky es una desdichada mujer a quien muchos calumnian y maltratan; pero desde un superior punto de vista, posee excepcionales dotes, y ningún envilecimiento puede privarla de los privilegios de que goza, y consisten en el conocimiento de muchas cosas tan sólo conocidas de unos cuantos mortales, y en el trato personal con ciertos adeptos orientales.

»En vista de sus extensos conocimientos que llegan muy adentro del invisible aspecto de la naturaleza, es deplorable que sus pruebas y tribulaciones le impidan dar al mundo gran copia de enseñanzas que de buena gana comunicaría si la dejaran tranquila y en paz. La gran obra en que ahora está empeñada, La Doctrina Secreta, ha quedado muy estorbada por las persecuciones, cartas ofensivas y demás contrariedades que sufrió este invierno; porque conviene tener en cuenta que la señora Blavatsky no es un adepto perfecto ni lo presume ser; y así, a pesar de todos sus conocimientos es penosamente sensible a los Insultos y suspicacias, como lo sería cualquiera señora fina en su situación.

»La Doctrina Secreta será en verdad una magna obra. Yo he tenido el privilegio de ver como ha ido escribiendo, leer el manuscrito y presenciar el oculto procedimiento con que obtiene sus informaciones. Ultimamente he oído en labios de quienes se llaman teósofos, expresiones que me han sorprendido y apenado, diciendo que aun cuando se demostrara que no existen los Mahatmas no dejaría de ser verdad la Teosofía".
Estas afirmaciones han circulado por Alemania, Inglaterra y los Estados Unidos; pero a mi entender son muy erróneas, porque en primer lugar, si no hubiera Mahatmas o Adeptos, es decir, personas que han progresado en la escala de la evolución humana hasta el punto de unir su personalidad con el secreto principal del universo o Cristo universal, entonces fueran falsas las enseñanzas del sistema llamado Teosofía pues habría un truncamiento en la escala del progreso, mucho más difícil de explicar que la ausencia del "eslabón perdido" de Darwin.
»Pero si quienes admiten la posibilidad de que no existan los Adeptos se refieren únicamente a los que se dice que han tomado parte activa en la fundación de la Sociedad Teosófica, olvidan que sin estos Adeptos no hubiéramos tenido jamás dicha Sociedad ni se hubiesen escrito Isis sin velo, El Buddhismo Esotérico, Luz en el Sendero, The Theosophist y otras valiosas publicaciones. y si en el porvenir nos cerráramos a la influencia de los Mahatmas, confiando enteramente en nuestras propias fuerzas, pronto nos perderíamos en un laberinto de especulaciones metafísicas. Dejemos que la ciencia y la filosofía especulativa se contraigan a las hipótesis ya la información que de los libros obtengan. La Teosofía va más lejos y adquiere el conocimiento por directa percepción interna. Por lo tanto, el estudio de la Teosofía significa desenvolvimiento práctico, y para alcanzarlo, es necesario un gula que sepa lo que enseñe, y haya alcanzado aquel estado por medio de la regeneración espiritual.
»Después de todo cuanto ha expuesto usted en sus Memorias acerca de los ocultos fenómenos ocurridos en presencia de la señora Blavatsky, y cómo dichos fenómenos han sido parte y parcela de su vida, pues ocurrieron en todo tiempo con su conocimiento y sin él, yo he presenciado personalmente fenómenos auténticos. En esto, como en todas las modalidades de la vida, lo principal es discernir con acierto y estimar las cosas en su verdadero valor.
Su afma.
CONSTANCIA WACHTMEISTER.»
M. S. T.

Esta carta se ha publicado ya en un periódico norteamericano, amigo de la Teosofía, con las siguientes consideraciones añadidas por el Dr. Francisco Hartmann.

«Kempten (Baviera) 10 de Mayo de 1886.-He leído la anterior carta de la condesa de Wachtmeister, y estoy plenamente de acuerdo con su contenido. También yo, como mi amiga la condesa, he tenido mis dudas y sospechas antes de conocer la verdad. A veces estuve perplejo, tanteando en las tinieblas; pero ahora puedo decir sin vacilar, sincera y verazmente que quienes deseen explicarse la gran perturbación habida en el seno de la Sociedad Teosófica, habrán de mirar mucho más hondo que en un deseo de engañar por parte de la señora Blavatsky. Las acusaciones del señor Hodgson y otros se fundan tan sólo en externas apariencias y razonamientos superficiales; porque para averiguar la verdad no solamente se necesitan ingenio y agudeza sino intuición, que no puede poseer el científico que raciocina meramente en el plano de las ilusiones, y aunque la poseyera no podría utilizarla; pues contravendría las leyes en que se funda la ciencia materialista. La intuición es la piedra angular tan a menudo rechazada por los constructores materialistas que continuarán rechazándola. Es la facultad requerida para alcanzar la

ciencia suprema, el conocimiento espiritual, y su desarrollo es la primera ley de que depende el progreso en ocultismo práctico. Si quienes desean alcanzar la verdad desarrollan la intuición y en sus corazones la vivifican, obtendrán un guía y un Maestro cuya voz conocerán, y de cuyas palabras no dudarán y cuya mano los conducirá desde las ilusiones de los sentidos y las especulaciones teóricas al brillante resplandor de la eterna verdad.

Deténganse los miembros de la Sociedad Teosófica y reflexionen antes de escupir en el camino que hacia lo alto les condujo, acercándolos al Dios que dormita en el paraíso de sus almas, y seamos todos agradecidos a los Hilos de la Luz que nos han despertado de nuestro sueño llamándonos la atención hacia el alborear de la mañana. Escuchemos sus enseñanzas, aprendamos sus doctrinas, comprobémoslas en la piedra de toque de nuestra razón, y según nos las asimilemos seremos mayores y más fuertes. Cuando llegue el Paráclito descenderá a los templos en cuyos altares arda su propio fuego; pero el infiel, el escéptico, el tergiversador de la verdad no verá nada más que el humo que se levante de su cerebro. La lechuza ama las tinieblas. El águila se remonta hacia el sol.»

Los sufrimientos mentales de la sefíora Blavatsky mientras fueron recientes los insultos del Informe de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas, no necesitan minuciosa explicación, y de nada serviría relatar punto por punto los prejuicios sugeridos al señor Hodgson por los Coulomb contra la sefíora Blavatsky y absurdamente admitidos como pruebas por la Comisión de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas.

La publicación de esta obra se ha apresurado por los ataques dirigidos a la sefíora Blavatsky por la Sociedad de Investigaciones Psíquicas. Yo hubiese preferido demorar su publicación hasta reunir mayor número de datos para que hubiese sido completa la historia de su vida. Pero tal como aparece, espero confiadamente en que todo lector discreto la considerará como una indirecta refutación, más eficaz que cualquiera disputa sobre las circunstancias que ofuscaron la mente del sefíor Hodgson en Adyar y sobre la monstruosa y gratuita afirmación expuesta por la Comisión de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas, diciendo que la sefíora Blavatsky es una “impostora”.

La Sociedad representada por dicha Comisión no tendrá probablemente muy larga existencia. Se alzó como un cohete con brillante estela de fuego que podía haberla llevado tan alta como el cielo; pero por mala dirección de su trayecto ría retrocedió casi instantáneamente hacia el suelo, y la energía que debió impulsarla a lo alto, sepulta ahora profundísimamente su cabeza en la arena.

En cambio, los frutos literarios de la vida de la sefíora Blavatsky sobrevivirán a los recuerdos que la actual generación conserve de los esfuerzos realizados para desvanecer el interés de los prodigios físicos que obró y en verdad constituyen la mínima circunstancia de su vida. Porque el relato de las maravillas con que la sefíora Blavatsky estuvo relacionada, aunque haya llenado tan extensamente las páginas de este volumen, no es más que la espuma sobre la superficie que bajo sus auspicios ha estado fluyendo en nuestra época a través del pensamiento humano.

ADVERTENCIA

Esta incompleta biografía se publicó primeramente el año 1886, cinco antes del fallecimiento de la señora Blavatsky. La condesa de Wachtmeister que estuvo largo tiempo con ella en Wurzburgo y después en Ostende ha dejado un interesante relato referente a este período. La Sociedad Teosófica estaba entonces eclipsada a consecuencia del ataque descrito en las precedentes páginas; pero la sefíora Blavatsky prosiguió trabajando de firme en su gran obra La Doctrina Secreta, y en 1887 a instancias de varios amigos fue a Londres, residiendo durante algún tiempo en Norwood y después en Lansdowne Road nro. 17 (Notting Hill). Muy luego se vio allí abrumada de visitas, y entonces la conoció la sefíora Besant. Más tarde se mudó a una casa de la Avenue Road (St. John's Wood) y asistía a las reuniones de la Logia Blavatsky de la Sociedad Teosófica, fundada en su honor a poco de llegar a Londres. Murió el 8 de Mayo de 1891, rodeada de cariñosos amigos.

Expiró casi de repente, sentada en una silla junto a la cama. El médico había dicho aquella mañana que no estaba ni de mucho en inminente peligro de muerte.

Quienes deseen adquirir más noticias acerca de los últimos años de su vida, hallarán copiosa información en la obra de la condesa de Wachtmeister titulada: Reminiscencias de H. P. Blavatsky. También encontrarán datos en una colección de documentos en glosados por algunos amigos y discípulos después de su muerte, con el título de In Memory of HHelena Petrowna Blavatsky.

NOTAS

(1) Tradiciones del pueblo ruso por J. Sacharof, en siete volúmenes que tratan de literatura popular, creencias, magia, hechicería, espíritus infraterrenos, costumbres y ritos antiguos, cantos y hechizos de 1.000 años acá.
(2) Véase a este propósito la obra Isis sin velo, tomo IV, págs. 283 a 286, edición 1912 (Biblioteca orientalista), donde se relata todo este incidente, que no copiamos por su mucha extensión y describe la resurrección de un niño mediante los principios psíquicos del anciano lama, prior del monasterio. El pasaje de Isis sin velo está tomado del informe escrito por K... quien se lo entregó a la señora Blavatsky y concuerda en líneas generales con análogos prodigios que refiere el abate Huc en la primera edición de sus Recuerdos de viaje por Tartaria, Tibet y China. En las posteriores ediciones de este libro, resulta suprimido en gran parte y mutilado en el resto el testimonio que el autor dio de las maravillas por él presenciadas en el Tibet. Pero como el relato era demasiado contundente para la comprobación de «milagros» no sancionados por la iglesia romana, la autoridad eclesiástica no toleró que se publicara en su primitiva forma. Sin embargo, en el Museo Británico se conservala primera edición de dicha obra del abate Huc, donde puede comprobarse la exactitud de la cita inserta en Isis.
(3) La hora de Bucarest correspondía exactamente con la del país en que ocurrió la escena del chamán.
(4) Habremos de ceñirnos durante algún tiempo al relato de la señora Jelihowsky, traducido por vez primera del ruso al inglés, sin necesidad de recargar de notas cada página. Cuando se use la primera persona gramatical, ha de entenderse que habla la señora Jelihowsky , aunque también frecuentemente se refiere a sí misma en tercera persona, pues el relato se publicó en Rusia anónimamente.
(5) Recuérdese que habla el señor Sinnet y que esta obra se publicó en vida de la señora Blavatsky.-(N. del T.)
(6) Recuérdese que la obra de la señora Jelihowsky se publicó anónimamente, y así habla la autora de ella misma como si tratara de tercera persona.-(N. del T.)
(7) Un ama de llaves, llamada Leontina, que deseaba saber el paradero de un joven con quien había esperado casarse, se enteró de lo que había sido de é1, por medio de una carta escrita con desconocido carácter de letra, en la que se mentaba el nombre del joven, a pesar de que Leontina se lo Rabia callado intencionadamente. Encontró la carta en una cajita que cerrada tenia dentro de un baúl también cerrado.
(8) La señora BJavatsky ha manifestado que este fenómeno podía realizarse de dos maneras distintas:
a- Dirigiendo por la acción de su propia voluntad las corrientes magnéticas de suerte que su presión sobre la mesita llegase al punto en que ninguna fuerza física lograse moverla.
b- Por la acción de aquellos seres con quienes ella estaba en constante comunicación, y que aunque invisibles eran capaces de sostener la mesita contra toda fuerza contraria.
(9) Los escépticos que deseen enterarse de los verdaderos nombres de estos caballeros, pueden escribir sobre el particular a la señora Jelihowsky cuya dirección es: Perspectiva Zabalkansky, nro.10, habitación número 31. (N. del E.) - Desde luego que hoy día no tiene aplicación esta advertencia. (N. del T.)
(10) En efecto, así sucedió, porque no eran “espíritus” de difuntos, sino hombres vivientes los que ponían ante su vista la reproducción de un libro o manuscrito doquiera que existiese, y aun en caso de necesidad le revelaban sucesos olvidados o no transcritos

por la historia. La luz astral es el almacén y registro de todas las cosas, de modo que para dichos hombres no hay ninguna acción escondida. Prueba de ello nos da el modo con que se escribió Isis sin velo. (Nota de H. P. Blavatsky).
(11) La señora Blavatsky niega rotundamente la intervención de los espíritus en este caso. Nos dice que desde el momento de entrar en la quinta el jefe de policía se le representó el cuadro del crimen y sus ulteriores consecuencias. Supo el nombre del homicida, del encubridor y de la aldea porque los vio entrelazados por decirlo así con sus visiones. Después dirigió los golpes para dar la comunicación.
(12) La señora Blavatsky dice a este propósito que le cansaba y disgustaba el siempre creciente público sediento de «milagros».
(13) Fácilmente puede explicarse esta rectificación de errores y equivocaciones, así como el que muchas de las notas y reparos fuesen de distinta índole que el texto original. Los pensamientos propios de Catalina Romanovna adquirían nuevo matiz en la esfera intelectual de la señora Blavatsky, manteniendo sin embargo la semejanza con el peculiar estilo de la autora. Además, en la luz astral estaba estampado el texto original según lo concibiera el cerebro de la autora, sin las mutilaciones del censor. Allí lo leería la señora Blavatsky cuyo cerebro físico proporcionaría el resto de la comunicación.
(14) Según recuerda la señora Blavatsky, este fenómeno consistió en la zafía personificación del gran poeta por los cascarones astrales que al pasar por allí se introdujeron en el círculo durante algunos momentos. La rimada queja que hablaba del infierno y los demonios era el eco de las emociones y pensamientos de una piadosa aya allí presente. Con seguridad no fue reflejo del cerebro de la señora Blavatsky, cuya respetuosa admiración hacia el gran poeta ruso no le hubiera consentido cubrir con su nombre tan blasfema burla.
(15) En el distrito de Novergeff, provincia de Pskoff, a unas 200 verstas de San Petersburgo. Era entonces Rugodevo una propiedad particular que contaba algunos centenares de esclavos; pero poco después de la emancipación pasaron las tierras a otras manos.
(16) Tiara redonda cubierta con un largo velo negro que llevan los monjes de la religión griega ortodoxa.
(17) Es la «sarna polaca», una terrible enfermedad de la piel muy común en Lituania y que sólo se contrae en su clima. El cabello enferma gravemente y no es posible cortarse las uñas de manos y pies so pena de ocasionar una hemorragia mortal.
(18) Al escribir estas líneas cuenta Lisa Hahn unos treinta años y se congratulaba de no haber vuelto a ver a aquellos visitantes de ultratumba.
(19) La más elevada jerarquía de la iglesia ortodoxa en Rusia. Hay, tres metropolitanos, y el entonces de Kiev lo era de San Petersburgo al escribir este relato la señora Jelihowsky en 1884.
(20) Contaba más de noventa años al publicarse la primera edición de esta obra.
(21) El jefe espiritual y cabeza de todos los prelados de la iglesia en la región de Georgia.
(22) En el original ruso se emplea la palabra vseznaistvo que no significa precisamente omnisciencia sino una cualidad de carácter menos absoluto, pues se refiere tan sólo al conocimiento de las cosas terrestres.
(23) La censura no dejó publicar dicha alocución en el texto original del Rebus.
(24) Eran cuarenta entre hombres y mujeres. Los tuvieron durante veintidós años en Tiflis, donde el general Fadeef fue uno de los tres miembros del Consejo imperial bajo los virreinatos que se sucedieron desde el príncipe Porontzoff hasta el gran duque Miguel.

(25) Según explicó la misma señora Blavatsky, siempre respondía con plena conciencia, valiéndose para ello de la lectura del pensamiento de las gentes que brotaba de sus cerebros en forma de luminosas espirales de humo, o en chorros de materia radiante, que dibujaban distintas imágenes y escenas en su alrededor. Otras veces, quedaban los pensamientos y las respuestas registrados en el propio cerebro de ella con las mismas palabras y frases del pensamiento original. Pero en cuanto alcanzamos a comprender, las visiones a que nos hemos referido son siempre más dignas de crédito, por distintas e independientes de las personales inspecciones del observador, pues pertenecen a la clarividencia y no a la transmisión del pensamiento, que es un método expuesto a entremezclar con las del sujeto las impresiones mentales del observador.
(26) Según dice la misma Blavatsky, este estado no era comático ni hipnótico, sino un estado natural de intensa concentración motivada por el esfuerzo de atención que le era preciso hacer para no distraerse e incurrir en error. Añade que quienes sólo conocen la clarividencia mediumnímica y no los procedimientos teosóficos caen a menudo en error.
(27) No dijo la señora Blavatsky quien era esta otra personalidad.
(28) Por entonces era grandísima en ambos hemisferios la curiosidad despertada en todas las clases sociales por los fenómenos psíquicos que tanta relación tienen con las potencias latentes del hombre.
(29) Esta carta, dirigida a su tía en 1871, denota que la señora Blavatsky no había alterado su concepto sobre las comunicaciones espiritistas para producir fenómenos físicos, de lo cual se la inculpó cuando estuvo en los Estados Unidos.
(30) Algunos de los compañeros de la señora Blavatsky dijeron que los más admirables fenómenos se produjeron en el desierto, en pleno día, mientras estaban todos sentados al pie de una roca. En los escritos de la señora Blavatsky hay notas que describen la extraña visión que tuvo en la cimeriana oscuridad de la cámara faraónica, la noche que pasó cómodamente acostada en el interior de un sarcófago sin compañía de nadie.
[La palabra cimeriana equivale a tenebrosa oscuridad, por alusión a los cimerianos, pueblo antiguo de Italia que según cuenta la leyenda histórica habitaban en un valle donde nunca penetraba la luz del soll. N. del T.
(31) La fecha del matasellos que aparecía en el sobre, indicaba que la carta salió de Egipto diez días antes de recibirla la señora Jelihowsky.
(32) La incultura del vulgo ha tergiversado el sentido rectamente etimológico de esta palabra, hasta el punto de darle el estricto significado de zaherir e injuriar. Sin embargo, el apóstrofe no es más ni menos que el acto de dirigirse derechamente el que habla, a determinada persona presente o ausente. En consecuencia el apóstrofe lo mismo puede ser de alabanza que de vituperio, de súplica o de mandato. En el caso del texto el apóstrofe es de súplica.-{N. del T.)
(33) Señorita.
(34) Se comprende que las modalidades y denominaciones de la profesión jurídica o carrera de leyes, no son las mismas en los Estados Unidos que en Inglaterra.
(35) Adviértase el doble sentido de esta palabra subrayada intencionadamente en la carta, pues significa vanidosa y también inútil.
(36) En terminología ocultista se distingue entre las gentes llamadas “del mundo” o sean las que constituyen la vulgar humanidad, y las que además de vivir en el plano físico, están en contacto oculto con otras modalidades de la existencia humana.
(37) Desde la publicación de esta carta, su autor tuvo algunas diferencias personales con la señora Blavatsky, y en consecuencia trató de desvirtuar la autenticidad del fenómeno, diciendo que podía haber restado de un hechizo o fascinación psicológica arrojada sobre los testigos.

En esta hipótesis sería lo suficientemente asombroso el mero hecho de que la señora Blavatsky poseyese el pudel de hechizar colectivamente a varias personas en plena luz del día, de modo que creyeran ver una serie de sucesos que en realidad no veían.
(38) Un siglo después de la investigación Hodgson, la propia S.P.R. se retractó oficialmente, declarando que la tarea de Hogson había sido defectuosa. Véase en la red: http://www.theosociety.org/pasadena/hpb-spr/hpbspr-h.htm (Nota de Biblioteca Upasika)
(39) Alude a las circunstancias en que se escribió Isis sin velo.
(40) Escritos ocultos de que nada sabe el mundo profano.
(41) Aquí un nombre familiar de la señora Blavatsky.
(42) Que yo creía y sigo creyendo procedentes de los Mahatmas o misteriosos doctores en ciencias ocultas a que llamamos Maestros y que ejercen autoridad espiritual sobre 1a señora Blavatsky.
(43) Imprenta de Jorge Redway.- Calle de York, nro. 15. - Covent Garden, Londres.

Publicado originalmente por Biblioteca Orientalista y Editorial Teosófica, Ramón Maynadé, Barcelona 1921.